

EMILIO CUERVO MÁRQUEZ

TIERRAS LEJANAS

TERCERA EDICION

BOGOTA
IMPRENTA DE "LA LUZ"
1905

[illegible] Moncayo
Bogotá.

Tierras Lejanas



EMILIO CUERVO MÁRQUEZ

TIERRAS LEJANAS

TERCERA EDICION

BOGOTÁ
IMPRENTA DE "LA LUZ"
PUENTE DE SAN FRANCISCO

1905

DEL MISMO AUTOR

En preparación:

PHINEES. Un vol.

ESTUDIOS CRÍTICOS.—*Guy de Maupassant. Edgar Allan Poe.—Gustavo A. Becquer.—Henry Heine.* Un vol.

Á LA SEÑORITA

LAURA CALVO

Después de nuestra inolvidable visita á la Cartuja de Florencia, en que hube de partir hacia la patria lejana, pensé sinceramente en que jamás volvería á ver á usted; pero mi buena suerte quiso que en mi último viaje á París la encontrase de nuevo. ¿Podré negar á usted la emoción con que volví á estrechar su mano? Fue su primera pregunta para la siguiente colección de paisajes, de la que, durante nuestra excursión en Italia, había hablado á usted como de idea borrosa y sin forma precisa, no obstante haber escrito dos apuntes sobre España, que tuve el honor de leer á usted. Luégo, últimamente, todos los capítulos de *Tierras Lejanas* pasaron bajo sus ojos, y con ellos la más sincera parte de mí mismo, ya que en las páginas siguientes he vertido gota á gota mis ideas más secretas y mis más reservadas ambiciones: aquellas que por lo irrealizables á nadie se confían. Ideas nacidas de un juego de luz en un paisaje, de una sombra de mujer que pasa entre las celosías de un ajimez incrustado de azulejos, de una música que se desbarata en la calle desierta, de una mirada,

de un sonido. Buena parte de las sensaciones almacenadas en tres años de vida errante yacen aquí estampadas, como si hubiese alcanzado á fijar las viñetas fugaces del libro interior que los hombres no escriben.

Hé ahí por qué pienso que este libro se profanará en la circulación: es demasiado personal. Deseara que de él existiese sólo un ejemplar, que ùsted conservaría: usted, quien por su delicada intuición femenina y maravilloso sentimiento crítico, reúne todas las condiciones de un público aristocrático y selecto. ¿Qué mayor recompensa podrá soñar el escritor para su obra que interesar en ella á una mujer inteligente y hermosa, para quien el mundo y el hombre son la representación de su voluntad y de su talento?

Señora: nunca quizás volveré á ver á usted; y aun dado el caso de que lo porvenir me reserve tan grata sorpresa, ni usted ni yo seremos lo que fuimos: el tiempo modifica las ideas como el golpear del agua el perfil de las rocas marinas. Conozco viejos que conservan con cariño su fotografía, la de lo que fueron en los tiempos brillantes de su juventud; sea este libro la representación de lo que somos, ya que el otoño se aproxima: con él caerán una á una las hojas de los árboles y los pétalos de las flores. Que estas páginas, que ambos hemos vivido, sean el luminoso Oriente á donde, como las golondrinas, emigremos más tarde, cuando los campos se cubran de nieve y de tristeza los corazones.

Permítame recuerde una frase de usted en cierta noche, la última de mi estancia en París antes de partir hacia América. Lo recuerda usted? Era en su hotel del Parque Monceau, no lejos del lago en cu-

ya margen se levanta el monumento de Maupassant. De codos en la ventana, veíamos circular los nocturnos paseantes entre las manchas de los árboles que recortaban sus gajos contra la franja roja del horizonte. Una atmósfera de melancolía pesaba sobre el negro paisaje. "¿Qué importa que se nos olvide?—decía usted.—¿Qué importa que el amor no sea eterno, si él nos hizo gozar, si él nos hizo sentir, en un minuto, todas las emociones de la vida?" Al poner, señora, su nombre al frente de este volumen, le ruego interpretar deber tan agradable como prenda de mi admiración por usted y gaje de mis recuerdos, que la distancia que nos separa no ha alcanzado á debilitar. De amor, de que tan elevada idea tiene usted, ¿qué podré decirle?.... Al fresco perfume de las rosas, quizás ambos preferimos el aroma desvanecido de las flores marchitas por las memorias que evocan.

Emilio Cuervo Márquez.

EL MAR

Se aproxima la noche. Al ardiente bochorno del medio día, que calcina la sangre, ha sucedido una temperatura fresca, que nos acaricia blandamente. El sol acaba de ocultarse tras de la barra de oro que divide, en la distancia infinita del océano, el cielo rojo y las aguas temblorosas. El firmamento, por donde navegan colosales masas de nubes de formas apocalípticas, se ha teñido con todos los matices del iris; el verde se disuelve en el rosa, el azul en amatista: se diría cortejo de monstruosas divinidades que rodeasen la pira en donde quema el cadáver del monarca muerto. Hacia el oriente, contra el celaje pálido que anuncia la aparición de la luna de plenilunio, como informe borrón de tinta de china se destaca, en la cumbre de una peña, la almenada silueta de legendario castillo fuerte; y las pal-

meras, las murallas formidables y las torres de la noble ciudad de Cartagena de Indias, se recortan en negro contra la atmósfera luminosa, cargada de color y de fuego, que recuerda la del lejano Oriente.

El trasatlántico abandonará el puerto dentro de breves instantes. Abajo, por entre las aguas verdes y tranquilas de la bahía, medusas gigantescas, nacaradas y blancas, animadas de vida misteriosa, avanzan cadenciosamente con movimientos de boca de mujer que se abre para recibir un beso; arriba, bandadas de gaviotas se arremolinan en los mástiles y despliegan por sobre la obra muerta el abanico de su plumaje. Los peces aprisionados en la tarde por el primer oficial de á bordo, se agitan en la canasta con movimientos que hacen brillar sus escamas como broqueles de esmalte. El anzuelo se ha levantado por la última vez; el buque se aleja de la costa.

La noche se aproxima. Venus irradia en el firmamento con fulguraciones de diamante. El gran rumor del oleaje se escucha como doliente acompañamiento de fantástica orquesta, mezclado á los graznidos de una bandada de aves que nos acompañarán mar adentro hasta que la tierra desaparezca entre la bruma distante.

Es la hora en que, al morir el día, la oscuridad extiende sus alas en el firmamento y la sombra invade también el alma, lentamente, hasta que de los pasados sueños sólo brillan indecisas manchas de oro, como las partículas de luz sobre las crestas de las olas lejanas. Adormecidos en el recuerdo, en tanto que tendidos en la silla de tijera sobre el puente, el buque avanza con ese aspecto de navío fantasma que la oscuridad le presta, errante en la inmensidad del mar, á nuestra memoria vuelven, como perfumes de la tierra lejana, evocaciones del pasado que huyó para no volver nunca. Amores, locuras y pasiones que juzgamos eternas y que son hoy puñado de cenizas que indiferentes arrojamos al viento....

En estos momentos de vago ensueño, cuando las imágenes pasadas, como las viñetas de un álbum antiguo, desfilan ante mi vista, no son los paisajes de tierra los que á mi memoria se presentan con más brillante colorido; y, sin embargo, he vivido en París y Venecia, recorrido la Suiza, el Desierto y los campos de Italia. A los tórridos mediodías de Agosto, cuando el sol desprende su lluvia de fuego sobre los trigales dorados, prefiero el espectáculo infinito de las aguas, en donde el hombre es

libre; á las alboradas de Abril, cuando el rocío brilla como gotas de luz sobre los cerezos florecidos, prefiero el amanecer en alta mar, á la hora en que por sobre la franja candente del horizonte el sol brota de entre las olas y tiñe de rosa el firmamento; y más que los crepúsculos embalsamados, cuando la esquila suena entre las breñas de la vecina cañada, admiro las tintas moribundas, heraldos de la luna naciente, lirio de luz que baña en claridades argentadas la melancólica soledad del paisaje marino.

Pero el mar, como la mujer, no descubre su alma á quien no haya penetrado en su intimidad: el mito griego hizo surgir á Venus de la espuma oceánica. Su primera vista puede que haya sido una desilusión: aquella charca de agua, turbia y verdosa, en cuya superficie flotan los despojos de la costa y de buques anclados, no corresponde á la idea de omnipotencia soberana del mar que en su abstracción imagináramos. No es en los puertos, Génova ó New York, Marsella ó Plymouth, en donde podemos contemplar su grandeza: allí, por entre los navíos atracados, — cetáceos aprisionados en el aquarium, — circulan perezosamente por sobre el agua aceitosa y sucia, bo-

tes que se dirigen á tierra; en los cordajes se balancean al viento las ropas de la tripulación; á lo lejos se escucha el martilleo del obrero que remacha el casco de un paquebote; ó el trajín de cadenas de la grúa que deposita en tierra, bajo la inspección de marineros cosmopolitas, de camiseta de lana, y en la boca la imprescindible pipa de madera, fardos de mercancía, barricas de vino y de arenques ahumados; empañada la atmósfera por el hollín que á torrentes vomitan las chimeneas; y en todas partes el olor pestilente de mariscos, pintura fresca y de cocina, de que tan negros recuerdos conservámos cuando nuestro primer viaje.

Pero alejémonos de la costa y contemplemos el mar desde el atrio de Nuestra Señora de la Guarda, en Marsella, ó á la sombra de los naranjos en flor de los jardines Rosazza, en Génova; entonces empezaremos á comprender los secretos de mujer pérfida y hermosa que su alma encierra. Mas allá de la sábana de agua, tranquila como un lago, que se extiende hasta la azulada bruma que vela el horizonte, se dilata el desierto marino que circuye el mundo, amenazante con la trágica animación de sus ondas cuando se rompe entre los escollos de Bretaña ó de Islandia; acari-

ciador si sus olas, con rumor de confidencia, se deslizan sobre la dorada arena de la playa, en Biarritz ó Monte Carlo. Allí los cementerios de los pescadores bretones bajo un cielo nebuloso; aquí los jardines de las estaciones balnearias entre celajes trasparentes y azules. Allí los viejos marinos que perecen entre la tempestad; los gritos de angustia que no serán escuchados; los pájaros de presa que no conocen ni el calor del nido ni el perfume de las flores. Aquí la ola que salpica con su espuma las macetas de mirtos, las golondrinas que rasan el agua diáfana cuando el sol, como un rubí, se oculta tras del lejano promontorio. La muerte habita en los celajes cobrizos, el amor en los de primavera.

¡Con qué hondo sentimiento de angustia resuena en mis oídos todavía el clamor de la sirena, largo, lúgubre y doliente como el grito de un náufrago, en una tarde de bruma en que el buque, después de doce horas de tormenta, se encontraba á la altura del Cabo Hatteras, sitio señalado por innumerables desastres! La lluvia azotaba la cubierta; y el viento, racha salvaje de la inmensidad que libre se pasea por las soledades infinitas, agarrado á los mástiles entonaba entre las jarcias su salmodia. La bru-

ma era tan densa que las siluetas de los marineros se dirían fantasmas que errasen sobre un barco perdido. De hora en hora, entre la oscuridad, adivinábanse pasar grandes manchas indecisas y negras, sombras de goletas cuyas velas semejan alas de pájaros gigantes que avanzan trabajosamente entre las olas: se pensaba en el embarque para la muerte, contraste con el luminoso cuadro de Watteau, el Embarque para Citerea. Y en esos minutos, en que con el trueno distante los presentimientos nos asaltan como cohorte de monstruos desprendidos de un lienzo de Durero, jamás imaginamos los mares azules ni las brisas de la costa. ¿Quién, cuando la tempestad estalla en el cielo interior, espera en las horas bonancibles?

Y ellas existen, sin embargo. Nunca el cielo me pareció tan hermoso como una tarde en que, dejando á Niza, la barca, impulsada por una brisa fresca de Levante, se alejó del litoral hacia Cannes. El sol había avanzado más de tres cuartos en su carrera; la atmósfera, embalsamada y tibia, se diría saturada de átomos de oro que, en luminosa polvareda, envolvían los boscajes de pinos, los jardines de las villas, las colinas lejanas. De la costa venían en alas

de la brisa perfumes de heliotropo y de rosas de Bengala, todos los aromas de la tierra humedecida, que de su seno se elevan como de un incensario. El mar era de zafiro, terso como una lámina de nácar, rayado solamente por las pesadas alas de los pelícanos y por la estela de la barca que avanzaba con la suavidad de una góndola en Venecia. Ante mi vista desfilaban, á lo largo de las colinas florecidas, como paisaje de mágico panorama, los grupos encantadores de villas y palacios, nidos de amor que á la orilla del agua se ocultan á la sombra de frondosos castaños. Poco á poco en el firmamento, como en una paleta de pintor, se derramaron tintas no soñadas por un acuarelista. En la tierra y en el mar todo era rosa, como si el viento hubiera cubierto el promontorio y el agua de pétalos de flores. Y la barca avanzaba, lentamente, en el silencio de la tarde, sólo turbado por el golpe de los remos en cadencia. ¡Oh, cómo la vida se ve buena entonces, y pequeñas las mezquindades y las pasiones de los hombres! ¡Cómo aparece inútil nuestro esfuerzo de correr en busca de una felicidad ilusoria, como el Centauro en pos de una Ninfa, cuando ella yace esperándonos en la ribera de aquel mar, el más hermoso del

mundo! Sin embargo, envidio á quienes no han visto realizado ningún sueño: ellos no sentirán la nostalgia de habitar en distantes paraísos. Desde la proa de la barca veía hundirse el sol en el lejano horizonte y rielar su disco, en larga cinta de fuego, sobre las aguas adormidas: en estos instantes hubiera deseado sorprender en el fondo de la pupila de la mujer á quien pudiera amarse, el último destello del sol poniente. Doblado el cabo Esterel, brillaron como errantes luciérnagas las luminarias rojas y verdes del puerto de Cannes.

Siguiendo su rumbo hacia New York, después de cuatro días de travesía, el buque se detuvo en Costarrica. Una vez visitadas las costas inhospitalarias de Nicaragua, envueltas en la lluvia y eternamente batidas por un mar de leva, Puerto Limón se presentó á mi vista como una visión de Oriente, con su cielo de fuego, sus blancos edificios sombreados por palmeras y su airoso campanario que se dibujaba entre los tonos de ámbar del crepúsculo como un alminar musulmán. El buque dejó caer el ancla á poca distancia del muelle; desde cubierta se divisaba una parte de la ciudad ceñida por el agua que, al subir la marea, se rompía y reventaba en nubes de espuma con-

tra los tajamares del puerto. La tripulación y los raros pasajeros descendieron á tierra después de comida; el buque quedó desierto, con el aspecto de casa abandonada de los navíos fondeados. Tendido en la silla, había visto morir el día entre las sombras de la noche. Poco á poco empezaron á encenderse en los barcos vecinos farolas de colores, que en la os curidad irradiaban como pupilas de cíclopes. La noche era tibia; hasta mí llegaba el lamento de la marea ascendente, mezclado con gritos lejanos en la ciudad y con ladridos de perros en los campos.

Adormecido en el recuerdo, dejaba volar la fantasía en las memorias de los países visitados, de amigos muertos y de mujeres desaparecidas cuyo espíritu quizás en ese momento flotaba á mi lado respondiendo á mi evocación. El celaje se teñía de claridades aperladas; la luna llena de verano, como medalla de plata, se elevó sobre el horizonte marino; las olas brillaban como prismas de cristal; las cimeras de las palmas y los montes lejanos flotaban en una atmósfera de luz argentada y vaporosa, propia de los países tropicales. A lo lejos continuaba escuchándose la doliente lamentación del mar al romperse en las murallas.

Absorto en la contemplación del etéreo espectáculo veía, de minuto en minuto, cruzar el firmamento azul las estrellas errátiles, como saetas que, lanzadas por los dioses de un olimpo desconocido, fueran á perderse en el vacío por sobre los límites del mar. De pronto hasta mí llegaron los acordes de una orquesta distante. En el acto reconocí la música: eran unos valses de Strauss, cuya cadencia venía hasta el buque como lluvia de armonía. ¡Oh, las notas brillantes que á mi recuerdo trajeron una imagen, viva y triste! ¿Y en alas de su ritmo evoqué una historia real ó fantástica como sueño de Poe? No lo sé. A mi lado estaba Ligeia.... La orquesta enmudeció; el puente del buque yacía desierto.... La noche era tibia. Las estrellas errátiles cruzaban el firmamento y la luna bañaba el vasto paisaje en trágica luz amortecida.

El alma humana es sonoro instrumento: en ella los seres y las cosas ejecutan su romanza, triste como las polonesas de Chopin, sugestiva como la música de Wagner ó brillante como una aria de Rossini. Pero el viejo Stradivarius saltará un día en pedazos y sus astillas se arrojarán á la hoguera....

¡Oh, los lejanos acordes de los valses de Strauss oídos una noche desde la cubierta de un buque, en tanto que la luna iluminaba las palmeras y se escuchaba la eterna lamentación del mar al romperse en los escollos!

EL BOSQUE

Es primavera; de las estaciones la más hermosa y la más triste: la más hermosa, porque, como cantó el poeta, ella simboliza la juventud de la naturaleza; la más triste, porque no se contempla sin pena cómo todo se cubre de retoños y flores, menos la mejor parte de nuestro sér, que yace como el rosal quemado por la nieve.

París despierta: azul el cielo. Una brisa fría que tonifica los nervios, saturada de savia y de olor de montañas vírgenes, sopla blandamente por la Avenida del Bosque, paseará por los Campos Eliseos, y deslizándose por las rendijas de las ventanas gritará á los dormidos: "¡despertad, el campo os espera!" Neuilly, Columbiers, Saint Cloud!..... Piensa entonces el perro en la presa de pollo que saboreará sobre la hierba; el viejo, en la botella de Bur-

deos que apurará bajo del emparrado; el mozo, en el ramo de violetas que obsequiará á la novia, bonita muchacha que adorna sombreros en un almacén de novedades. Será el día en que las familias burguesas tomarán su almuerzo á la sombra de los castaños que bordean la Marne; en que los buques del Sena, por entre riberas florecidas, transportarán hacia Bellevue alegres cargamentos de enamorados; en que el Bosque se poblará de toilettes multicolores y en Longchamps se dará cita cuanto París encierra de refinado gusto y de elegancia.

Todavía la ciudad descansa como mujer que fatigada de baile entorna los ojos en la penumbra de la alcoba perfumada y formula, entre la gasa del ensueño, el programa del día. Sobre el Sena flotan brumas matinales,—símbolos de la eterna ilusión,— que se disolverán al primer rayo de sol que tiña de rosa las praderas; en los estanques las ranas duermen sobre hojas de nenúfar; hacia el Arco del Triunfo se oye el rodar de un carruaje que se pierde, como punto negro, en la distancia.

Las calles desiertas. Los hoteles de la avenida yacen silenciosos en el fondo de sus jardines, tras de la verja de hierro; entre diáfana neblina á lo lejos se dibuja la mancha verde y gris de los árboles del Bosque de Bolonia.

Es la hora de visitarlo: el rocío brilla en las hojas de las magnolias; los gorriones cantan libremente desde las ramas de los tilos y los álamos blancos; las enarenadas avenidas se dirían cintas de lona tendidas sobre el tapiz verde de la grama en retoño. Del boscaje de almendros cuajados de flores blancas, de los prados esmaltados de margaritas moradas y rojas se desprende indefinible aroma, mezcla de perfumada frescura y de savia de tierra humedecida, que nos envuelve como en un baño y suaviza la imaginación y los nervios: aroma que hace renacer el recuerdo del olor de los campos en las lejanas correrías de vacaciones, y hasta el corazón lleva un hálito de la mañana de la vida, triste y suave.

Allí es el campo; en el lago duermen inmóviles las barcas: los cisnes, como plumones de nieve, reposan bajo el ramaje de los sauces. Allí es la soledad: la Avenida de la Reina Margarita no ha sido profanada todavía con la aparición de la turba vana, fastuosa y elegante, para la que pasear su hastío en el Bosque es llenar un número de su diario programa. Las ardillas se aventuran á cruzar la Avenida y nos contemplan con asombro. En la distancia se escucha el mugido de las vacas en los establos

del Pré-Catelan. Nos diríamos á mil leguas de París.

Hé aquí por qué amo el Bosque. ¡Qué lejos de nosotros aparecen en estos momentos Montmártre y sus placeres exóticos; el Barrio Latino y sus cenas estruendosas y baratas; el Boulevard y sus amores enervantes! ¡Cómo se ha desvanecido esa atmósfera impregnada de perfumes de mujer, de rumor de besos pagados, de notas de orquesta de bailes públicos, de miradas incitadoras, de olor de cocina de restaurantes inundados de las ramilleteras del amor y sus amantes! Diríamos que las aventuras del barrio Breda ó de Montmartre las hemos vivido al través de Balzac, de Mürger ó Musset; que sus mujeres,—¡oh, ilusión adorable!—han sido amadas en los perfiles á la pluma de Maupassant, en los pasteles de Armand Point, en las reproducciones de Goupil. Pero, no: allí está París, tras de la gasa azulada que flota sobre las copas de los árboles; París, vaso repleto hasta los bordes de acre y perfumado licor que para las almas débiles suele ser mortal veneno. En el fondo del ojo conservamos aún el fulgor verde, amarillo, laca, de las linternas de los fiacres que atraviesan en la noche los puentes, y que sobre el agua negra rielan

sus luminarias en largas cintas temblorosas. Aún en nuestro oído vibran las notas locas de los cobres en las danzas de Bullier, y de nuevo aspiramos los efluvios de carne blanca y de opoponax que satura la atmósfera de los cafés conciertos, feria de mujeres de ojos ahogados en una sombra de azul pálido, de labios teñidos de escarlata, con sombreros de plumas flotantes y rosas que expiran en los corsés que las ciñen como corazas.

Oh! bailarinas y hetairas ambulantes, Marías Duplessis y damas de la aristocracia que, histéricas y sonrientes, entre el estruendo de París paseáis vuestros corazones vacíos en busca de alguien que sepa reviviros el alma en las noches solitarias, y que en la menta verde ó en el champagne helado ahogáis el grito de vuestros presentimientos; humildes grisetas que veis cumplidos vuestros sueños cuando se os corona de flores en Armenonville y se os consagra con ofrendas en el templo de Afrodita, y que no pensáis en que tal vez en el fondo del río recibiréis de la muerte en los cárdenos labios el último beso; sentimentales que enfermas de la imaginación, con el frío del abandono en el alma, os retorcéis en el lecho sin que el sueño acuda á calmar vuestros anhe-

los; ¡oh, vosotras todas que del rebaño humano exprimís, como el viñador del racimo, el jugo de las sensaciones que alumbrará sólo por instantes en vuestro cuerpo de neuróticas un reflejo de la pasión que no muere: qué frías aparecen vuestras miradas, ahora, en medio de la calma de la naturaleza, en las solitarias avenidas del Bosque; qué incoloras vuestras caricias, artificiales vuestros encantos, perturbadora y compasiva vuestra diaria tarea! Tal se contempla el salón de la fiesta cuando los húespedes idos, la luz de la mañana filtra fatigosamente sobre las flores deshojadas y enfermiza se posa en las tapicerías; escanciados los vinos, y entre el desorden del banquete la huella del cansancio, del mortal cansancio producido por el placer que fue, y ya no existe.

Porque en la melancolía del femenino, imploramos y tendemos los brazos hacia el ideal que penetre hasta el fondo de nuestro sér, que haga la luz en el misterio de nuestra alma, que nos inocule su vida, gota á gota, como al través de un tamiz de poros invisibles...... En dónde hallarla? En su cuerpo se reproducirán las líneas impecables de una ninfa de Correggio, armonizadas, como Maupassant lo soñara, con un espíritu fino, impresionable, delicado;

ella poseerá esa facultad de asimilación que la hará en poco tiempo semejante á quien comparta su vida; será como flor no tocada, y nosotros quienes la enseñaremos — raro poema de idealidad imposible — el vasto panorama del universo y la existencia...... Y en el fondo de mi fantasía brota ronda de mujeres frágiles y ligeras, hechas de claridad y de sombra: allí hay miradas soñadoras ó ardientes, las unas con el brillo de las piedras preciosas, las otras con la frescura del lago bajo el bosque; bocas que se abren en cáliz, purpúreas como rosas ó pálidas como jacintos, que se ofrecen ó guardan inquietante secreto; Evas de cabelleras tenebrosas que se yerguen entre lirios florecidos; rubias de piel dorada y grácil que desfallecen inmateriales entre claros de la luna.... Cuál es? En dónde hallarla?

Tenaz obsesión de que tan sólo salvan los viajes lejanos, las largas contemplaciones al través de los campos, donde el aroma de las hierbas silvestres sea como inyección de loca actividad que nos haga olvidar de nosotros mismos, y de interior energía, que nos abroquele contra la devastadora invasión del ensueño. Preciso es ahogar el grito de la negra tristeza á los rayos del sol de plomo del extrava-

gante Oriente; buscar en otros paisajes la relación de nuestros estados interiores.

En mi excursión había llegado hasta el macizo de álamos que circuye la Cascada. La mañana era espléndida, digno celaje del panorama divisado desde el agreste sitio. La verde pradera de Longchamps, cortada por el Sena, se perdía entre azulada neblina hacia el Mont Valérien, cuya silueta, coronada por el Fuerte, se destacaba contra el horizonte luminoso; el circo de colinas de Suresnes, Saint Cloud, Ville d' Avray, Bellevue y Meudon, salpicado de campanarios y villas, se levantaba sobre la inmensa llanura que se diría jardín en primavera, cortada en todas direcciones por las rayas amarillentas de los caminos de travesía que conducen á Saint Germain, á Sèvres y Versailles. El lago, sobre el que rasaban grupos de golondrinas, brillaba como plata bruñida y copiaba en su fondo el colorido del cielo. Hacia el oriente la ciudad se ocultaba entre los árboles del bosque.

Vagaba á la ventura por los pintorescos senderos que circuyen la Cascada, cuando mi vista se detuvo sobre un pliego satinado, caído sobre el piso. Era una carta, escrita en letra fina y aristocrática, que á los pocos instantes leía, recostado contra un tronco retorcido. Decía así:

"Anglars, 11 de la noche.

Mi querido:

Desde hace ocho días me tienes en el retiro de esta villa, sombreada por los viejos árboles del jardín, descansando física y moralmente, tratando de encontrarme á mí misma en la soledad del campo. No sé qué extraña evolución se efectúa en mis facultades: ¿podrás creerme que á veces lloro sin saber la causa? Al contemplar las facetas de mis joyas dentro de sus estuches de raso, al aspirar el perfume de una flor ó al ver una pareja de gorriones, en el alféizar de mi ventana, que cae sobre el campo, besarse como dos enamorados, no sé qué siento: algo parecido á indefinibles sensaciones de convalecencia. Ahora mismo, mientras me dedico á escribirte rodeada del lujo adorable que precedió á la instalación en esta quinta de los novios que, al emprender su viaje de bodas, me la han arrendado, y oigo, en el silencio de la noche, los suspiros del viento y el tintinar del agua al caer en el tazón de piedra; al sentirme sola, predispuesta al recuerdo, al examen sincero de mis afecciones, encuentro de mí un fondo soñador y melancólico, que jamás hubiera imaginado — exquisito perfume conservado en un vaso de tierra — é involuntariamente pienso en ti....

No te extrañe mi confesión, impropia en los labios de una mujer honrada, en el sentido que el mundo da á tan doble palabra: pero bien sabes que yo soy ó he sido una extraviada, que he bebido el vino helado de las orgías y me he hecho pagar mis besos con diamantes. Mas lo que hasta hoy ignoras es que mi corazón ha permanecido virgen, á pesar de la pasión que lo consume; que los amores excitantes agotan mi organismo como la kola ó el arsénico, y que el sueño de mi infancia, que hoy en mí revive, es encontrar un hombre que desinteresadamente beba en mis labios una gota, una siquiera, del licor que hace todo amor eterno. Cansada estoy ya, te lo confieso, de repetir á cada amante los mismos perjurios; yo, que nacida en otros tiempos hubiera sido la favorecida de un rey, siento lastimado mi orgullo al verme desdeñada por escuderos; aparte de que en el áspero camino por donde en suerte me ha tocado seguir la jornada, aun cuando coronada de racimos y flores, he dejado enredadas en las zarzas mis ilusiones de mujer y mis ensueños. Yo he sido como el rosal que se ve cargado de flores en primavera: el viento de otoño arranca uno á uno sus pétalos.... Qué! ¿Te horroriza? ¿Piensas acaso que estoy

muerta, como el rosal en el invierno?... No, pero me siento débil; necesito un poco de cultivo, un poco de calor, alguien á quien hacer confidente de mis crueles decepciones y también de mis alegrías.

Bien sabes que mi madre no me ha dado de su corazón sino esta sangre que me quema, que sugestiona siempre nuevos refinamientos y que me arrastraría hasta el abismo en donde no se conoce el perdón, si no fuera porque el cielo, en su clemencia, me dotó de un fondo de natural delicadeza, que es tan sólo el pudor ante las realidades de la vida. Mis amigos del mundo.... Ah! si ellos supieran cuánto los desprecio, se morderían los labios hasta brotar sangre: ¿á quién, pues, dirigirme? Y es que hay momentos en que siento que el corazón estalla, en que envidio la suerte de esas pobres mujeres que tímidamente crecen á la sombra de sus madres. ¿Qué no daría hoy Marcelle por borrar de vuestro recuerdo, ¡oh, amables representantes de la elegancia! el resplandor de sus ojos, la blancura de su seno, la morbidez de sus encantos, tópico obligado de vuestras ridículas conversaciones? Ah! si pudiese recoger los besos que entre ellos he repartido!

Sólo tú has permanecido fiel al pacto de la

infancia. Lo sé, aun cuando el tiempo haya puesto por largos años entre nosotros una barrera que hasta hoy se rompe; lo adivino, lo leo en tu mirada, y créeme que te lo agradezco. Quién soy para ti?..... Tal vez la ençarnación de tus primeros sueños, como tú has sido siempre, ¿por qué no he de decirlo? el ideal de mis primeras lecturas. Gautier!..... Giges enamorado de Nyssia, Plangón la Milesina.....te acuerdas? Hermosos tiempos aquellos cuando las imágenes se grababan en el corazón como en blanda cera. ¡Cuántas veces, aun durante mi ausencia de seis años, cansada de todo, hastiada del placer y de la vida—la de la elegante cortesana moderna,—he dejado caer sobre la falda el libro de nuestro autor favorito, y perdida entre la niebla de mi niñez, evocado tu imagen! Aún te veo cuando convaleciente, los cabellos rubios largos como de mujer, la nariz fina, los ojos oscuros y profundos, tendido en el diván seguías, ardiendo quizás como yo en el fuego de la pasión, las palabras del maestro. Pero, perdóname: sin quererlo renuevo tus recientes heridas: entonces vivía tu buena madre.

Y dime: siempre has pensado en mí? ¿He tomado una pequeña parte siquiera en tus

pensamientos? No puedo creer que me hubieras olvidado por completo, é ignoro si fue timidez ó puritanismo de tu parte lo que hizo que jamás me visitaras. Creo, sin embargo, que obraste bien; habría sentido pena de presentarme á tu vista en el luciente prosaísmo de una mujer galante, rodeada de mis adoradores como de una corte de parásitos, bufones, imbéciles y enanos, inundados de cosméticos y esencias. Hoy te juro que esa vida, en la que el sentimiento femenino por excelencia, el amor, se presenta en su aspecto menos delicado, se me haría insoportable. Quiero ser libre de estar alegre ó triste, según mi capricho. He vendido en subasta al mundo la mitad de mi vida, quiero dar ahora á la sociedad el escándalo de una pasión verdadera.

Noto que esta carta es mi confesión. Es la una de la madrugada, y me siento desfallecer. Qué abandonada me encuentro en el mundo, qué frío me rodea; compadéceme!

Tomo una flor de miosotis y después de besarla, te la envío.

Vén pronto; los perfumes del campo te curarán poco á poco.

Te abraza,

MARCELLE."

Quién era ella?.... Por un instante experimenté la sensación de tenerla á mi lado, de aprisionar entre las mías sus manos frágiles, de beber su aliento, de mirarme en el fondo de sus ojos: creí amarla..... Más que nunca resuelto á abandonar por algunos meses á París, me alejé indeciso sobre si, en busca de descanso, el primer tren de la noche me llevaría hacia Rusia ó á Oriente.

EL CAMPANARIO

La lúgubre salmodia de los canónigos, inclinados sobre polvorosos pergaminos corales adornados de viñetas, é impresos en grandes caracteres negros y rojos, se perdía en las inmensas bóvedas de la santa Iglesia Catedral de Valladolid.

La penumbra, casi la oscuridad, reinaba en el sagrado recinto; y la luz, débilmente, caía desde lo alto, al través de las emplomadas vidrieras de colores, y se quebraba contra las frías y desnudas losas del pavimento. Todo allí es grandioso y sencillo: la piedra oscura se levanta desde los pilares de las columnas gigantescas hasta las más elevadas cornisas, cuyos perfiles se pierden en la sombra. Ni un cuadro, ni una moldura de oro adornan los pesados bastiones, que se dirían los de una fortaleza; y apenas brillan, más allá de la reja

de bronce del presbiterio, en el fondo de la nave central, los macizos candelabros de plata y la exangüe silueta del Crucifijo del Altar Mayor. Bajo las arcadas de aquella mole de piedra, tan semejante por su arquitectura á la severa del Escorial, la oración no brota en los labios con la suavidad de místico éxtasis: nó; el Cristo espanta allí con su aire duro y amenazante; el mártir de un cuadro de Rivera se dibuja dolorosamente entre las sombras, á donde no llega un rayo de luz divina; la Virgen misma no sonríe como madre de misericordia; el incienso conserva cierto perfume á rosas marchitas de cementerio, y el órgano canta en sus notas más profundas, no con alegres acordes de navidad, sino con terribles de miserere de penitencia. Este templo, muestra de las tendencias religiosas bajo el reinado de Don Felipe II, no fue construído para que en él se rindiese culto al Dios de Bondad, sino al Dios Implacable; y el arquitecto supo tan bien traducir el pensamiento de su época, que aún hoy, en este recinto, parecen palpitar todos los dolores de la Inquisición y también los sombríos esplendores de las antiguas cortes españolas. De rodillas al lado de un confesionario, presa de no se qué vago terror infantil, veía desli-

zarse al través de las naves las siluetas de los raros devotos: ora una vieja, por su negro manto y su barba saliente semejante á las dueñas de la leyenda, pasa y se pierde poco á poco á lo lejos; ó un somnoliento canónigo retrasado cuyas pisadas retumban en el templo, enfila lentamente hacia el coro: su blanca sobrepelliz resalta en la oscuridad de la nave; ó una muchacha que se aleja balanceando las caderas; ó el sacristán, quien viene de abrir una puerta, cuyos goznes gimen, reproducidos por el eco. Pensaba en retirarme, presa de un sentimiento mezcla de tristeza y de hastío, cuando una especie de sochantre, salido de no supe dónde, viva copia de Don Basilio en el Barbero de Sevilla, me atajó el paso:

—Desea el señorito subir al campanario?...

Aquella idea me pareció deliciosa: necesitaba un poco de aire, un poco de luz después de haber permanecido entre la sombra de la catacumba de granito. Mi conductor introdujo una pesada llave en la cerradura de la pequeña puerta enclavada contra el muro; inmediatamente comenzó la ascensión. Arriba la campana mayor volteaba con estruendo secundada por el retintín de las menores; y los largos cables que descendían hasta las losas del piso,

se balanceaban á lo largo de los paredones con el ritmo de un péndulo. La escalera de tablas sube en grandes zig-zags hasta la cumbre. Por entre las ventanillas del campanario veía la gran mancha roja de la ciudad, y el buen aire fresco del verano entraba alegremente por las rasgadas ojivas. Después de diez minutos de marcha tomaba asiento en la última plataforma. La vibración de los bronces, verdes y oxidados por el agua y la intemperie, cubiertos de relieves trabajados á martillo y de místicas frases, hacía temblar el maderamen; y sus notas, que se dirían arrancadas á yunque gigantesco, caían desde la altura, sobre la ciudad, como lluvia de armonía.

No es el campanario obra artística como la de los templos italianos; no luce un relieve, ni una estatua; su único adorno son las cornisas que lo rodean y las estrechas ojivas de sus diferentes pisos; como torreón de un fuerte, levanta su oscura silueta sobre la ciudad; pero en cambio, qué inefable melodía es el concierto de sus campanas! Esta pequeñita, que canta el Día de Gloria, tiene el argentino timbre de la voz de un niño que preludia la salve en la capilla, sostenido por las notas altas de los violines; la otra, que gime en los entierros, piado-

sa ofrenda de un noble, tañe tristemente con la melancolía de las notas de una flauta, al caer la tarde, en los campos de Castilla; esa grande, que muestra en sus costados piadosas alegorías labradas á cincel, que en su aleación conserva el oro de las joyas de una reina, guarda en su voz musical y profunda las entonaciones del trueno y las voces de un órgano; la otra, que toca el alba, lanza su altivo grito con el timbre del gallo que despierta en la alborada á los labriegos; la del Angelus tiene en sus acordes lentos la melancolía de las primeras horas de la noche. Una vida intensa y misteriosa anima aquellos bronces que hoy, como hace trescientos años, saludan el día, invitan á la plegaria, suspiran con la muerte y anuncian el Angelus á los habitantes de la antigua capital de las Castillas.

A mis pies se dilataba la ciudad con el intrincado laberinto de sus calles; más lejos el Pisuerga arrastraba su corriente hacia el lado de Palencia, al través de las solitarias landas de la muerta campiña, manchada aquí y allá de colinas calcinadas por el sol y de polvorosos grupos de cipreses. ¡Cuántos recuerdos allí!...... Aún parece que Don Quijote trotase por la solitaria carretera camino de las fiestas

de Zaragoza; ó que el Cid Campeador, el héroe fabuloso, rodeado de brillante séquito, marchara hacia Burgos á demandar juramento al Rey Alfonso sobre la muerte de Don Sancho. Un hálito de los pasados tiempos palpita aún en el paisaje: cada claveteado portal evoca un recuerdo, cada parador una historia de tajos y mandobles, cada celosía una estrofa de Zorrilla, cada angosta callejuela una leyenda de Becquer. ¡Oh, las deliciosas memorias de nuestras primeras lecturas! En está encrucijada, á la salida del real sarao dos galanes cruzaron los estoques á la luz del farol que ardía ante el retablo de la Virgen, y la luz se extinguía cuando se tocaban los aceros. ¡Cuántas veces al pie de aquella reja se escucharon las serenatas de enamorados cortesanos, quienes, la mano en la empuñadura de la tizona, sobre los ojos el emplumado fieltro, vigilaban á la sombra del portal tallado como encaje de piedra, mientras al través de las batientes de esa artística ventana se filtraba discreto rayo de luz! Por este angosto pasadizo se perdió más de una vez la silueta del embozado Rey Don Pedro en extravagantes correrías. Bajo la derruída arcada de esa gran puerta de ladrillo, al són de los clarines pasaron los heraldos de

armas con sus casullas recamadas de oro y seda, y el caballerizo mayor, en alto el pendón señorial, y el grupo de peones que desplegaban al viento las banderolas de sus lanzas, y el señor Conde, por último, entre pajes de justillos de terciopelo, quien marchaba á la guerra con la alegre pompa con que fuese á las fiestas ó al torneo. En ese lejano montículo era en donde las brujas de la comarca celebraban sus nocturnos aquelarres. En esta plaza fueron lüégo entregadas á la hoguera, en tanto que sus sobrinas — porque cada bruja tenía una sobrina bella como un sol é inocente como un ángel — caían en los brazos de su galán, generalmente un bravo sargento de las guerras de Flandes. En dónde está todo ello?... El sargento es verdad que todavía requiebra á las mozas, pero su espada no se blande como en los tiempos de inmortales conquistas; las brujas huyeron á horcajadas sobre escoberos y serpientes; el señor Conde no marcha ya á la guerra á conquistar nuevos blasones á su escudo, sino á arruinarse á Spá ó á Monte Carlo; el jaramago prende sus flores amarillas contra los muros de antiguas residencias reales; en los almacenes de *bric-à-brac* los turistas ingleses compran los mohosos y amellados aceros del regi-

miento de Altona que irán á enriquecer exóticas panoplias bajo la niebla de Londres; los jubones de brocado, los chambergos con pluma de águila y cintillo de perlas, sólo se ven hoy en los teatros cuando se representa un drama de Calderón ó una comedia de Moratín; y si se cruzan los estoques, es á causa de alguna grotesca polémica política, que concluye, después de ligero rasguño, entre dos vasos de manzanilla, en el vecino restaurante. Todo ha muerto, y España se alimenta de sus pasadas glorias. El tiempo no ha volado sobre los dominios de Carlos v: desde el último cicerone hasta el orador en el Parlamento viven las proezas de paladines para siempre idos. De España puede decirse lo que Lord Byron de la Grecia: "Oh tierra en donde todo ha muerto, excepto tu sol!"

"All but thy sun is set!"

Pensaba en todo esto inclinado sobre una de las ojivas, cuando sentí á mi espalda una ligera tos; volví la cabeza y vi á un viejecito como de setenta años, todo afeitado, el sombrero flojo de fieltro sostenido á la barba por un gran pañuelo azul: era el campanero de la santa Iglesia Catedral, quien se ocupaba en arreglar uno de los cables. El viento entraba

á torrentes por las seis ventanas de la elevadísima torre, y el azul del cielo se extendía desde León hasta Segovia. Según me dijo, hacía cuarenta años ejercía el oficio, lo mismo en verano que en invierno; entonces el cierzo zumba entre las grietas del enmaderado, y los copos de nieve, como blancas mariposas, revolotean en torno del viejo, que agarrado á la cuerda bate imperturbable las campanas.

—Y usted no ha estado enfermo?

—No tengo derecho para enfermarme......

—Vaya! y eso?

—Valladolid se escandalizará el día en que no se toque el alba.

—Pero usted podría enviar á otra persona.

—Jamás! Todo esto tiene su arte....

Y el viejo hizo resonar entonces la campana mayor, acordada tan armoniosamente con otra pequeñita, que casi llegué á pensar que efectivamente sólo él conocía la clave de aquella música. Recordé entonces los adorables cuentos de Andersen: sus Reinas de las nieves, y sus Genios del campanario.

—Y á qué hora viene en la mañana?

—Abajo estoy á las cuatro y media; luégo, desciendo á la oración.

—Y por qué no vive en el campanario?—dije, ofreciéndole un cigarrillo.

—Es lo que varias veces he pedido al Capítulo, pero no he podido alcanzarlo.

—Es raro....

—Es porque me ven muy viejo, y ellos no piensan en el frío.... Las fuerzas me faltan, y es mi nieta quien me trae dos veces al día el puchero. ¡Y pensar que no tengo valor para abandonar mis campanas!....

—Pero por qué no insiste?

—Inútil, señor, inútil! — exclamó haciendo gemir el esquilón de manera tan melancólica que su sonido me hizo mal.—Todo ello será para el otro....

En aquel momento resonaron en la profundidad las sordas pisadas de alguna persona que subía la empinada escalera: pasados pocos minutos apareció una moza hasta de catorce años, encendida como una amapola, los negros cabellos recogidos en la nuca y ceñido á la cintura un zagalejo encarnado. En las manos traía una botella de vino y una cesta con provisiones.

El campanero llenó dos vasos.

—A su buena salud, señor campanero.

—Que Dios nos tenga en gloria — contestóme.

El Pisuerga continuaba, allá muy abajo,

lamiendo la llanura. Valladolid, "la rica," como la llamara Quevedo, dormía la siesta y soñaba en pasados esplendores; y en tanto que sobre nuestras cabezas rechinaban los goznes enmohecidos de la veleta, un grupo de golondrinas invadía alegremente el campanario.

LOS PLOMOS DE VENECIA

¿Quién, en la deliciosa época de la juventud, cuando el corazón se abre á todas las sensaciones, cuando la fantasía se pasea por el mundo, como la vista sobre un jardín florecido, no ha soñado en Venecia? Y hemos recorrido entonces el Gran Canal tendidos en el fondo de la góndola, reclinados en el seno de la bien amada, á la luz de la luna, entre el rumor de los besos y la música de las mandolinas; se ha morado en los románticos palacios de mármol oscuro que bordean el agua, residencias hechas para los raptos y los besos, los amores y las venganzas, en donde la sangre y el vino, en dramáticas orgías, han corrido mezclados. Luégo, se ha visto sufrir tánto, que la dorada venda cayó de los ojos. El jardín florecido se convirtió en erial habitado por las Lágrimas, que entre la niebla erran cubiertas

de harapos. La vida no es ya fiesta en donde se goza, sino "concurso en donde se rivaliza." Y las aguas del Canal se contemplan oscuras; negras como ataúdes las góndolas; trágico el brillo de los ojos de las mujeres; tristísimo el grito de los barqueros al girar en las calles estrechas, y de infinita melancolía el panorama nebuloso de la ciudad, desde Lido hasta el Campo de Marte. Hoy de mis excursiones en Venecia sólo vive un recuerdo, doliente y sombrío como el de un mal sueño: mi visita á los Plomos.

No es la primera vez que traspaso el dintel de una prisión célebre: ya la Torre de Londres, la Roquette y la Conserjería me han abierto sus puertas, sobre las que debiera también grabarse el lema: "*Lasciati ogni speranza.*"

Las cárceles y los cementerios se parecen: en éstos se pudren los cuerpos, en aquéllas las almas. Quizás en ninguna otra prisión he experimentado esa sensación indefinible de pesadilla que nos asalta en el teatro de un crimen ó al oír la relación de los asesinatos fríos y atroces, al estilo de el de Troppman. Sus corredores estrechos y de rebajadas techumbres, privados de aire y de luz; sus calabozos construídos en piedra de Istria, apenas alumbrados

por la indecisa claridad que penetra al través de la enrejada claraboya; las inscripciones, gritos supremos de desesperación, grabadas en los muros por supliciados y condenados á muerte, que ante el Crucifijo veían agonizar la lamparilla, símbolo de su propia existencia; todo causa allí una impresión de hastío, de desprecio por el hombre que creó los verdugos y los crímenes, el tajo y el hacha, el puñal y el veneno: se diría que la humanidad oficia ante el altar de Teutates. Sentado sobre los restos de un miserable lecho que seguramente oprimieron los miembros torturados de prisioneros políticos denunciados al Concejo de los Diez, perdida la noción del presente, oí el inmenso grito de dolor y de angustia lanzado por todos los que derramaron su sangre, en la oscuridad de las prisiones, bajo las bóvedas de granito, ante los jueces impasibles. Y en el subterráneo, alumbrado por el resplandor de los cirios, vi hincharse las carnes del desdichado condenado al tormento por el fanatismo de Arbuez; y vi los rostros lívidos de los prisioneros del tribunal revolucionario y sus cabezas ensangrentadas izadas en la pica por una turba frenética; y oí el último lamento de las víctimas á quienes el hacha destrozó la nuca, sin

quitarles la vida. ¡Oh, el lúgubre cortejo de rostros exangües, de miembros tumefactos, de lacerados corazones, que marcha á la muerte precedido de la Desesperación! Antar de los siglos, inseparable compañero del hombre, que engendró el asesinato y cubrió de sangre el mundo, ahora convertido en coliseo en donde aúllan las fieras y expiran los mártires. Nunca como hostia morena de trigo candeal el sol se ha levantado sobre los campos adormidos: en su faz se reflejan coloraciones de incendios, de gigantescas venganzas y de crímenes universales: es que la horda cruza la estepa después de haber prendido fuego á las aldeas y degollado á las mujeres.... ¿En dónde está nuestra mansedumbre? Por todas partes, desde que el hombre apareció sobre la tierra, contemplo ruinas y matanza. Divinidad vengadora rige los destinos de las sociedades. Se diría que el exterminio es una ley de nuestra naturaleza.

Y á mi memoria volvieron —recuerdo doloroso que quisiera olvidar para siempre — escenas de barbarie vividas en la guerra civil: en una tarde de lluvia, por el desolado camino en donde humeaban los escombros, mi cabalgadura evitando hundir los cascos en los vien-

tres de cadáveres insepultos; luégo otros cadáveres decapitados, sobre los que se posaban los pájaros de presa, ligadas las manos á la espalda, acribillados de puñaladas, navegando como leños por el río, esplendoroso de luz y teñido de sangre.... Señor! Señor! ¿Quién practica tu Evangelio? Cierto es que fueron los hombres quienes al manso Jesús le cubrieron de heridas, le traspasaron las manos y lo enclavaron en el leño.

Bestia feroz debe de ser el hombre cuando para domarlo se han inventado el fuego, la rueda, los borceguíes, el hambre, el hierro; y luégo el descuartizamiento, el hacha, el palo, la horca, el plomo, la guillotina, la electricidad; cuando para guardarlo se levantan el Saladero, los Plomos, el Spielberg, el Kremlin, la Torre de Londres, la Conserjería, sombrías construcciones de patios siniestros, de torres amenazantes, de bóvedas que lloran, de calabozos que gimen, taladradas de rastrillos de hierro, de angostos tragaluces, de postigos de encina, en cuyos aleros habitan los murciélagos y la muerte en sus celdas.

Ahora me explicaba la sobrehumana energía del Barón de Trenck, el célebre jefe de los Panduros, puesta á prueba en su evasión del

Spielberg; la constancia de Latude, burlando la vigilancia de los carceleros de la Bastilla; el atrevimiento del ingenioso Casanova, quien después de varias tentativas abortadas, huyó de los Plomos — lo que parece imposible — taladrando las murallas, suspendiéndose á los tejados del Palacio Ducal por medio de cuerdas fabricadas en largos años de paciente labor, forzando la guardia debido á un disfraz de jefe de los arqueros, encontrado felizmente sobre una silla del Concejo, y recorriendo luégo á nado buen trecho del Canal, hasta ponerse en salvo en la Giudecca.

¡La libertad!... Preciso es saber lo que ella vale para comprender el martirio de su pérdida; ese suplicio de cada instante de que están empapadas las memorias de Silvio Pellico y la correspondencia de la más infortunada de las reinas, de María Estuardo, al través de sus prisiones desde Sheffield hasta Fotheringay: "....Porque yo he sufrido injurias, calumnias, hambre, frío, la fuga sin saber dónde, caminando noventa y dos millas por los campos sin detenerme. Y he bebido leche agria, y comido harina de avena sin pan, y viajado tres noches como las lechuzas hacia este país en donde por toda recompensa me encuentro

prisionera." El aislamiento es la mayor de las expiaciones. Todo prisionero ha visto flaquear el temple de su alma en las largas noches solitarias, en las horas monótonas, privado de luz, á solas consigo mismo. Quien al derramar las primicias de su sangre puede exclamar como Traseas: "Hagamos esta libación á Júpiter Libertador," sentirá debilitado su estoicismo y conocerá la duda y la melancolía en la soledad de la celda. Porque llega un momento en que la muerte es preferible al abandono, á lo desconocido, al eterno silencio de las prisiones, interrumpido sólo por los nocturnos gritos de los centinelas y por el ruido de los hierros de cerrojos y rastrillos. De tarde en tarde un grito, un lamento distante que se pierde entre las bóvedas como una voz de agonía....

Y evoqué allí — en el corazón de los Plomos — una trágica historia que me fue referida en el recinto de una prisión de Estado, por el alcaide de la fortaleza. Por motivos políticos, en aquellos momentos las celdas y los rastrillos de cierta bastilla americana se encontraban colmados de gentes sospechosas: el agua era insuficiente, y los prisioneros, hacinados en los calabozos, veían pasar los días en-

tre los tormentos de la sed y la perspectiva de un oscuro fusilamiento, en el glacis de la ciudadela. El tifo buscó hospedaje entre las negras murallas: la muerte vino entonces á abrir á los prisioneros la puerta que conduce al cementerio; y los sepultureros no descansaban en la labor de remover la tierra. Ahora bien; la enfermería, así como los rastrillos, eran cerrados en la noche con cadenas, al toque de silencio; y los enfermos morían abandonados hasta el día siguiente, entre los horrores de la sed y los espectros de la fiebre, sin agua y sin consuelo. En una noche, los carceleros cerraron como de costumbre la reja de la enfermería, dejando tres enfermos; dos de ellos agonizantes, el otro en el período del delirio. Sonó el toque de corneta; las voces se apagaron una á una; y la prisión quedó en silencio, sumida en las tinieblas que apenas alcanzaban á disipar vacilantes reverberos de petróleo colgados aquí y allá al través de las galerías, por las que se paseaba el viento. A la media noche sordos lamentos, salidos de las entrañas de la fortaleza, turbaron el silencio de muerte que pesaba sobre los negros bastiones; y esos lamentos seguidos de gritos rabiosos, se prolongaron largamente, sin que los centinelas, que obedecían á la consig-

na, se moviesen de sus puestos; luégo, en la alborada, todo volvió al silencio. La hora llegó en que el carcelero abrió la puerta de la enfermería; entonces retrocedió espantado: á sus pies, entre una charca de sangre, yacía uno de los enfermos, destrozadas las manos, cubierto el rostro de espuma, la garganta abierta por larga y profunda herida; empuñaba una hoja de latón, sin filo y flexible, con que sin duda se había dado la muerte. Los otros dos enfermos habían desaparecido; pero bien pronto se encontraron: en un rincón se veía un haz de miembros mutilados, de entrañas palpitantes, de huesos y de carnes.... Una lámina de latón había servido á la matanza!...

La humanidad engendra el asesinato espontáneamente y al aire libre como las yeguas de que nos habla Plinio, que eran fecundadas por el viento. Roma que tomó de Asia la molicie y de Grecia la filosofía, celebra el triunfo de Trajano sobre los Dacios con la muerte de diez mil gladiadores en las arenas del Circo. Son — según lo observó ya ilustre escritor — las Delias, las Cyntias, las Lydias y las Lesbias, elegantes queridas de los Horacios, los Catulos, los Tibulos y los Propercios, quienes piden su muerte, entre dos palabras de amor, con la

misma mano cuyas blandas caricias, como dice Juvenal, habían cantado las musas. Un sibarita de sangre da esplendor á un banquete haciendo combatir desnudas jóvenes y hermosas esclavas á quienes había amado; y en el salón de la fiesta resuenan los aplausos á medida que van muriendo las combatientes. Todo este pueblo de filósofos y de cocheros del Circo, de hetairas de los templos de Cybeles y de caballeros romanos, está acostumbrado á mezclar el vino con la sangre, las orgías con la inmolación de víctimas humanas. De su seno brotaron las legiones que combatieron con los Alanos, los Cimbros, los Vándalos y los Hunos, guerreros á quienes la leyenda hizo nacer de la unión de las brujas y de los demonios. ¡Cuántas saturnales de sangre durante esta larga lucha de los Bárbaros contra Roma! Plutarco nos pinta á las mujeres de los Cimbros, vencidos por Mario, desmelenadas y sangrientas, matando en los carros de combate á sus padres, sus hijos, sus maridos y hermanos, estrangulando á los niños ó arrojándolos bajo los cascos de los corceles, y apuñaleándose luégo. Los Alanos enjaezaban sus caballos con pieles de cadáveres, y los Sajones cantaban ferozmente: "Combatamos!" Las águilas y

los pájaros de presa lanzarán gritos de alegría; gemirán las vírgenes, pero nosotros sonreíremos á la muerte!"

En los tiempos modernos el mundo entero ha oído el gran lamento de dolor lanzado por Armenia oprimida; y ha visto las hordas de soldados Kurdos tomando á sangre y fuego indefensas aldeas; las degollaciones de mujeres y niños, los suplicios no imaginados infligidos á campesinos inermes á quienes se les rompen los huesos, se les sacan los ojos y se les quema con hierros enrojecidos. Macedonia y Armenia yacen crucificadas ante Europa, que impasible contempla las hecatombes del moderno anfiteatro.

En Rusia, el knout hace saltar la sangre en la espalda desnuda de los forzados de Siberia. En Sudán, los soldados ingleses—crueles dominadores de los Cypayos,—fusilan á mansalva tribus enteras de indígenas. En China, los pavos reales se alimentan con las carnes de los supliciados, hoy enterrados vivos, mañana devorados por las ratas, en todo tiempo sometidos á tormentos de una depravación excepcional, que prolongan la vida entre dolores de complicado refinamiento.

Las cárceles del mundo llenas están de ase-

sinos y envenenadores. El cadalso se levanta para escarmiento de los anarquistas que pretenden cubrir el mundo de cadáveres. Pero el puñal y el hacha, la dinamita y la guillotina, el arsénico y la horca, el verdugo y la víctima, cantan lúgubremente el mismo himno triunfador á la Muerte.

El hombre rinde culto á la destrucción. Él conoce la voluptuosidad de verter la sangre, más ó menos velada por la educación, más ó menos manifestada por circunstancias especiales, pero su instinto ciegamente lo lleva al asesinato, llamado heroicidad en la guerra y homicidio más ó menos punible cuando se infringen disposiciones penales. ¿Por qué el hombre que toma á saco una aldea y degüella las mujeres y mancilla las vírgenes y fusila los prisioneros contra el muro del cementerio, no sube al cadalso como el amante que clavó el puñal en el pecho de su querida, con razón ó sin ella?...

La luz agonizaba al través de la enrejada claraboya de la prisión. Era hora de retirarme de los Pozos. Al salir, invadido por lúgubres pensamientos, vi grabada en la oscura piedra esta inscripción, último lamento de un infortunado abandonado de los hombres:

"BEATI MORTVI QVI IN DOMINO MORIVNTUR"

MONTE CARLO

Junio 12.

Después de llevar á efecto el más hermoso viaje que un poeta pueda soñar — la excursión en Alemania — el tren, hace media hora, me ha dejado en Monte Carlo.

¿Por qué he abandonado á París y en vez de seguir á Trouville, á Dieppe ó á Ostende, como tántos de mis amigos, he escogido este lugar, olvidado ahora por causa del estío, para pasar una semana? No lo sé; quizás no quiera emprender el viaje hacia "el país de la muerte y el olvido" sin ver de nuevo, y quizás por la última vez, el panorama, único en el mundo, de la rada de Mónaco y de la Costa Azul.

Al descorrer las cortinas de mi aposento, cuyas rasgadas ventanas caen sobre los jardines del Casino, he reconocido el paisaje. Nada ha cambiado aquí desde mi anterior visita: el

mismo cielo inundado de luz, el mismo mar apacible como un lago, las mismas palmas que se empinan para divisar, por sobre el cristal del Mediterráneo, sus hermanas de la costa africana.

Las vertientes de los Alpes, incrustadas de rocas violetas, amarillas, rosadas y blancas, en donde como palomas morenas anidan villas moriscas y palacios barrocos, se envuelven en una gasa de oro que vela su desnudez de piedra coloreada: mosaico de amatistas y lapizlázuli en donde prenden los arbustos sedientos.

Aquí y allá, en dondequiera que se haya arrojado un puñado de tierra vegetal, se divisan parches de frescura y lozanía tapizados de magnolias y camelias, de laureles cuajados de flores, de naranjos que embalsaman el aire y de jazmines que se enredan á las columnas de mármol de las residencias de invierno: se dirían esmeraldas incrustadas al azar sobre un bloque de jaspe.

Viena tiene su Prater, Berlín su Unter der Linden, Londres y París tienen á Hyde Park y el Bosque de Bolonia: el mundo tiene á Monte Carlo, jardín incomparable en donde la mano del hombre ha embellecido la naturaleza, si acaso es posible embellecer este paisaje que bajo

el cielo de Italia posee la luz de Egipto, los perfumes de Andalucía, los abismos de Suiza y las flores de Francia; sitio el más agreste y pintoresco de la Costa Azul, en donde yacen Cannes, Niza, Villafranca y San Remo, que los antiguos hubieran comparado á ninfas enlazadas por la guirnalda de rosas del camino de la Riviera que bordea el Mediterráneo y se prolonga hasta Génova, la ciudad de los mármoles y las flores.

Monte Carlo yace ahora desierto. La turba cosmopolita y elegante que en invierno lo inunda como irrupción de golondrinas y mariposas, huyendo del estío ha emigrado hacia las costas de la Mancha.

Desde mi balcón observo las enarenadas avenidas de los jardines. Dos mujeres, elegantemente vestidas de crespón blanco, descansan á la sombra de las palmas; duermen los cocheros en los elevados asientos de las victorias; los guardias civiles, de pantalón blanco y levita azul, se pasean á lo largo del vestíbulo del Casino que destaca sus torres moriscas contra el cielo turquí, como un edificio de Oriente. El mar, el inmenso mar azul con su franja de espuma, se pierde entre la bruma luminosa del horizonte, hacia el lado de Italia.

Todo yace dormido. Apenas la brisa balancea las hojas de las palmas y refresca la atmósfera, cargada de color y de luz, en donde flotan perfumes de blancos azahares y de algas marinas. Ningún ruido turba el silencio de la moderna Capua, á donde de todos los puntos de la tierra se acude en busca de nuevas sensaciones y de olvido.

Los acordes de una música han roto el encanto del silencioso paisaje: en el Café de París la orquesta preludia el *Intermezzo de Cavallería*.

La tarde se aproxima. El azul del cielo se hace más profundo; las torres del Casino se dibujan entre un celaje ligeramente rosa; en las villas lejanas empiezan á encenderse luces que, contra la mancha violeta de la montaña, brillan como piedras preciosas. Se diría una noche de Egipto.... ¡Oh, la embriaguez de Monte Carlo y de Oriente hecha de luz y de danzas, de perfumes y músicas!

Junio 13.

Por capricho hoy he tomado el lunch en un muy humilde café de Mónaco; pero desde cuyo comedor, situado al aire libre bajo una tolda de enredaderas florecidas, se disfruta del panorama del mar abierto y de la costa

de Francia, que se pierde entre la bruma luminosa, hacia el lado de Niza. Las lejanas montañas del Var se confunden con las nubes.

Absorto en la contemplación de este mar y este cielo, no puedo menos de evocar el contraste con el paisaje de Alemania. Los viajes son imagen de la vida: á los días oscuros suceden las horas bonancibles; tras de las tempestades interiores luce de nuevo el cielo azul y el rayo del sol que nos alegra. A los celajes melancólicos del Elba y del Rhin, á la poética Lorëley y á los cisnes del Elster, han sucedido los palmares y la roca de oro de Mónaco; á las callejuelas estrechas del viejo Nuremberg, pobladas de recuerdos de Durero y encerradas dentro de desvencijados edificios medioevales sobre las que se levantan los oscuros campanarios de San Sebaldo y San Lorenzo, han sucedido las amplias avenidas, los palacios y los pórticos modernos; á las ahumadas cervecerías de Leipzig y de Frankfurt, en donde los estudiantes, entre báquicos cantos, apuran el kopal rebosante, ha sucedido el Café de París, claro y riente con sus macetas de hortensias y sus mesas de mármol en torno de las cuales, á los acordes de la orquesta, en la noche se aglomeran las tualets estivales de

las reinas de la moda; á la febril actividad de Bremen y de Hamburgo ha sucedido el voluptuoso *far niente* de la Pompeya pagana; y á la catedral de Colonia, el más bello poema de la arquitectura del Renacimiento — en donde entre la velada claridad que llueve al través de las emplomadas vidrieras de colores el alma comprende el éxtasis de la creencia,— ha sucedido este otro templo, también silencioso y magnífico, en donde se rinde culto al omnipotente dios moderno: el oro.

Desde mi asiento diviso el elevadísimo muro de piedra blanca en que se apoya la terraza del Casino. ¡Cuántos infortunados, en el desastre irreparable de un último esfuerzo, han venido á buscar aquí, y encontrado en la muerte, el supremo remedio á su desesperación!

Y qué importa?... Se limpiará la sangre del pavimento, como en los juegos circenses; y olvidadas del gladiador vencido, coronadas de rosas las hermosas hetairas, danzarán en la noche al resplandor de las antorchas.....

5 de la tarde.

He pasado dos horas en el Casino. La concurrencia no es numerosa; pero los asientos de las cuatro mesas de ruleta—las de trein-

ta y cuarenta en verano se abren sólo en la noche—están ocupados, y preciso es permanecer de pie á espalda de los jugadores.

¿Cómo pintar la expresión de algunas miradas, la rabia de algunas manos, la avaricia de algunas sonrisas, entre el esplendor de los salones? Hay allí damas inglesas que pierden indefinidamente una pieza de oro apuntada sobre un mismo número; jóvenes que vacian tres, cuatro, diez veces el portamoneda de mallas de plata sobre el tapete verde; tipos indefinibles que, sujetándose á un plan trazado de antemano, ríen triunfales si ganan y se roen las uñas en las series adversas; impasibles que, con una sonrisa de desprecio, se retiran á fumar un cigarro y beber una naranjada helada, lo mismo que hayan guardado entre el tarjetero veinte billetes de á mil francos ó perdido puñados de luises al punto de pase ó al impar; bonitas muchachas que tímidamente juegan una pieza de cinco francos después de consultar su cuaderno de combinaciones; jugadores de oficio, cuyos ojos brillan como carbunclos y cuyas manos nerviosas, consteladas de brillantes, agarran temblando el dinero, si ganan.

Allí he visto labios crispados, ademanes coléricos, pupilas dilatadas como las de los epilépticos, clavadas sobre la pequeña bola negra que rueda dentro del círculo de la ruleta y que al detenerse pondrá fin á la emoción de aquella turba febril, elegante y angustiada, que sobre la tarjeta marca con el alfiler de acero los locos caprichos de la suerte.

Pero la bestia humana no se manifiesta allí en toda su desnudez; se sonríe y no se habla. Si se permitiera gritar, se oirían gritos que helarían la sangre. En cambio, hay crispaciones rápidas y horribles, manos que se hunden entre los cabellos, dedos que se enredan y se estrujan como víboras, uñas que se clavan en las carnes, miradas de súplica que infunden compasión.

Un detalle cómico ú horrible: un viejo exangüe y nervioso, que jugaba cinco mil francos á cada nueva vuelta, y apuntaba al negro en una serie roja, al llevar perdidos treinta mil francos se había clavado la palma de la mano izquierda con el alfiler con que marcaba el rumbo del juego. Advertimos su inconveniencia por el hilo de sangre que manchó el tapete y el oro.

No sé por qué razón el espectáculo de las

mesas de juego ha traído á mi memoria el recuerdo de las corridas españolas de toros. ¿Es acaso el brutal egoísmo el sutil hilo de araña que liga estas dos sensaciones: la contemplación de la sangre y el azar de la suerte?...

He arriesgado pequeñas sumas y, como es natural, después de diversas alternativas, he perdido.

Al retirarme, he visto en una mesa de ruleta una mujer que me ha interesado vivamente: esbelta, en extremo elegante en su sencilla ¡tualet de crespón crema de la China, joven y fresca como una de las rosas naturales que adornaban su sombrero de paja. Sus ojos hermosísimos: risueños y llenos de luz como las pupilas de un niño.

¿Quién es?... De antemano adivino que existe una diferencia entre esta mujer y el resto de palomas viajeras que en toda estación inundan las poblaciones de recreo y de baños.

Quizás mañana tenga ocasión de hablarla....

Junio 14.

Las primeras horas del día las he ocupado en recorrer la parte alta de Monte Carlo y la baja de la ciudad de Mónaco, deteniéndome á intervalos para admirar un ángulo del paisaje, el interior de una villa, ó para seguir, sobre

las azules y tranquilas aguas del golfo, la estela de un yate de recreo que se aleja hacia Nápoles ó Sicilia.

Las calles continúan desiertas. El termómetro ha subido cinco grados. Una que otra muchacha atraviesa la calle, la cabeza cubierta con un pañuelo de colores; á lo lejos un grupo de extravagantes monegascos, el poblado y negro bigote retorcido, á la sombra del blanco paraguas, se alejan balanceando el talle hacia el vecino café, en donde, en tanto que apuran una copita de jugo de mandarina, anotarán la población flotante y se informarán de la crónica del Casino.

Si en España, durante la temporada de las corridas de toros, la atención general se fija en Guerrita y Mazzantini, aquí, en toda época, el imprescindible círculo en donde se agitan las ideas se concreta á las incertidumbres de la ruleta ó la baraja. Hoy se ha anunciado la aparición de un griego, poseedor de infalible sistema para adivinar las series en el treinta y cuarenta.

Al medio día he entrado en el Casino. Sólo se escuchan las voces de los croupiers y el retintín del oro.

—¡Rouge gagne, couleur perde!...

Los sirvientes circulan sin ruido por entre la recogida concurrencia, y las pisadas se amortiguan en el luciente pavimento, incrustado de maderas preciosas.

El vastísimo salón, discretamente iluminado por rasgadas ventanas cuyos vidrios de colores caen sobre los jardines y sobre la terraza, desde donde se contemplan los racimos de palmas y el mar azulado, se diría invernadero en el cual se exhibieran las más raras orquídeas y los crisántemos de matices más delicados: tanto así las tualets femeninas son vaporosas y multicolores; todo es rosa, lila, blanco, crema ó verde pálido.

Me disponía á tomar asiento, cuando un caballero de edad, correctamente vestido, el ojal adornado con una pequeña cinta roja, me llevó aparte, al antepecho de una ventana.

—¿Piensa usted jugar hoy?—me dijo cortésmente.

—Es muy posible....

—Le aconsejaría no lo hiciera.

Como comprendiese mi sorpresa:

—¿Usted cree en la gettatura?—me preguntó.

Aún más sorprendido,

—No sé.... He oído hablar de ella. Pero ignoro á qué pueda usted referirse.

—Bien, le contaré. Existe en estos momentos en la sala un gettatore....

Yo no sabía si reír ó fruncir el ceño.

—¿Quién es?

—Allí lo tiene—dijo mi interlocutor señalando hacia un extremo de la sala.

Vi entonces una especie de papagayo blanco, medio oculto entre la sombra; una vieja á lo Dickens que, efectivamente, nos observaba con redondas pupilas de buho, pero que me pareció inofensiva.

—Varias personas, víctimas de los ojos de la bruja, han observado la insistencia de su mirada. Ha sido mi señora quien me ha indicado aconsejara á usted el no jugar, á lo menos por hoy....

Le di las gracias sonriendo, y me separé.

Al dirigirme hacia la puerta encontré á mi dama de ayer. Vestía un traje gris perla, cuyo corpiño le aprisionaba el busto como una coraza. Su sombrero rojo, adornado de rosas, encuadraba el óvalo de su fisonomía, de tinte tan fresco como el de las anémonas silvestres. Una azalea se ocultaba entre los rizos de sus negros cabellos, viñeta que ilustraba la estrofa de Carducci:

Fra le tue nere chiome, o bianca Lidia,
Langue una rosa pallida....

—¿Ha ganado hoy, señorita?—la dije deteniéndola.

Ella me miró un instante.

—No he jugado; he preferido pasear. ¿Y usted, ¿adónde va?

Entonces la conté riendo el encuentro maravilloso que acababa de hacer de un gettatore, y el consejo que había recibido.

—No ría — me dijo. Aun cuando contra la razón, la gettatura es un hecho evidente.

Y con infantil ingenuidad, muy seriamente, me ha contado historias de espejos rotos, enfermedades repentinas y desastres ocurridos por causa de la gettatura á amigos y á personas de su familia.

—Pero existe un remedio. Mañana le obsequiaré, si lo permite, un amuleto. Así nada alcanzará la vieja contra usted; esté seguro.

Inconscientemente hemos salido de la sala de juego á pasearnos en el grandioso vestíbulo de descanso. He sabido entonces que su nombre es el de María Marchi, actriz, nacida en Venecia de madre española y que espera viajando llegue el momento de partir para Viena, de acuerdo con su contrato, en donde cantará durante la temporada de otoño.

Ella, como yo, acaba de llegar á este lugar,

en donde se encuentra sin relaciones. La comunidad de raza y de idioma ha establecido entre nosotros una intimidad que me prometo será mayor en futuras entrevistas.

Con un cordial apretón de manos nos hemos separado, citándonos para el día de mañana.

Junio 15.

A la hora indicada me encontraba de codos en mi balcón aspirando con delicia el viento fresco del mar. De pronto una sombra clara, guarecida del sol por una sombrilla roja de encajes, ha cruzado los jardines tocando apenas el piso con la punta de sus botinas blancas. Es María.

—¡Buenos días, señor madrugador! Baje, que tengo una idea.

—No lo creo—la dije riendo.

—No discutamos, que no es propio que una mujer hable desde la calle con un hombre.

—Pero, ¿por qué no sube, María?

—¡Qué galante está usted hoy, señor! Exclamó en una carcajada alegre, como un rayo de sol. Baje, que vuela el tiempo!

Después de estrecharla la mano:

—Aquí tiene — me dijo presentándome un

pequeño dije de coral engastado en oro — lo que prometí á usted ayer. Cuando sienta que la vieja lo mira, — porque esas cosas se sienten,— apriete el amuleto entre la mano; así quedará usted libre de la gettatura.

—Perdón — la dije. ¿También me librará de su influencia?

—Pierda cuidado; ni soy fea, ni tengo los ojos grises. Pero cuénteme: ¿cuál es su programa?

—Primeramente almorzar; y espero que lo hagamos juntos.

—Convenido; pero no en Monte Carlo.

—En dónde?...

—En la Turbia.

—Brillante idea!

—Bravo! exclamó gozosa. ¿Se convence usted que yo también puedo tener ideas, como cualquier hombre?

En pocos minutos una de las elegantes victorias urbanas, al trote largo de los caballos, nos llevaba hacia los afueras de la ciudad, camino de Mentón.

Sólo en Suiza puede verse un camino tan pintoresco como el que recorremos. Pero en Suiza falta el mar, y aquí el Mediterráneo se extiende á nuestros pies como un manto de

terciopelo azul, rizado por la brisa de la mañana, salobre y fresca, que hasta el fondo de los pulmones lleva un hálito de juventud y de vida.

El camino, terso como una cinta de mármol, se eleva poco á poco sobre el mar, siguiendo las sinuosidades del promontorio. A uno y otro lado se levantan, como joyeles de cristal coloreado, los grupos de villas abrigadas del sol bajo el boscaje de laureles y mirtos, y que contra el cielo azul destacan las balaustradas de sus blancas terrazas. Abajo, entre la línea de espuma que marca el límite de las olas, se balancean los barcos pescadores con velas hinchadas como alas de cisnes. Por todas partes en la profundidad se divisan techos rojos, jardines, muros blancos que reverberan al sol como láminas de plata, pequeños cuadros cultivados en donde pacen los rebaños. Se piensa que todo aquello es artificial, capricho de los genios ó decoración tendida para servir de escenario á una ópera pastoril, en donde al són de las flautas cantasen sus amores Oberón y Titania.

A la altura de Mentón, que inclina sobre el agua el conjunto de sus alegres edificios, el camino, elevándose más y más sobre el golfo,

tuerce bruscamente hacia Mónaco. El paisaje ha cambiado: se bordean profundos abismos, barrancas rojizas en cuyo fondo se aglomeran los guijarros, grupos de polvorosos arbustos que se agarran á las rocas. De trecho en trecho pobres viviendas que sobre la peña se encaraman para contemplar el lejano anfiteatro de la rada de Mónaco; carretas cargadas de bloques de granito que descienden lentamente conducidas por caballos empenachados de rojas borlas; labriegos que, en la boca la pipa, la azada en la mano, labran con dificultad la tierra estéril.

De pronto atravesamos á Roche-Brune, conjunto de habitaciones inverosímiles que se empinan sobre las rocas, como nidos de águilas. El camino es menos pendiente; á lo lejos se divisan las primeras casas de la Turbia y las ruinas de su torre romana, que se destaca contra el cielo turquí como la aguja de un fanal.

Hemos llegado y decidido almorzar en la terraza de un parador, desde donde divisamos el panorama de la costa. Los escasos comensales contemplan con asombro la elegante tualet de mi compañera. La moza que nos presenta los platos, sin duda acostumbrada á ser-

vir á los empleados de la comuna, repite á cada momento:

—La señora excusará la vajilla. El señor excusará el vino: no hay otro mejor....

Pero la vajilla nos parece bonita con sus ramilletes de miosotis, y el vino excelente: ambos permanecemos absortos en la contemplación del soberbio paisaje que á nuestros pies se extiende en forma de anfiteatro cuyos extremos se apoyan en Francia y en Italia, desde Cannes hasta Ventimiglia.

Luégo, embriagados de color y de luz, recorrimos las callejuelas de la Turbia, escalámos las ruinas y llegámos por escarpada vereda hasta una roca gigantesca suspendida sobre el abismo. A nuestros pies se dilataba el espléndido panorama del principado de Mónaco, del mar, que brillaba como lámina de oro líquido, y de las dos más agrestes y pintorescas provincias de Francia é Italia: el Var y el antiguo Milanesado; paisaje sólo comparable al divisado desde la basílica de Superga, en Turín, sobre los Alpes suizos y los campos de Piamonte, ó al que se domina desde la Cartuja de San Martino sobre la campaña feliz y el golfo napolitano.

Allí permanecimos en silencio, media hora

quizás, la mirada perdida sobre el inmenso horizonte azul.

Entre la grandiosa severidad del paisaje, María se me imaginó como fresca flor de los campos. El viento acariciaba los rizados cabellos de su nuca, de piel tan suave como la de los pétalos de una rosa.

—En qué piensas?...—la dije de pronto, tan de cerca que vi su pupila salpicada de pequeños puntos negros, como de gotitas de tinta.

—Pienso—murmuró como si despertase de un sueño—en que la vida es dura, aun cuando alcancemos el amor y la gloria. Quisiera morir, pero aquí, en este sitio, como estamos ahora.....

Junio 16.

Hoy me encontraba con María en los jardines florecidos que caen sobre el mar y circuyen el Casino, cuando uno de los sirvientes del hotel me entregó una carta.

La letra me es desconocida; pero el sello me dice que viene desde el lejano país en donde nací, y al que me liga el recuerdo de una madre que me espera.... La carta es de una mujer, cuyo perfil, mil veces visto, he luchado en vano por reconstruír. ¡Oh, la ingratitud de

nuestra memoria, sinónimo de olvido! ¡Oh, el desván en donde hacinamos los recuerdos, tan oscuro é impenetrable que todo allí se baraja y esfuma en monstruosa confusión!

Cómo es su sonrisa? ¿Cuál era la expresión de su mirada, cuando también en otro jardín, veíamos llover la luz de la luna por entre las ramas de los árboles? ¿Fue sueño el que en una noche de Diciembre en que la pasión flotaba entre la vaporosa claridad de los campos, marchábamos lentamente, por una oscura y larga avenida de sauces? Es posible....

—¿De quién es la carta?—me preguntó María.

—De un amigo,—la dije.

Ignoro qué leyó en mi mirada; pero tomándola vivamente la rompió en pequeños pedazos que, como pétalos de una rosa blanca, volaron con el viento.

Junio 17.

He visto cumplirse hoy dos acontecimientos dramáticos, de diversa índole.

Al medio día me encontraba ante una de las mesas de ruleta, cuando un gran grito, rápido y vibrante, resonó en los jardines. Se corrió á las ventanas. En la balaustrada de la peña que cae sobre el mar se aglomeraban los

curiosos: era que un joven italiano acababa de lanzarse al vacío y se había estrellado entre las piedras y los cactus del fondo. Un estremecimiento de terror circuló entre la concurrencia cuando se conocieron los detalles del suicidio; espasmo que duró sólo un instante y que ahogó la musical voz del oro y el incesante grito de los croupiers:

—Messieurs, faire le jeu! Rien ne va plus!...

Partió también un joven y elegante matrimonio, bien conocido en los salones del Casino. Se hablaba de pérdidas enormes, de una escena violenta ocurrida la noche anterior, en que el marido, por una cuestión de dinero, abofeteó á su esposa delante de los criados del hotel. Los vi en la estación del ferrocarril: ella hermosa, él distinguido; pero el desastre batía las alas sobre sus cabezas.

El diario éxodo de la población flotante de Monte Carlo, es, para un observador un poco atento, espectáculo del más variado interés. Nadie aquí puede afirmar que su permanencia se prolongará determinado número de días: de uno á otro instante aun el más frío jugador puede verse obligado á comprar á toda prisa su tiquete de ferrocarril y á huír, quizás para siempre. Desde hace cinco días

he visto llegar y desaparecer decenas de personajes cosmopolitas que se han instalado para una temporada y que sólo permanecieron una noche en los jardines de Armida. Ayer mismo á un joven é incauto abogado de París, quien de paso para Francia perdió en dos noches una fuerte cantidad, solicitada por telégrafo, tuve que ayudar para que continuase su viaje. Decía filosóficamente que su mala suerte había querido aumentar la suma que de antemano presuponía invertir en el sostenimiento de los príncipes de Mónaco.

—Además—añadía riendo—no me parece excesivamente cara la pensión de diez mil francos diarios, por vivir en Monte Carlo.

Pero no todos los que el juego arruinó miraron el infortunio con igual escepticismo; mil veces los empleados de policía han recogido en la playa cadáveres destrozados, y cubierto con arena las huellas de la sangre en los pavimentos.

En todo esto hay mucho de cómico y mucho de trágico: del trágico que hace reír, del cómico que hace llorar á quien observe de cerca las aflicciones y las alegrías de los hombres.... Miseria!..,

Junio 16.

No sé si en los tres últimos días he vivido un minuto ó un siglo; sé solamente que se puede condensar en una hora la historia de cien años: porque vivir es sentir.

Alguien ha dicho que llegar demasiado pronto á las más altas sensaciones de la vida, puede que sea sembrar para lo futuro el hastío y la tristeza. No lo creo. Hay emociones que son como antiguas monedas de oro que enriquecen nuestro museo interior; raros ejemplares adquiridos aquí y allá al través del mundo al precio del amor ó del atrevimiento, y que marcan las etapas del camino. Preciso es llevar al invierno de la vida un rayo del sol de primavera. ¡Oh, los desdichados que habitaron entre las sombras, esclavos y mineros que no conocieron ni los cielos profundos, ni los mares azules! He visto en alguna parte un cuadro, imagen de la desolación: una llanura sin límites; cae la noche entre un celaje de cobre, y el viento de agua inclina los gajos de los arbustos moribundos; como única nota de vida, un viajero—extraviado seguramente—sigue un rastro al través de la muerta campiña, jadeante bajo el peso de su carga. ¡Cuánto de simbólico encierra esta pintura! ¡Cuántos

hombres pueden en ella ver la historia de la vida; reconocerse en el desamparado caminante que cruza la estepa, mientras las nubes se arremolinan en lo alto!...

Mañana diré adiós á Monte Carlo. Un telegrama me obliga á partir á New York. Después de una semana de descanso, de silencio y olvido, preciso será contagiarme de nuevo de la febril actividad de la incomparable metrópoli.

—¡Rouge perd, couleur gagne!

Este grito, repetido cinco veces por el croupier de la mesa de treinta y cuarenta — la mesa rey y aristocrática del Casino — me ha dado algunos centenares de francos de utilidad.

De pronto dos manos finas y blancas se posaron en mi hombro.

—Es locura continuar — me dijo María.— Salgamos....

Apoyada en mi brazo descendimos la escalinata de mármol del Casino.

No he visto tarde más hermosa: aletargado el viento; el cielo de zafiro, manchado hacia occidente por pálidas tintas de naranja; las libélulas encendían sus fanales para reconocerse entre las flores; y un aroma sutil, el

aliento de la tierra dormida, saturaba el ambiente, convertido en polvareda de oro. Se encendían las lámparas en el Café de París y la orquesta, situada al aire libre, preludiaba la introducción de unos valses brillantes.

Acabamos de comer. María ha ido á variar de traje, pues hemos proyectado una excursión hasta Niza, aprovechando la infinita calma de la noche. Mi amiga ha dejado olvidado sobre la mesa su abanico de marfil y encajes, adornado con flores pintadas á la acuarela. Absorto en la etérea contemplación del paisaje, sugestionado por los acordes de la orquesta que á mi memoria trajeron en sus alas la evocación de cosas tristes y muertas, pensaba en que el hastío es la enfermedad de quienes no conocen los pesares, cuando de pronto, al ver el abanico abandonado, me asaltó un pensamiento doloroso y loco: "¿Se habrá ido para siempre?..." y á mi memoria volvió el recuerdo de una pequeña historia inexplicable, ocurrida en uno de mis viajes á Londres.

Por excepción, aquel día el Canal estaba menos picado que de ordinario; lo que no impidió que pocos minutos después de habernos alejado de Calais, el mareo atacase á una jo-

ven, quien, envuelta en largo capote escocés, se encontraba á mi lado. Ella viajaba sola.

Condolido de su situación, descendí al bar en busca de naranjas y de una copa de champagne, que pocos instantes después hube de ofrecerla. No sé si las frutas y el vino la aliviaron, pues creo que no volvimos á hablar hasta cuando, ya en Dover, nos encontramos frente á frente en el vagón que nos llevaría á Londres. Durante la travesía hablamos de mil cosas indiferentes que no me dieron ninguna luz ni sobre su situación ni sobre su vida. En la estación Victoria me manifestó su agradecimiento y me dijo su dirección, que olvidé luégo. En los días siguientes recordé á la desaparecida con la vaga memoria de tántas fisonomías que en el trajín de los viajes no sabríamos decir si han sido vistas en un tren ó en un museo. La casualidad quiso que al entrar en cierta ocasión á uno de los mil establecimientos de té, servidos por mujeres, que pululan en la City, la encontrase de pronto. Sintiéndome casi alegre por la inesperada entrevista, estreché su mano y tomé asiento á su lado. Me llamó la atención la severidad de su elegante tualet, y luégo cierta reserva, cierto misterio en su sonrisa, que atribuí á femenina

coquetería. Sobre la mesa de mármol se encontraba abierto el programa de los teatros; y como en el curso de la conversación me manifestase deseo de asistir al estreno de un balé: *Beauty and the Beast*, que se verificaría en la noche en Alhambra Theatre, me creí autorizado para ofrecerla mi compañía, la que fue inmediatamente aceptada. A la hora fijada nos encontramos en el lugar de la cita. Nuevamente me sorprendió el refinado gusto en su vestido, y quizás por la primera vez observé que su boca era fresca y carnosa, y húmedos sus ojos, de un azul de acero. Durante los entreactos aprecié su ilustración musical y su educación artística; me dijo ser apasionada de Liszt, y prometió que más tarde la oiría interpretar sus rapsodias. La representación terminada, la invité á cenar en un salón del Criterion. Su rico abrigo de pieles quedó colgado en el vestíbulo. Hasta nuestro comedor llegaban los acordes de la orquesta, amortiguados por el espesor de los tapices. Sobre la mesa colocó sus guantes blancos y su tarjetero de piel de Rusia, adornado con un trébol en esmalte. El champagne la había coloreado ligeramente las mejillas. A la segunda copa desprendió de su seno un pequeño ramo

de violetas blancas y me lo obsequió con la misma sonrisa enigmática que ya había observado.

—¿Conoce usted á Gounod?— me preguntó de pronto.

—Sí,—la dije.—Sin contar á *Fausto*, conozco su ópera *Filemón y Baucis.*

—Justamente. ¿Recuerda la danza de bacantes?

A mi respuesta negativa,

—Es mi trozo favorito — exclamó.— Si pudiéramos conseguir que lo tocase la orquesta!

—Nada tan sencillo como llamar al sirviente....

—No,— dijo poniéndose de pie.— Yo misma hablaré con el director.

Y salió vivamente.

Los minutos pasaron. Sobre la mesa la esperaban sus guantes y su tarjetero. Quizás trascurrió media hora: mi compañera no volvía. Entonces toqué el botón eléctrico. El sirviente apareció.

—¿La señora?

—No sé, caballero.

—Infórmese con el empleado del guarda ropa.

El sirviente entró de nuevo.

—La señora retiró su abrigo y partió en coche con una compañera.

—Quizás vuelva....— me dije.

Y esperé hasta dos horas. Abrí entonces su billetero: en él encontré una guedeja de pelo rubio, largo y sedoso, y tres libras esterlinas en monedas de oro.

Al volver la esquina de Piccadilly tropecé con una pobre mujer que tiritaba de frío: la obsequié los guantes. Las piezas de oro, reducidas á monedas de plata, las he ido dejando como limosnas, al través del mundo, por dondequiera que me ha llevado mi fantasía, y el ramo de violetas lo conservo como recuerdo de aquella mujer enigmática, cuyo nombre y cuyo secreto ignoraré siempre.................

....

Una victoria descubierta se detuvo en el vestíbulo del Café de París. Era María. En pocos momentos el carruaje, después de haber descendido la colina de Monte Carlo, nos llevaba velozmente hacia Niza por el camino que, bordeando el mar, avanza hasta Marsella á lo largo del Mediterráneo.

Es tarde. El camino desierto. La noche tibia y azul, iluminada por millares de estrellas que tiemblan en el firmamento por entre

los gajos de los olivares que sombrean el camino. Aroma, mezcla de lilas, narcisos y geranios, satura el ambiente adormido. El rumor de las olas añade una nota melancólica al encanto del paisaje, que se diría bañado en claridades de crepúsculo.

A nuestra izquierda la gran mancha oscura del mar se disuelve y confunde con la mancha del cielo, divididas en la distancia infinita de las aguas por claridad fosforescente que se dilata en semicírculo á lo largo del horizonte.

En silencio, sintiendo el frote del cuerpo de mi compañera, una sensación de bienestar, de éxtasis puramente físico, se apoderó de mi imaginación y de mis nervios, aumentada por el ritmo del mar, por el perfume de las rosas de los jardines vecinos, por la brisa fresca de la noche que nos envolvía como en una caricia. Y sus manos entre mis manos, cerré los ojos para gozar mejor de la realización de pasadas ambiciones. Tres años hace que habité en Niza durante la temporada de invierno. Entonces me complacía en prolongar mis excursiones hasta las islas Lérins, desembarcando en Santa Margarita para contemplar de cerca la fortaleza célebre en donde fueron encerrados Bazaine y la Máscara de Hierro.

¡Cuántas veces de regreso á Niza, ante el dramático espectáculo del incendio del horizonte y de la explosión de las nubes en mil colores diversos, cuando el lejano Esterel se diría bloque de lava candente y el mar cubierto de pétalos de rosa, soñé en la mujer delicada y romántica que todo hombre lleva dentro de sí, como en un relicario!

Al trote largo de los caballos cruzámos á Beaulieu, la región de las rosas y de las mandarinas. Las calles solas. Una que otra luz se filtra por entre el enrejado de las celosías. A lo lejos se escuchan los acordes de un piano.

Defendido del mistral por roca gigantesca y de los vientos del océano por el cabo Ferrat, Beaulieu, con sus casas de arquitectura italiana, es la estación más silenciosa y pintoresca de la Costa Azul. En Junio, sutil aroma de flores y de frutas embalsama sus jardines. Desde los que se avecinan al camino de la Corniche se divisan los perfiles violetas de las montañas de Grasse, las nieves de los Alpes y por sobre los bosques de olivares y el mar azul, en las mañanas luminosas, las costas vaporosas de la Córcega. Entonces, cuando la brisa marina canta entre las hojas de los mirtos, este sitio da la sensación de un paisaje de Grecia.

La victoria ascendió la colina que domina á Villefranche. En el fondo, sobre la sábana azulada de la bahía — lago encerrado entre las costas de Beaulieu y de Eza — se encendían lejanas luces rojas y verdes que en la oscuridad resplandecían como lámparas de colores. En un campanario distante el reloj dio las once con voz musical y profunda. Un grupo de palmas que levantaban su cimera por sobre un muro blanco, prestó al paisaje delicioso sabor oriental, ilusión que aumentaba la trasparencia de la noche y las esencias de los jardines. Los árboles de judea, por sobre las vérjas de los parques, mecían sus ramas cargadas de rojas flores; y el negro follaje de las encinas, albergue de jilgueros y mirlos en veinte leguas á la redonda, se dibujaba confusamente contra la débil claridad del cielo.

En un momento en que el carruaje se detuvo, una ola de armonía llegó hasta nosotros. En una villa inmediata, preciosa voz de barítono, acompañada en el piano, cantaba la más popular de las canciones napolitanas: "*¡O sole mio!*"

—Escúcha.... — dijo mi compañera oprimiendo mi mano.

La voz enmudeció con la suavidad con

que se extingue un perfume, en tanto que el piano prolongó su acompañamiento por algunos segundos.

—Esa canción —dijo mi amiga— me ha traído mil recuerdos de infancia y de mis primeros estudios. ¡Qué lejos está todo ello!...— añadió en un suspiro.

Y en voz baja primero, luégo dando toda su amplitud á las notas, mi amiga interpretó los mejores trozos de *Mignon* y de *Cavalleria*. ¿Cómo dar idea de su talento? Entre la decoración de la noche estrellada, en tanto que volaba la victoria por la ribera del más hermoso mar del mundo, me pareció que su voz había alcanzado una expresión que hasta entonces no había conocido en ningún teatro.

—No sé....— respondió á mis cumplimientos:— Dentro de dos meses cantaré *La Vida de Bohemia*. Quizás oigas hablar de mí....

Desde la altura de Montboron divisamos á nuestros pies la mancha oscura de Niza, envuelta en bruma argentada, en la que brillaba la iluminación de las avenidas hasta las pendientes de Cimiez. La ciudad no dormía. Al través de las vidrieras de colores las luces de las villas se quebraban en los árboles de los jardines. Los carruajes circulaban en todas

direcciones, y los restaurantes proyectaban sobre las avenidas dorados triángulos luminosos.

Pocos instantes después, en un saloncito reservado, ante una mesa adornada con rosas Niel, claveles y violetas, cenábamos alegremente. Alegremente?... Yo no podía olvidar que veinticuatro horas después habría dicho adiós para siempre á mi encantadora amiga, y que el tren, entre las sombras de la noche, volaría lejos de este país en donde sembré inolvidables recuerdos. ¿Pero á qué fin manifestar nuestras impresiones?... Alguien ha dicho que velar el pensamiento es tan indispensable como velar las desnudeces de la carne. Quise entonces, olvidando el presente, grabar su imagen en el fondo de mi pupila: imagen que sería quizás rayo de sol entre la niebla de los años futuros. ¡Oh, el sombrío cortejo de luchas inciertas, de duelos, de pasajeras alegrías! ¿Por qué la suerte acerca así los seres y los separa luégo, implacable, eternamente, como si la muerte los robase á nuestra afección?...

Ya los gallos de los cortijos saludaban á la aurora, cuando desde lejos divisámos la roca de Mónaco y las primeras villas de Monte Carlo.

El cielo y el mar palidecían; se apagaban las estrellas y los gorriones piaban desde el fondo de sus nidos. Una brisa fresca, precursora del día, hacía temblar las hojas de los almendros, y el rocío brillaba en los cálices de las flores, como gotas de luz.

De pronto, por sobre la línea del mar, el horizonte se tiñó de pálidas tintas de rosa. El paisaje se hubiera dicho visto al través de un vidrio coloreado; y el sol se elevó por sobre la línea temblorosa de las aguas, lentamente, como broquel de oro de un guerrero triunfador, sobre un lago de sangre.

Junio 22.
En Marsella.

Media hora antes de partir de Monte Carlo comuniqué á María mi viaje. Imposible creerlo. Ella pensaba que mi estancia se prolongaría hasta el próximo otoño. Yo mismo no me di cuenta de aquella brusca separación sino hasta cuando mi cuarto quedó abandonado y fue preciso dirigirme á la estación del ferrocarril.

Al través de la ventanilla fue nuestro último apretón de manos. Luégo el tren se puso en movimiento.

—¡Adiós! ¡Adiós!....

Y no la vi más.

En tanto que me alejaba, á mi memoria volvían, punzantes y acres, los mil detalles de nuestra caprichosa vida diaria, ahora desvanecida como un sueño. Y pensé en que ella había muerto; y sin que pudiese confiar nunca en la resurrección de lo pasado, volvió á mi memoria—epitafio de los amores que fueron,—la frase cruel y sin embargo necesaria de Gœthe: "Adelante, por sobre las tumbas!"....

LA CARTUJA DE NAPOLES

La calesa subía pausadamente por el polvoroso camino que, describiendo grandes zigzags, remonta los florecidos campos del Vómero. Poco á poco quedaron atrás las villas Lucía y Floridiana, propiedad en otros tiempos del Rey Fernando I, quien de ellas hizo dón á su segunda mujer, la princesa de Partana. Allá, muy arriba, coronando la cuesta, entre los claros de los árboles, se divisaban los pesados bastiones de la fortaleza de San Telmo. Jadeante y cubierto de espuma, pero ágil como todos los de Nápoles, el caballo se detuvo, después de pasar bajo la grande arcada de ladrillo con columnas de piedra que da acceso al convento, en una estrecha plazoleta sobre la que caen, lo mismo que la puerta principal, tallada en mármol, las estrechas ventanas de la Cartuja que miran hacia el Norte.

La Cartuja de San Martino, edificada en 1325 por el Duque de Calabria, Rey de Nápoles, debe su actual esplendor á Saverio Turboli, Prior de los religiosos de la Orden de San Bruno, quien logró edificar sobre las antiguas construcciones la más bella de las Cartujas de Italia. A fin de realizar su pensamiento en una época en que toda la cristiandad se poblaba de obras maestras de arquitectura religiosa, el oro de la Orden corrió á torrentes, pero no en vano: primeramente los rojos muros de ladrillo, los perfiles de las torres en seguida, se destacaron contra un celaje intensamente azul; para su capilla se adquirieron lienzos en su mayor parte firmados por Rivera, Caracci, Domenichino ó Guido Reni, y en su recinto se atesoró todo cuanto los siglos XVI y XVII, tan fecundos en el arte de la decoración, pudieron producir de más refinado y más severo gusto. En 1800, durante la ocupación de Nápoles por las fuerzas francesas, los religiosos fueron exclaustrados; de nuevo entraron en 1804, pero en 1866, á consecuencia de la supresión de las órdenes religiosas en Italia, el convento vino á ser propiedad del Estado. El Gobierno, á fin de conservar monumento de tánta importancia, confió su cuidado al Director del Mu-

seo Nacional, quien ha formado en los salones provinciales antiguos una muy selecta colección de objetos artísticos relacionados con la historia y las costumbres de la ciudad.

Este pequeño museo es obra de arte de selección y de poesía. El perfume de las cosas viejas se desprende de las páginas satinadas de los misales en pergamino del siglo XIV con miniaturas en oro y plata, en donde las rojas y azules iniciales góticas se entrelazan con místicas alegorías; las lunas de los espejos venecianos algo conservan del óvalo de la fisonomía de antiguas marquesas de cabellos polvoreados; duermen en las cuerdas de las mandolinas del siglo XV, incrustadas de marfil y nácar, las notas con que se acompañaran enamorados trovadores; se adivina al respetable prior en el sillón coral, labrado en madera dorada y tapizado de terciopelo rojo bordado en sedas; y en tanto que las porcelanas esculpidas en bizcocho de Capodimonte, que en otro tiempo adornaron cinceladas chimeneas, nos muestran á Arlequín y á Colombina—las creaciones más cómicas de la imaginación napolitana—en sus posturas características, las ricas tapicerías que representan asuntos mitológicos

ños hablan de amores ligeros, de besos y sensualidades en los retretes de viejas mansiones nobiliarias.

Se sale del museo por una rebajada galería y se penetra en el gran patio del convento que, considerado como una de las maravillas del arte, ocupa el corazón del edificio. Lo circuye una serie de columnas de orden dórico, decoradas con profusión de estatuas que sostienen las arcadas cuyas cornisas son trabajos en relieve de exquisita delicadeza. En el centro se levanta la cisterna de mármol, y como en la Cartuja de Florencia, el cementerio de los monjes ocupa la mitad del apacible retiro: allí reposan varias generaciones de religiosos entre las raíces de azucenas y pasionarias. Ciñe el camposanto una magnífica balaustrada de mármol blanco, cuyos pilares coronan calaveras artísticamente esculpidas. El verde sombrío de las macetas de mirtos, semejantes á las de los jardines de El Escorial, resalta contra el oro oscuro de las calles de arena que recortan el cementerio en todas direcciones. Al frente de este melancólico espectáculo se dilatan las celdas de los monjes á lo largo del espacioso claustro, pavimentado con grandes losas de piedra, que rodea el inmenso patio,

Nada tan poético como este solitario oasis, en donde el jugo de la carne se convierte en esencias y flores, y en donde el arte ha velado todo cuanto la muerte puede guardar de doloroso ó repugnante: seguramente en la contemplación de un cuadro de este género fueron inspirados los consoladores pensamientos del Kempis. El silencio que reina en los vastos salones abandonados, de puertas estrechas y rasgadas ventanas, al través de las cuales se divisa el cielo azul, cristalino y pálido; las rachas de viento, saturadas de sales marinas que se cuelan por los angostos corredores, y que entre sus alas traen perfumes de Prócida y Caprea; ese tenue olor á incienso, no desvanecido por los siglos, de que están saturados los artesones de oro, los crucifijos en marfil y las casullas recamadas de pedrería: todo allí predispone á la meditación y al recogimiento: algo de la vida mística palpita aún en el claustro.

Un estrecho pórtico conduce á la galería de retratos y bustos de algunos ilustres napolitanos: aquí queda situado el famoso belvedere. Quien á este pequeño salón llega, en manera alguna está preparado á la emoción que le aguarda al abrir una puerta de crista-

les. El viajero ignora á qué altura se encuentra sobre la ciudad y el mar: el camino, desde el primer momento, ha perdido de vista el golfo, y es tan tortuoso que no sabría decirse á qué cima conduce. Pero en el aire, en cierto rumor vago y lejano que hasta allí asciende, se adivina que Nápoles se dilata en la profundidad, entre las arenas de la costa lejana.

Con la solemnidad empleada por el guardián de los tesoros de un templo cuando abre la reja que los oculta, el guía os lleva y os dice:

—Mirad!...

Durante los primeros segundos permanecí deslumbrado; creí ser presa de ilusión mágica: era aquello el infinito azul, inmenso, luminoso, que se adivina en las celestiales descripciones del Dante.

A mis pies se dilataban el vasto panorama de la ciudad, los alrededores y el golfo de Nápoles. La colina, por aquella parte sembrada de naranjos y limoneros, desciende en brusca pendiente hasta el nivel del valle; el verde intenso de sus olivares contrasta con la gran mancha roja y blanca de la ciudad, que se extiende en forma de anfiteatro á la orilla del golfo y lanza hacia el cielo, aquí y allá, las fle-

chas de sus torres, cinceladas en piedra. Más lejos, á la orilla del agua, y en los últimos contrafuertes del Vesubio, que destaca su mole calcinada y su penacho de humo contra el intenso colorido del fondo, se divisan Portici, Resina y Torre del Greco; más lejos aún, en el declive del pintoresco litoral del fondo, como flores marinas, brotan de entre las aguas Sorrento y Castellamare con toda la poesía de sus recuerdos y sus leyendas: fue en aquel sitio encantador en donde el Tasso, desterrado de la corte de Ferrara á causa de su pasión por la princesa Eleonora, escribió los más brillantes cantos de la *Jerusalén Libertada*.

Hacia el Sur, la isla de Capri, morada favorita del Emperador Augusto, y en seguida de Tiberio, se levanta entre la neblina del mar á la entrada del puerto. A la derecha la deliciosa colina de Pausilipo, que entre laureles guarda la tumba de Virgilio, acariciada por la espuma, salpicada de villas y jardines, desciende en suave declive hasta el mar; por sobre ella, contra la indecisa línea del horizonte, se divisan las islas de Ischia, Nísida y Prócida, tan á menudo cantadas por los poetas del siglo de oro de la literatura latina. La campaña feliz, en su ma-

yor parte sembrada de la vid de cuyos perfumados racimos se destila el sabroso vino napolitano, cortada en todas direcciones por rayas amarillentas de los caminos de travesía, se extiende hasta las lejanas moles de los Apeninos que, envueltos en gasa azulada, se levantan en los últimos confines de la llanura. Aquí se ve el palacio real de Capodimonte, rodeado de jardines poblados de kioskos y cascadas artificiales, que en otros tiempos, así como el palacio de Portici, sirvió de residencia á las sibaritas cortes napolitanas; allí, edificado sobre un islote, sombría muestra de las prisiones en la edad media, el Castello dell'Ovo, escenario de sangrientos dramas, levanta entre las olas sus torreones desvencijados por los siglos; próximas al mar y á los jardines de la plaza del Plebiscito brillan al sol las terrazas del teatro de San Carlos, uno de los más espaciosos y célebres de Europa. Y los jardines públicos y los tajamares del puerto, y las angostas y pendientes callejuelas del viejo Nápoles, en donde se dieron cita los soldados de Masaniello, inundadas de gentes que se divisan en la profundidad como pequeños puntos negros, todo se desarrolla ante mis ojos con una vivacidad de colores, con una crudeza de

tintas, con una intensidad de luz comparable sólo á la reverberación del sol sobre las tranquilas aguas del golfo. Arriba, el cielo de colorido azul turquesa; abajo el mar, manchado por las velas de los barcos pescadores de corales, recorre en su inmensidad toda la escala del verde, desde el pálido del ajenjo hasta el oscuro de la esmeralda.

Con una naturaleza semejante no me extraña la alegría imperturbable del pueblo napolitano: forzoso es confesar que en ningún otro lugar del mundo, mejor que allí, puede el corazón absorber, como el jugo de la tierra húmeda la planta, la alegre savia de la vida. ¿Quién no ha sentido la influencia de los días oscuros del invierno, quién no renace con las flores en los celajes de primavera? Ahora me explico el amor de los pobladores del litoral napolitano por aquella deliciosa provincia de la Italia: más de una vez la lava del Vesubio ha calcinado sus campos, convertido en escombros sus habitaciones, devorado la tierra sus ganados. No importa: el cielo es azul, el mar luce todavía sus cambiantes de nácar: aún persiste el miraje de la vida. Una vez fría la lava, el trabajo de reconstrucción comienza; no importa que el volcán truene sobre ellos; que

en la noche levante sobre la comarca su cabeza sangrienta, como la de Medusa, coronada de serpientes de fuego en constante amenaza; esto no impedirá que cuando se recoja la primera vendimia, se baile la tarantela al són de los panderos y de las violas del país. Hay algo de maravilloso en el amor de este pueblo por la tierra que lo nutre: es el resultado de una unión secular que ningún cataclismo ha turbado. Pompeya y Herculano no han sido una lección; las excavaciones han ocupado miles de brazos, han enriquecido los museos y los innumerables visitadores dejan á su paso una estela de oro.

Imagen de la manera como comprenden la vida los habitantes del litoral napolitano, fue mi primera visita á Pompeya. Después de haber contemplado las ruinas del Forum y los despojos de los templos de Mercurio y de Venus, me dirigí hacia la Avenida de las Tumbas por una de aquellas angostas calles en cuyo pavimento de piedra se ven los rastros del paso de las carretas, después de corridos mil cuatrocientos años. Nada tan melancólico como el aspecto de las desiertas callejuelas en donde el fantasma de la muerte se presenta más sugestivo que entre los cipreses del ce-

menterio. Un hálito de completa devastación sopla sobre los escombros; el viento se cuela por los agujeros de las puertas y se pasea por las galerías subterráneas de los destruídos edificios. Sin embargo, y en ello consiste la violenta emoción que se experimenta al recorrer las ruinas de Pompeya, se siente que allí no ha muerto todo. Obedece sin duda este sentimiento á la misma causa de por qué la contemplación de la desierta cámara mortuoria, saturada de ácido fénico, en donde aún parece palpitar el último estertor del moribundo, es, con su aspecto familiar y solitario, más dolorosa que la del cadáver mismo. Tal vez contribuya á esta ilusión la vista de las momias: aquella mujer en cinta; aquella madre al lado de su hija; aquel hombre que, detenido repentinamente por la inundación de lava, estrecha el cofre en que guardaba sus tesoros: tal apariencia de vida hace aún más terrible la realidad de la muerte.

Observaba los bellos bajos relieves que adornan la tumba de Naevoleia, cuando súbitamente fui sorprendido por los acordes de alegre música que había escuchado en un concierto, en París. Primeramente creí haberme

equivocado, pero no: evidentemente la música se acercaba. Todo esto me pareció tan extravagante, tan hiriente el contraste entre el paisaje de desolación de la muerta ciudad y los profanos acordes, que no pude resistir á la tentación de conocer á tan originales ejecutantes; al doblar una esquina los encontré: eran los músicos napolitanos que tocaban en el vecino restaurante mientras almorzaban los turistas.

Así va la vida; muchos hay — felices seres inconscientes — que cruzan la existencia con la sonrisa en los labios, coronados de racimos de uva, como viejos Silenos, bajo palios de flores; pero también cuántos, romeros sin más herencia que su bordón y su esclavina, que rinden la jornada con los pies destrozados por los guijarros del sendero: son la gran mayoría....

—Se cierra el Museo — me dijo el guarda tocándome en la espalda.

Dos horas hacía que, de codos sobre la barandilla de fierro del belvedere, la mirada perdida sobre el inmenso horizonte azul, dejaba volar la fantasía al través del infinito.

Cuando la calesa descendía rápidamente la pintoresca colina del Vómero, y el caballo, como el Arlequín de las viejas comedias italianas, hacía resonar los cascabeles de su penacho, recordé y hallé justo el antiguo dístico:

Vedi Napoli e poi muori.

EN SUIZA

¿Por qué ahora, en la contemplación del lívido paisaje invernal de los campos de Springfield, á mi memoria viene el recuerdo de pasadas excursiones al través de los lagos de Lombardía? El sol agonizante que se embota entre la niebla; los arbustos sin hojas y moribundos que bordean los senderos cubiertos por la nieve; la pradera blanca que bajo un cielo gris se pierde en el horizonte nebuloso, á mi recuerdo han traído la imagen del sol tibio y alegre, de los rosales cargados de flores, de las colinas tapizadas de violetas que dominan á Bellagio y se bañan en las azules aguas del Como.

¡Oh, Tremezzo, Candennabia y Civenna!... Es el país de la poesía. Todo allí revive las primeras sensaciones de la adolescencia, cuando el corazón se abre al amor y á la vida ilu-

minado por la luz de dos negras pupilas, entre la música de las estrofas del poeta favorito. Los húmedos senderos que se enroscan á las pendientes que circuyen el lago; las misteriosas escalinatas que descienden hasta el agua; los palacios que á la sombra del bosque se ocultan, como nidos de alondra; la vela que se aleja rayando el agua azul y diáfana: oh! cómo todo ello revive el recuerdo de la grácil, de la blonda, de la apacible mujer amada á quien sólo en sueños vimos. Cómo el aroma silvestre de las violetas de los Alpes y del musgo de las rocas, de las rosas lánguidas y de los redodendrums cuajados de flores de seda nos canta la canción de los veinte años; cómo ese viento sutil — el buen aire fresco de las montañas — que ha precipitado las avalanchas en los ventisqueros del Splügen, penetra hasta el alma y remueve allí, como en hogar sin fuego, la ceniza de nuestras primeras ambiciones, castas y románticas, nacidas de las viejas leyendas de ruinas que yacen á la orilla del lago encantado en donde á la luz de la luna se bañaban las hadas.... ¡Oh, valerosos Orlandos y traidoras Ofidias, legiones de Vampiros del Rhin y de Náyades de la Selva Negra! ¡Cómo en un tiempo vuestra vida fue

nuestra vida, y poblasteis nuestro universo con la historia peregrina de vuestros amores entre el fragor de las espadas y músicas de laúdes!

Pero, silencio.... El perfil de la luna en menguante acaba de elevarse de entre los gajos florecidos de las magnolias de la villa Serbelloni. Una paz infinita reina en el vasto paisaje azul: en el cielo constelado de estrellas; en el lago adormido que se pierde en la distancia, encerrado entre la mancha negra de la ribera en donde se encienden pequeñas luces blancas y rojas que sobre las aguas rielan su resplandor en barras temblorosas: son las luminarias de Candennabia ó de Varenna, ó de los barcos de placer que se dirigen á Como. Entre la cortina de niebla diáfana que vela el horizonte, se adivinan las nieves eternas de los Alpes; y en la atmósfera flota un olor suave como de lilas y reseda que nos sugiere el perfume de delicadas esencias femeninas, vertidas á gotas en corsés de raso y en pañuelos de batista.

Todo duerme en Bellagio. Las rosas conversan entre sí en su lenguaje misterioso á la luz de las estrellas; las violetas, cuajadas de rocío, yacen desvanecidas á la sombra de los tilos en cuyos troncos musgosos se enredan las plantas trepadoras. Entre la mancha os-

cura de los parques de las villas se quiebran discretos rayos de luz de alcobas tibias y de retretes perfumados, nidos hechos para las caricias y los besos.

El cadencioso rumor de remos sobre el agua ha interrumpido el silencio que reina en los jardines. Efectivamente, un bote acaba de detenerse entre el boscaje de la ribera; luégo una sombra ha saltado á tierra y furtivamente se ha deslizado entre la mancha negra del parque.

¿Quién es?... Pocos minutos han pasado. Las luces se extinguieron una á una en el primer piso de la villa, y sólo por entre las corridas celosías del parte-luz de una ventana medio cubierta por las madreselvas, se filtra vaporosa claridad azulada. ¿Quién es él? ¿Acaso moderno Romeo á quien en el fondo del oscuro sendero esperan la escala de seda y los brazos abiertos de la rubia Julieta?...

La media noche resonó en la opuesta ribera del lago, en un campanario distante. La luna brotó de entre los crespones de una nube borrosa, como libélula de entre una rosa negra, y bañó en su luz amortecida la nieve de los montes lejanos, los bosques de pinos y el cristal de las aguas profundas.

De pronto, en el vecino bosque de magnolias larga nota vibrante hendió los aires, como flecha de cristal. Luégo siguieron los enamorados gorjeos de una melodía triste como la de trovador que acompañado en la mandolina contase sus pesares á la luna pálida, en el silencio de la media noche. Y callaron las rosas para escuchar la serenata, y las violetas se irguieron en sus frágiles tallos, y el viento se posó sobre las hojas de los tilos.... La melodía continuaba, apasionada y brillante, como un aire de ópera interpretado en el violín de Cherubini.

El ruiseñor terminó su aria con una escala purísima que fue como un grito en que hubiese interpretado toda la pasión que podía llenar su pequeño corazón de trovador alado. Luégo enmudeció y todo volvió al silencio, como cuando callan los violines en las serenatas. Seguramente que la hermosa á quien la canción se dirigía temblaba de emoción y de amor desde el fondo del nido, rendida á la inspiración del solitario artista. Quizás también en la iluminada estancia de la villa, en aquellos momentos, otra hermosa temblaba de amor, entre la música de los besos, en el nido de encajes. Comprendí en-

tonces el encanto de las pasiones libres y ligeras, como las de los pájaros de los bosques, que nacen con el sol que declina y terminan, en un último canto, con la luz de la aurora....

II

Después de haber prolongado mis excursiones en la región de los lagos hasta el grupo encantador de las Islas Borromeas y recorrido desde la de Pescadores hasta Isola Bella, pensé en dirigirme hacia el norte y entrar en Suiza. Pero antes de visitar sus ciudades, quise atravesar el país de Engadina, al que me ligaba el recuerdo de no sé qué romántica historia leída en la época en que Walter Scott puebla de adorables quimeras nuestras imaginaciones.

En una mañana llena de luz abandoné á Como á bordo de *La Golondrina*, bonito vapor que presta el servicio del lago. Los campanarios de la ciudad se perdieron uno á uno en la distancia. En las aguas azules y profundas se retrataba la sombra de las montañas, plantadas de frondosos cedros y castaños, cuya brillante mancha verde contrastaba con la gris de los olivares.

Mis compañeros de travesía son turistas que se dirigen á Blevio ó á Varenna. De codos sobre la barandilla un matrimonio, seguramente en su luna de miel, contempla la línea de la costa que huye á nuestra vista como una cinta coloreada. El, la explica el nombre de las aldeas, la hace observar las alegres villas de la aristocracia milanesa, rodeadas de lujuriosos jardines que salpican aquí y allá la ribera del lago. Y ella repite como en un éxtasis: "¡Dios mío, qué hermoso es!"....

Así vemos desaparecer entre los recodos del lago las propiedades de millonarios cosmopolitas, de actrices y de bailarinas célebres que han edificado sus nidos bajo la sombra de los árboles, á la orilla del agua. Ora son los palacios que circuyen á Torno, ó la flecha de un campanario que se eleva entre el boscaje, ó las ruinas de la torre romana de la Villa Trivulzio, que guarda el mausoleo del último de los Gonzagas.

El vapor se ha detenido pocos minutos en Bellagio, estación pintorescamente situada en la base del promontorio que divide el lago de Como del de Lecco. Luégo, á bordo su alegre carga humana, como ágil pájaro acuático sigue su rumbo hacia el norte, en direc-

ción á Varenna, cuyos techos rojos aparecen de pronto al doblar el cabo del Valle del Esino. A lo lejos, velados por una gasa azulosa, se destacan los picos nevados del monte Legnone, el más elevado de Lombardía, en cuyas faldas yace Cólico, término de la excursión, y en donde tomaré el tren que me dejará en Chiavenna.

Hemos llegado. Vendedoras ambulantes de flores nos ofrecen sus ramilletes de violetas de los Alpes. Los dos enamorados, asidos de brazo, se pierden en una alameda de tilos. Un grupo de Hermanas de la Caridad se alejan haciendo resonar sus medallas y rosarios. En el andén de la estación los sirvientes del restaurante circulan ofreciendo canastas con racimos de uvas, sandwiches, frascos con vino del país, frugal almuerzo que saboreo con delicia en espera del tren. Luégo, cómodamente instalado en el rápido de Lecco, vi perderse á lo lejos las ruinas del castillo de Fuentes. El tren ha cruzado el Adda, caudaloso torrente que, en cascadas de espuma, se precipita entre las rocas.

A uno y otro lado de la vía se levantan los contrafuertes de los Alpes, cubiertos de castaños y de pinos. Aquí y allá pintorescas

habitaciones rodeadas de jardines y de praderas en miniatura, en donde pacen los ganados. Por todas partes se escucha el rumor de las aguas que resbalan en la montaña y que engrosarán los riachuelos que se desprenden sobre el Como. Por el camino que bordea el ferrocarril circulan campesinas de zuecos de madera, los cabellos recogidos bajo el pañuelo de colores, las unas conduciendo rebaños de cabras, las otras á horcajadas sobre pollinos cargados de legumbres. Y en tanto que el tren vuela salvando los abismos, la mirada perdida sobre el pintoresco panorama, pienso en que quizás sería la felicidad el habitar una de estas diminutas construcciones de madera, escondidas bajo el bosque, rodeadas de flores y cascadas, habiendo alcanzado á recortar nuestras locas ambiciones y á limitar el horizonte al cultivo de los árboles frutales, á alimentar las palomas y la vaca, á escalar las rocas seguidos de nuestro perro en busca de los nidos de águilas; y nunca más interesarse en las luchas de los hombres, ni ser más el juguete de sus pasiones; y al mismo tiempo que los duraznos, podar cariñosamente los retoños del árbol interior, ya que el reposo no se consigue sino recortando

la mayor parte de nuestros sentimientos. Ah! porque la vida es buena, pero es preciso conocer lo que ella vale. ¿Qué podrá importarnos, cuando llegue la última agonía, el que nuestro sirviente se apodere de las sortijas y de los alfileres de corbata?.... Porque el hombre, en su lucha por atesorar, es como el perro de presa que corre jadeante siguiendo el rastro que lo lleva á la muerte.

El tren ha salido de un túnel. A mi vista aparece Chiavenna, deliciosamente tendida en la margen del Mera, á la entrada del extenso valle de Bregaglia. El elegante campanario de San Lorenzo se destaca contra el verde pálido de las colinas del fondo.

Chiavenna es el término del camino de hierro. A fin de pasar la frontera y seguir hasta Maloggia, es necesario optar por la diligencia, ó efectuar la excursión á pie, lo que es aún más agradable. No vacilé en la elección; y después de una noche de descanso, habiendo despachado mi equipaje por correo, en la mañana siguiente, provisto de algún fiambre y empuñando un bastón de montaña, como romero que marchase hacia Jerusalén me alejé de la ciudad en dirección á Castasegna.

La mañana luminosa y fría. Los pájaros

cantan en la espesura de los pinares; á su concierto se mezcla el rumor de los torrentes que cruzan el camino y que se desbaratan entre las breñas en voladores de espuma. En la distancia se escucha el rumor de la catarata de Acqua Fraggia, no lejos de la Villa de Chiavenna, aldea rodeada de jardines y huertos cargados de flores, de higos y de parras. El camino sigue las sinuosidades de la montaña. A cada recodo el paisaje varía: ora son bosques de castaños cuyo follaje sombrea los senderos, ó rocas escarpadas que se encaraman fantásticamente sobre el valle del Lóvere, ó colinas tapizadas de pastos en retoño. Contra el cielo ligeramente azul se destacan los nevados abismos del ventisquero de Bondasca.

Pasada la aduana italiana, el camino asciende hacia la línea de la frontera y corta á Castasegna, bonita aldea, la primera de Engadina: estoy en Suiza.

Después de un apetitoso almuerzo — en que no faltó ni el queso ni la miel — ya entrada la tarde seguí camino de Vicosoprano á donde pensaba llegar antes de que cerrase la noche. En el puente tendido sobre el Mera, que turbulento se despeña entre las rocas, di alcance y pasé á una mujer, al parecer una turista, que

seguía igual dirección. Como más lejos me hubiese detenido á contemplar á mi sabor el paisaje, la caminante á su vez me adelantó: me pareció que no era joven, aun cuando elegantemente vestida con el traje á la moda de alpinistas y corredores de montañas. Nuevamente nos encontramos á la salida de Promontogno; entonces cambiamos un saludo, y después de dos frases banales, entramos en conversación. Desde el primer instante vi, al través del encaje del velo, ahogados sus ojos en una sombra de azul pálido, lo que la daba, no obstante la corrección de su porte, cierto aire artificial y plebeyo, imposible de disimular. Era parisiense; incidentalmente viajaba sola, pues amigas la esperaban en Maloggia; lo hacía á pie por consejo de su médico y se dirigía á San Moritz, á fin de tomar los baños. Después de cinco minutos de conversación, la compañera que me deparó la suerte había quedado clasificada.

Acostumbrado á viajar solo, á falta de un amigo que reúna las difíciles condiciones de compañero de viaje, con cierto disgusto me vi forzado á aceptar la compañía de aquella locuaz impertinente, cuyos ojos y palabras artificiales contrastaban violentamente con la na-

tural lozanía del paisaje. Pero su charla, á la que no presté atención, llegó á serme divertida. Ella hablaba de sus coches, de sus criados, de sus relaciones con personajes conocidos; á lo cual yo respondía — muy seriamente — contándola de mi hotel, de mis caballos, de mi castillo en Bretaña. Creo que durante nuestra excursión no se dijo una palabra de verdad.

El cielo se había teñido de rojo y las sombras habían invadido los campos, cuando á lo lejos brillaron las luces de las primeras casas de Vicosoprano. Como el hotel de la aldea fuese el de La Corona, á él nos dirigimos. La comida nos fue servida en el único comedor, alegre con su papel claro y sus pinturas que representaban inverosímiles cacerías de leones y avestruces. A la hora del café, el propietario de la fonda — un vejete de cejas grises, afeitado bigote y barba reluciente, que se daba aire de director de gran restaurante — se me acercó ceremoniosamente, la servilleta al brazo, y me hizo al oído una pregunta de tal manera cómica que creí enfermar de risa. A mi respuesta negativa se alejó un tanto azorado. Con mi compañera seguimos disertando sobre artes, sport y literatura; luégo, con cierta reserva, confidencialmente, hablamos de amor.

En un intervalo de silencio, sacó de su bolsillo un diminuto espejo incrustado en plata oxidada y se contempló por secciones, detenidamente.

—Vea usted—exclamó.—El sol me ha tostado el cutis. Debo inspirar horror! ..

Me creí obligado á contradecirla galantemente.

Ella se ruborizó y bajó los ojos.

—Farsante!... —murmuró en una sonrisa.

El cuco colgado en la pared, con voz apresurada é irónica anunció las nueve.

—¿Nos retiramos, señora? Usted debe encontrarse fatigada.

En tanto que distraídamente seguía yo el movimiento del péndulo, ella me observó con detención, como si quisiera leer en mi pensamiento el sentido de mis palabras.

Luégo, apoyada en mi brazo, en tanto que una fámula no mal parecida alumbraba el camino elevando la bujía por sobre la cabeza, subimos la escalera que conducía á las habitaciones. Con un cordial apretón de manos y una sonrisa, nos deseamos buena noche. Pocos minutos después, rendido por la fatiga de trece millas de jornada, embriagado de aire puro y de olor de montañas,

apagué la luz y me entregué á un sueño apacible.

La aurora, al filtrarse por entre las rendijas de las celosías, me despertó alegremente. Recordando que la primera regla que debe observar un caminante es levantarse con el alba, me vestí y abrí la ventana que caía sobre el jardín. Los gorriones saludaban la luz ocultos en las retamas florecidas. En el corral mugían las vacas, prontas para ser ordeñadas, y acariciaban con la lengua á sus becerros. Una hermosa gallina blanca y su prole picoteaban la tierra y piaban deliciosamente, como si charlasen de mil cosas insignificantes. El gato, tendido al sol, alisaba su cobertor de seda; y las amapolas carmesíes, las rosas encarnadas, las dalias purpúreas y los claveles encendidos, daban la ilusión de desordenado mosaico de rubíes incrustado al azar sobre fondo de esmeraldas.

Después de aspirar á plenos pulmones el viento frío de la mañana, descendí al comedor. Al entrar, salía mi compañera. Sin darme lugar á hablarla, pasó desdeñosamente á mi lado, dignándose apenas saludarme con una inclinación de cabeza....

Yo quedé allí, de pie, un tanto inquieto,

pensando en cuál sería la causa de su mal disimulado enojo. ¿En qué había podido ofenderla? Alguna frase impensada, mis opiniones en literatura, el no admirar la estatua de Balzac.... Quizás la hirió el que la considerase fatigada, ó su dignidad sufrió con mi inocente galantería de ayer noche.... No lo sé; es lo cierto que solo como un ermitaño, pero alegre como un colegial, seguí camino del pintoresco valle de Albigno.

Engadina es el país más accidentado del mundo: sus valles son montañas; y el río Mera que lo cruza de oriente á occidente, se abre paso reventando contra los cimientos de granito de las enhiestas moles cuyos picos descarnados cubre la niebla en la mañana ó dora el sol mucho tiempo después de haberse ocultado. Su clima es rigoroso; en la región de Bondo el sol permanece oculto durante tres meses, casi como en las latitudes boreales; y sus campesinos definen el cambio de estaciones diciendo que en el año durante nueve meses es invierno y durante tres hace frío. No obstante, la temperatura sube bruscamente cuando sopla el *faehn*, especie de sirocco del norte, que desarraiga las encinas, derrite las nieves, precipita las avalanchas y

forma terribles tempestades en los valles. Desgraciadas las barcas que se aventuren entonces en los lagos!

Ahora el cielo es azul, de un azul pálido y cristalino, en donde navegan nubes blancas como grandes copos de nieve. El camino, húmedo por el rocío de la noche y cubierto de hojas, se enrosca á las pendientes sembradas de pinos y de helechos. Sube, cruza, baja, se retuerce y escala las rocas siguiendo el curso del río que murmura en el fondo. Aquí y allá viviendas de montañeses; grandes rozas sobre las que troncos consumidos por el fuego levantan sus ramas negras; cantiles y rocas sobre las que saltan los rebaños de cabras. Solitario el paisaje: delante de mí marcha un gañán que conduce una pareja de bueyes. A la orilla de un arroyo una muchacha se ocupa en lavar un haz de ropa; en tanto que golpea el agua, canta un refrán melancólico cuyas notas escucho todavía en la distancia, entre los recodos del monte.

De pronto aparecieron las ruinas que dominan á Casaccia, punto el más elevado de las aldeas del valle Bregaglia. Aquí tomé descanso para emprender el ascenso del paso de Maloggia, población en donde pienso permanecer algunos días.

La vegetación es exuberante y lozana. El verde oscuro de los bosques de pinos y eucaliptus, contrasta con el suave colorido de los helechos arborescentes que cubren los repliegues de la montaña. El camino serpentea en sucesivas graderías hasta las ruinas de la iglesia de San Gaudenzio, desde donde se contempla el panorama de las cascadas del Orlegna y de los Alpes distantes, velados por bruma luminosa: sus nevadas agujas se confunden con las nubes.

Después de una hora de marcha, me detenía en el Castillo Belvedere, silencioso y vastísimo hotel situado en una eminencia, cuyos jardines dominan la trasparente sabana de agua del lago de Sils.

El paisaje ha cambiado: la bruma vaporosa que se extiende sobre el lago y las montañas predispone á no sé qué vaga melancolía, que vela también el alma como sutil gasa de duelo. No es la tristeza, pero tampoco es la alegría. Aquí no reímos: como pálido rayo de sol de invierno, apenas en los labios brotará la sonrisa. Aquí se sueña: la imaginación adormecida errará al través de los recuerdos, silenciosamente, como sombra que circulase sin ruido por entre las sepulturas del campo-

santo. Este debiera ser el lugar de refugio de los enfermos del alma: la suavidad del paisaje no permite las emociones violentas. Se vive en la penumbra, entre el claro oscuro de los cuadros de Rembrandt. Como en las tierras vírgenes del Nuevo Mundo, en donde la vegetación en pocos días invade y cubre con su ramaje los desmontes, aquí también el olvido se enreda á los recuerdos y los ahoga entre sus frondas. ¡Cuántas horas pasé á la orilla del lago, la mirada perdida sobre su cristal verde pálido, sin pensar en nada, sin sentir nada, viendo desfilar, pero descoloridas y sin expresión, las interiores viñetas de mi álbum! Nunca mejor que en esos instantes me he encontrado más cerca de la naturaleza, indiferente á todo, impasible ante la evocación, identificado con los juncos y con las ondas del lago. Se comprende entonces la vanidad de la vida, de la muerte, de la existencia, de la nada: formas que se pierden y procrean en la noche del infinito....

Errando á la ventura recorrí las deliciosas riberas del Sils, estanque adormido en cuyas márgenes brotan los nenúfares y las espadañas. En cierta tarde en que el lago se hubiera dicho lámina de nácar, trasparente é inmó-

vil, rayada por el vuelo de las golondrinas, y en que nubes violetas se posaban sobre los lejanos ventisqueros, llegué hasta la península de Chesté, que se hunde suavemente entre las aguas. Cubiertas por la maleza aparecieron á mi vista las ruinas de un antiguo castillo. Como quisiera tomar algún informe sobre los melancólicos despojos, que el jaramago y las hierbas incultas cubrían con su manto de muerte, me dirigí á una muchacha de los campos que no lejos de allí, á la sombra de un árbol, en tanto que tejía un corpiño de lana, custodiaba su ganado.

Y esta fue su historia :

III

Muchos años, seiscientos quizás, han pasado desde todo aquello. Era la época en que las naciones de Europa pudieran compararse al bloque de tierra húmeda que modelará el escultor, y en que las ninfas, últimos representantes de las divinidades paganas, huyendo de la persecución abandonaron las fuentes de la Grecia, y transformadas en cigüeñas emigraron hacia los países del Norte, en donde, según su capricho, fueron Reinas de Ventisqueros, Hadas de Lagos ó Genios habitadores de las

peñas escarpadas que bordean el inmenso Rhin.

En aquellos lejanos tiempos todo caballero se dedicaba al noble oficio de las armas. Ocasión no faltaba para demostrar su valor ó su pericia en el arte de guerrear: hoy son las Cruzadas que lanzan media Europa sobre la Palestina; mañana la Guerra Santa que arrancará la España á los Almohades africanos; en toda época las luchas interiores, bien contra los ricos Albigenses ó contra la tiranía de los Torriani ó los Visconti. Esto sin hablar de las justas y torneos en donde rompían lanzas los apuestos caballeros y en donde hermosas damas coronaban al vencedor con laureles y mirtos.

El Conde Rogerio, último vástago de una poderosa familia del Milanesado, también como tántos otros había escalado las murallas de Jerusalén y derramado su sangre en los repetidos asaltos á las fortalezas de San Juan de Acre. Luégo, la Cruzada terminada, el joven soldado regresó á su país en donde le aguardaban las fiestas y torneos celebrados en honor de los guerreros. Pero el doncel, no obstante su arrogante apostura y su valor caballeresco con que conquistaba los corazones de las damas y

las palmas en las justas, era un melancólico enamorado de un imposible, á quien la deficiencia de las alegrías humanas y los romances de los trovadores provenzales, concluyeron por envolver en una atmósfera doliente de enojo y de hastío, que le hizo aborrecer los hombres y encontrar sin valor los placeres de la vida, aun los que el amor proporciona. De tal suerte que huyendo del comercio de las gentes, de los regios saraos y de lides y justas, el joven cruzado solía vagar á la ventura, al través de los campos, en las noches estrelladas, solo, triste, sintiendo su pequeñez ante la bóveda celeste y encontrando mezquinos los placeres de los hombres, y sus glorias, y sus grandezas. Y lleno de amargura se preguntaba entonces cuál era el objeto de la vida; si el hombre estaba condenado á debatirse eternamente entre las sombras; si ese algo por que ansiaba sólo era ficción, sueño, perfume impalpable como el aroma de una flor. Y al sentirse tan lejos de su época, extraño á las ambiciones de sus compañeros y extranjero en su propia ciudad, se preguntaba si mejor no hubiera sido morir en el lejano Oriente, y dormir ahora el eterno sueño á la sombra de los limoneros de un jardín de Damasco.

Sus hermosos ojos azules perdieron el brillo; y la melancolía, traidora enfermedad que, como la tisis, descolora la sangre, se inoculó hasta el fondo de su corazón y de sus huesos. En cierto día su fiel Bernardo, amigo y escudero, llevó su audacia hasta sugestionarle que quizás el matrimonio pudiera ser un remedio á su tristeza.

Hé aquí que jamás el joven había soñado en casarse: tánto desesperaba de encontrar una compañera que fuese la realización de su ideal. Él, se contentaba con amar el amor, del que sólo conocía los placeres sensuales en las románticas aventuras de que había sido héroe en las luminosas ciudades musulmanas. Pero, por qué no? ¿No sería la felicidad encontrar una mujer que penetrase hasta el fondo de su corazón é hiciese la luz entre las sombras de su espíritu?.... Es lo cierto que pasados algunos meses, el Conde Rogerio concluyó por desposar á la más hermosa doncella del país lombardo, quien era bella como un botón de rosa, lánguida y ardiente como una esclava africana. Pero el Conde, creyéndose cegado por la sinceridad de su amor, olvidó contar á su prometida su incurable dolencia: el soñar....

Y los novios, rodeados de un séquito bri-

llante como el de un monarca, partieron hacia el norte, á su castillo de Chesté, llevando consigo su pajes y bufones, sus vajillas de oro, sus tapices de Smyrna y sus cofres rebosantes de pedrería. Como el águila que gusta de saborear su presa en lo más alto de las rocas, el Conde huía con su compañera á libar su felicidad en lo más profundo de estas agrestes soledades.

Si la hermosa Leonora fue sincera en su pasión, el Conde, en cambio, no fue constante. Pasado un año—término en que de su unión nació una niña—el Conde empezó á sentir que su amor se debilitaba lentamente, como flor que se descolora en el búcaro sin agua: por qué? .... Y su desamoramiento se convirtió en indiferencia, y ésta en especie de reservado rencor contra la hermosa Castellana, que lo amaba con pasión. Sus caricias le fueron insoportables, y llegó á encontrar plebeyos sus gestos, sin timbre su voz argentina, sin expresión sus soñadores ojos garzos. Él, era injusto y sufría; pues quizás no existe mayor sufrimiento que ver desvanecerse una ilusión por largo tiempo acariciada. Él, se había forjado la quimera de encontrar en su esposa algo como un sér inmaterial y maravilloso que le habría de

descifrar el enigma de la vida; y el desastre vino cuando comprendió que Leonora era vaciada en el mismo molde en que se habían modelado las mujeres de todos los tiempos. La ilusión duró lo que duraron los nocturnos paseos en barca, á la luz de la luna, sobre las aguas del lago; las contemplaciones, desde la elevada ventana del gótico castillo, de las puestas de sol sobre los picos de las montañas; las confidencias de Leonora quien, en el abandono de las madrugadas, narraba á su esposo episodios de su vida desde cuando era niña hasta cuando cayó rendida en sus brazos. De esta suerte desvanecido el misterio, el Conde arrojó lejos de sí el poema, como hiciera en un tiempo con la historia de Lancelote del Lago, que jamás pudo leer dos veces. Y su indiferencia cobijó también á la pequeña Rosa María, que le inspiraba horror, y quien crecía fresca y lozana como una flor de azalea.

El infortunado Caballero sentía necesidad de olvidarse á sí mismo y de ahogar su pesar, mezcla de negra desesperación y de remordimientos. Entonces se entregó con rabia al ejercicio de la caza, que le hacía experimentar las emociones de la guerra y lo alejaba del casti-

llo. Desde que despuntaba la aurora, en el vasto patio de honor piafaban los corceles, en tanto que los monteros afilaban sus cuchillos y aguzaban sus lanzas. Y durante el día era una carrera vergitinosa por entre los agrios senderos del monte, que repetía de abismo en abismo el clamor de las trompas y la grita de los cazadores. De esta manera el vasto comedor del castillo se pobló poco á poco de pieles de oso y de lobo y de cabezas de jabalí y de ciervo.

Varias primaveras pasaron en que los prados se tapizaron de blancas y rojas margaritas y de flores los arbustos silvestres; sólo los abetos de las montañas resistían las inclemencias del invierno. Y en tanto que se sucedían las estaciones, la abandonada Castellana sentía fermentar dentro de su corazón un germen de mortal perversidad, que hasta entonces había permanecido oculto: era que el deseo de amar destrozaba sus carnes delicadas y blancas.

En cierto día en que la batida de los bosques se había prolongado hasta la caída del sol, el Conde, arrastrado en la persecución de un ciervo hasta lo más espeso de la selva, se encontró de pronto lejos de sus monteros

y extraviado; su corcel cayó rendido por la fatiga. Justamente en aquel día el Conde — en un intervalo de meditación en que al volver los ojos hacia el pasado encontró que al amor debía las horas felices de su vida, — soñó en una nueva pasión que encendiese su sangre, siquiera fuese por una noche, como en las épocas de su juventud lejana. Y abriéndose paso entre las malezas, llegó hasta la ribera del lago.

Era una noche calurosa de estío. Las cigarras entonaban su canción ocultas en la espesura del bosque, y los abedules mojaban sus gajos florecidos en las aguas del lago que, á la luz de la luna llena, brillaban como lámina bruñida de plata. Vaporosa claridad argentada inundaba la atmósfera; y una nube violeta, en forma de dragón fabuloso, se extendía á lo largo del horizonte sobre la oscura mancha verde de la opuesta ribera.

El Caballero continuaba su marcha, la imaginación perdida en locos pensamientos, cuando de pronto se detuvo sorprendido. Acababa de oír removerse el agua, como cuando resbala en las fuentes, sobre las piedras musgosas. Pensando que eran los ciervos que retozaban en el abrevadero, siguió hasta dominar un remanso del lago sombreado por los sau-

ces. Entonces un grito de admiración se escapó de su pecho: había visto desaparecer bajo las aguas una maravillosa criatura, que le pareció formada de rayos de luna y de pétalos de flores. El Caballero se frotó los ojos creyendo ser presa de una ilusión; pero los círculos concéntricos del agua se extendían hasta la ribera, y hacían balancear los tallos de los nenúfares azules.

Desde entonces los corceles no piafaron en el patio de honor, ni las trompas poblaron más el monte con sus notas guerreras. El Conde esperaba la noche reclinado en el sitial de terciopelo, la mirada perdida en el lejano horizonte, hasta la hora en que el lago se teñía de rosa, y de oro los enhiestos picos de las montañas. Entonces se le veía desaparecer como una sombra entre el boscaje de la ribera del lago. Y permanecía noches y días alejado del castillo.

Por aquel tiempo aconteció que los nobles se levantaron en armas para hacer valer sus derechos, conculcados por la tiranía de los Torriani. Con frecuencia se veían desfilar hacia el sur las mesnadas de los nobles, soldados en harapos con apariencia de bandidos, armados de lanzones y cuchillos de caza. Y en

una noche de invierno en que la tormenta convirtió en torrentes los senderos y en que apenas los relámpagos disipaban la oscuridad de la blanca floresta, la trompa, como eco del trueno, resonó al pie de la torre en demanda de hospitalidad. Rechinaron las cadenas del puente levadizo, y á la luz de las antorchas se vio aparecer un grupo de jinetes cubiertos de nieve y de hierro, que, como ráfaga de la tempestad, penetraron en el castillo. Era un Barón, quien acompañado de su séquito, marchaba camino de Milán. Este noble era feroz y licencioso; y la historia de sus hazañas en la guerra y de las estruendosas orgías en su morada, no era igualada por la de ningún otro señor feudal en cien leguas á la redonda. Y pasó el día siguiente sin que el Barón partiese; pues habiendo sido recibido á la mesa de la altiva Castellana, la luz de sus soñadores ojos garzos le penetró hasta el corazón, al través de la cota de malla, como el filo de una daga florentina. A su turno la hermosa Condesa concluyó por interesarse en las cínicas y extraordinarias narraciones del Don Juan, cuyos ojos acariciadores y feroces irradiaban lumbre sensual que la envolvía en una atmósfera de fuego. Y así como una guija forma las avalanchas del Splügen, la curiosidad de la

Condesa se convirtió en amor, y éste en insensata pasión que la dominó como serpiente que se enroscase á su cuerpo; hasta que en cierta noche el Barón y su séquito se alejaron del castillo, pero no solos: una sombra femenina se había juntado al cortejo.

Cuando al siguiente día el Castellano, más pálido que nunca, regresó á su morada,

—Señor!—le anunció con lágrimas su primer escudero.—¡Vuestra esposa ha desaparecido!

El Conde inclinó la cabeza, pero no se movió de su sitial de terciopelo.

Los años pasaron. Las malezas inundaron el parque; uno á uno los criados fueron despedidos, y el jaramago, heraldo melancólico de las ruinas, prendió entre las grietas de los negros bastiones. El castillo parecía abandonado. Pero, no: en la tarde, y en una habitación de la torre señorial, solía oírse melodía tan maravillosa que el espacio se hubiera dicho poblado de ángeles que cantasen alabanzas al buen Dios. Era que Rosa María, como sus hermanos los músicos del bosque, saludaba la noche con sus aires mejor aprendidos. Las alondras y los ruiseñores habían sido sus maestros, así como parecía que las estrellas hubieran dado luz á sus claras pupilas,

color el sol á sus cabellos, y á sus mejillas matiz las anémonas silvestres. Ella cantaba con la misma naturalidad con que el heliotropo suspira su perfume ó juega la brisa entre los rosales florecidos. Pero su voz era más hermosa que la de los jilgueros, pues era como el aroma de su alma; y su alma sería comparable á la de una violeta, si acaso alma tuvieran las flores.

Y en una tarde de los primeros días de primavera aconteció que un trovador errante — atraído sin duda por la voz de la hermosa — llamó á las puertas del castillo y solicitó se le permitiese pasar la noche bajo techado, siquiera fuese en el pajar. Tenía corazón noble, y no quiso partir al día siguiente sin dar muestras de su agradecimiento. Y cuando el alba doraba el oriente acordó su guzla, y bajo las ventanas de Rosa María entonó su canción favorita. La Castellana despertó envuelta en una nube de armonía; y ordenó no partiese el trovador sin que antes fuese conducido á su presencia. Así se hizo. Y en tanto que el doncel se postraba á sus pies y besaba su mano, la Condesa temblaba de emoción al contemplar sus facciones, que quizás había entrevisto en sus sueños de virgen.

Desde aquel día fue un concierto constante, que hizo enmudecer de despecho á los tenores de la selva. Juntos recorrieron las serenas avenidas del parque y descubrieron senderos desconocidos en lo más espeso del bosque. Sólo callaban para contemplarse cuando, á la luz de la luna, las manos en las manos, sus labios se unían en la caricia de un beso. Pero el trovador, acostumbrado á la vida errante, suspiraba por el mayor de los bienes: la libertad.

Y en una noche de Agosto, en que al contemplar las estrellas sintió la nostalgia del mar lejano y de los campos de Toscana, tomando á su amada en los brazos,

—Huyamos!... — la suspiró al oído.

—Adónde?

—Al través del mundo.

—Qué haremos allí?

—Amarnos y cantar! . . .

Y abandonaron el castillo, para siempre, como golondrinas que huyendo del invierno emigrasen hacia el país del sol.

Cuando el Conde regresó á su morada, el viejo escudero fue á su encuentro:

—Señor, señor! — exclamó entre sollozos. —Vuestra hija ha desaparecido! . . .

Por la mejilla del Castellano resbaló una

lágrima, pero no se movió de su sitial de terciopelo.

Muchos años pasaron, y el Conde Rogerio continuó soñando, enamorado de la ninfa del lago. Todo para él, excepto su amada, era ficción, sueño, perfume impalpable como el aroma de una flor: parecía que ella le hubiera descifrado el enigma de la vida.

Y aconteció que el Caballero, desde una noche en que se dirigió al remanso de los sauces, no volvió á aparecer por el castillo: quizás la ninfa lo enlazó entre sus brazos y lo arrastró al fondo de las aguas, en cuyo cristal se mecían los nenúfares azules. Luégo, se desmoronaron los torreones; los buhos habitaron en las almenas derruídas, y los lagartos hicieron su morada entre los escombros que, cubiertos por la maleza, se ven en la margen del lago de Silser, en el rincón más silencioso de Engadina. . . .

Esta es la leyenda de las ruinas de Chesté, tal como me fue contada á la orilla del lago por una moza de los campos, quien en tanto que narraba su historia, cuidaba de las vacas pintadas que á nuestro lado rumiaban impasibles sus bocados de hierba.

LAS CATACUMBAS

Una atmósfera de profunda melancolía, la melancolía del recuerdo, el más triste de los goces de la vida, pesa sobre la Ciudad Eterna. Sus ruinas se contemplan con el religioso temor que nos domina cuando nuestros pasos resuenan en la galería del cementerio ó bajo las bóvedas de la vieja basílica en escombros. Los siglos han dejado caer en su recinto sus más brillantes trofeos, como el águila sus plumas sobre la desnuda peña. Cada canto de granito, cada cornisa en donde el laurel se enrosca pregonando un triunfo, cada pedestal con inscripción al que falta la estatua, son como la negación suprema de la gloria y del imperio: sólo la idea es inmortal. Todo en Roma está saturado de indefinible perfume antiguo que inunda el alma con la sugestión de su incomparable historia; el haz de ruinas en donde

se alzara el Capitolio y al través de las cuales hoy el agua filtra gota á gota; el Tíber, divinidad tutelar de la vieja Roma, que, impasible como el tiempo, arrastra su cenagosa corriente por entre carcomidos edificios y en cuyas aguas más de una vez se han reflejado las llamas del incendio; el Castillo Sant'Angelo, que destaca su redonda y aspillada mole contra un celaje nebuloso; la desierta campiña romana que se pierde en los profundos lineamientos del horizonte: todo allí está empapado en la memoria de sublimes abnegaciones y de divinos sacrificios. Roma, en donde todo ha sido grande, es por excelencia "la ciudad del recuerdo."

La metrópoli actual ofrece el espectáculo de la más dolorosa miseria. Fuera, en los campos estériles, los ganados conducidos por pastores abruzos que, envueltos en pieles, lívidos como espectros, erran lentamente consumidos por la malaria. Dentro, construcciones inacabadas sin cristales ni techos; calles tortuosas bordeadas de negros palacios cuyas cornisas fueron quizás la obra de Bernino ó de Bramante; plazas cubiertas por la hierba; cloacas en donde se depositan las inmundicias del barrio, y en donde al aire libre entran en putrefacción los

cadáveres de los perros envenenados por la policía. La vía que á lo largo del Tíber conduce desde el Castillo Sant'Angelo hasta la plaza del Vaticano, apesta con su olor de fritura, de pieles frescas de ebanista, del pescado venido de Nápoles, de las emanaciones del río que se desliza entre barrancas formadas por los desechos de los vecinos edificios. Por todas partes se palpa el más culpable de los abandonos, sólo comparable al de las ciudades de Oriente; puede decirse que en Roma el modelo arquitectónico es el de las ruinas del incendio.

En la calle, el romano, de aspecto inhospitalario, golpea el lodo del pavimento con sus gruesos zapatos claveteados, y pasa sin mirarnos. En el Café Concierto ó en la Opereta, nadie ríe con franqueza: las mujeres, de acentuado perfil, apenas, entre la comisura de los labios rojos, muestran su fina dentadura.

Pero hay algo que lentamente se sobrepone á nuestro hastío, no á la indiferencia: es el interés artístico. Se ha contemplado por largo tiempo el panorama de Roma desde la balaustrada de los jardines de Monte Pincio; se ha hecho detener el carruaje ante la Fuente de Trevi; visitado la pirámide, tumba de Caius

Cestius, y permanecido durante horas en el Forum, recorriendo desde la Graecostasis hasta el templo de Antonino y Faustina; pasados algunos días, el vértigo nos dominará ante las ruinas del Coliseo, y gritaremos de admiración bajo la cúpula de San Pedro. Miguel Angel, Rafael, Boticelli, el Dominichino y Donatello lentamente nos han iniciado en las más elevadas manifestaciones del ideal; y se llega á comprender, bajo las bóvedas doradas y las lucientes columnas de mármol, que nada ha muerto en la ciudad á donde los conquistadores de los tiempos antiguos transportaron los despojos de Asia, de la Etruria, del Egipto y de Grecia; en donde se han hacinado las ofrendas de América y Europa, y los tesoros artísticos de todas las civilizaciones. Luégo, pasaremos horas inefables en los jardines Borghese absortos ante la *Dánae* del Correggio, en el Vaticano ante una fisonomía de Perugino, ó ante el *Moisés* ó la *Piedad* de Miguel Angel. Se estudiará la filosofía en el Vinci, la mitología en el Sancio, y según el estado de alma, leeremos una tragedia en el Ticiano ó un poema celestial en el Beato Angélico. Así, concluímos por encontrar que todo es armonía en la augusta ciudad; su aspecto solemne y silencioso, cuadra á su

destino de guardián de tántos tesoros, de tántos dogmas y recuerdos. Entonces se mirarán pasar con interés las bandas de monjes azules, negros, amarillos, blancos y rojos; al Cardenal que, al trote largo de sus caballos, se dirige al Vaticano á saludar al Padre Santo; se encontrará bien la altiva seriedad de las gentes del pueblo, y no se recordarán las deletéreas exhalaciones del tifo cuando, en la tarde, tendidos en el campo, bajo un pórtico de acueducto, mientras los mirlos cantan sobre nuestra cabeza en los pinares centenarios, la esquila del ganado suena entre las breñas de la cañada vecina, y el sol, al través de la bruma dorada del horizonte, tiñe de fuego los ladrillos y zarzas de las ruinas monumentales.

Era en invierno: el cielo gris, la tierra húmeda. Una llovizna impalpable se desprendía sobre la ciudad como rocío de ceniza. Al través de su hilambre, todavía se divisaban las oscuras ruinas del Coliseo. Dominado por no sé qué extraño sentimiento religioso, del cual es imposible libertarse en Roma, me dirigí á las catacumbas de San Calixto en busca de un poco de poesía que no supe encontrar entre los esplendores de los templos romanos. Ni en el Vaticano, ni en la incompara-

ble catedral de San Pedro encontré un vestigio siquiera de la primitiva idea cristiana: son reales mansiones en donde se han desfigurado los retratos de antecesores humildes ó plebeyos. Allí el Cristo, nacido en un portal, se trasfigura al golpe del cincel de Miguel Angel, en Júpiter Olímpico; el pescador que conoció la infancia de los labriegos, no el fasto de las humanas vanidades, duerme bajo el peso de riquezas fabulosas; el eremita, presa de la tentación, inundado en la luz de ámbar de un cuadro de Guido Reni, muestra algo de divino en sus demacradas facciones, y el nombre del esclavo resuena triunfalmente bajo las arcadas de mármol y lapislázuli. ¿Quién, en efecto, ante la *Santa Teresa* del Bernino, ha pensado en las piadosas austeridades del ascetismo? Tanto valdría reflexionar sobre el arrepentimiento ante la Venus de Praxiteles. Allí no se ora, sino se admira. Las dos civilizaciones que dominaron el mundo por el sentimiento y por las armas, se contemplan estrechamente unidas como las figuras de un friso griego: el perfil de esta madona es calcado sobre el de la Hebe, de Polycletes; el Arcángel Miguel, de Guido, se confunde con Apolo Liciano; con el mismo pincel Carrache pinta los

amores de los dioses y las vírgenes nimbadas del nuevo rito; las formas viriles del Cristo son las de la estatua de Hermes, conductor de las almas: ambos lucen la misma fisonomía sonriente, la misma rizada cabellera, los mismos miembros ágiles y vigorosos. El canon de Fidias no se ha perdido: el Olimpo inmortal proyecta su viejo esplendor sobre la inspiración cristiana. El orbe ha inundado de riquezas la basílica, el genio la ha poblado con sus obras: el cristianismo ha levantado un monumento digno de su victoria.

El carruaje dejó atrás las ruinas del Forum y las prisiones Mamertinas — en donde el guía muestra la celda subterránea, en la que es fama fue encarcelado San Pedro. — Luégo, al través de viejas encrucijadas, traspasámos la puerta de San Sebastián: me encontraba en el valle de Almone, en plena campiña romana. El carruaje rodaba pesadamente sobre los grandes trozos de lava de la sagrada vía; el paisaje tomaba á cada momento un carácter más lúgubre y grandioso, y la mancha casi negra de la ciudad, coronada por la cúpula de San Pedro, que arranca al nivel del horizonte, se perdía entre la niebla de aquel celaje de invierno.

Difícil dar idea del sentimiento de tristeza que nos domina cuando contemplamos la desolación de la comarca, especie de solitario circo regado con la sangre de gladiadores cosmopolitas: viejas tumbas en ruinas en donde la hiedra prende sus vigorosos retoños; viñas solitarias que, por alimentarse de una tierra sin jugo, debieran destilar un vino sin perfume y amargo; profundas grietas rojas labradas por los torrentes de invierno; casas de campo abandonadas en donde el viento zumba y se cuela por entre los vidrios destrozados: ¿cómo pintar aquel cuadro de melancolía y devastación?... El desierto se prolonga hasta las montañas del Latium: se diría — como ya ha sido repetido — que ningún pueblo ha querido borrar el rastro del arado de Cincinato. Anima el paisaje la silueta de un pastor que vigila el rebaño desde un fragmento de acueducto; y sólo turba el gran silencio que reina sobre la campiña, el lejano rodar de una carreta cargada de forraje, ó la distante voz del trueno que se dilata entre la bruma cobriza de Albano. Un viento de tempestad rasa la tierra: es el mismo hálito de destrucción que ha soplado sobre Nínive, Menfis ó Cartago. Los arbustos inclinan hasta el suelo sus

ramas moribundas; apresuran el vuelo los negros pájaros de presa; y los perfiles destrozados de los monumentos, el Circo de Rómulo y el Templo de Baco, los arcos de las Termas de Caracalla y el Torreón de la Tumba de Cecilia Metella, se dibujan fantásticamente entre la sombra de la atmósfera gris y húmeda. Al contemplar estos despojos de la muerte tan distantes en aquel momento de las luminosas interpretaciones de Poussin, se recuerdan las palabras del poeta del Renacimiento al referirse á la estatua de la Noche, de Miguel Angel: "*¿ perchè dorme ? ha vita!*"

Había llegado: á la sombra de un grupo de cipreses reposaba una bandada de seminaristas, vestidos con grandes capas y sombreros rojos. Por entre los claros de los árboles se divisaban las columnas del templo de San Sebastián, edificado en un corte del terreno, sobre las catacumbas de San Calixto. Ellas están al cuidado de una respetable comunidad religiosa, de la que algunos miembros sirven de guía á los visitadores. Fue el mío un monje natural de Francia, quien al adivinar mi interés por estos sagrados lugares, se prestó á hacérmelos conocer de la manera más completa.

Por una escalera de piedra,—cuya entrada está situada al aire libre, al lado de una modesta capilla en donde se expenden artículos piadosos, — se desciende al primer piso de la ciudad subterránea. El viento húmedo que circula por angostos y rebajados pasadizos, en un todo semejantes á la galería de una mina, hace oscilar la llama de las antorchas cuya luz, en vacilantes círculos concéntricos, alcanza apenas á iluminar el camino. Nuestros pasos resuenan sordamente en las entrañas de aquella tierra taladrada en todas direcciones. A uno y otro lado se dilatan múltiples filas de sepulturas, en las que suelen verse algunos huesos, ó placas funerarias con inscripciones griegas ó latinas. De pronto la galería se ensancha en forma de bóveda; es la capilla en donde el Obispo, sobre la tumba del mártir, oficiaba en presencia de los primeros creyentes. Luégo el corredor se angostaba y se bifurcaba; ora sube, desciende en seguida, siempre lúgubre con su doloroso aspecto de cementerio sin luz ni aire. Al lado de las tumbas, se encuentran las cuevas en donde se hacinaban los fugitivos mientras la delación los llevaba á la arena: familias enteras permanecían durante meses entre los horrores del sombrío

aislamiento, más terrible aún que la muerte, cuya imagen libertadora estaba siempre ante sus ojos. Así, la vida de la carne no era en realidad para ellos sino pesado fardo; y la sangre del mártir depositada en la redoma sobre su sepultura, el símbolo, bien digno de las tendencias de la edad moderna, del supremo triunfo de la muerte. Admirable fenómeno el de quienes, dominados por un desprecio del dolor no conocido por la generación presente, todo lo sacrificaban por conquistar, al precio del martirio, eterna remuneración al sufrimiento voluntario: los griegos mismos no llevaron más lejos su idealismo. En las simbólicas inscripciones, por cierto de estilo bien primitivo — ya el arte griego estaba en plena decadencia — y en los emblemas paganos, hieráticos como las pinturas murales que adornan los ocultos retretes de la voluptuosa Pompeya, que aún hoy se ven, las primeras, sobre losas sepulcrales, y en los lienzos de algunas galerías, los segundos, puede reconocerse la idea dominante de los primeros confesores cristianos: la paloma representa el alma del mártir purificada por la muerte; un pájaro en la jaula, el alma prisionera entre los lazos de la carne; la palma, signo de recompensa. En-

cierran estos sencillos símbolos, expresión de un pensamiento profundamente filosófico, pero borroso todavía en la infancia de la reforma social, el secreto del triunfo del cristianismo. Estriba su fuerza en la idea pesimista y real de que el hombre es puñado de ceniza; de que la vida, como planta estéril, se desarrolla bajo rocío de amargura: "Quienes siembran con lágrimas — dice el salmista, — recogerán con cantos de esperanza." Pero si el dios Pan ha muerto, no por ello quedará el cielo vacío: espera quien sufre que su dolor obtenga el precio de las celestiales alegrías; no será eterno el adiós del moribundo; algo sobrevivirá á la disolución de la materia. Con razón se ha dicho que si el paganismo deificó la vida, la filosofía cristiana, abriendo al hombre el horizonte del infinito, ha divinizado la muerte. Sólo que la nueva religión cubrió el mundo con un manto de tristeza: ella prescribe el conocimiento de sí mismo.

Allí, en la cuna de la religión que más revoluciones haya causado, con qué honda emoción se contempla la bancarrota sentimental y filosófica de este desastroso principio de siglo! Efectivamente, se puede preguntar con Hamlet si "no habrá algo de podrido en el reino de Dinamarca."

La fe, esa fe que llevó á las arenas del Coliseo á miles de mártires que morían destrozados, con el himno de triunfo en los labios sonrientes; que luégo, durante tres siglos, como poderosa palanca levantó la Europa y la arrojó sobre el Oriente en las guerras de las Cruzadas, es hoy símbolo que recuerda al vencido Patriarca de la Iglesia Ecuménica, que desde las profundidades del Phanar escribe á Calcedonia y á Éfeso como en los tiempos de Crisóstomo, y ciñe la tiara coronada por el águila imperial, el águila de Constantino, que conserva entre sus garras — por suprema ironía — el globo, representación del mundo: recuerdo de poderoso imperio confinado hoy al recinto de una humilde basílica de Constantinopla. Esta atenuación de la fe no ha alcanzado todavía á debilitar la preponderancia del catolicismo; pero su influjo sobre los destinos de la humanidad, no es ya decisivo como lo fuera en los siglos hieráticos de la Edad Media. ¿Lo será menos aún en los futuros?. . .

En su constante cambio de ideales la humanidad empieza á fatigarse de la ingrata labor por descubrir los fines morales del universo. Cayó en el olvido la teología, alimento de los hombres durante nueve siglos; hoy todo

sistema filosófico empieza á ser mirado como esfuerzo estéril en busca de la verdad: el individuo se contenta con saber que existe. Esta especie de marea analítica que lentamente lo modifica todo, como el flujo del agua marina el perfil de las rocas, ha arrojado á los unos al nihilismo, al escepticismo á otros, á la tristeza á los más. Para ellos no serán ya verdades ni el pecado, ni la conversión, ni la salud; las apologéticas de Secretán, Pascal y Leibnitz no les serán más convincentes que las de los Padres de la Iglesia; pero para quienes la creencia es libertadora necesidad, ¿en dónde buscar la salvación?... "Los judíos—dice San Pablo—á fin de creer, piden milagros; los griegos, razonamientos." Más desgraciados que ellos, nosotros, en la época actual, á ninguna religión podemos pedir ni razonamientos ni milagros: sólo la fe abre los horizontes de la creencia. Háblese con un adepto de cualquiera religión, budista ó afiliado á una de las numerosas sectas que nacen diariamente en Inglaterra ó en los Estados Unidos, laboratorios donde pueden estudiarse todos los fermentos del espíritu: "yo siento á Dios dentro de mí—os dirá. Mi creencia viene de lo alto, y no está sujeta á los métodos del hombre."

Y mientras os debatís entre el limo de la tierra, como lo dice Taine, él se sentirá trasportado á los confines del universo.

El sistema de educación científica moderno — observa un ilustre filósofo, — ha hecho ya vacilar la creencia de varias generaciones. En la investigación de la verdad, él ha enseñado al individuo á no fiarse del criterio de autoridad, á no rendirse sino á la personal evidencia, á no prestar fe á testimonio alguno sino después de discutido y verificado. Como deducción lógica, hé aquí la lucha entre el criterio experimental y la creencia, entre su fe y su razón: dolorosa alternativa que muestra el más angustioso estado de conciencia en que pueda hallarse el hombre. Ya espíritus superiores, talentos de buena voluntad, trabajan por conciliar los encontrados intereses de la religión y de la filosofía; por amalgamar la verdad adquirida con la tradición secular que no puede olvidarse; pero su labor, por otra parte digna del mayor encomio, permanecerá estéril. Estas tentativas son consideradas por la Iglesia como heréticas cuando se amplía el dogma, por la filosofía, como absurdas, cuando se restringe el campo de la ciencia. Uno de los dos adversarios tendrá que abdicar en este ensayo de universal conciliación.

Sí, todo ello es cierto. Bien sé que ante la eterna vida del universo, la del hombre no representa un décimo de instante; que ante la mirada de la Divinidad, el hombre, con sus luchas, sus dolores y sus mezquinas alegrías, se confunde con el átomo oculto desde hace millares de siglos en el calizo de la peña; y que nuestros gritos de angustia se creerán perdidos en el vacío, como los del náufrago en la soledad de los mares. Bien sé que cuando en la noche las miríadas de mundos, como luminosa polvareda, pueblan las profundidades del infinito, dentro de nosotros germinará el éxtasis de lo sobrenatural, pero Dios permanecerá oculto. Sin embargo, la vida, cuya duración en relación con el infinito es igual á cero, será equivalente á centenares de siglos para quien sufre; para el átomo, el universo es la existencia de los átomos; y no porque se agite en el abandono de los mares, el náufrago dejará de implorar, quizás sin esperanza, el auxilio de lo desconocido. Y en esas noches en que la inmensidad despliega ante nuestros ojos el espectáculo de sus constelaciones, sintiéndonos aplastados por el peso de lo infinito, nuestro corazón, como flor que se abre á la luz, se desplegará á la creencia. ¿Por

qué?... Un profundo pensador ha dicho que al hombre no se le conduce por la idea, sino por el sentimiento.

Esta creencia puede ser una religión, ó una filosofía. Puede ser Job, que desde el fondo del estercolero bendice al Dios que lo anonada y profetiza la resurrección de la carne; puede ser el divino Marco Aurelio, que cuando traicionado por su mejor general, y sus hijos morían, y su mujer era criminal ó calumniada, y su hijo y heredero Cómmodo llevaba en sí el germen del monstruo; cuando veía, sin poderlo evitar, que su imperio se desmoronaba como edificio en ruinas, exclamaba: "El alma del hombre es como humo y sueño; en su cuerpo todo es fugitivo; la vida es el combate, y la gloria después de la tumba, el olvido. Todo es vil, y despreciable, y podrido, y caduco, y muerto! ¿Dónde encontrar la fuerza? Sólo en la filosofía, en la contemplación del infinito."

Está fuera de duda que de todas las religiones, desde la de Brahma hasta la de los Cientistas americanos, es la cristiana — en su esencia fundamental — la que más de acuerdo está con la conformación de las sociedades y con las necesidades del hombre que

no se encuentre contaminado del egoísmo moderno. Ella restringió la libertad pagana, pero, en cambio, qué inmensos horizontes abrió á la iniciativa moral del individuo! Si cubrió la tierra con un manto de luto, inundó el cielo de místicas claridades. Venus murió, pero apareció María, casta, hermosa y bañada en lágrimas. Júpiter omnipotente se trasformó en el Cristo, humilde, manso, la sangre resbalando por el fino rostro hebreo. Las creaciones aristocráticas de la imaginación griega se convirtieron en otras más humanas, porque los nuevos héroes como nosotros nacieron y conocieron el abandono y el martirio. No fue una diosa, sino una madre la que contempló á su hijo inmolado en el leño, y un hermano del hombre quien dijo: "Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados." No es necesario decir que el sufrimiento es la herencia de la humanidad; pero será la religión divina por excelencia la que derrame el bálsamo consolador sobre las heridas del huérfano, la que sostenga á la virtud que cae, la que enjugue las lágrimas de los desheredados y nos muestre, como brilla para el marino el resplandor del fanal en la inmensidad del océano, un rayo de esperanza entre el caos que nos rodea.

Contemplando los despojos de los mártires, comprendí que su duro sacrificio no fue estéril: su sangre fecundante regó la semilla del árbol que, nacido entre la tempestad, después de diecinueve siglos cubre con su follaje el universo.

Caía la tarde cuando salí de las Catacumbas. Me incliné entonces y formé un ramo de violetas, recuerdo de mi visita á estos lugares.

El cielo era gris. A lo lejos, por sobre la campiña romana, al nivel del horizonte, la cúpula de San Pedro, herida por los rayos de púrpura del sol poniente, se diría globo de cristal que, elevado en el cielo por los ángeles, guardase como en una urna de apoteosis toda la sangre de los sacrificados....

A LA PLAZA!

I

Dos de la madrugada. El rápido de Madrid se detiene de pronto, entre choque de cadenas y ruido de las portezuelas de los vagones al abrirse.

—Valladolid! Cinco minutos!...

Los pasajeros despiertan; envuelven la manta de viaje, levantan el cuello del sobretodo y en una mano las maletas, en la otra el bastón y el paraguas, la cabeza cubierta por la cachucha de paño, descienden al andén entre los gruñidos de los que siguen para Burgos ó San Sebastián, y que han sido despertados en mitad de la noche, zarandeados y pisoteados por los que salen.

—Diablo! hombre, me ha roto usted un dedo!

—Excuse, caballero, no ha sido intencional....

—Vaya, que si lo fuera....

Y con esto el agredido se vuelve hacia la portezuela, y al través de las vidrieras empañadas ve los grandes anuncios en colores de que está empapelada la estación, y cierra los ojos contemplando el desfile, como de sombras chinescas, de los escasos pasajeros que buscan la puerta de salida.

A lo lejos la máquina, en la oscuridad de la noche, envuelta en rojiza luz de fragua, sopla como cetáceo arponeado. Sombras extrañas — empleados de la estación — circulan por la carrilera, la boína terciada, dando órdenes que nadie atiende, en tanto que el ingeniero, con una linterna de petróleo se desliza á lo largo de las ruedas, golpeándolas con el martillo á fin de descubrir en el sonido cualquiera avería. El jefe de la estación, de cachucha viserada, envuelto en largo sobretodo marcial, corre de uno á otro lado seguido de dos ayudantes. Han pasado diez minutos, y el tren no parte.

—Hola! Paco el maquinista! ¿Por qué no echas á andar el tren?....

—Ca! hombre, no se incomode usté, si lo mismo da....

—Canastos! ¿Es que te informas por dónde siga el camino?

—Justo, porque según veo, se lo han robao.

—Anda, ánda, que puede haber un choque.

—Mejor que mejor, la vida me tiene ásao....

—Cálla! que no se trata de la tuya, sino de la de los pasajeros....

—Eh! venga á sostenerme ahora que los españoles viven contentos con su suerte.

Esta discusión se hubiera prolongado indefinidamente. Sagasta y Silvela —culpables de cuanto ha acontecido en España,— hubieran sido puestos de oro y azul, si un empleado no recorriese el andén cerrando las portezuelas y gritando con voz estentórea:

—Pasajeros al tren! Pasajeros al tren!

Un minuto después la larga fila de vagones, con sus vidrieras iluminadas, al través de las que se adivinaban las siluetas de los viajeros, se perdía á lo lejos, entre las sombras de la noche, rodando pesadamente sobre los rieles de acero.

Dos guardias civiles, el tricornio terciado, se paseaban gravemente en el largo corredor de la estación; sobre un escaño dormitaba un mozo de la vecina fonda; á la luz de un re-

verbero vacilante, un cura y un soldado leían una carta, en tanto que el grupo de los pasajeros, compuesto en su mayor parte de chulos, revisteros y aficionados al arte del toreo, venidos de Madrid á las corridas de la famosa feria de Septiembre, esperaba que el empleado que recibe los tiquetes se dignase aparecer.

—Desconfíe usted de España! — gritaba uno.— Ese hombre está de juerga.

—Y pensar que el granuja cobra un sueldo; eso me revienta!

—Cosas de este gobierno; ¿qué quiere usted?— exclamó otro.

Ya fuera de la estación, en el imperial de una diligencia remolcada por tres caballejos que galopaban azuzados por el chasquido de la fusta del auriga, nos dirigímos hacia la ciudad, al través del paseo de Campo Grande.

He dicho que era Septiembre, el más hermoso de los meses de verano. Yo y mis tres compañeros de viaje habíamos abandonado á Madrid, como tántos otros, y volado á la Feria, la fiesta de las provincias del norte de España, como la Semana Santa de Sevilla es la del Mediodía. De todos los puntos de las Castillas se hace entonces romería á Valladolid, bien en

ferrocarril ó por los caminos reales, á horcajadas sobre mulos y encintados pollinos. En ventorrillos y paradores, el valdepeñas corre como el agua de una fuente, y comparsas de mozos de chambergo de fieltro, chupa corta y cinturón de cuero, después de haber apurado un vaso, punteando la guitarra avanzan por el polvoroso camino que los dejará en la vetusta ciudad, en donde los aguardan las emociones de las grandes corridas de toros. Valladolid, que cuenta setenta mil habitantes, da albergue entonces á cien mil forasteros. Se alquilan las buhardillas; los huéspedes de los hoteles se aprietan como arenques; los zaquizamíes se adjudican en subasta, y el pueblo, que mata las primeras horas de la noche en la retreta ó ante las exhibiciones de juglares y domadores instalados en las barracas de Campo Grande, se recoge bajo las arquerías de la Plaza Mayor ó bajo las arboledas del Espolón ó Recoletos. Pero no importa que no se duerma, ni importan las incomodidades de la permanencia al aire libre; al día siguiente Mazzantini y Guerrita se mostrarán en la plaza: sobrada recompensa al sacrificio.

En tanto que rodaba la diligencia, desde el elevado asiento del imperial observaba el

muerto paisaje del pedazo de ciudad que recorríamos. Manchas oscuras de árboles; callejuelas trasversales, apenas alumbradas por vacilantes reverberos; más lejos una torre que perfilaba su silueta negra contra el cielo profundo, salpicado de constelaciones como de chispas de diamante. A uno y otro lado grandes edificios de persianas corridas, viejos, irregulares, centenarios, con ese aspecto venerable de los cuadros antiguos velados por la pátina del tiempo. Al verlos, no puede olvidarse que en esos destartalados edificios amaron y sufrieron los representantes de la más fastuosa nobleza que jamás haya existido; que sus salones resplandecieron en otros siglos con las mil antorchas de los regios saraos, en la época en que España imponía á las cortes europeas la nota de la elegancia caballeresca.

—¿En qué hotel se apean ustedes?—me preguntó el mayoral.

—En el de Francia.

—Ya tienen sus apartamentos?

—No; por qué?....

—Entonces, pueden volverse por donde vinieron. Ni el rey mismo pudiera conseguir aposentarse.

Esta noticia no dejó de inquietarnos; pero resueltos á no ceder hasta el último momento, nos hicimos trasladar al hotel mencionado. El que el rey no pudiera conseguir alojamiento, no nos preocupó mucho: él era el rey; en cambio nosotros nos contentábamos con tener en donde dormir unas pocas horas, y descansar de la fatiga de una noche de camino de hierro.

A la puerta del hotel despedímos la diligencia y tocamos el botón eléctrico. Después de cinco minutos de espera,

—¿Quién va?—gritó desde el interior una voz mal humorada.

—Cuatro pasajeros que solicitan hospedaje. Abra usted.

—Ni lo hay, ni se abre.

—Pero, qué quiere usted que hagamos?

—Irse por donde vinieron.

Por lo visto, tal era nuestro solo recurso, de acuerdo con la opinión del mayoral y del portero.

—Pero, hombre! Tiene usted valor para despedirnos sin darnos la dirección de otro hotel?

—Vayan al Español; cinco cuadras á la derecha.

—Gracias, Cerbero....

Y hétenos en mitad de la calle Teresa Gil, á las tres de la madrugada, con nuestras maletas de viaje, camino de la nueva dirección. En el Español fuimos más desgraciados que el amo Julián de la *Mascota*, pues no recibimos cesta de huevos, sino un buen consejo: el de dirigirnos á otro hotel, en donde quizás tampoco encontraríamos alojamiento.

Qué hacer?.... Por unanimidad resolvimos regresar al hotel de Francia, y esperar que la luz del día ó nuestras buenas razones forzasen á abrir las puertas de aquella hospedería con apariencias de encantado castillo. Quince minutos después golpeábamos de nuevo en demanda de hospitalidad. Esta vez respondió una voz de mujer.

—Qué se desea?

—Señorita, esperar que amanezca, pero bajo techado, aun cuando no se coma pan á manteles.

—Por lo visto—dijo la voz de mujer, como si se dirigiese á otra persona—estos caballeros llevan consigo su *Quijote*.—Luégo, en voz alta—Aguarden, ya se abre.

Fue nuestro primer triunfo.

Se abrió media puerta, y en su marco apa-

reció una moza desgreñada, los ojos hinchados por el sueño, que levantaba por sobre la cabeza un candil á cuya luz nos examinó detenidamente.

—Bien, qué se desea?

—Que recuerde usted las obras de misericordia, y se nos dé alojamiento.

La muchacha hizo un signo negativo.

—Pero, hija, ¿tendría usted corazón para botarnos al arroyo?

—Y es culpa mía? Todos los aposentos se han alquilado; como aquí habita don Luis....

—Cuál don Luis?

—Qué don Luis puede ser sino Mazzantini, quiá!— exclamó la moza con un mohín de desprecio por nuestra ignorancia.

—Excuse, somos extranjeros. Y, díganos, si todos los apartamentos están alquilados, están ocupados todos?

—Como si lo estuvieran; hay uno, pero las personas que lo tomaron llegarán en el tren de medio día.

—Corriente: pero nosotros no necesitamos sino cuatro horas de descanso; aparte de que el tren de las doce llegará á las dos, ó bien, no llega....

—Pues es verdad.... Entren, y se entienden con el administrador.

La conferencia se efectuó al través de las batientes de una puerta. De ella resultó que por seis horas tendríamos derecho á dos piezas en el segundo piso, sobre la calle, sin perjuicio de desocupar en caso de que los legítimos propietarios se presentasen antes de la hora anunciada. Entendidos sobre las cláusulas de nuestro contrato, subímos la escalera precedidos de nuestra interlocutora, que nos alumbraba el camino, y la que, después de dejarnos instalados, se despidió con amable sonrisa.

II

Sabido es que el día madrileño empieza á las seis de la noche. Es la hora del desfile de los elegantes equipajes en el Retiro y en la Castellana; cuando la calle de Alcalá, desde Cibeles hasta la Puerta del Sol, se convierte en catarata de gentes apasionadas y alegres, con esa imperturbable alegría de los escépticos descendientes del Cid, para quienes el mañana no existe, siempre que en la noche se obtenga una butaca en el Real ó en la Prince-

sa, y se salude en Fornos el nuevo día, que será fiel copia del que agoniza. Allí, entre los gritos de zagales de tranvías y de conductores de diligencias, de los vendedores de periódicos, de billetes de lotería, de confituras y pitillos, el noble petimetre, cuyo nombre figura en las notas mundanas de *El Imparcial*, se codea con el empleado cesante de amplia capa de vueltas de terciopelo, que recuerda su abstinencia ante los brillantes escaparates de las tiendas de ultramarinos; el chulo del fieltro con borlas, que escupe por el colmillo, con el bohemio de luenga cabellera; el guapo teniente de la guardia real, con la dama aristocrática; el cura del inverosímil sombrero de teja, con la moza que, envuelta en abigarrado pañolón de manila, se abre paso por entre aquella turba de idealistas que saben son ricos si, con un poco de alegría dentro del alma, han conservado, los unos esperanzas para el siguiente día, y los otros una "perra chica" con qué obsequiar un par de claveles rojos á la novia.

Para este pueblo, indiferente á las desgracias públicas, y lo que es más raro aún, á las personales, sólo existen dos tópicos á que dedica todas sus facultades y todas sus energías: la política y la tauromaquia. Seguro es que

en los cafés — anunciados á distancia por el golpe de las fichas del dominó sobre la mesa de mármol — en dondequiera que ante las imprescindibles cañas de manzanilla se hallen dos personas reunidas, ó se llama ganso al Presidente del Concejo, ó se discute la última revista del Tío Jindama, texto sagrado de la ciencia de Cúchares y Lagartijo. Porque en España los asuntos más trascendentales carecen de interés cuando se trata de averiguar si Reverte recibió á toda ley su segundo toro, ó si Guerrita salió de reunión antes de tiempo. ¡Extraña inconsciencia la de esta nación, cuyos actos ojalá se rigieran siempre por la exactitud y formalidad con que en ella se cumplen las leyes del toreo!

Pasada la época en que á la nobleza estaba reservado el ejercicio de la lidia y en que los reyes mismos descendían á la arena, el arte, desde mediados del siglo XVIII fue del dominio popular. Hoy la profesión de torero es una de las más lucrativas en España. Cualquiera de los primeros carteles goza de rentas que envidiaría un ministro de la Corona. Todos ellos son propietarios de dehesas y quintas de recreo, los unos á orillas del mar, en las poblaciones balnearias, los otros en Cas-

tilla ó en Andalucía, y en donde en las épocas de descanso se organizan diversiones y partidas de caza con equipajes de príncipes. De tal manera que cuando suena la hora del retiro, después de algunos años de faena, el torero — si la fortuna le ha sido favorable — cuenta con fama universal y con rentas algunas veces fabulosas. Lo que el pueblo español experimenta por sus paladines no es sólo admiración: nacidos del pueblo, continuarán siendo pueblo á medida que escalan la gradería de la gloria y la riqueza; y el día de la apoteosis, en las estruendosas ovaciones rendidas á Lagartijo ó á Frascuelo, á Guerrita ó á Mazzantini, el pueblo, ante sus héroes, siente lo que sentiría un padre plebeyo al ver á su hijo elevado á las más altas dignidades: ellos son sangre de su sangre; medallas triunfales de oro acuñadas en los troqueles de la plebe.

Es el día de la primera corrida. Un cielo azul, del azul ferrete de Cataluña, cubre con su manto turquí la antigua capital de Castilla. Ni una nube en el cielo. El sol, como lluvia de oro nos ha despertado alegremente. A lo lejos se escuchan los acordes de una banda de música que recorre las calles, seguida de milla-

res de pilluelos de boína terciada, y que predispone al movimiento á los moradores de la ciudad. Nos vestimos apresuradamente y nos botamos fuera. Se diría día de fiesta nacional: bulliciosa muchedumbre inunda las calles, en cuyos escaparates de cristales lucen los panaderos sus más dorados pasteles; las floristerías sus más frescas macetas de rosas; sus más vistosos sombreros las modistas á la francesa. Los fígaros no dan á basto á afeitar el bigote de los chulos ni la barba de los revisteros. En las licorerías, los mozos, entre el campanilleo de las copas, circulan precipitadamente llevando por sobre la cabeza azafates cargados de centenares de vasos de manzanilla; y manolas y plebeyos, viejas y guardias civiles, frailes y exóticos ingleses, soldados y perdonavidas que conocen el tocino de Ceuta, en compacta muchedumbre que obstruye el paso de diligencias que rechinan como matracas, contemplan en las esquinas los vistosos cartelones, artísticamente iluminados, del programa de la primera corrida.

En las puertas de los lugares destinados al expendio de localidades, es enorme la aglomeración de gentes de todas las clases sociales que, bañadas en sudor, entre el puño ce-

rrado el precio del billete, se aprietan y estrujan y revientan para llegar los primeros. Y los sombreros se izan en los bastones, y las calvas relucen al sol; éste grita que le han robado el reloj; el otro alza en hombros un chiquillo medio asfixiado; granujas de Lavapiés se adiestran en el arte de cortar bolsillos y talegas, y las manolas, con dos claveles entre los bucles negros, arrastrando el pintado pañolón, sintiéndose en su elemento entre el frote de la ola humana, responden entre sonrisas á los piropos de mozos de fieltros grises con borlas y chupas de terciopelo. Allí se atropellan andaluces y catalanes, murcianos y vascuences, unos con aire de bandidos, los otros de Lamelas y Sanchos, todos locuaces, desvergonzados y alegres, dispuestos lo mismo á dar una cuchillada que á apurar un jarro ó á puntear una seguidilla. Decididamente, este pueblo español visto así, en día caluroso y de entusiasmo, es un pueblo magnífico.

Conseguidas nuestras localidades, después de haber librado más reñida batalla que lo fue Arapiles, nos dirigimos á la fonda á fin de almorzar rápidamente, y encaminarnos luégo á la Plaza de Toros.

Reunidas en el comedor se encontraban

hasta cincuenta personas, que se dirían abonadas á una asociación taurina: nadie hablaba allí sino de trascuernos, quiebros y volapiés; de veraguas, miuras é ibarras; de precios de localidades, banderillas de fuego, estocadas, y del apartado de los toros, que acababa de verificarse. De pronto, por sobre el concertante de las conversaciones se elevó una voz irritada. El silencio se hizo y todos volvimos la cabeza.

—Pues yo digo que en Córdoba está la verdadera tía Javiera del toreo!—gritaba un señor de bigote afeitado, de cejas pobladas y corridas, rojo como un pimiento, quien anudaba al cuello la servilleta.

—Y yo, que en Sevilla está la enjundia!

—Posturas, bonitas para panderetas.

—Cálle, hombre! Déje su mojama á Alicante y su jamón á Avilés, y no hable de lo que no entiende.

—Bah! Suénese usté fuerte, que está acatarrao....

—Miserable!...

—Ignorante!...

Con esta palabra vimos volar un gran proyectil de uno á otro extremo de la mesa; luégo se oyó el destrozo de vidrios en añicos. El

señor de las cejas pobladas quedó bañado en un líquido rojizo, que pensamos ser sangre, pero que sólo era el contenido de una botella de tintorro que, á manera de bomba explosiva, su contendor hubo de lanzarle al rostro como definitivo argumento en contra de su tía Javiera.

Todos nos pusimos de pie. El agresor, entonces, soberbio como la fiera vencedora en las riñas de gallos.

—Olé, por los toreros de Sevilla!—exclamó. Y sin esperarse á desgranar un racimo de las azucaradas uvas de Alvillo, salió.

—Es un miura el tal hombre. . . .— dijo alguien.

—Es un cobarde, que ha tomado el olivo! — rugió el ofendido limpiándose el rostro con la servilleta.

En tanto que los comensales tomaban partido por uno ú otro de los contendores, saboreando el café me di á recordar la competencia que el Ilustre Manchego tuvo más de una vez con el cura de su lugar, hombre docto, graduado en Sigüenza, sobre cuál había sido mejor caballero, Palmerín de Inglaterra ó Amadís de Gaula, no obstante que Maese Nicolás daba la palma á don Galaor, que no era

melindroso ni tan llorón como su hermano, y que en la valentía no le iba en zaga. Salvo que aquellas eran pláticas amigables en las que el cura de Argamasilla jamás perdió ni su habitual corrección ni su prudencia. Lo que acababa de ver me demostró que también á los españoles de hoy les han secado el cerebro los libros de la moderna caballería, y que todos viven, dentro del mundo de la tauromaquia, en pendencias, batallas, desafíos, heridas, requiebros, amores y aventuras imposibles: el espíritu de Don Quijote flota sobre las llanuras de la Mancha.

III

Medio día. Es la hora en que, de acuerdo con el consejo que nos dio el célebre Mazzantini, debe partirse para ocupar cómodamente su asiento en la Plaza.

Por las calles circulan armatostes desvencijados, con pretensiones de ómnibus, arrastrados por mulas encintadas ó por caballejos escapados por misericordia á las astas del toro. Zagales y cocheros atruenan el espacio con este grito, que como un incendio se extiende por la ciudad:

—A la Plaza! A la Plaza!...

Instalados en el imperial de un vehículo que nos zarandea como barca sin timón, conducido por un bizco,—manolo escapado de un sainete de don Ramón de la Cruz;—en la compañía más abigarrada é imposible que imaginarse pueda, nos dirigimos por la Avenida de Campo Grande hacia la Plaza de Toros. Nunca vi muchedumbre más brillante y animada que la que en estos instantes corre hacia el circo, ávida de sangre y de las emociones de la lucha.

Hemos llegado. A las puertas de la Plaza —bello edificio circular de arquitectura morisca—extienden sus toldas los vendedores de flores, naranjas, confituras y aguardientes. Envueltos en la turba que, como un torrente, circula entre la semi-oscuridad de las galerías, penetramos al tendido, inundado de sol, y en donde el oleaje humano se agita con rumor de mar embravecido.

Todo allí es derroche de color y de movimiento: en los tendidos de sol la muchedumbre es roja, azul, blanca, cromo, verde.... La arena del redondel reverbera como lago de oro. Los palcos empiezan á llenarse de mantillas de punto, de peinetones de carey, de flo-

res y de abanicos que se agitan en cadencia. Las graderías están colmadas: quince mil espectadores, vestidos con los trajes más extraordinarios y pintorescos, gritan allí, bajo la bóveda luminosa del cielo, en todos los idiomas y en todos los dialectos: se diría asamblea universal en que se pidiera á los dioses el regreso de la humanidad á los tiempos del paganismo. El entusiasmo aumenta cuando la banda de música ocupa su tablado. Luégo el silencio se hace y crece.... A lo lejos se escuchan los rugidos de las fieras.

Suena el clarín. Las puertas se abren: jinetes en magníficos potros jerezanos, los Caballeros en Plaza entran al circo con sus arneses de terciopelo y sus gorgueras plegadas, ladeados los fieltros cuya larga pluma blanca les cae sobre la espalda, ceñida ésta por el justillo de seda negra. El Presidente de la corrida les arroja la llave del toril.

Y á los acordes de una marcha triunfal entran á la arena las cuadrillas, recamadas de oro y seda: Mazzantini y Guerrita, con los capotes verde y granate terciados á la espalda; capeadores, banderilleros, picadores y chulos, de formas esbeltas, ágiles y magníficos bajo sus vestidos bordados, estampados con meda-

llones de canutillo y pedrería. Marchan rítmicamente, orgullosos y deslumbrantes, con la arrogancia de un escuadrón de héroes que fuesen, sonriendo, en busca de la muerte. Clamor indescriptible se eleva del pueblo enloquecido. Sintiéndome transportado á la vieja Roma, paseo la vista por el anfiteatro en busca del César que ordene la hecatombe. — *¡Morituri te salutant!*

Los capotes fueron arrojados á los antepechos de los palcos. Picadores y banderilleros salieron del redondel, y á lo largo de la barrera se dispersaron, como paladines de un torneo, capeadores y espadas. El silencio era absoluto; se diría esperarse un acontecimiento extraordinario. A una señal de la Presidencia se abrieron las puertas del toril. Todos los ojos se volvieron hacia la entrada del pasadizo que comunica con el corral en donde los toros rugen en la oscuridad. Pocos instantes después saltó á la arena, con la agilidad del león, un miura rojo y blanco, de larga melena y poderosa cornamenta que, en el centro del circo, la cabeza en alto, paseó sobre la muchedumbre la vista deslumbrada.

Comienza entonces la lidia. ¿Cómo pintar aquella escena aterradora y magnífica, en cu-

ya contemplación nos olvidamos de nosotros mismos, y vibran los nervios como varillas de acero y ante los ojos se extiende un velo de sangre?... A los capeadores suceden los banderilleros que, erguidos como husos, los brazos en alto, lo desafían y clavan los arpones encintados en la cerviz del toro, y esquivan la muerte con un movimiento de elegante indiferencia. El dolor ha exasperado á la fiera; las primeras gotas de sangre han manchado el redondel.

—Picadores! Picadores!...

Bien pronto es un solo grito, acompañado con golpeo de pies y bastones sobre las tablas de la galería. Picadores! La hora de la agonía de los pobres caballos ha sonado: la bestia y el hombre tienen sed de sangre.

No olvidaré la aparición de los primeros caballos, inocentes condenados á muerte, que, un ojo vendado, obedeciendo trabajosamente á la rienda del picador, fueron á colocarse en cuatro puntos del circo. El primer choque fue algo de terrible, de que no me di cuenta por no haber tenido valor para contemplarlo; pero luégo siguieron otro, y otro... Y vi entonces vientres destrozados, y picadores tendidos en tierra, y caballos que locos de dolor, pisándose

los intestinos, recorrían el redondel en busca de salida. Pobres víctimas á las cuales, si no mueren, se les rellenará el vientre con paja y tierra, y los lanzarán de nuevo al suplicio.

En el clamor del público había algo de los gritos guturales de la horda que toma á saco una aldea enemiga. Allí había ojos sangrientos y puños crispados, faces patibularias y gestos terribles: el demonio del asesinato se había apoderado de la turba frenética. Las mujeres se inclinaban con avidez para ver mejor las rasgaduras de las carnes, ó usaban de binóculos para gozar más de cerca de los incidentes de la carnicería.

El primer toro había destripado media docena de caballos, cuando el clarín anunció la muerte. Pero el inmenso anfiteatro se cubrió con blanco sudario; se diría que repentina nevada hubiese caído sobre el circo: el pueblo, considerando agotado y débil el toro, pedía, agitando los pañuelos, que se aplazase la muerte para el número siguiente.

Llegó el turno á Mazzantini. Alto, fornido, cargado de espaldas, pero esbelto bajo su traje de terciopelo granate recamado de oro, el ídolo español avanzó, muleta y espada en mano, hasta el palco presidencial; luégo arrojó

al aire la montera, y marchó hacia el toro, temible ibarra, blanco y negro, que acababa de pasear por el circo un caballo enclavado en las astas.

Dados los primeros pases, en que el torero pasaba el trapo rojo por sobre el testuz de la fiera, ésta quedó inmóvil, en aplomo, la cabeza inclinada: era la postura clásica. Mazzantini se tiró á fondo, al mismo tiempo que el ibarra. Un grito, rápido como el relámpago, se escapó de todos los pechos; el hombre esquivó el peligro inclinándose ligeramente; la espada había quedado hundida en la cerviz hasta la empuñadura. A los pocos minutos saltó el acero; la bestia cayó de rodillas, muerta á los pies del toreador.

Jamás guerrero alguno recibió ovación más estruendosa. Sombreros, cigarros, guantes y bastones volaron en el aire. La arena quedó cubierta de abanicos y flores. Treinta mil palmas se agitaban en continuado aplauso, que en la distancia debió resonar como eco del trueno. El torero recorría el redondel inclinándose ante el público. Las mujeres desprendían los ramos del seno y los arrojaban á la arena: "para ti, Mazzantini!"

Tres parejas de mulas, lujosamente enjaezadas, arrastraron fuera al toro. Los chulos re-

gaban arena sobre las manchas de sangre; y en tanto que al clamor del público se mezclaban los mejores aires de *Carmen*, por las graderías circulaban los vendedores de naranjas y bebidas refrescantes.

—Agua helada y horchatas! Azucarillos! Azucarillos y aguardientes! Quién quiere azucarillos!...

La tarde avanzaba, y con ella la carnicería. Cuando el quinto toro cayó delante de Guerrita, el héroe cordovés, émulo de Mazzantini, y quien ha recogido la herencia de Frascuelo y Lagartijo, alcanzaba á dieciséis el número de caballos muertos. Un banderillero había sido alcanzado por el toro, y cuatro picadores, contusos ó heridos, conducidos á la enfermería.

Poco á poco, en la contemplación del sangriento espectáculo, nos hemos acostumbrado á la escena dramática que ante nuestros ojos se representa. Contagiados por el espíritu de las turbas, llegamos á vislumbrar que se puede morir, siempre que se caiga en postura elegante, y que la sangre derramada no se pierde: ella renacerá en las venas de nuevas generaciones. Qué importa entonces?....

La corrida había terminado. Me encontraba detenido por la avalancha del pueblo en

una de las puertas de salida, cuando oí á mi espalda el siguiente diálogo:

—Qué tal la corrida?....

—Apenas regular: 16 caballos y 5 toros muertos; 2 picadores y 1 banderillero heridos.

Volví la cabeza, creyendo tropezar con la fisonomía de un patibulario; quizás él encontraría mejor que los muertos hubieran sido los picadores, y los toros los heridos. Pero quien así condensaba la relación de la saturnal de sangre, era un pobre viejo inofensivo, con una chiquilla de la mano....

Y salí de la Plaza agotado, débil, adorando y aborreciendo el sublime espectáculo, confundiendo el amor con la muerte, soñando con delicia y horror en carnes destrozadas y entrañas palpitantes. Tál sentiría un romano que hubiera conservado sus nervios, en la contemplación de las humanas hecatombes, más sangrientas, pero igualmente magníficas que las modernas corridas españolas. Si hoy se me preguntase mi opinión sobre ellas, no sabría qué decir; pero sí aconsejaría al hombre que desee vivir en una hora la vida de un siglo y que en el amor y las lecturas excitantes busca en vano imperecederas y nuevas sensaciones, que se dirija á España á admirar, después de diecinueve siglos, la resurrección de las fiestas del Coliseo.

FLORENCIA

Florencia! Relicario que entre filigranas de oro conserva las más preciadas joyas del renacimiento artístico italiano! ¡Oh, azulados esmaltes de los Della Robia; celestiales creaciones del Beato Angélico, cuyas vírgenes nimbadas de oro entre paisajes florecidos, arrobadas en divinos éxtasis, interpretan la palabra "impecable"; genio de Botticelli que, en el Nacimiento de Venus, revivió el culto de la línea adorada en Grecia; suavísimos pinceles de Andrea del Sarto y Perugino; relieves de Ghiberti esculpidos en las puertas de bronce del Baptisterio, dignas ilustraciones de la epopeya bíblica; fantasía de Benvenuto que en el Perseo realizó simbólicamente el triunfo de lo ideal sobre lo inerte; multicolores onceales de los manuscritos laurencianos; oh, triunfales alegorías del émulo de Miguel Angel, Donatello, á

quien la clásica antigüedad y la unción cristiana suministraron tema para sus creaciones, mezcla rara de realidad y ensueño!

El hálito del genio irradia por dondequiera en esta ciudad magnífica: la Logia dei Lanzi es templo en donde no se extingue el fuego de las ofrendas del artista; sus palacios, especie de formidables ciudadelas, cuadrados de granito sin pórticos ni columnatas, son arcas que encierran los fantásticos tesoros de los Strozzi, los Alberti y los Corsini; el Palacio Pitti, lugar sagrado á donde romeros de todos los puntos de la tierra acuden á consumirse en el incendio de la inspiración; el Duomo, gigantesca miniatura ideada por pacientes iluminadores, á quienes la muerte sorprendió trabajando con el fino pincel mojado en laca y oro; y la Capilla de los Príncipes, digno mausoleo de esa familia poderosa, pervertida y grande, los Médicis, protectora de las artes y de la tiranía. El pasado no ha muerto allí: el aire está impregnado de las últimas notas del violín de Cherubini; fresca y vívida la tinta en los cuadros de Rafael; el Vinci ha dejado abandonada la paleta por breves instantes cerca á la Cabeza de Medusa, trágico símbolo del remordimiento, y el mazo y el cincel de Miguel An-

gel, al lado de una pequeña estatua de apoteosis, duermen las gloriosas fatigas del maestro. El viento suspira entre las flores de la villa Palmieri como cuando las galantes damas florentinas, huyendo de la peste, se refugiaron en el apacible retiro é inspiraron á Boccaccio su ingenioso Decameron. Las palomas, en grandes sesgos, se posan sobre las más altas cornisas de la catedral como cuando Savonarola, con angustiada voz de profeta, desde la cátedra sagrada predicaba la penitencia y el cilicio.

Florencia debe contemplarse desde el monte Oliveto ó desde el campanario de Santa María dei Fiori. Entonces Toscana,

La terra molle, e licta, e dilettosa,

se presentará á nuestros ojos como dilatado cuadro resplandeciente de color y de luz. El Arno, blanca serpentina de cotillón arrojada al azar sobre la llanura, divide la ciudad y se pierde entre la bruma lejana de la costa, hacia el lado de Pisa. Las florecidas colinas de los Apeninos, salpicadas de villas y jardines, se pliegan hacia Pistoia y Pratolino. Las blancas terrazas de Fiésole contrastan con el verde oscuro de extensos olivares. Más lejos Vallom-

brosa, exuberante de vegetación: á la sombra de sus castaños centenarios Dante y Francisco de Asís pasearon sus ensueños. A mis pies, el gran plano gris, rojo y blanco de la ciudad, manchado de jardines y erizado de torres, se prolonga á lo largo del río, desde la Plaza de Víctor Manuel hasta el Campo de Marte. A mi derecha voltean cadenciosamente las campanas, adornadas de borlas rojas, del artístico campanario de Santa Firenze. A lo lejos, por sobre la Plaza de Miguel Angel, brillan en lo alto de una colina, con resplandores de incendio, las vidrieras de la cúpula de San Miniato. Se escucha el distante rumor del viento entre el follaje de los jardines de Bóboli; y el Palacio Viejo — formidable encarnación del poder medioeval, — residencia en otros tiempos de la Señoría de Florencia, lanza hacia las nubes la flecha de su torre aspillada.

Es el último jueves de carnaval: la temperatura suave, azul el cielo. ¡Cuánta diferencia entre los días oscuros invernales, entre la bruma y la nieve del norte y este alegre sol del mediodía! Las comparsas de máscaras, las orquestas ambulantes de mandolinas, los carruajes adornados de flores de donde saltan lluvias de confetti, se alejan por la vía Calzaio-

li hacia la plaza de Signoria, en las ráfagas de viento ascienden los acordes de la lejana música. Las palomas cortan el aire y se refugian en las troneras de los viejos muros de la catedral.

Agoniza el día. El sol se oculta por sobre el monte de la Cartuja; el rosa se disuelve en el verde, el púrpura en violeta, el azul en amatista. Los luceros tiemblan en el firmamento, libre de nubes. La noche, perfumada y tibia, como de primavera, lentamente ha desprendido sobre la aristocrática ciudad su leve manto de gasa, como los cendales que extendieran las ninfas sobre la carne desnuda de una diosa adormecida á la sombra de los mirtos....

II

En el amplio salón de lectura del hotel Brístol fui sorprendido con el encuentro de una encantadora amiga á la que había sido presentado en París, y que ahora, en compañía de su padre, á quien me unían amigables relaciones, recorría el país italiano. Era española. La noche en que hube de conocerla, frescas todavía mis impresiones de San Sebas-

tián y Madrid, en el intervalo de un valse evocámos el recuerdo de la Concha y de Pasajes, incidentalmente hablámos de Loti y de sus obras, del museo del Prado y de la Castellana. Cierta identidad en determinadas apreciaciones fue, á lo que me parece, el vínculo de nuestra amistad de una noche. Luégo, en el trajín de los viajes la perdí de vista. Un instante bastó para reconocernos. Después de estrechar su mano, supe que en la noche anterior habían llegado á Florencia, de donde seguirían hacia el sur, como las aves emigrantes, huyendo de la niebla y del frío, del Bosque sin hojas, de las calles oscuras, del cielo espectral y lluvioso de París en invierno. Aquella misma tarde quedó convenido en que al día siguiente haríamos la visita á la Cartuja.

Los monasterios de la orden de San Bruno me han sugestionado con su apacible aspecto de sitios de refugio para los cansados. Lugares adonde el hombre llega, consumado el desastre, y en el locutorio, con sus vestidos mundanos, deja para siempre también sus amores, sus glorias futuras y sus aspiraciones. Allí sólo el recuerdo de lo que fue, vive; y la esperanza de un porvenir seguro: la muerte. La soledad y el plácido recogimiento de los

monjes que, en la contemplación de la Divinidad, encuentran la solución al cruel enigma, me seduce hasta hacerme envidiar á quienes abdican de la posible ración que aun los infortunados, en los más críticos momentos, esperan como limosna de la suerte. Conozco á los felices de la tierra: he visto jóvenes que ganan sumas fabulosas sobre las mesas de juego de Monte Carlo; seres insignificantes amados hasta la pasión por mujeres inteligentes y hermosas; pobres diablos que de la miseria, repentinamente, por locos caprichos de la fortuna, pasan á la comodidad y quizás á la opulencia: por qué jamás ninguno de ellos ha despertado mi envidia?... Difícil explicarlo; quizás presiento que á cada uno de ellos, más ó menos tarde, hastiarán sus laureles, ó su dinero, ó su amor: pobres filósofos cínicos á quienes el porvenir sorprenderá con hambre de un amor que no muera, de laureles que no marchiten los años. ¿En dónde hallar la vena de agua que apague la sed en que se abrasa el hombre que encuentra artificiales las convenciones que la humanidad ha denominado pomposamente en conjunto "la felicidad?".... Como los ruidos ignorados y sin nombre que en la noche pue-

blan los vastos desiertos americanos, con rumor tan suave como el de una confidencia, una voz me repite el lema de un cartujo de Grenoble: "*Solitude, oh, beata solitude!*" La soledad: ¿quién no ha comprendido su atracción misteriosa ante los efectos de luz y de sombra en el bosque húmedo y sereno, ante el paisaje de una noche estrellada en alta mar, del abandonado cementerio campestre, que la hierba inunda?

Recuerdo que una de mis sensaciones de soledad más intensas fue justamente en el cementerio de cierta aldea casi ignorada. Era una tarde. En mi excursión al través de los bosques me encontré de pronto ante las paredes del cementerio. El cielo estaba tan hermoso, tan florecidos los incultos rosales del camposanto, que resolví entrar y hacer una visita á aquellos pobres muertos, humildes labriegos en su mayor parte, á quienes no la pálida enlutada de las gentes aristocráticas, sino la muerte soez y cubierta de harapos de los humildes, sorprendió con la azada en la mano callosa y el sudor en la frente. Sentado en un apartado rincón observaba la vivacidad en la vegetación del recinto: — las manchas de florecitas blancas, moradas, amarillas y rojas

que salpicaban la grama que invadía las tumbas; los gorriones que saltaban entre las ramas de los sauces; una araña que trabajaba su telar entre los brazos de una cruz negra; todo ese mundo de insectos desconocidos que se agita entre los tallos de las hierbas silvestres — cuando á mis oídos llegó como un rumor de plegaria, triste y vago. El espectáculo de la muerte, representada por las generaciones de labriegos hacinados allí entre la tierra fecunda, no me sugestionó ningún pensamiento melancólico: el sitio me deleitaba como el claro de una floresta. La plegaria continuaba con entonaciones de intensa súplica. Volviendo la cabeza sorprendí un cuadro de tan poética sencillez que hizo vibrar en mi recuerdo adormecidas sensaciones: el cura de la parroquia, con su bonete y sobrepelliz blanca, en una mano el libro de oraciones y el hisopo en la otra, ante una sepultura sin cruz y sin flores, recitaba un responso con voces tan lastimeras, que hacía pensar en las notas dolientes del *De profundis.* A su lado el sacristán sostenía la caldereta con el agua bendita. Dos labriegos, los brazos cruzados al pecho, de rodillas, parecían sentir de nuevo el dolor de una reciente despedida. Estas cuatro figuras

eran la discreta nota humana que los maestros del paisaje colocan en sus cuadros á fin de hacer más intenso el efecto de la soledad ó el desamparo. La plegaria terminó. Quise entonces que el agua fuerte que tenía ante mis ojos fuese viñeta que ilustrase la novela que forjaba mi fantasía. Como si tratase de hacer repetir un trozo de música favorita, me acerqué al viejo párroco, cuyo talento,—por el efecto producido entre la decoración de la tarde luminosa en el rústico cementerio,—superaba al del más celebrado de los trágicos.

—Señor Cura — le dije —¿podría usted recitar otro responso?

—Para quién?— me contestó un tanto admirado.

Paseé entonces la vista por el camposanto en busca de la sepultura más abandonada.

—Allí.... —le dije.

Lejos, solo, en tanto que las últimas saetas de oro del sol que se ocultaba se quebraban contra los gajos de los sauces que inclinaban al suelo sus ramas moribundas, soboreé el acre placer de la resurrección de las locas ambiciones, de los amores idos para siempre como las miserables existencias que yacían entre el humus de la tierra, y que no revivirán

jamás. Amores?... ¿Quién de entre las hojas mustias de una rosa marchita, guardada tal vez como recuerdo de amorosa confidencia, no ha sentido renacer, al contemplarla, algo como el perfume de la mujer á quien hubiera podido amarse?... Durante aquellos instantes, con las palabras del responso, apuré gota á gota el licor exquisito y amargo de la melancolía. Fue entonces, mejor que nunca, cuando comprendí que nuestras vidas, ante el infinito del tiempo, sólo son notas de ambulante serenata cuyos plañideros acordes vienen, pasan, y se debilitan uno á uno, á lo lejos, en el silencio de la media noche. Y envidié á los muertos y á los monjes: seres que han encontrado un remedio al mal de la vida, los unos yendo, como bloques de hulla, á alimentar las fuerzas siempre renovadas del planeta; los otros en el nirvana del espíritu.

Las Cartujas, sin embargo, tienen para mí un defecto horripilante: el de estar enclavadas eternamente en el mismo sitio. El hombre se fatiga de contemplar durante veinte, treinta, cuarenta años, el mismo jirón de cielo y el mismo ángulo del paisaje al través de la reja de la celda. Quisiera edificar un monasterio sobre el casco de colosal trasatlántico que,

sin timón y sin velas, abandonaría á merced de las olas, errante en la inmensidad del agua. El espectáculo de la devastación marina sería el emblema de la soledad interior. Los años pasarían borrando hasta el recuerdo de las tentaciones....

Florencia despertaba. La temperatura fresca. El cielo, azul transparente y pálido, se diría copa de finísimo cristal invertida sobre el valle de Toscana. El sol desprendía débil claridad dorada sobre la neblina del río que se alejaba bajo los arcos de los puentes. Húmeda por el rocío de la noche la piedra cincelada de los palacios. Los coches rodaban cadenciosamente sobre el pavimento resbaloso. En los almacenes de fantasía, tras de las nítidas vidrieras de los escaparates, se exhibían artísticamente los bronces y los mármoles, los trabajos en filigrana y las fotografías de la ciudad. Las floristerías perfumaban la calle con el aroma de rosas lánguidas, de heliotropos, de macetas de jazmines, de azaleas y de violetas dobles, moradas y blancas. A lo lejos volteaban las musicales campanas del Carmine.

El carruaje dejó atrás la Puerta Romana, una de tántas obras de arte de la ciudad de los

Médicis, y emprendió el ascenso de la colina en cuya cumbre se levanta el monasterio. El camino serpentea por entre los pliegues de la cuesta, á la sombra de antiguos álamos blancos, de troncos retorcidos. Aquí y allá la mancha oscura de los pinares resalta con el verde pálido de los viñedos, que se dirían pequeños parques trazados á cordel. El horizonte se ensanchaba á cada momento. Los jardines Bóboli eran, en el declive de la colina, tapiz esmeralda cortados por las avenidas de arena. A lo lejos, por sobre la ciudad, la gasa azulosa que cubría la llanura de Pisa, se fundía á los rayos tibios del sol, heraldos de la primavera.

Laura — era su nombre — contemplaba en silencio el admirable panorama. De pronto, presa del más sincero entusiasmo,

—Dios mío! — exclamó soñadora. — Qué hermosa y grande es la naturaleza! Este cielo es un lago de luz!....

Su exclamación me desconcertó. Yo creía que en estos momentos ella pensaba en algún teniente de húsares, del Veloz Club madrileño, ó en la última factura recibida de la modista. La identidad de nuestra apreciación hizo que la examinase más detenidamente. El

color blanco del traje, bordado en oro, que ceñía su cuerpo nervioso y fino, armonizaba con su tez aperlada, con sus ojos oscuros, ligeramente oblicuos, con las ondas ensortijadas de los negros cabellos, aprisionados por el sombrero de fieltro gris claro, guarnecido de rosas. Dentro de ella se adivinaba prisionera una segunda mujer que mi fantasía forjó delicada y romántica: en el fondo de sus negras pupilas descubrí un jirón del alma femenina, que me dio la sensación de reconocer á una amiga de la infancia. A medida que estudiaba el juego de su fisonomía, el sentido de sus palabras que, puedo decir visibles, brotaban de sus labios sonrosados y húmedos, comprendí que no obstante su juventud ella había profundizado el corazón del hombre: si hasta entonces no había amado, era imposible que no hubiese, á lo menos, amado sinceramente el amor.

El carruaje se detuvo ante los bastiones del monasterio. Nuestra excursión se hubiera dicho una ascensión en el éter. Sobre las losas del pavimento, inundado de sol, se quebraba la sombra del campanario de la capilla y de los rojos tejados del irregular convento que destacaba su silueta de piedra oscura, como la de un palacio florentino, agu-

jereada por parteluces y ventanas irregulares de férreas rejas, contra el azul del cielo. Bajo la arquería que conduce al vestíbulo del templo, un grupo de inglesas esperaban el guía. Los caballos de los carruajes reposaban á la sombra del pórtico. En la profundidad del edificio, con rumor de agua subterránea, resonaba la oración de la comunidad. Una brisa fresca — el buen aire de las alturas — saturada del perfume de las viñas y de la resina de los pinares, como leve ninfa de los bosques antiguos se alejaba hacia la ciudad, arrastrando por el declive de la colina las hojas secas de los álamos.

Poco se hizo esperar nuestro guía. Era un monje de elevada estatura, repleto de vigor y de vida, á pesar de sus sesenta años. En el curso de nuestra visita supe que en su juventud había ocupado brillante posición en la sociedad romana, y más tarde desempeñado importantes comisiones diplomáticas. ¿Qué dolor ó qué revelación motivaron el desastre?....

Primeramente visitamos la Capilla, en donde es digna de admirarse la *Muerte de San Bruno*, por Poccetti. El templo del monasterio puede verse al través de una reja de cristales. Allí estaba reunida la comunidad, en la

nave sombría, cantando los Salmos, con voz musical y profunda. Su contemplación me trajo al recuerdo mi permanencia de una noche en la Gran Trapa de Grenoble, en donde por primera vez comprendí el significado de la palabra "olvido."

—Adoro estos monjes — dijo mi compañera.

—Yo los envidio — respondí.

Ella me miró sorprendida, y sonrió.

Luégo recorrimos el claustro, severo y grandioso con sus columnas en arquería que circuyen el extenso patio, inundado de luz, en donde á la sombra de los cipreses se extienden las sepulturas de los monjes. Visitamos las celdas, compuestas de dos pequeños cuartos blanqueados con cal, y de un jardincito en donde el monje puede cultivar sus flores predilectas. Una cama de madera, dos sillas y una mesa componen el mobiliario. Desde las celdas, la vista sobre el valle de Ema es magnífica: en la profundidad el torrente se desbarata en cascadas de espuma. Al frente se extiende la colina, sembrada de pinos y limoneros, cuyos perfumes llegan hasta el monasterio, con el rumor del río, en alas del viento. Una paz infinita reina en el claustro;

el silencio es turbado solamente por el ruido de nuestros pasos sobre las losas de piedra y por el aleteo de los gorriones entre las ramas de los cipreses. Nuestro guía nos narra episodios de su vida mundana; nos habla de su vocación, del mundo, de las ciudades, de Roma, de París y de Londres, como si hablase de Nínive, de Palmira ó de Babilonia, hace dos mil años destruídas.

Como el padre de mi compañera desease conocer los alambiques en donde los monjes destilan el chartreux de color amarillo, esmeralda ó granate, y que se vende á los visitadores en pequeños frascos cubiertos con paja de Florencia, se alejó con el monje. Con mi amiga tomamos asiento en una escalinata de mármol, frente al poético cementerio inundado de sol.

Ella estaba hermosa, nota de luz y de vida con su traje blanco bordado en oro, y su sombrero de rosas, entre la austeridad del paisaje.

Durante algunos minutos permanecimos en silencio.

—¿Por qué dijo usted que adoraba á estos monjes? — la pregunté de pronto.

—Y usted, ¿por qué dijo que los envidiaba?

—Por qué?.... No lo sé. Tal vez quiera creer en algo ó en alguien, con tal pasión, tan sinceramente, que esa creencia, una mujer ó una filosofía, se me imponga como verdad necesaria. Desearía saber cuál es la idea ó el sentimiento porque un hombre deba sacrificarse. Soy cristiano, pero no sé cuál sea mi sistema filosófico: de acuerdo con el celaje, ó soy budista ó epicúreo....

—Estos monjes saben más que usted; ellos encuentran la voluptuosidad en el ascetismo: hé aquí por qué los adoro.

—Y usted los comprende?....

—Por qué no? No supongo que usted me haga la ofensa de creer que yo vivo para mi tualet y mi peinado. Por ejemplo: el día en que encuentre un hombre que llegue á comprender el ascetismo en el amor....

—Ese día?...—dije mirándola en los ojos.

—Entonces—respondió con española franqueza—comprendería el amor. Pero los hombres son vulgares: es triste. No comprenden que el amor es cordial que debe tomarse á gotas: lo apuran de un sorbo, como el glotón una copa de vino. ¿No es verdad que el amor es algo de aristocrático, de fino y

delicado? ¿Qué se diría de un hombre que vertiese el frasco de perfume en el pañuelo?.... Sería insoportable. Porque el amor es esencia aprisionada en un pomo de cristal cincelado: vulgar á grandes dosis, delicioso en pequeñas. Y es inexplicable que gentes que jamás guardarían un bronce de mal gusto, que sufren con los colores vivos, y que sienten á Chopin, procedan en amor como verdaderos *rastaquouères:* cómo se explica?... Y en vez de una frase galante que sea estrofa que nos sugiera mil ideas, nos recitan al oído poemas incendiarios, como Romeos de provincia. Ellos, oh, desgracia! prefieren ya los ramilletes de camelias á los de azaleas y botones de rosa; los brillantes amarillos, pero grandes, á las perlas de Oriente. Porque tales Endimiones piensan que de la pasión dan idea las cosas grandes, que suenan mucho, que se ven mucho, empezando por sus personas. Ellos no creen en la síntesis ni en los perfumes concentrados: editan su amor en gruesos caracteres, en vez de condensarlo en una edición Mauperin, de filetes dorados. ¿Qué se ha hecho el buen gusto? ¿O es que á la humanidad la seducen los cascabeles de Arlequín enamorado?.... Estos caballeros, que á sus amigos nunca ofre-

cerán en sus banquetes más de cuatro platos, nos presentan su amor en fuentes rebosantes, aderezado en mil formas y salpicado con salsas sugeridas por su voracidad de Pantagrucles. Es de mal tono, verdad?....

—No todas las mujeres piensan así — dije pensativo.

—Es cierto. Por desgracia nuestras "preciosas ridículas" digieren todos los platos, como los avestruces. Ellas han hecho del amor una baratija de piedras falsas engastadas en cobre, que les suena bien al oído, como los pendientes de las gitanas, cuando danzan con sus novios.

Después de algunos minutos de silencio,

—Perdón — la dije en voz baja. ¿Usted ha sentido amor?

—Sí — me respondió en un suspiro.

—¿Una pasión?

—Sí.

—Y hoy....

—Hoy, de todo ello no quedan sino unas flores secas y una desilusión imborrable. Los hombres son vulgares, y es triste....

Ella no pudo ver mi amarga sonrisa, porque, inclinada sobre el pavimento de mármol, se ocupaba en rayar las losas con el dorado regatón de su sombrilla de encajes.

III

En mis diarias correrías al través de los salones del Palacio Pitti, extasiado ante las más brillantes manifestaciones del arte del Renacimiento, había visto, en la sala de Baroccio, á un joven artista, quien copiaba el retrato de Elizabeth Hawrey, de Douwen.

Varias veces me había detenido ante el lienzo, sorprendido al ver cómo el pincel del artista idealizaba un poco la fisonomía del modelo, en donde vagaba la sombra de una sonrisa enigmática, quizás desdeñosa. Mis frecuentes paradas ante su obra hicieron que el pintor me reconociese entre la turba de los visitadores; y llegamos á saludarnos con una inclinación de cabeza al encontrarnos en la galería. No sé por qué razón la personalidad del joven retratista llegó á interesarme vivamente: tal vez por la originalidad de dedicar su ingenio á la copia de aquel cuadro, banal para la generalidad del público, pero en donde, al analizarlo, se siente palpitar intensa expresión de vida, perfume que se aspira al través del pomo que lo encierra: hay allí algo más que un retrato.

El momento llegó en que fatigado también de la vida en Florencia — las grandes ciudades una vez recorridas é impregnado de ellas por el gusto, el olor y la vista, me producen hastío de mujeres poseídas, — sentí la necesidad de lanzarme á la ventura al través de los campos de Toscana, en busca de nuevas sensaciones: de castillos derruídos cubiertos por la hiedra, sobre cuya entrada, frente al puente levadizo, se enreden las figuras del heráldico escudo; de mujeres ignoradas, conocidas á la sombra del portal de una calle silenciosa de Pistoia ó Castelfranco, en cuyos ojos se lea la frase que quizás descifre el enigma de lo femenino; de lejanos paisajes en cuya contemplación el alma se adormezca y sueñe. Para mi objeto, ¿en dónde encontrar escenario comparable á las rientes ó melancólicas campiñas de Toscana y de Ombría? Y á mi memoria volvieron los versos de Fedra:

Dieux! que ne suis je assise á l'ombre des forêts!

En dos semanas recorrí la Toscana, unas veces á pie, otras en caballos ó carretas de alquiler, deteniéndome aquí y allá el tiempo indispensable para admirar una obra de arte ó un paisaje, para evocar recuerdos del Dante,

de que está poblado el país, ó para apurar una botella de vino en las hosterías de los campos.

De regreso á Florencia, cierta tarde me detuve en Pontassieve, deliciosa aldea perdida á la orilla del Arno. Desde el comedor de la hospedería, situado al aire libre, bajo de frondoso emparrado, se gozaba de la vista de los alrededores: jardines, campos en retoño, manchas de pinos que sobre las lejanas vertientes levantaban su cimera pálida y de cuyos troncos, por entre las escamas desprendidas, destilaba, como sangre vegetal, resina perfumada. Era un paisaje antiguo, reposado y sereno, el de las églogas de Virgilio y las odas de Horacio. Sentado ante la mesa disfrutaba, como del más delicado licor, del buen aire campestre, y la moza que me servía se aprestaba á descorchar una botella de Chianti, cuando por entre los troncos que formaban la puerta entró vivamente un joven en traje de viaje quien, saludándome ligeramente, tomó asiento en una mesa cercana.

Yo creía haber visto aquel rostro distinguido, moreno y enérgico. De pronto recordé al pintor del Palacio Pitti. Como á su turno me reconociese, cambiamos un saludo. Lué-

go me contó que era español, yo le confesé ser americano; y por estar solos y conversando á distancia, resolvimos comer en la misma mesa. Hablamos de España, de Roma y de Florencia, luégo de pintura. Me explicaba el procedimiento artístico del Vinci, cuando recordé mi extrañeza por la copia del retrato de Douwen, en vez de serlo de una de tántas otras obras maestras.

—Sí, es raro — dijo sonriendo. — Esto obedece á un capricho.

—O á una historia?

—No; más bien á una aventura. A una de tántas aventuras de corazón.

—Quizás un parecido?...

—Justamente. Le confesaré que ese retrato tiene semejanza asombrosa con una mujer que me interesó en un tiempo.

La comida terminada, salimos á tomar el café bajo de una tolda de enredaderas. Se aproximaba la noche. En el aire, tibio y saturado de perfumes de flores de kananga, flotaba no sé qué ambiente que nos predispuso á las confidencias. Mi amigo — ya lo consideraba como tál — era socio de una de las más ricas é importantes casas productoras de vinos en España. Todos los años, olvidado de factu-

ras y de letras de cambio, desertaba por dos meses de los negocios, é impulsado por su privilegiado temperamento artístico, se dedicaba á recorrer el mundo, sus pinceles bajo el brazo, almacenando bocetos y sensaciones, como un coleccionador sus mariposas. Hablábamos del matrimonio. Después de algunos momentos de silencio, mi compañero, la mirada perdida sobre el lejano horizonte, envuelto en el humo de un cigarro, reanudó la conversación en voz baja, como si hablase consigo mismo.

—Alguien ha dicho — murmuró — que la felicidad que la mano no alcanza es un sueño. Pero entonces, no es sueño la vida?... Al volver los ojos hacia nuestro mundo interior y encontrar los despojos que las horas pasadas, en su eterno reflujo, como el de las olas marinas, arrojaron en el presente, descubrimos que cuanto hayamos sentido, nuestras penas y nuestros amores, son recuerdos debilitados por el tiempo, fundidos en una tinta de melancolía, como esos cuadros de iglesia en que los colores, lacas brillantes y monótonos grises, se ven velados por la pátina de los años. Pero hay evocaciones más vivas, manchas de luz en el cuadro borroso de lo que fuimos, que no alcanzarán á desvanecer ni la lucha por la

vida, ni los años. Todo hombre lleva consigo una historia novelesca de amor: porque todos hemos amado á una Beatriz ó á una Laura. Pero no todos inmortalizarán su sueño como Petrarca ó Dante. He amado alguna vez?... Sí: pero de manera incompleta, sin dejarme arrastrar por mi pasión, ni correr en pos de ella, vendados los ojos, como tántos otros. Quizás mi naturaleza se rebela á la abdicación completa, á la entrega incondicional y á la sumisión que el amor impone. Además, llevo dentro de mí un crítico implacable: una sonrisa me parece inoportuna, falso un juego de fisonomía, una situación creada sin arte. Una palabra, una frase que me revele la necedad femenina, un descuido en la tualet de la mujer amada, son detalles que me hieren hasta producirme un dolor físico que se sobrepone á mi amor y lo disuelve, como al metal el ácido. No admiraré á una mujer si su belleza no se armoniza con sus ideas, con sus gustos y sus sentimientos, como no admiraré una estatua si el conjunto de las líneas no me produce la sensación de la belleza. Bien sé que jamás alcanzaré esta armonía en la mujer. Es por lo que adoro la pintura, que permite realizar un tipo de belleza en cuyos labios

el pincel finge la coloración de la sangre. En estas condiciones pienso que jamás mi amor se definirá por el matrimonio. Qué buscaría en él?... Solamente la realización de un ideal que de antemano sé que es irrealizable. Sin embargo, una vez creí amar sinceramente: fui correspondido, y quizás nos hubiéramos casado; pero los dioses castigaron mi atrevimiento de haber tocado la orla del manto de Tanit.

Fue en San Sebastián, en un sarao de gala en el Casino, en donde conocí á la que más tarde debiera ser mi prometida. Aquella noche me acompañaba un amigo, gran conocedor de la turba elegante que en verano inunda la capital de Guipúzcoa; fue él quien en el intervalo de un valse me presentó á la hermosa desconocida. Hermosa?... Tal vez no; pero su sonrisa tenía algo de la de Gioconda. Apoyada en mi brazo, recorrimos las salas y fuimos á apoyarnos en una ventana desde donde se divisaba la mancha oscura de la Concha. Hasta nosotros llegaba la cadencia de la orquesta distante. Allí hablamos de viajes, de pintura, de música, de esas mil cosas insignificantes que forman el interés de las conversaciones en un baile. No sin cierta inquie-

tud, una vez terminada la fiesta, paseándome bajo los tilos de la Alameda, al hacer mi examen de conciencia, llegué á la conclusión de que fácilmente ella podía interesarme. Durante los dos días siguientes nos vimos en el paseo de la Concha. Una tarde, sentados en la terraza del Casino, á la orilla del mar azul, que usted conoce, hablámos deliciosamente, contándonos, con cierta reserva, un poco de nuestro pasado, de nuestros proyectos y aficiones. Aquella noche, cenando en el Suizo, hice á mi amigo la extraordinaria confidencia de encontrarme enamorado. El rio francamente. "¿La vida — me dijo — es para saborearla como una copa de vino. Te anunciaré en su casa. Creo que ella te puede querer." Al siguiente día fui invitado á tomar el té en su villa. Así nació este amor, que no había de dar fruto.

Yo partiría para Inglaterra. Al despedirme, citándonos para Madrid, puso entre mis manos un pequeño dije,— una mariposa en filigrana de oro,— que aún conservo. Pasaron seis meses, en los cuales sólo de tarde en tarde recibí noticias de España: cartas de mi amigo y diminutos billetes de una parienta, compañera de colegio de mi amada. Perdido entre la

niebla de Londres, el recibo de mi correspondencia era como un rayo de sol del medio día entre la bruma de la City. Y, sin embargo, no podía menos de preguntarme: "esto es el amor?..." Un acontecimiento imprevisto, la enfermedad de uno de los socios de nuestra casa, adelantó la fecha de mi regreso á España. Llegó entonces una época de diversiones y fiestas en las cuales solía ver á Leonor — era su nombre. — Y nuestros amores, ya comentados en la sociedad, siguieron el trillado camino de la banalidad indestructible. Medio ocultos en los ángulos de los salones de baile, ella me contaba sus ideas, asimiladas en lecturas y al través de sus observaciones personales. Era mujer de rara melancolía, de talento vivo y mordaz, en cuyos ojos lánguidos forjé lo que podría llamarse la novela moral de mi juventud. Poco á poco llegué á la convicción de que ella me amaba.

La soledad en que corrió mi infancia — mi madre murió al darme la vida — despertó en mí el gusto de lo novelesco y la curiosidad por lo femenino. D'Annunzio y Bourget fueron durante mucho tiempo mis directores espirituales. Avidamente bebía las impresiones de Leonor, y de regreso á mi apartamento, entre

la confortable intimidad de mis cuadros y mis libros, me daba á analizar sus palabras, sus miradas, las inflexiones de su voz, con loco y reservado deseo de encontrar un detalle que me revelase la más profunda faz de su alma, que inconscientemente se oculta cuando hablamos de amor. Porque ya se efectuaba en mí un doloroso fenómeno, natural consecuencia de mi educación, extraña mezcla de aficiones artísticas y de aptitudes para la vida práctica: era —tratándose sólo de ella—la enorme desproporción entre mis proyectos y la realidad: no sé en qué rincón de mi alma buscaba hospedaje el hastío.

Casi siempre hacía mis visitas solo. Después del té, su familia se aglomeraba en torno de la mesa, en tanto que con Leonor, en un sofá retirado, conversábamos en voz baja. Entonces poco á poco me sentía envuelto en esa atmósfera impalpable que forma como el perfume moral y físico de una mujer. Y, sin embargo, durante esos minutos de deliciosa intimidad, hubiera querido encontrar en Leonor esa sensibilidad, esa asimilación á la ternura que formaba, al alejarme de ella, algo como un nimbo de luz en torno de su espíritu. Ella se escudaba en sus ideas originales, en su

concepción particular del amor y la vida, velada, como lo he dicho, por una tinta de melancolía, que constituía, no obstante, el mayor de sus encantos.

El verano se aproximaba. Ella y su familia partirían á una casa de campo en los alrededores de Santander, á donde estaba convenido les haría frecuentes visitas. El último domingo de primavera, la Marquesa de Armijo obsequió á sus relaciones, que bien pronto abandonarían la ciudad y se repartirían por las playas y por el extranjero, con un *garden party*, en el que encontré á Leonor. Quizás por primera vez, hasta aquel día, influenciado por su triunfal juventud—que pudiera comparar á la de una rosa lánguida,—y por el homenaje que se rindió á su hermosura, observé minuciosamente el color de sus ojos, su perfil de judía, el corte de sus labios, que se plegaban en la sonrisa de Gioconda, que desde el principio había observado; y al verla abandonadamente asida de mi brazo, sintiendo el roce de su traje de seda, mientras que las parejas circulaban por las avenidas del jardín y la orquesta preludiaba á lo lejos la obertura de Briseïs, entre el esplendor de la tarde luminosa, no sé qué oleada de pasión encendió mi pecho, y en voz

muy baja, como la de una confidencia, la hablé de mis proyectos. Ella me escuchó gravemente. Luégo, en una de aquellas largas miradas en que tratamos de descubrir hasta el fondo del alma del sér amado, convinimos nuestro matrimonio. Pocos días después abandonó á Madrid, y partió para el Norte.

Contrario á lo que era de esperarse, mi nueva situación me abrió una éra de duda y de melancolía, que sólo puedo atribuír á hábitos de libertad arraigados desde mi niñez. Durante la noche, ante mi escritorio, sobre el que había colocado su retrato, volvían á mi memoria proyectos del pasado, en los que la mujer entraba como visión pasajera, con sus fragilidades y su deficiencia para llenar de manera definitiva mi corazón. Y ahora me casaría.... Su retrato, en traje de baile, me contemplaba como á un extraño, con el aire altivo y artificial que toman las mujeres hermosas al encontrarse rodeadas de sus admiradores. Era ella, á quien hacía un año no conocía, la mujer que habría de ocupar por completo y para siempre mi vida.... La amaba, y me amaba sinceramente? Sólo esta duda constituía agudo dolor que me arrojaba en la atonía y la indiferencia por las demás cosas de la

vida. Desde hacía muchos años tenía proyectada una excursión á Oriente. Resolví entonces partir para Santander y luégo seguir hacia Palestina y Egipto. Este viaje sería como la prueba á que sometería nuestro amor.

Era en verano. El anfiteatro de montañas que rodea á Santander se diría tallado en bloques de lapizlázuli, en tanto que el Mar Cantábrico, bajo un cielo luminoso, extendía hasta el horizonte su manto azul, bordeado de espuma. De los campos, salpicados de margaritas moradas y blancas, se desprendían perfumes de pastos en retoño; y sobre las bardas de los huertos los rosales descolgaban sus ramas cargadas de macetas de flores. Aquí y allá, á lo largo de la costa, las villas destacaban sus techos puntiagudos y rojos contra el cielo turquí, ceñidas de jardines en los que caprichosos juegos de agua pulverizaban el riego sobre el césped.

La familia de Leonor habitaba una elegante construcción moderna, situada en una eminencia y rodeada de extenso parque. Desde el corredor del vestíbulo se gozaba del panorama del ancho mar azul, ahora luminoso y sonriente. Tupidas enredaderas prendían á las ventanas de la quinta, á la que daba sombra

el follaje de las hayas retorcidas que prestaban al parque la serenidad y la frescura de un bosque.

Mi visita produjo en Leonor sincera alegría. Entonces comenzó para nosotros inolvidable temporada en que recorrimos los alrededores, galopando á caballo á través de los campos; ó asidos de brazo caminábamos por la suave pendiente que se desliza hasta el mar. En otras ocasiones pintábamos á pleno aire, ó sentada al piano me hacía oír su música favorita. Cada noche en que de regreso de *El Mirador* — era el nombre de la quinta — volvía á mi habitación en la ciudad, encontraba dentro de mí no sé qué fondo de voluptuosidad, de amor propio satisfecho, de ternura por todos los seres y de honda afección por la vida. Entonces reía de mis pasados escrúpulos, no obstante que presentía que el matrimonio sería el fin inevitable de nuestra ternura.

Una tarde nos encontrábamos solos en el corredor. El cielo y el mar aparecían iluminados como por los resplandores de un incendio. El sol, al ocultarse, lanzaba sobre la costa sus últimas flechas de oro, que se quebraban entre los gajos de los árboles en polvo

luminoso. Una paz infinita reinaba en el vasto paisaje. Las sombras habían invadido el promontorio y los jardines. Influenciado por la nostalgia de la noche sentí la necesidad de una confidencia, de contarla todo, mis dudas, mi pasada agonía, mis proyectos de viaje. Y la hablé en la oscuridad, apasionadamente, como enfermo que, en espera de salud, contase la historia de sus sufrimientos.

Yo había soñado siempre en una mujer que fuese un amigo, alegre ó triste, según mi estado de alma; que comprendiese al hombre y se identificase con su naturaleza. Entre ella y yo habría de mediar esa reserva, ese misterio indispensable al amor, que suaviza los contornos y funde en otros más suaves los tonos demasiado fuertes de la vida diaria; misterio sin el cual ni la mutua estimación existe. Yo soñaba en que ni ella ni yo recordásemos nunca que entre ambos existía un vínculo eterno: por el camino de la vida iríamos como compañeros de viaje, libres de tomar en cualquier momento diferentes caminos, no como forzados á quienes la cadena sujeta hasta la muerte con su rencor y con su hastío.

Y la pinté mi pasión que, como la serpiente de un caduceo, se enroscaba en torno de una

barra recta y de acero que era mi aspiración á una felicidad original y elevada, tal como la comprendo. Así la hablé como á un amigo, como á un artista, ya que pensé que ella podía apreciar todos los tonos de un alma quizás un poco complicada, que aborrecía las fórmulas, lo mismo en sociedad que en el arte, acostumbrada á hacer de la vida mezcla de duras realidades y de ensueños.

Cuando acabé de hablar, ella exhaló un suspiro.

—Y bien, Leonor....

—No sé — murmuró — no sé si usted me quiere. Nunca ningún hombre me ha hablado así. Es raro....

Después de unos minutos de silencio:

—Me aconseja un viaje? — la dije.

—Sí. Durante ese tiempo usted y yo analizaremos nuestro amor.

Aquella misma noche anuncié á su familia mi excursión á Oriente, y solicité de su madre el permiso de escribir á mi prometida, que me fue concedido.

Dominado por viva emoción, descendí la escalera del vestíbulo en busca de mi coche, que me esperaba en el camino. Al cruzar un ángulo del parque, vi una silueta blanca en el

marco de una ventana, medio oculta entre las sombras de las enredaderas. Me detuve; luégo me acerqué lentamente: era ella....

—Leonor!... — dije en voz baja.

La sombra no se retiró. Y apoyándome en la baranda, la estreché apasionadamente contra mi pecho. Nuestras bocas se buscaron, y se unieron. Ella se desprendió de mis brazos, pero nuestros labios se juntaron de nuevo en un beso largo, sensual y vibrante, en que ella puso su juventud y yo deposité mi amor....

Así unidos permanecimos largo tiempo. El silencio era absoluto. Luégo, ebrio de sensaciones, mareado por el vino puro que destilaban sus besos, me alejé precipitadamente. Como las carnes vivas, que en los primeros instantes no sienten el dolor causado por la cuchilla que las destroza, en los primeros minutos, en tanto que el coche volaba á lo largo del negro camino, el remordimiento no me oprimió el corazón entre su garra de acero. Fue luégo cuando abarqué la magnitud del desastre: mi amor — lo que me prueba la sinceridad de mi pasión — se había convertido en cenizas, como bosque repentinamente consumido por el incendio. Sólo mis sentidos se excitaban al recuerdo del cauterio de sus labios. Hoy pienso

que tal vez fue un crimen el haber jugado un porvenir contra una sensación de un momento. Pero no importa: en ese minuto viví un siglo. Las piedras preciosas no se avaloran por sus dimensiones, sino por su brillo y su pureza.

Un mes después la escribí de Alejandría. Su contestación la recibí en el Cairo, de regreso de Loucqsor. No necesitaba conocer mucho el corazón femenino para comprender que en ella se efectuaba también un cambio. Algunos días más tarde recibía carta de mi parienta en que me hablaba de los ruidosos *flirts* de mi amiga con no sé qué Secretario de Embajada. Y riendo al recuerdo de aquella noche inolvidable, después de haber visitado Menfis y las Pirámides, seguí hacia Jerusalén y Betania.

Hoy, ella se ha casado: es el destino de la mujer. Como lo hubiera hecho un griego ebrio, ella, con sus propias manos, despojó á la vida de la túnica que cubre su desnudez de vieja hetaira. En cambio, yo he tomado la mejor parte en la herencia.... El matrimonio es necesariamente un desenlace para el hombre; y llegar á tal fin en tratándose de una pasión elevada y sincera, es apurar la hez del ánfora á fin de rodar sobre el pavimento. El

despertar debe de ser horrible!... Sin embargo, no sería extraño que el porvenir me sorprendiera llevando á mi mujer á las corridas de toros. Pero ése, no sería yo: subsistiría la grosera envoltura; el alma habría muerto....

Mi amigo calló. A lo lejos, en el silencio de la noche, se escuchaba el rumor del Arno. La brisa nos traía los perfumes de las flores de kananga, y la luna, que se había elevado sobre los bosques de pinos, bañaba el paisaje en su luz amarilla y melancólica....

EL CAIRO

Lentamente el vapor *Cleopatra*, después de recoger considerable cargamento de barricas de vino, se alejó de las costas de Italia con rumbo hacia Egipto. Primeramente el muelle con sus pintorescos grupos de pescadores apulianos, luégo Bríndisi con sus blancos é irregulares edificios, se perdieron en la distancia. Los mástiles de las pesadas barcas carboneras ancladas contra el viejo malecón de piedra, se dirían líneas de lápiz trazadas en perpendicular sobre la raya violeta del horizonte.

Franqueado el promontorio del faro que, como antena gigantesca, avanza entre el Adriático, el oleaje se hace más fuerte; luégo el firmamento aparece más luminoso, y la racha marina, por último — ese grande y buen aire de la inmensidad — entona su salmodia entre los cordajes del navío: es alta mar.

Después de haber recorrido la Europa, con cuánta emoción se avanza hacia el Oriente! Estas aguas que se extienden desde Tánger y Gibraltar hasta Palestina y Venecia, conservan ya en su seno gotas del sagrado Nilo; ese viento que trae en sus alas el caldeado soplo del desierto, ha acariciado las Pirámides, ha rizado las olas del Jordán y ha levantado como montañas las arenas de las soledades líbicas.

Para quien no conozca el mareo, los dos días de navegación entre Bríndisi y Alejandría son verdadera partida de placer. El mar Jónico y el Mediterráneo son generalmente tranquilos en estos parajes, hasta el punto que se diría navegar sobre las aguas de un lago de Italia. Se siente apenas la trepidación del buque, que avanza dejando á su paso largo cendal de espuma.

Al segundo día, después de haber perdido de vista las costas de Itaca, teatro de las aventuras de Telémaco, se divisan las desnudas costas de Grecia, que, al caer la tarde, se pierden en la distancia envueltas entre la dorada bruma de la puesta del sol. Luégo Creta levanta hasta las nubes sus nevados picos, que caen en oscuros cantiles sobre el mar,

y que se hunden también poco á poco en el horizonte. Aquella noche, mientras la luna iluminaba todavía á lo lejos el blanco penacho del monte Ida, un rico comerciante de Trieste nos relataba los sangrientos detalles del último asesinato de cristianos en Candia, de que había sido testigo: sus propiedades fueron entregadas al pillaje y las cabezas de las víctimas, cubiertas de lodo por una turba sin misericordia, colgadas, como trofeos, al arzón de los caballos. Y esta saturnal de sangre á las puertas de la Europa civilizada!

En la mañana del último día, aun cuando no se divisen las costas de Africa, se siente que la tierra no está lejana. Cálido vapor pesa en la atmósfera. El colorido del cielo ha cambiado desde la víspera; es un azul más intenso que el de Nápoles, libre de nubes, saturado de éter, rayado por el vuelo de innumerables bandadas de gaviotas, que salen á nuestro encuentro, y despliegan sobre el navío el blanco abanico de su plumaje. Entonces comienzan los alegres preparativos de la tripulación para el desembarque: se hablan todas las lenguas; la bandera austriaca se despliega al viento en el palo mayor; los marineros, engalanados con sus uniformes de fiesta, desarrollan los cables

que servirán para el abordaje; el brazo de hierro iza á bordo, entre estruendo de cadenas, el equipaje de los pasajeros; blancas y rojas sombrillas se agitan en el puente, y en tanto que exóticos ingleses asestan hacia el horizonte el objetivo de complicados telescopios á fin de ser los primeros en divisar la tierra, en el bar se toman los últimos cocktails, se cambia de tarjetas con aquellos excelentes compañeros de travesía, y todos nos damos cosmopolitas direcciones, que se olvidan al minuto.

De pronto, un inglés, vestido de antemano con el traje de carácter de los veinte mil exploradores del alto Nilo, el ojal adornado con una rosa tan fresca que se diría acabada de cortar, señala hacia el sur: efectivamente, ligera franja amarilla brota de entre las aguas y bordea el horizonte: es la costa de Egipto.

Rodeado de una escuadra de lanchas y barquetas inundadas de los remeros del país, de fisonomías poco tranquilizadoras y vestidos de multicolores túnicas, el navío entra, con la ayuda de un práctico, en el extenso y peligroso puerto de Alejandría: á él se debe el desastre de Aboukir para las armas francesas. A la derecha se dilata rebajada colina de arena, sembrada aquí y allá de molinos de viento y

de algunos grupos de palmeras que recortan sus agudas hojas verdes contra un cielo eternamente azul. A la izquierda Ramlé, pequeño sitio veraniego que sirve de refugio á la sociedad de Alejandría durante los grandes calores del estío. En el centro la ciudad, de la cual no se divisa, á causa de la poca elevación de la costa, sino la primera serie de edificios que circuyen el muelle, y los alminares de algunas mezquitas. En esos viejos bastiones recocidos por el sol, en el brutal contraste del rojo de los tejados y del azul del cielo, de las túnicas verdes y los turbantes amarillos, del negro de las empalizadas y el blanco de los muros, puede contemplarse ya el Oriente. Allí no se conoce el claroscuro de los interiores de la escuela holandesa; los colores más rebeldes se presentan unidos, pero sin herir la vista: todo está bañado en una gasa azulosa, polvoreada de luz.

Saludados por el himno austriaco, que la banda de música del *Augusta Victoria* entona sobre el puente, descendemos á tierra en medio de la chillería de la más abigarrada turba humana que jamás pueda imaginarse: allí hay nubios, albanos, árabes y turcos, quienes la mirada feroz, el lazo á la cintura, se

precipitan como avalancha al entrepuente. Póngase al cinto de cada uno de estos diablos el yatagán ó la cortante cimitarra, y se tendrá idea de un abordaje en los románticos pero inseguros tiempos de las luchas religiosas. Libre al fin y redimido mi equipaje, mis maletas en hombros de un gran nómade poligloto — de quien á duras penas me hago comprender,— me dirijo á la estación del camino de hierro, al través de las calles de Alejandría.

La influencia europea ha sido decisiva en esta ciudad. Las rápidas fortunas que en poco tiempo se han levantado en su recinto á la sombra de crueles expoliaciones, han favorecido la inmigración, que crece de manera prodigiosa; y hoy la "Ciudad de Occidente," como se la llamó en un tiempo, es anodina mezcla de callejuelas de Plymouth, bodegones de Marsella, y expendios de cigarrillos, barberías y sucios cafetines turcos. Su antiguo esplendor pasó con la conquista musulmana; y es en las Universidades europeas en donde se conocen los nombres de Alejandro, Plotino y Cleopatra. Sin embargo, la vista de Alejandría da sabor bien avanzado de Oriente: aquellos viejos musulmanes cubiertos con sucios pero pintorescos albornoces que, sentados en cucli-

llas, á un lado las puntiagudas babuchas de tafilete, dejan volar el tiempo con la impasibilidad propia de gentes para quienes es el reloj un mueble inútil; aquellas mujeres que descubriendo solamente sus ojos negros y melancólicos, hilan el algodón á la puerta de sus viviendas; aquellos cafés repletos de comensales medio ciegos que juegan al dominó ó á la baraja en una atmósfera saturada de opio y cáñamo; uno que otro camello que pasa gravemente rumiando su último bocado de hierba; los vendedores ambulantes de dátiles y confituras, que anuncian su mercancía con plañidero grito: todo esto bien puede servir de prólogo á las costumbres más netamente orientales del interior.

Silba la locomotora y el tren parte hacia el Cairo. Durante la travesía se comprende mejor que se está en un mundo nuevo: tan pronto es un árabe que pasa al galope de su caballo envuelto en el blanco fez; ó grupos de mujeres fellahs, cubiertas de burdos y negros mantos, que se dirigen á la labranza; ó un respetable cheik, caballero en un borrico; ó interminables filas de camellos que, cargados de legumbres, marchan hacia el mercado de la ciudad.

A uno y otro lado de la vía se extiende hasta el horizonte la inmensa campiña, verde, fresca, lozana, irrigada en todas direcciones por una completa red de canales en cuyas aguas reverbera el sol. Aquí un árabe, de rodillas, vigila el rebaño; más allá dos fellahs, casi desnudos, elevan el agua con ayuda del nattaleh, á fin de humedecer las tierras más elevadas; cuadrillas de mocetones negros y robustos aran la tierra con ayuda de zebús que por su falta de carnes se dirían descendientes de las siete vacas flacas de la fábula. Todo aquello tiene tan marcado color local, que nos diríamos transportados á las buenas épocas bíblicas: el tiempo ha detenido su vuelo sobre esta comarca.

Se pasa el lago Meotis, Damanhour, Tantá, el Nilo en seguida. Es la tarde, y el sol poniente lanza desde el mar lejano sus últimas flechas de oro. El firmamento resplandece con coloraciones de incendio. Todos nos precipitamos á las ventanillas del tren: en la distancia, al pie de la colina de Mokatam, que se diría bloque gigantesco de lava candente, brilla una masa blanca, manchada de palmeras. Los alminares de cien mezquitas se dibujan en una atmósfera de maravillosa trasparencia,

entre un juego de luz rosa, casi verde, vagamente azafranado. Ha concluído la travesía: hemos llegado á la capital de Egipto.

Jinete en el más engalanado y ágil borrico del Cairo, me dirijo hacia la Ciudadela al través de la bulliciosa muchedumbre que inunda la calle de Mouski, la arteria principal del antiguo barrio franco. Jamás ciudad europea puede ofrecer colección de tipos humanos más pintoresca y variada que la que se aglomera en esta avenida de destartalados edificios sarracenos, en donde las incrustaciones y dibujos de los elegantes moucharabís contrastan con el viejo barniz de los carcomidos paredones que se levantan fantásticamente hasta Bab-el-Zoeileh, maciza puerta de piedra, flanqueada de dos torres, que en el reinado de Saladino marcaba el límite sur del Cairo: en efecto, se diría contemplar desfile de multicolores comparsas que asistiesen al más extravagante baile de máscaras.

Por entre grupos de camellos, de caballeros árabes, de calesines conducidos por cocheros orientales, se desliza el fellah medio desnudo, cubierto con una túnica de algodón azul; el beduino de turbante y cami-

seta blancos y mantón negro; el eunuco que, el labio inferior caído, arrastra pesadamente su masa de sebo y de carne; el kawas que oculta las cantoneras de las pistolas cinceladas entre los pliegues de la roja camisa; el hermoso griego de retorcido bigote y porte distinguido; el turco, de mirada rapaz, encerrado dentro de la holgada stambulina; el copto, vestido de negro; la vendedora de naranjas, el cadete de la guarnición inglesa con su dolmán escarlata, y el regador de las calles que carga sobre la espalda el depósito de agua formado de la piel entera de un cabro. Y turistas y aventureros corsos, alemanes, franceses, italianos ó judíos, se rozan con los negros de Sennaar, con la esbelta fellahina que lleva en equilibrio sobre la cabeza fardos inverosímiles; con el sacerdote armenio; con el taciturno derviche y con las mujeres indígenas de pantalones amarillos ó verdes y diminutas botinas de raso gris perla, bordadas con cuentas de cristal. Allí se ven todos los colores: desde el negro de ébano de los Mogrebinos hasta el tinte claro de los habitantes de Berbería; y por sobre los ruidos de esta turba incomparable, que hormiguea bajo la raya azul de un cielo inundado de luz, y en donde todo es derroche

de color y de movimiento, como la nota alta de concertante monstruoso se eleva el agudo grito de mi espolique, un muchacho nubio, ágil y discreto, que galopa á mi lado, sin fatigarse jamás, y excita al borrico con una exclamación peculiar, melancólica y prolongada, que produce en mi cabalgadura el efecto de un latigazo.

Dominando la plaza Roumailah, vasto espacio irregular inundado de barracas y toldas, sobre las que un sol de fuego desprende su llovizna candente, se elevan las murallas de la Ciudadela, en la parte más elevada de la ciudad, al pie de la mezquita de Mehemet-Alí, que destaca contra un celaje verdaderamente africano las elevadas columnas de sus dos minaretes, cincelados, como un encaje, en piedra. Después de algunos minutos de ascensión por el arenoso sendero que se enrosca á la gigantesca mole de la Ciudadela, el borrico se detuvo ante un pesado portal de granito. El calor era asfixiante y la polvorosa mancha de la ciudad, salpicada aquí y allá de frescos racimos de sicomoros y palmeras, se desarrollaba hasta las feraces campiñas de Ghizeh. Precedido de un viejo barbicano y taciturno, que se diría desprendido de un lienzo de Ma-

rilhat, penetré en el gran patio sobre el cual se eleva la mezquita de Mehemet-Alí. A la sombra de la gran ojiva de la puerta principal, el viejo me calzó las babuchas con que á los *nosranis* (cristianos) se les cubren los impuros zapatos en el umbral del sagrado recinto. Las hay allí de todos tamaños y de todos colores; algunas son de paja, las más ricas con desteñidos bordados en seda ó terciopelo: seguramente que el más pobre de los remendones del Fostatt despreciaría estos deshechos de dudosa procedencia. Luégo, bajo la inmensa bóveda del templo, me encontré envuelto en aquella semioscuridad, tan misteriosa y poética, característica de los interiores musulmanes. Fue después de algunos minutos cuando pude apreciar las proporciones y la riqueza del edificio. La decoración, verde y oro, por cierto de dudoso gusto, no está de acuerdo con la magnificencia de los muros, revestidos de ese alabastro oriental cuya trasparencia ambarina tiene las irisaciones del ópalo. Los relieves dorados del nimbar — cátedra en donde el imán explica á los fieles el Corán — brillan como chispas de fuego al ser heridas por la indecisa luz que se filtra desde las estrechas ventanas que rodean la nave. Las túnicas blan-

cas de los devotos se disuelven entre la penumbra del recinto. Aquí un viejo persa, la frente contra el suelo, permanecerá inmóvil largas horas en interiores arrobamientos; más allá un grupo de asirios, vueltos hacia la Meca, los brazos cruzados sobre el pecho, se inclinan cadenciosamente como si llevasen el ritmo de orquesta invisible; y sólo turba el gran silencio que reina en la mezquita, el canto profundamente triste de una bandada de derviches que preludian el eterno ritornelo: "*Allahon akbar!... Hei ia alassalah!.... Hei ia alfclah!....*" (Dios es grande. Venid á la oración. Venid en busca de salud).

Es necesario haber visto el pueblo egipcio á la hora de la plegaria, bien á la orilla del Nilo, en las mezquitas y aun en los bazares, para comprender que su fe es sincera: esa especie de acre y devastador escepticismo que, como virus contagioso, ha invadido las naciones de Occidente, no se conoce en los países musulmanes. ¡Cuántas veces se ve al grave mercader en su estrecha tienda de armas, tapicerías ó perfumes, entregarse en presencia del público, sin ningún respeto humano, á la gimnasia de las zalemas! En las calles se extiende el pañuelo ó el turbante; en los campos el fellah

abandona el rebaño y escoge para recitar sus oraciones la parte más fresca de la grama; en el canal que se dirige á Ismailia se ven, al concluír las labores del día, centenares de personas que, de pie sobre grandes haces de paja, después de la ablución, entonan en coro la plegaria. Pero es en la tarde, á la hora en que la noche se aproxima y las agudas flechas de los alminares se dibujan entre los tonos de nácar del crepúsculo, cuando se comprende cuánto de poético encierra el islamismo y qué profundo pensamiento religioso palpita en su doctrina. Efectivamente, en el momento en que todo calla, en que las partidas de camellos descansan de la jornada en el desierto, y en la ciudad empiezan á temblar las primeras luces y en el cielo azul y profundo las primeras constelaciones, ¡con qué honda melancolía resuena desde el elevado rastel del minarete la voz del muezín, que invita á la plegaria! Esa voz que en la hora de la contemplación, en el corazón de Oriente, nos habla de un más allá, consolador por lo desconocido, guarda en sus extraños acordes más intensas sugestiones que las notas musicales y lentas de las campanas que anuncian el Angelus en las campiñas del Piamonte, ó en las aldeas de Normandía.

Al salir de la mezquita me dirigí hacia la explanada de la Ciudadela, á fin de gozar del admirable panorama de la ciudad y de los alrededores del Cairo. La Ciudadela,—vasta mole de piedra sin concierto arquitectónico alguno,—encerrada dentro de formidables bastiones almenados, data de fines del siglo XII y se edificó bajo la inspiración del célebre Saladino. Durante largos años el palacio que, hoy en ruinas, se construyó dentro de las fortificaciones, sirvió de residencia á los Sultanes Mamelucos y más tarde á los Pachás de Turquía. Fue en el angosto y oscuro pasadizo que conduce de la puerta abierta sobre la plaza Roumailah á la terraza del castillo, en donde se llevó á efecto el sangriento drama del asesinato de los Mamelucos, hecatombe que libró á Egipto de la anárquica dominación de los beys y aseguró el poder de Mehemet-Alí. Todavía se muestra el lugar por donde Emin-bey, único de los jefes que salvara la vida, lanzó su caballo á través de una brecha de la muralla escapando así á la muerte.

Es el panorama que se divisa desde el elevado glacis del castillo uno de los más hermosos y originales que pueda contemplarse: allí el paisaje de Oriente, unido á las

más antiguas tradiciones de la humanidad, se dilata entre la inmensa bóveda azul turquí del cielo y la mancha candente y roja del desierto de Libia, que brilla á los rayos de un sol de fuego, hasta el profundo lineamiento del horizonte, como ascua de oro. Fue allí la cuna de la actual civilización: de entre ese haz de escombros, sobre el cual se eleva solitario obelisco, único vestigio de la fecunda Heliópolis, centro en la antigüedad de universales conocimientos, surgió al impulso del genio griego una filosofía divina y una moral eterna; Platón se inició allí en los misterios de la sabiduría; de ella se ocupan los profetas y en su recinto estudiaron la elocuencia los sacerdotes egipcios. A la izquierda, y más allá del palacio de Kasir-el-Nil, á cuyas blancas terrazas da sombra el follaje de un bosque de palmeras, el sagrado Nilo, al que hoy se adora como en la época de las primeras dinastías, arrastra su turbia corriente hacia las llanuras del Delta, entre los laureles, rosales y limoneros de los maravillosos jardines de Boulaq y Ghezireh. La isla de Rodah, esmaltada de bambús é higueras de Bengala, se prolonga hasta el desierto líbico, y el Sicomoro de la Virgen, que, según antigua leyenda, prestó sombra á

la Sacra Familia, se confunde en la distancia con la rica vegetación que cubre los campos en donde fuera Menfis. A mis pies la ciudad se extiende sobre un tapiz esmeralda, erizada de airosos minaretes que perfilan el encaje de sus cinceladuras sobre la ardiente coloración de palacios y mezquitas; y en tanto que las velas triangulares de los dahabiehs, hinchadas por el viento, se deslizan sobre el río distante, como nevadas alas de cisne, á lo lejos las grandes Pirámides destacan sus moles indistintas contra el horizonte calcinado del desierto, y aparecen, en la grandiosa epopeya de los tiempos idos, como gigantescas encarnaciones de fantásticos símbolos faraónicos. Constante rumor se eleva de las plazas y de las calles del Cairo. En la profundidad, el pueblo, como pequeños puntos multicolores, se cruza y atropella en las angostas callejuelas de los barrios comerciales. Hacia los bazares el movimiento es enorme; y caravanas interminables de camellos, que aprovecharán de la brisa fresca de la noche, cruzan el Nilo y enfilan lentamente hacia Sakarah ó Ismailia.

Ha llegado el momento de descender. Esta vez me dirijo á la ventura al través del laberinto de encrucijadas de los barrios retirados.

Mi cabalgadura se hunde en la espesa capa de polvo del piso. Se avanza en la penumbra, bajo las toldas multicolores que, para evitar el sol, se tienden de uno á otro lado de la calle. Suele ser ella tan angosta que extendiendo los brazos se tocan los desvencijados muros de ladrillo ó tierra pisada. En lo general las paredes son de tal manera deleznables que no es raro que en los días de lluvia casas enteras vengan al suelo desmoronadas totalmente. Entonces, en vez de reconstruírlas, el propietario busca nuevo lugar donde edificará otra habitación de efímera existencia. Esta falta absoluta de espíritu de conservación, no obstante su febril deseo de edificar, es la nota dominante del carácter árabe: hoy casi todas las mezquitas están más ó menos en ruinas; el viento se cuela libremente por entre las grietas de los muros decorados de complicados arabescos y elegantes inscripciones; rara es la plaza que no muestra algunos edificios desplomados; los buitres se posan sobre los escombros de habitaciones que jamás serán reconstruídas: nómades son que consigo llevan la tienda que indistintamente plantarán en cualquier punto del desierto. Pero es precisamente este aspecto de ciudad derruí-

da lo que al Cairo presta su sello de la más extravagante originalidad. Por sobre los carcomidos paredones sarracenos, las palmas, cargadas de racimos de dátiles, levantan su orgullosa cimera. En la contemplación de esos viejos caserones puede evocar la fantasía, en los tiempos de los caballeros y de las galantes aventuras, las leyendas de amores de sarracenas y cristianos, cantados en los romances medioevales. Detrás de la celosía de esa artística ventana se oculta el grupo de esclavas de Smirna ó de Damasco, en la fresca semioscuridad del perfumado retrete del harem; aquí habita el viejo árabe que se ha enriquecido en el comercio de esencias de Samarcanda y de marfiles del Sudán; ese grupo de dromedarios ha venido cargado de higos, tapices y especias desde las más apartadas regiones de Palestina; el cheik que pasa caballero en un borrico, ha hecho más de una vez la peregrinación á la Meca y conoce las profundidades del desierto; y hoy, como en los tiempos de las cruzadas, al caer la noche, en la cueva del vendedor de confituras se fuma el narghileh y se narran, con interés creciente, maravillosas historias de genios y de ocultos tesoros.

Cuando se recorren las calles poco frecuentadas del Cairo, es sorprendente ver cómo á cada momento se presentan los temas más seductores para un cuadro de género: ora es la fuente pública, verdadera obra de arte por lo delicado de su ejecución, bebedero de borricos y camellos, en donde recogen el agua los regadores ambulantes y las fellahinas que la llevan en agudos y delgados cántaros sobre la cabeza; ora es la bulliciosa escapada de los aprendices de la próxima escuela pública en donde, sentados en el suelo, vigilados por el viejo maestro de barba blanca y antiparras de cuerno, han recitado, con la gangosa entonación de uso, versículos interminables del Corán; ó bien la tonsura del borrico, al que se afeitan los lomos, formándole caprichosos dibujos; ó el ágil vendedor de agua azucarada, que la lleva á la espalda, en una ánfora de cristal, y marcha haciendo resonar musicalmente entre los dedos las ansas de los jarros. Al doblar una esquina encontré cerrado el paso por compacta muchedumbre; mi guía me informó de que en esos momentos sacarían el cadáver de un rico mercader, dueño de rebaños y de plantaciones de cañas de azúcar. De pie sobre la montura — nota exótica con mi vestido

europeo y mi sombrero de paja entre las multicolores túnicas y los turbantes de aquella aglomeración abigarrada—esperé el desfile, la vista fija en el tallado portal de la casa mortuoria. Ya en países de costumbres diversas había tenido ocasión de observar las distintas maneras de cómo se puede rendir último tributo á nuestros muertos; pero ningún ritual es más pintoresco, ni menos sugestivo, dada la fúnebre ceremonia, que el de uso en el Cairo. Dos camellos ricamente enjaezados y cargando sendas palanganas con legumbres y carnes que se repartirán á los pobres, preceden el cortejo conducidos por dos esclavos de vistosas túnicas. En seguida, y abiertos en dos filas, vienen hasta media docena de dependientes uniformados á la turca, con el rojo birrete y los holgados calzones azules ó amarillos: cada uno lleva una pequeña fuente llena, cuál de guisantes, cuál de mirra ú otros perfumes, ésta de arbejas, la otra de relucientes piastras. Cubierto con amplio tapiz encarnado viene luégo el ataúd de madera amarilla, cargado en hombros de los familiares, quienes, á empellones y formando una especie de molinete con los brazos, se disputan el honor de conducir el muerto. El turbante y la tú-

nica del difunto se izan en lo alto de una vara. Desgreñadas plañideras, cuyos alaridos serían terribles si no fueran grotescos, al compás de extraña danza agitan sus pañuelos sobre el féretro, en las contorsiones más extravagantes. Cierran el cortejo unos cuantos carruajes con las mujeres del difunto que se enjugan los ojos secos, ennegrecidos por el k'hol, y lanzan á intervalos, con la fisonomía más indiferente, dolorosos gritos de un cómico envidiable. Toda esta escena, digna de representarse en un teatro de manicomio, se desarrolla en el más completo desorden; y las voces de los recitantes que salmodian versículos del Corán, los tiros de pistola que se disparan en el interior de la casa, el suplicante estribillo de los ciegos que piden una limosna, los aullidos de las plañideras, los comentarios de la plebe y los gritos de las viudas, forman un conjunto suigéneris, que todo sugestiona, menos el lúgubre pensamiento de la muerte. Concluída la ceremonia, los amigos y las mujeres se entregarán de nuevo, entre bailes y festines, á costa de la herencia, á las más bulliciosas y menos tristes manifestaciones funerarias.

Generalmente se cree que el pueblo árabe

es taciturno y melancólico: puede que lo sea en determinadas circunstancias; pero es necesario observar en Egipto un grupo de más de cinco personas para comprender que es el más gesticulador y vocinglero del mundo: muy frecuentemente suelen verse, no sólo en las encrucijadas del Fosttat, sino en las elegantes avenidas del barrio europeo, plataformas suspendidas sobre dos ruedas y remolcadas por un pollino, en donde se hacinan hasta media docena de mujeres fellahs con sus correspondientes crías. Recuerdo haber visto la ruptura de uno de estos carromatos, y revolcados en el polvo los huéspedes de la primitiva diligencia; inmediatamente de todas las calles vecinas se corrió al lugar del fracaso; á las puertas de tiendas y barberías asomaron los turbantes de Fígaros y dependientes que, á grandes gritos, se informaban de uno á otro lado de la calle; y en medio de algazara ensordecedora, unos cuantos aficionados á la medicina — lo son la mayor parte de los árabes — prestaron á las contusas el cuidado de hábiles y oportunos masajes. La aduana que, en los afueras del Cairo, se levanta sobre el camino de las Pirámides, es otro lugar en donde puede estudiarse la locuacidad del árabe: allí se

detienen á fin de pagar ligera tasa todos los rebaños que de Sakarah ó de Fajum llegan á la ciudad. El aduanero cuenta las cabezas de ganado: es de verse entonces la mímica de las discusiones en que se solicita una rebaja; y aun pagado el impuesto, todavía el árabe, en la distancia, á horcajadas sobre su camello, clama que se le ha cobrado injustamente. Las estaciones de ferrocarril, las pintorescas paradas de borricos, el nocturno desfile, en las aceras asfaltadas de la plaza de Ezbekieh, iluminada brillantemente, de los vendedores de periódicos, de flores, de almendras, de pieles de tigre, de cangrejos cocidos, de tapicerías y otras mil baratijas, son centro de las vocingleras conversaciones de la más animada turba imaginable. La deliciosa terraza del Café de Francia es, en las primeras horas de la noche, punto de observación de todos los ruidos y de todas las anotaciones. Al frente de las mesitas de mármol, en donde se toma una pequeña taza de aquel delicioso café árabe, de espuma tornasol, espeso y perfumado, desfila todo este pueblo de originales camelotes, en donde he visto los más bellos ojos y las formas humanas más puras y graciosas. Recuerdo una mujer, casi una niña, con la cesta de naranjas sobre la ca-

beza, cubierta con una túnica escarlata ceñida á la cintura, con pulseras en las muñecas y en los tobillos, finamente pintadas las cejas, los menudos pies encerrados dentro de los afilados escarpines. ¿Qué de extraño había en aquella mujer, que así hoy, al través del tiempo y la distancia, brota en mi memoria entre la evocación de imágenes lejanas y extravagantes sensaciones?... Seguramente eran sus ojos, melancólicos y tristes y negros, que brillaban con intensa luz á la sombra de largas pestañas de seda.... Hé aquí el lado sentimental de los viajes. Como la madre de la historia de Andersen, que recorría el mundo en busca de su hijo, robado por el espectro de la muerte en una noche de invierno, y en su dolor preguntaba á las zarzas y á las aguas del lago: lo habéis visto?.... así hay temperamentos que, influenciados por el eterno femenino, en todas partes inquieren por el ideal de mujer que en ciertas horas de la vida, horas de indefinible melancolía, se impone como una necesidad al espíritu enfermo ó fatigado. Mientras el tren vuela fantásticamente al través de la oscura campiña, á la amortecida luz de la lámpara del vagón se examina la fisonomía de la aristocrática compañera de viaje, elegante y bonita, que nos observa sin mirar.

nos.... Será ella? Adormecidos por el monótono trajín de la máquina, influenciados tal vez por el suave perfume que se desprende de su cuerpo, mientras á su lado duerme una dama vestida de negro — su madre seguramente, — nos damos á contemplarla: sus ojos chispean al través del encaje del velo; entre los dedos enguantados guarda las poesías de Campbell, lo que demuestra su afición por las lecturas delicadas; el pequeño ramo de violetas blancas, prendido al seno, resalta con el color oscuro de su traje. Quizás ella sea capaz de apasionarse; puede que también busque, sin encontrarlo, un amor sincero y profundo; en todo caso ella no es alegre: se lee en su mirada, en el pliegue casi triste de sus labios. Mejor: si sufre, seguramente hará nuestra felicidad. Será rusa, francesa, austriaca?.... Tal vez podríamos amarnos, ser felices, realizar el eterno sueño. Será ella?.... Pero el tren se detiene: con ligera sonrisa de despedida abre la portezuela, y se aleja entre la sombra. Se ha ido para siempre! Quizás queramos descender, seguirla, hablarla; pero el tren, como la vida, sigue su camino inexorable....

El pueblo del Cairo es limpio: quien muestra el turbante sucio, luce una túnica in-

maculada: el aseo es precepto del Corán. Así, en las fuentes públicas se observan constantemente árabes que se frotan los desnudos brazos sobre el rebosante tazón de mármol. Suelen verse entonces raros tatuajes grabados con líneas negras sobre la piel bronceada: ora son perfiles de gatos ó de borricos, figuras cabalísticas y también fórmulas sagradas. Pero nada tan curioso como observar las variedades de calzado de la plebe: se ven allí babuchas de tafilete rojo, agudas y de empinados tacones como los escarpines María Antonieta, otras como meras pantuflas, botas inverosímiles europeas, despojos de zapatillas de tennis ó de baile, todo remendado y cosido con cuerdas, los unos sin tacones, los otros recortados con navajas: la contemplación de tales desechos haría seguramente la desesperación de un Clouet.

La fisonomía del pueblo es dulce y agradable: los siglos y la mezcla con razas conquistadoras no han deformado el fino perfil que se contempla en los relieves de los jeroglíficos más remotos. Y, ¡oh, anacronismos de la vida! un egipcio que por su vestido y su carácter es de los tiempos de Ramses ó de Cleopatra, se dedica hoy, con betún de Ma-

son (patented), á lustrar las botas de ingleses ó americanos. Otro, que bien pudiera haber figurado como palafrenero del Sultán Saladino, grita *The Punch* ó *The Egyptian Gazette*, con las últimas noticias recibidas por cable del imperio Nipón ó de las repúblicas americanas. No es ya el loto flor simbólica; duerme Anubis en el pedernal de los museos é Isis, la buena diosa, se muerde los labios hasta brotar sangre al verse despojada por el inflexible pastor protestante de rubias patillas y negro levitón. Como los templos de Loucqsor, los viejos dogmas han caído en ruinas; y la reforma moral y religiosa, al abrir nuevos horizontes al radio de acción individual, ha complicado y hecho irresoluble el problema de la felicidad humana. Sin embargo, hay alguien á quien no importa el desastre filosófico, ni que los dioses caigan en pedazos desde sus elevados pedestales: es el viejo hechicero que, de rodillas en el boulevard Mehemet-Alí, inclinado sobre un pañuelo cubierto de arena, traza con el dedo fórmulas cabalísticas y se guarda—con escéptica sonrisa—las piastras de los transeúntes, á quienes dice la buena ventura.

Aquel día era jueves, día de visitar el ba-

zar de Khan-Khalil, el más renombrado de los bazares orientales, incluyendo los de Bagdad y Constantinopla. Son los bazares, tántas veces descritos, angostos y largos pasadizos saturados de olor de canela y de esencia de rosa, abrigados del sol por toldas de colores que se extienden de uno á otro extremo de los tejados, y á lo largo de los cuales se dilata doble fila de pequeñas tiendas repletas de las más variadas mercancías. A causa de lo angosto de la calle, se ha prohibido la circulación de carruajes y camellos. Cada bazar comprende una industria determinada: los hay de joyería, de babuchas, de perfumes y de tapices; pero el de Khan-Khalil es como una reunión de los otros, que á su lado parecen pobres y poco interesantes. En aquellos diminutos almacenes de dos y tres metros en cuadro, se hacinan en completo desorden tapicerías que son obras de arte por lo complicado de sus dibujos, porcelanas y alfombras de Persia, riquísimos joyeles de filigrana, especias y perfumes, colmillos de elefante, cimitarras con incrustaciones de marfil y nácar, plumas de avestruz, cofres repletos de todas las monedas imaginables, espingardas y monturas bordadas en seda y terciopelo, viejos escudos

árabes, lanzones con destrozadas banderolas, antigüedades egipcias, y, en fin, todo cuanto hoy tiene valor por no haberlo tenido en otros tiempos, y gran parte de objetos que quizás tampoco lo tendrán en lo futuro; sin embargo, suelen verse trabajos de verdadero mérito artístico, especialmente en lo que se refiere á joyas y tapices.

Inmensa muchedumbre circula en la semioscuridad del bazar, deteniéndose aquí y allá para informarse de los precios y examinar la mercancía. El comerciante celebra su negocio sin levantarse del suelo en donde, las piernas cruzadas sobre la esterilla de paja, se ocupa en saborear el perfumado café; es el empleado, por lo general, quien recibe y cuenta el dinero. Allí el tiempo no tiene valor ninguno, y la actividad europea sería la bancarrota al trasladarse á aquel contemplativo mercado. Como desease comprar una arma blanca, me detuve ante una tienda con aspecto de armería. El propietario—al parecer un árabe—lujosamente vestido, tendido en un diván, fumaba indolentemente larga pipa cargada de tabaco turco. Al examinar algunos ejemplares de viejos estiletes, mohosos y amellados, sorprendí algunas palabras en castella-

no cruzadas entre el mercader y su dependiente.

—Cómo! habla usted español?

El comerciante me vio con admiración; se puso de pie y me tendió la mano.

—Excuse, por favor—exclamó con el más puro acento andaluz.—Sí, soy español, hijo de Málaga, y cristiano viejo.—Luégo, como comprendiese mi extrañeza por su traje,—Dios me perdone—continuó.—Visto este cilicio porque hace mi negocio, qué quiere usted? Disfrazado con pantalones y chupa corta, como un chulo de mi tierra, ca, hombre! no vendería una peseta....

A los pocos minutos tenía al frente una de aquellas mesitas octágonas con incrustaciones, y luégo el imprescindible café perfumado, fuerte como licor holandés. Mi pseudo-árabe me habló largamente sobre el mecanismo de sus negocios y de algunas intimidades de la vida privada oriental. Hacía largos años que se había establecido en Egipto, y ahora no pensaba en volver á España, cuya suerte le importaba bien poco. Al informarme acerca del mercado de esclavas,

—Felizmente se acabó—me dijo.—Pero si usted desea....

—Malagueñas ó egipcias?

—No, hombre—exclamó riendo fuerte—Asiáticas, griegas ó de Turquía.

—Gracias—dije poniéndome de pie—Los derechos de exportación hacen por el momento imposible el negocio....

Con un buen apretón de manos me acompañó hasta la calle. Luégo, nuevamente jinete en mi borrico, me interné en el laberinto de encrucijadas que de los centros comerciales conducen á las amplias avenidas, sembradas de frondosas acacias, del Cairo europeo.

EN LAS PIRAMIDES

En otros tiempos, la excursión á las Pirámides exigía algunas privaciones de sobra compensadas con la contemplación de deliciosas escenas rústicas en las labranzas de los alrededores de la ciudad. Hoy se hace en un break de los señores Thos. Cook and Son (Limited), tirado por cuatro caballos, que vuelan á lo largo de la carretera que, desde el Puente de Ghezireh, tendido sobre el Nilo, conduce al límite del desierto: cuatro grooms ingleses de casacones rojos y sombreros de fieltro blancos, guantes de hilo, pantalones de gamuza, botas amarillas y afeitados bigotes, tales como pueden verse en las jocosas pantomimas londonenses, responden flemáticamente á las interpelaciones de los infortunados turistas.—¿Qué animal es aquél?—Un camello. —No, no, el otro.—Entonces, es un buitre....

Y mientras en el aire chasquea el látigo del automedonte, y la prosaica diligencia rueda entre pesada nube de polvo, al agudo toque del cornetín manejado por el conductor, dejan el paso libre, y se refugian á la sombra de las acacias que bordean el camino, filas de pausados camellos que, con asombrados ojos, ven pasar, como animada caricatura de *El Punch*, el profanador vehículo. Hoy al pie mismo de las Pirámides se juega lawn-tennis en traje de carácter; el fotógrafo toma vistas de rubias misses y encanijados pisaverdes, en posturas de ocasión, sobre el lomo de viejos dromedarios; ladies presentidas por Dickens y honrados burgueses de Eastcheap ó de Mánchester, inundados de sudor bajo el paraguas blanco, hunden los zapatos de caucho en la candente arena; y en la terraza del Mena House Hotel, situado al pie mismo de las Pirámides, se leen los periódicos europeos, se comenta la política francesa, sería vulgar toda frase de admiración, y los sirvientes, vestidos de smoking y corbata blanca, circulan con el ponche de huevo, el wiskey y el champagne helado, por entre aquella turba indiferente, refinada y grotesca, á la que lo mismo dicen las Pirámides que la playa de Biarritz ó el Casino de

Monte Carlo. Jamás, como en aquellos momentos, me encontré más lejos de Egipto: sinceramente dudé de la verdad de mi viaje, y el gigantesco cuadro de las Pirámides se me antojó la decoración —en verdad poco artística,—de una ópera bufa representada en la Alhambra ó en Drury Lane. Tan extravagante y doloroso se me hizo el contraste entre los camellos y el *five o'clock tea*, y los árabes y las narigudas misses, y el desierto y las casacas rojas de los empleados de los señores Thos. Cook and Son (Limited), todo ello barajado y confundido en cien metros cuadrados, que habiendo bebido una limonada regresé al Cairo, pero no sin haber contratado para el día siguiente, en la madrugada, dos guías, robustos y ágiles, que me acompañaran en mis solitarias excursiones.

Con una luna espléndida, jinete en mi borrico y acompañado de Mohamed, que cargaba la cesta con un ligero fiambre, salí de la ciudad en las últimas horas de la noche. Todo dormía: el viento entre las hojas de las palmeras, el perfume entre las flores de los jardines, sobre el Nilo, de plateadas ondas, las inmóviles barcas. El lejano horizonte se desvanecía entre claridades aperladas. Millares

de constelaciones, como piedras preciosas, brillaban en el azulado firmamento. El camino, inundado de campestres olores, se diría cinta de mármol que cortase la dilatada llanura. Poco á poco se perdieron en la distancia los minaretes del Cairo; y las Pirámides, en las borrosas lejanías del desierto, aparecían iluminadas por la luna, contra el intenso azul del fondo, como triangulares incrustaciones de nácar. Sus moles se agrandaban por momentos. Ya empezaban á transitar el camino uno que otro nómade venido de Sqqarah, ó pastores que, envueltos en blancos albornoces, conducían lentamente sus rebaños. Después de hora y media de marcha traspasaba la línea de arena y me encontraba al pie de la mole colosal de la Gran Pirámide, que lanzaba su gigantesca sombra, como gran recorte de terciopelo negro, sobre la sábana de arena que brillaba, á los rayos de la luna, como si un mago de los cuentos orientales la hubiese polvoreado de chispas de diamante. Dominado por no sé qué extraña mezcla de admiración y de temor religioso, sintiendo mi pequeñez ante el inmenso bloque de granito, posé los labios, como sobre las carnes de un dios inmortal, sobre la fría piedra. A lo lejos

resonaron dos voces: eran mis guías. Casi inmediatamente comenzó la ascensión.

La Gran Pirámide, ó "Pirámide de Cheops," es en lo general la sola que puede ser escalada y cuyo interior se visita. Un sabio alemán ha demostrado que la construcción de los reales hipogeos empezaba por el centro y se desarrollaba exteriormente á medida que se prolongaba la vida del príncipe para quien estaba destinada; á su muerte, el monumento se revestía de grandes cantos de piedra pulida y se disimulaba el orificio de la galería que comunicaba con la cámara sepulcral. Durante la dominación de los Kalifas, las Pirámides se convirtieron en inagotables canteras que suministraron á la ciudad la piedra para sus mezquitas y fortificaciones. Los hipogeos fueron luégo pillados por las bandas nómades del desierto, profanadas las momias y robados sus tesoros. De este lento trabajo de destrucción surgió la empinada gradería de elevados é irregulares escalones, formados de grandes bloques de granito, que conduce á la cumbre. A cada nuevo peldaño el radio visual se ensancha. La casita edificada al pie de la Pirámide por la emperatriz Eugenia, es ya en la profundidad pequeño punto negro, y

una raya amarillenta el camino que lleva á la ciudad. Se ha llegado: una plataforma de diez metros en cuadro corona la cúspide. Ahogando los latidos del corazón, tomé asiento en un canto de piedra. Luégo, los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, pasee la vista sobre el panorama del Egipto bíblico, tendido á mis pies como una alfombra persa.

Todavía era de noche, pero la luna iluminaba el inmenso anfiteatro con luz más intensa que la del sol en los países septentrionales. A lo lejos brillaban, con irisaciones como de escarcha, los alminares del Cairo. A la derecha se dilataba la cadena de Pirámides inferiores, en tanto que á mi espalda el desierto de Libia se prolongaba hasta las entrañas del continente misterioso; y el Nilo, hacia el lado del Delta, desarrollaba sus plateados anillos, á la sombra de bosques oscuros de palmeras.

¡Con qué honda potencia de evocación recordé en esos momentos los vagos sueños de la infancia, de libertad y de viajes, que ahora veía realizados! ¡Cuántas veces en la universidad, en el silencio de la noche, inclinado sobre el libro de historia — mientras á lo lejos el reloj anunciaba las horas con su voz musical y

profunda—fascinado por épicas leyendas, prematuramente hastiado de la estéril vanidad de la vida, salvaba con el pensamiento los formidables bastiones del colegio, y recorría el país que en estos momentos contemplaba! ¿En cuál de esos bosques de tamarindos que se inclinan sobre el sagrado río se detuvo la cesta que llevaba al futuro legislador hebreo? Más de una vez Cleopatra remontó la corriente del moroso Nilo reclinada bajo el baldaquín de su galera que, como gigantesco escarabajo, impulsada por veinte remeros de Etiopía, cortaba el agua al compás de las músicas y de los cantos de sus esclavas. Por aquel angosto camino de travesía pasó Jesús huyendo de sus perseguidores. Hacia el lado de El-Matarieh aún parecen relucir las bayonetas de los cuadros franceses en la memorable batalla de Heliópolis. . . . ¡Cuánta gloria allí, bajo el sudario de arena; cuántos dioses sin templo; cuántos triunfos estériles; qué de lágrimas vertidas sobre aquella tierra fecunda que las ha devorado impasible! Inmutable como el tiempo, eterno y sagrado es el culto de la Naturaleza.

Uno de los guías me tocó en la espalda y extendió la mano hacia el Oriente. Luégo, los

brazos cruzados sobre el pecho, clavaron la mirada en la inmensidad de la arena.

A los pocos momentos, sobre la raya profunda del horizonte, el cielo comenzó á teñirse de moribundas tintas de rosa, y las arenas se incendiaron con pálidas claridades de alborada. Rápidamente las coloraciones del celaje se disolvieron en el laca desvanecido, en el rojo, luégo en el púrpura, en el fuego en seguida. El desierto, convertido en fantástico lago de sangre, se diría el campo en donde hubiesen batallado los dioses de los poemas árabes. En medio del silencio de la naturaleza el disco del sol, de dos metros de diámetro, como rubí gigantesco, balanceándose lentamente, se elevó sobre la línea del horizonte, que fulguraba como cinta de lava candente. Fue entonces una explosión de color y de luz: la brisa agitó sobre la inmensidad sus tenues alas de mariposa; se vio incendiado medio firmamento. Era el himno triunfal del día: la tierra estaba fecundada.

Lentamente el cielo recobró su habitual colorido de turquesa, y el sol, al elevarse, se convirtió en globo de oro líquido. Todos los objetos se encontraron entonces bañados en luz ardiente que inundaba hasta los más apar-

tados sitios del paisaje: era esa viva luz de Africa, tan diferente de las discretas claridades europeas, que tiñe las rocas de colores de ópalo, ilumina el desierto con tonalidades de rosa y mancha el firmamento, á la hora del crepúsculo, con todos los matices de la paleta de un pintor de flores. Efectivamente, cuando se abandona el Egipto, Europa aparece á nuestros ojos como vista al través de un vidrio oscuro. El mismo afamado cielo de Italia tiene algo de la bruma de un celaje de invierno: es el contraste de los cuadros orientales de Fromentin, inundados de blanco, rojo, azul y verde, y los sombríos interiores de la escuela holandesa. En los unos palpitan las desnudeces del color y la luz, en los otros las medias tintas de los claroscuros melancólicos; allí se siente hervir la sangre á los rayos de un sol de plomo que ahoga el grito de la hipocondría; aquí la débil claridad de las húmedas llanuras de Holanda predispone al recogimiento y á las tristezas del austero misticismo: son la pálida religiosa que se consume en el aislamiento del claustro, y la bayadera que en la floresta de bambúes agita sus pendientes y pulseras en las convulsiones de una danza loca. En Egipto no se conocen las enfermedades del

espíritu: el suicidio es caso raro. El hombre encuentra allí la vida buena, sin verse atormentado por la resolución de problemas interiores, ni por esa rara enfermedad, mezcla extraña de tristeza, de enojo y de hastío, consecuencia natural de nuestra complicada y artificial manera de comprender la vida. El alcohol no es un estimulante, y para recuperar perdidas energías, nada mejor que tomar un gran baño de sol, otro de agua fría en el fresco receptáculo de mármol, aspirar á plenos pulmones el buen aire tónico de las riberas del Nilo, y tenderse sobre la hierba de los jardines de Ghezireh, ó á la sombra de las centenarias palmeras de Choubrah. Poco á poco vendrá entonces una especie de rejuvenecimiento moral; el pensamiento se adormece en suaves fruiciones de convalecencia; se es quietista sin saberlo, y se acaba de comprender cómo anduvo acertado el ilustre manchego en pedir albricias á los suyos por aborrecer á Amadís de Gaula y por llamarse, no ya Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano, á secas. Pero, ah! desgraciadamente este reposo no será sino sueño de breves días. Bien pronto envenenados de nuevo por el aire miasmático de las grandes ciudades, por el olor de cocina

de restaurantes inundados de apopléticos burgueses que revientan dentro del estrecho levitón y se enjugan el sudor con la servilleta, por las miserias de amores enervantes y estériles, por las preocupaciones diarias de una vida que no sabemos si vale la pena de vivirse, se recordará con tristeza esta poética correría, exenta de fórmulas, de hipócritas compasiones, de falsas apariencias, en donde no es el menor de los placeres el de deslizarse entre la turba sin ser conocido de nadie, olvidados del mundo y de nosotros mismos, observar lo que nos place, detenernos donde nos acomoda, y ser solamente una unidad, uno de tántos, un comparsa en el pintoresco escenario de esta ciudad de Oriente. Y es que bien pronto habrá de venir la monotonía de las acciones diarias, arregladas al desesperante golpe del péndulo.... ¡Felices aquellos que aman lo mismo el sol que la lluvia; que tienen el valor de encerrarse, siempre inconscientes y risueños, durante la vida, dentro del aro de hierro de una existencia reglamentada de antemano; gentes que han nacido sin olfato y sin gusto, á quienes todo divierte: lo mismo llenar interminables cuartillas de papel timbrado en la oscura oficina, que asistir el domingo con el traje de fiesta á la retreta pública!

El sol había avanzado más de un cuarto en su carrera. Llegó el momento de partir. Con una última mirada sobre aquel panorama espléndido, que jamás volvería á contemplar, ayudado por mis beduinos, emprendí el descenso.

A 20 metros de altura sobre la base, cruzamos por angosta cornisa hacia la cara norte de la Pirámide, y llegamos á la entrada, situada en el centro del plano. En cuerpo de camisa se preparan las antorchas que iluminarán los pasadizos.

Es necesario inclinarse para penetrar en la rebajada galería, alta de 1.20 metros por 1.10 de ancho, que en suave pendiente taladra el monumento. El piso es tan pulido que es indispensable, á fin de no caer, apoyarse en los brazos de los guías. A 25 metros del orificio, que en la distancia brilla como un foco de luz, se encuentra un gran bloque de granito que forma la entrada de una segunda galería. A 102 metros de la entrada — siempre en dirección norte á sur y con inclinación de 25 grados,— el corredor es ya horizontal. A los pocos momentos se llega á un salón, de uso desconocido, situado casi en el eje vertical de la Pirámide, á 32 metros por debajo de su base

y al nivel del Nilo. Al ser fundada la relación que hace Herodoto de un canal subterráneo que conducía las aguas del río al interior de la Pirámide de Cheops, en esta cámara debiera existir algún indicio de tal obra; el Coronel Wyse hizo abrir un pozo de 12 metros de profundidad, pero las exploraciones no produjeron resultado.

Nada tan fantástico como esta solitaria excursión al través de los pasadizos de la Gran Pirámide, en compañía de dos desconocidos, quienes, seguros de la impunidad, bien pueden estrangularnos y arrojar el cadáver á la profundidad de un pozo. Las mortecinas luces de las antorchas describen vacilantes círculos concéntricos de claridad contra la tersa superficie de los muros. Se avanza en las sombras, en un silencio infinito, sintiendo sobre el corazón todo el peso de la mole de piedra que, á 170 metros de altura, se levanta sobre nuestra cabeza. Allí se comprende el sentimiento de opresión y de terror á lo desconocido que Poe describe en algunos de sus cuentos: una palabra rápida cambiada entre nuestros conductores, el rodar de una guija de granito, el eco de nuestras pisadas nos asombra como si jamás hubiésemos escu-

chado tales ruidos. Es, fuera del sueño, la sensación de una pesadilla. Y, sin embargo, se siente la necesidad de seguir adelante, de internarse más y más en los riñones del bloque faraónico. Me atrevo á decir que casi se goza con la fantástica tensión de nuestros nervios.

Volviendo sobre nuestros pasos, llegamos de nuevo al punto en donde un gran bloque de granito marca la bifurcación de la galería. Allí se ha abierto en época desconocida — probablemente en los primeros siglos de la denominación árabe, — un agujero vertical, que se escala penosamente apoyándose en las salientes de la roca, comunicante con una galería superior que asciende á la Cámara de la Reina, pequeño salón de granito negro, pulimentado como el cobre. Se está allí justamente sobre el eje vertical de la Pirámide, á 54 metros sobre el salón visitado anteriormente, y á 118 metros bajo la plataforma de la cúspide. Poco á poco el sudor nos inunda; las antorchas arden mal en aquel aire enrarecido; el humo, como siluetas de una legión de trasgos, se extiende por la rebajada techumbre, y las túnicas blancas de los beduinos son apenas mancha indecisa, de rojizos reflejos, entre la semioscuridad que nos rodea.

La Gran Galería, angosto corredor cuyas negras paredes se levantan lúgubremente á 8 metros de altura en ligeros escalones, conduce á una especie de vestíbulo, cerrado en otros tiempos por cuatro placas de granito que resbalaban en ranuras talladas en la roca. Luégo se pasa á la Cámara del Sarcófago, el más vasto de los salones funerarios de la Pirámide: era allí donde estaba depositada la real momia, en el pesado bloque de granito rosa, sin adornos ni jeroglíficos, que se ve ajustado á la pared oriental. ¡Qué profundo é inviolable debe ser el sueño de la muerte, entre la soledad y el silencio del imponente recinto!... A la luz de una cinta de magnesium quemada por uno de los guías, pude observar las dimensiones del salón, situado á 43 metros sobre el nivel del piso. Los muros, formados de grandes bloques de granito negro, de tan tersa superficie que no se adivinan las junturas, se elevan tétricamente hasta el cielo raso, formado también de negras losas: es lúgubre relicario, grandioso en su sencillez, á donde nunca llegarán los profanos ruidos del mundo. La temperatura es aquí más fresca: se siente que el aire exterior, venido por angostas cañerías, circula en los sombríos corredores que,

como los de un laberinto, suben, descienden y se cruzan en todas direcciones. Imposible jamás salir de allí sin la ayuda de los guías. Es entonces cuando se comprenden los horrores de la sed, los gritos de dolor que no serán escuchados, las angustias de una muerte lenta entre la sombra, con las manos destrozadas, paralizados por el terror y la fatiga.

Regresando á la Cámara de la Reina, llegámos á un punto donde la galería se ensancha. Al pie del muro occidental se dibujaba sobre el piso una gran circunferencia negra, amenazante con su trágico aspecto de sepultura insondable: era la boca de un pozo. Los guías me hicieron inclinar sobre el abismo. Con las piernas en el aire, sostenido por la presión de la mano de un guía puesta sobre la espalda, sintiendo que un ligero movimiento me precipitaría en el vacío, vi caer en la profundidad un trozo de magnesium encendido que, golpeando contra las paredes del pozo, terminó por extinguirse entre las sombras. Se arrojó luégo una piedra que cayó con rumor prolongado en el fondo. Cegado por los resplandores de la bola de fuego, quise echarme hacia atrás y retirarme; pero creo que el vértigo se había apoderado de mi cabeza, y me paralizaba la voz y el mo-

vimiento: me fue imposible ordenar á mis conductores que me sujetasen por debajo de los brazos. Porque evidentemente en esos momentos de extravío sentí la necesidad de tirarme al fondo, y concluír para siempre. Clavando los dedos entre las piedras del borde pude resistir á la fuerza que me atraía, como si el vértigo, en la forma de un cadáver hercúleo, se suspendiese de mis pies. No sé cuántos minutos duró esta horrible lucha; pero sí recuerdo la nitidez de mis pensamientos en esos instantes: el fascinador descanso eterno en el corazón de la gigantesca mole, sin las agonías de la muerte; en el hotel Continental se pensaría que había partido nuevamente para Europa, pues mis guías — por temor de verse complicados en un proceso y colgados en seguida, — guardarían silencio sobre lo ocurrido: en el Cairo no tenía relaciones, y aun mis amigos de París no conocían con precisión mi itinerario de viaje; mi familia, en América, primeramente creería que había seguido con rumbo hacia país exótico y lejano; luégo, cuando los años pasaran, en el nido de águila de la villa natal mi desaparición se narraría como leyenda misteriosa. Y entretanto, diluído en la madre naturaleza, insensible á

los dolores de la vida y á las mezquinas alegrías terrestres, sin que se profanase mi sepulcro con epitafios y coronas fúnebres compradas con descuento en un almacén de *bric-á-brac*, mi cadáver se convertiría en puñado de polvo que manos sacrílegas no arrojarían al viento. Y, ¡oh extraños contrastes del corazón humano! en esos instantes de violenta tensión nerviosa, cuando sentía que la sangre, como un torrente, se precipitaba en mi cerebro, pensé también en la sorpresa del arqueólogo de los siglos futuros que, descendiendo á mi tumba, recogiese mi cartera de bolsillo: allí encontraría dos cartas que lo llenarían de asombro, timbradas en París, marcadas con los sellos de gran parte de los hoteles de Italia; dos cartas escritas por una delicada mano.... De esta correspondencia íntima se ocuparían los eruditos, se trasladaría luégo á un museo, ó sería vendida á algún anticuario inglés, que la conservaría bajo cristales....

Con esfuerzo supremo logré tenderme horizontalmente. Ayudado por mis guías me puse en pie y emprendí de nuevo la marcha. Imposible es pintar mi satisfacción cuando, después de dos horas de camino entre la sombra, vi á lo lejos brillar la luz del día, al tra-

vés del irregular orificio de la entrada. Ya bajo la azulada bóveda del cielo—después de haber pagado liberalmente á mis guías, quienes me manifestaron repetidas veces su gratitud llevando reverentemente la mano al corazón,—sentado en una cornisa de la Gran Pirámide, "Khout, la brillante, edificada por el rey Khoufou," según se desprende de inscripciones jeroglíficas encontradas en las tumbas de los alrededores, me dediqué á respirar el aire libre, á tomar algunas notas sobre mis impresiones del momento, y á admirar el hermoso espectáculo del mundo.

Después de reposarme en Mena House Hotel, jinete en un camello me dirigí hacia la Esfinge, situada al pie de una colina de arena, en un vasto espacio socavado en todas direcciones, á 500 metros de la Pirámide de Khephren, en el límite del desierto con la fértil campiña del Nilo. Allí, contra el intenso azul del cielo, simbólica representación de un dios antiguo, el monstruo destaca su silueta granítica, carcomida por el tiempo.

La Esfinge es, como se sabe, la colosal estatua de un león con cabêza humana, el vientre contra el suelo, las manos hacia adelante. Como la gigantesca roca, larga de 57 metros,

presentase algunas irregularidades, hubieron de rectificarse con ladrillos y grandes cantos calcáreos, especialmente en las garras, que se clavan pesadamente en la arena. Cuando á comienzos del siglo XIX se practicaron las primeras excavaciones, se encontró entre las manos delanteras del coloso, junto con un pequeño altar y la imagen de un león, un santuario compuesto de tres columnas: en una estaba representado el rey Thoutmes IV ofreciendo libaciones é incienso á la figura de la Esfinge. Primeramente se pensó que el monumento datase del reinado de este príncipe; pero el descubrimiento, entre las ruinas de un edificio cercano á las Pirámides, de un fragmento de columna con inscripciones jeroglíficas, ha demostrado que la Esfinge era anterior á tal reinado. Dicen las inscripciones: "Horus vivo, rey del alto y bajo Egipto, Cheops vivo, ha restaurado el templo de Isis, situado en la dirección de la Pirámide hacia el lugar en donde está la Esfinge, al Noroeste del templo de Osiris, señor de Rosatou. Ha edificado su Pirámide en el templo de esta diosa, y la Pirámide de la princesa Hentsen en el sitio de este templo." También sobre la columna está representada la imagen de la Esfinge, con la

siguiente leyenda: "El lugar de la Esfinge de Hor-em-Khou (Horus en el sol brillante) es al Sur del templo de Isis, en la dirección Norte de la Pirámide hacia el templo de Osiris, señor de Rosatou. Las pinturas del dios Hor-em-Khou están conformes á las prescripciones."

Se desprende de estas inscripciones que la Esfinge existía en tiempos de Cheops, y, por consiguiente, que su antigüedad es más remota que la de las Pirámides. Hoy el monumento está en gran parte cubierto por la arena. Solamente el busto, en el que se observan vestigios del barniz rojo primitivo, se levanta sobre el desierto y parece explorar, con fija y enigmática mirada y gran gesto de asombro cuajado en los labios, las lejanías del horizonte.

Mientras que bosquejaba en mi álbum un croquis del exótico cuadro, que pudiera pintarse con dos colores, el azul y el ocre, y al que la leyenda y el misterio de los tiempos prestan su vaga poesía, unos cuantos nómades, jinetes en polvorosos camellos, se agruparon á mi lado. Difícil dar idea del contraste entre aquella pintoresca mancha humana y la eterna desolación del paisaje. Por sobre nosotros la Esfinge levantaba su informe cabeza.

Más lejos la montaña de piedra de la Gran Pirámide se destacaba contra el azul turquí del cielo.

Al retirarme, la silueta del coloso se me representó como el simbólico emblema del triunfo de lo inerte sobre el hombre: los siglos pasan, y los dogmas y las generaciones y las seculares dinastías se suceden en el Egipto; en tanto que la humanidad implora á sus pies, que sufre, que pide una tregua á sus dolores y levanta hacia la Divinidad sus brazos en las agonías de la muerte, impasible como la naturaleza, con mirada enigmática y un gesto de asombro cuajado en los labios, el Dios explora las lejanías del horizonte: á sus plantas, entre el haz de recuerdos allí sepultados, el hombre, en su pequeñez, se confunde con el grano de arena....

GHIZEH

Ha sido Judea la patria de la actual concepción moral y religiosa, como Grecia la cuna de la filosofía y del arte. La humanidad creía haber descifrado el enigma de su origen intelectual al través del tiempo y del espacio, cuando más allá del Acrópolis y de las montañas de Sión, entre la bruma de países misteriosos y lejanos, se perfilaron las siluetas de templos monumentales, y de dioses potentes como las creaciones del viejo paganismo: el dios Pan no había muerto. Primeramente la pagoda india, al pie de las más altas montañas del globo, se levantó sobre bosques centenarios con sus laberintos y sus criptas, sus contemplativos brahamanes y sus bailarinas sagradas. Circundado de monstruos tallados en la roca, bajo dosel de laca y oro, el dios Buda, inmóvil, absorto en el nirvana, sonreía

á la ortodoxa Europa que asombrada contempló—fantasma del extremo Oriente,—la desconocida divinidad de la raza asiática. La Pirámide egipcia proyectó luégo su sombra por encima de los mares; Osiris resplandecía desde los templos de Karnak y de Loucqsor; la Esfinge inmemorial perfilaba su silueta contra el celaje del desierto. Estas remotas civilizaciones interesaron al erudito, luégo al filósofo y al poeta, que en ellas encontraron nuevas fuentes de inspiración; y hoy—como ya se ha dicho—quien medite sobre los orígenes de la ciencia, de la religión ó del arte, no podrá detenerse en Jerusalén ó en Atenas: es indispensable que piense en la India ó en Egipto.

El museo de antigüedades egipcias, el más interesante del mundo desde el punto de vista arqueológico, fue trasladado hace algunos años de Boulaq, en donde lo instalara Mariette, al palacio de Ghizeh, situado en los afueras del Cairo, bello edificio de más de quinientos salones, construído por Ismail Pachá para su harem, y rodeado de magníficos jardines. Las incalculables riquezas que guarda el museo, relacionadas con la historia de Egipto hasta la conquista musulmana, han sido divididas en tres períodos: la época fa-

raónica, la greco-romana y la copto-bizantina; de tal modo que al recorrer sus salas, palpamos la influencia de la dominación de razas de distintas civilizaciones sobre el arte y las costumbres del pueblo primitivo.

Dominados por religioso recogimiento, penetramos en los salones consagrados al antiguo imperio: reina allí vaga semioscuridad que suaviza las líneas de los bustos de faraones y princesas esculpidos en basalto ó en granito de Siena, y realza los relieves de las escenas campestres, cacerías de cinocéfalos y pastores que conducen sus rebaños. Allí se ven batallas de marineros, esclavas que vierten el vino en delgadas ánforas, vasos de alabastro y estatuas de reyes inmemoriales, maravillosas por la expresión de vida que palpita en sus fisonomías. Poco á poco, en las contemplaciones de tan extraños monumentos, la noción del tiempo desaparece y en divino éxtasis nos sentimos trasladados á los primeros días de la humanidad. Nunca podrá sentirse conmoción intelectual más intensa que la producida por la vista de aquellas esfinges colosales talladas en granito negro, de los brazaletes de turquesas y de los pectorales de oro, de las diademas cinceladas por delicados or-

febres y de los abanicos de plumas con que se engalanaran princesas á quienes los siglos han convertido en polvo.... Todos estos objetos revelan el alto grado de desarrollo que había alcanzado la primera sociedad egipcia, en una época fijada más allá de los límites conocidos de la historia. "Dos mil años antes de que el pensamiento judío hubiese agitado la cuestión de origen — dice M. de Vogué — el pueblo egipcio vivía, pensaba y escribía en completo desarrollo. Cuando Abraham aparece en los confines de la historia, y en la vida patriarcal vemos los primeros ensayos de la sociedad humana; cuando los imperios de Asiria y de Caldea se adivinan confusamente, la raza egipcia ha envejecido, ó está en decadencia: siglos hacía que sus ciudades prosperaban á la sombra de las Pirámides."

El arte de las primeras dinastías no fue hierático. No obstante el que las estatuas se modelaban de acuerdo con los procedimientos convencionales del canon egipcio, se comprende fácilmente que la mayor parte son verdaderos retratos: las posturas son ágiles, el pie derecho hacia adelante, erguida la cabeza, sueltos y caídos los brazos, vestidos con el schenti que se pliega en torno de las caderas:

ejemplares de una raza vigorosa y bien musculada, que creció entre ejercicios físicos, á los rayos del sol. En los relieves que interpretan escenas de sus costumbres, el dibujo es de admirable elegancia y fineza. En las placas funerarias se ve representada la fauna del país con escrupulosidad minuciosa que recuerda los trabajos en marfil de artistas japoneses: jamás con tan pocos elementos logró reproducirse más fielmente la naturaleza. Los trabajos de joyería son obras de arte de sencillez y buen gusto: los medallones de oro con mosaicos en cornalina y lapizlázuli; las cajitas para el k'hol, semejantes á las polveras del siglo XVIII; los objetos de tocador; los espejos de bronce ó plata con mangos de ébano incrustados de turquesas; los anillos que lucen gruesos amatistas ó esmeraldas; los relicarios con emblemas simbólicos, son manifestaciones de refinamiento social que favorecía la industria de cinceladores y orfebres. El arte no se había limitado á la copia servil de la naturaleza: la fantasía decoraba con ramos de miosotis los pectorales de los príncipes, y con florones y simbólicas liras las coronas reales. A fin de que se juzgue del adelanto de la joyería en tales épocas, y de los tesoros de una

mujer de las primeras dinastías, no resisto á copiar el inventario de las alhajas de la princesa Khnoumit, descubiertas recientemente. En el sarcófago se encontraron: una corona tejida con hilos de oro, adornada de miosotis é incrustada de cornalinas y esmeraldas egipcias: multicolores granos de lapizlázuli é incrustaciones de flores de loto, completan la ornamentación. Otra corona de oro incrustada en cornalina, de esmeraldas egipcias y de lapizlázuli, adornada con motivos en forma de lira y coronada de ocho florones. Penacho de oro que representa una planta cubierta de hojas y de ramos de flores en cuentas de oro, de esmeraldas y de cornalina; el tallo se fijaba por medio de una espiga á la corona. Porta plumas de oro, en tres piezas, destinado á mantener las plumas en forma de abanico sobre la corona. Cuatro penachos de oro adaptables á la diadema. Dos pulseras de oro. Un buitre de oro, delicadamente trabajado, con las alas desplegadas; entre las garras sostiene dos sellos de cornalina incrustadas; los ojos son figurados por granates. Veinticuatro piezas de oro que probablemente hicieron parte de un collar, de reverso cincelado, é incrustaciones en cornalina y esmeraldas. Nueve bro-

ches de oro, dos de ellos figurando nudos de cuerda, con incrustaciones. Ciento dieciocho pendientes de oro, en forma de lágrimas, incrustadas de piedras preciosas. Ciento cincuenta granos de oro, ovales y esféricos, ensartados en dos collares. Sesenta perlas de lapizlázuli, oro y cornalina, cinceladas en forma de rombos. Veinticuatro avecillas de oro, las alas desplegadas. Cuatro ganchos de oro, en forma de herradura. Dos cadenitas de oro, trenzada la una con doce pendientes en forma de corazón: de la otra penden diez conchas estriadas (cardium) y dos estrellas de cinco puntas, en filigrana. Medallón que bajo una tapa de cuarzo encierra un primoroso mosaico; de la parte inferior caen tres estrellas de ocho puntas, en filigrana. Una mariposa, en filigrana, de oro. Dos campanillas de oro. Una gran perla y una cabeza de rana, en lapizlázuli. Dos ojos de cigüeña, en cornalina, engastados en oro.

En la colección de armas es digna de admirarse un hacha de bronce, con mango de cedro cubierto de láminas de oro; los jeroglíficos, en feldespato verde, cornalinas y turquesas, muestran los reales títulos de Ahmes I. En la hoja, incrustada de piedras preciosas,

están representados el rey Ahmes con el pie sobre un enemigo, y el dios Mentou bajo la forma de un perro. Y las cinceladuras de los mangos de dagas y puñales, y las incrustaciones de las hojas de las espadas de dos filos, recuerdan las artísticas empuñaduras de los estiletes de los nobles italianos como se ven en las armerías de Turín ó de Florencia: hay algo de la inspiración de Benvenuto ó Castracani en los simbólicos relieves que adornan estas armas que no hubieran desdeñado ceñir los Sforzas ó Viscontis.

Al lado de la de armas se ve la colección de instrumentos musicales. En la época faraónica toda solemnidad exigía el acompañamiento de instrumentos sonoros, tales como el arpa de seis, siete ó veinte cuerdas, con su caja de resonancia, el nefer ó laúd que se tocaba con el plectrum, la flauta, modificada en las últimas dinastías, las castañetas, las trompas y los cimbales. Por las imágenes que ilustran los papiros se sabe que el canto, en las fiestas públicas, se confiaba á mujeres, generalmente ciegas. En algunos monumentos funerarios suelen verse grupos de cantores, todos con la mano en la oreja, quizás á fin de no escuchar su propia voz y dar mayor extensión á los so-

nidos. Curioso es observar cómo esta actitud, al través de los siglos, es la de quienes hoy, en las riberas del Nilo, entonan á grandes voces sus salmodias. El músico que toca la flauta, tampoco ha cambiado: el hombre y el instrumento son los mismos que se ven esculpidos en los antiguos hipogeos; y seguramente el ritornelo, infinitamente triste, que el viejo fellah modula en su caña agujereada, es idéntico al de los tiempos más remotos: es algo como el recuerdo de un aire nacional que el tiempo y las conquistas no han podido borrar de la memoria de este pueblo.

Mariette arregló por orden cronológico los escarabajos reales de las dinastías faraónicas: esta colección ha sido una de las preciosas adquisiciones del museo de Ghizeh. El escarabajo era el emblema de la virtud varonil y guerrera, por lo que se esculpía en las estatuas de los héroes; también era el símbolo de la resurrección. Estos insectos de piedra ó lapizlázuli, llevan grabados sobre el pequeño diámetro de su coraza, en inscripciones jeroglíficas, el nombre y los títulos del soberano reinante. La vidriera en donde están colocados es como el cuadro cronológico de la monarquía egipcia. En su emblemática significación,

cada uno de estos insectos se nos representa como la encarnación de una existencia de hace cinco mil años, de un sér que amó y sufrió durante la vida y desapareció luégo en las sombras. De gran parte de estos reyes inmemoriales, la historia no tiene otro dato sino el sacado de aquellas menudas piedras: que existieron, que fueron una hoja de las antiguas primaveras, una gota de agua en la inmensidad del océano. Hay algo de profundamente irónico en la enseñanza que se desprende de tan extraña colección: estos pobres insectos, clavados contra un tapiz rojo, representación de soberanos desconocidos que reinaron sobre la primera monarquía del mundo, son como la cruel negación del esfuerzo humano y de la gloria. Ante el espacio ilimitado, idéntica significación tiene la vida que la muerte, la existencia ó la nada: ya en el reposo eterno, lo mismo da haber apagado la sed con el vino de Chipre que con el agua de una charca. Allí, ante aquella vidriera, perdida la idea del presente, sintiéndome aplastado por el peso de cincuenta siglos, ¡con qué honda tristeza pensé en las pocas huellas que al sucumbir dejan tras de sí los hombres! Y al volver la vista hacia los primeros tiempos de la

humanidad, experimenté la sensación de pasear la mirada por las lejanas constelaciones que apenas brillan en el firmamento, en una noche de verano. . . .

Aquí y allá, en todos los salones del museo, se contemplan los vestigios de un pueblo que pereció con su religión y con sus divinidades. El funcionario Psamtik se hace representar entre Isis y Osiris; Seti I, Ammon y Maut, forman trío sobre el basalto negro de una losa funeraria; la efigie de Amenophis III, encontrada en Tebas, figura con la de la diosa Sekhet; el faraón Ousertesen, con los atributos de Osiris, se levanta sobre los nueve arcos, emblema de los pueblos extranjeros: en el antiguo Egipto los dioses eran los amigos del hombre. Todo el Olimpo está allí representado en pequeñas estatuas de pasta vidriada, al lado de figuritas de ibis, gatos y cocodrilos á que se rendía culto. Horus y Osiris, Ammon é Isis, Anubis, protector de los muertos, y Thoth, inventor de las ciencias y las artes, son dioses sin templo que se exhiben, en sus fantásticas encarnaciones, entre las vidrieras del museo: al verlos se recuerdan los escaparates de los almacenes de fantasía. Y, sin embargo, allí se respira un aire religioso. No se puede

olvidar que en un tiempo tales figuras fueron divinidades poderosas y temibles, á que rendían culto, entre los esplendores de los antiguos ritos, los reyes y los súbditos de un fabuloso imperio. El triunfador romano uncía á su carro á los vencidos, y los trofeos de la victoria eran colgados en el templo: así estos dioses, desheredados prisioneros, trofeos de una conquista que no sabemos si es perpetua. La Esfinge, símbolo de la eternidad, ante la que los siglos son instantes, espera ver aparecer en los confines del desierto las legiones vengadoras que á su turno impongan á la humanidad futura sus nuevas creencias y sus nuevas divinidades.

Después de recorrer las salas destinadas á los monumentos de la época de los Ptolomeos y á los objetos griegos ó romanos encontrados en Egipto, se llega al amplio salón de las momias reales, por su majestuosa decoración digno de un palacio, el más interesante del museo; lo rodea una serie de grandes ventanas de cristales, al través de las que se divisan los campos florecidos y el intenso azul del cielo. Bajo la rotonda de la sala, y convergiendo hacia el centro, se han colocado las cajas de cristal que guardan las momias en-

contradas en Deir-el-Bahari, de reyes de la XVII á la XXI dinastía.

Vago sentimiento de conmiseración y de melancolía nos invade ante estos documentos humanos, los más antiguos que se conozcan. Hay algo de cólera salvaje en sus fisonomías que nos contemplan con secos y turbios ojos, con la mirada persistente de un cadáver, hondamente triste é imborrable. Allí están los viejos monarcas del Egipto, en cajas de cristales sobre un haz de paja como mendigos entre harapos, desnudos unos, otros completamente envueltos en estrechas bandas de algodón que los ciñen como multicolores ligaduras, todos con su color verde oscuro, secos y rígidos como tallados en madera, la piel pegada á los huesos, saturados de esencias y de bálsamos. Este, la cabeza aún cubierta de lucientes cabellos, lleva la mano á una profunda herida que le destroza el vientre; el otro, á quien cae á pedazos la carne de los dedos, muestra la boca llena de trapos, ó dobla una pierna en la fatiga de postura inmemorial, ó saca un brazo macilento de entre las bandas que lo oprimen. Hay una expresión de tan hondo sufrimiento en cada uno de los detalles de sus fisonomías, en la comisura de los labios, en el ensanche

de la nariz, en la crispatura de las manos, que se adivina angustiosa lágrima que de sus ojos sin luz se desprendiese sobre las arrugadas mejillas. Y, sin embargo, estos pobres mártires parecen asombrados ante el admirable paisaje que se divisa al través de las gigantescas ventanas: allí están los grupos de palmeras, el vasto desierto y la fértil campiña, el mismo cielo azul, el mismo sagrado río que en otro tiempo presenciara sus épicas conquistas. El sol que los baña en luminosa lluvia de oro, es fiel amigo que viene á llorar la impotencia de sus antiguos aliados. Entonces, los labios descarnados de las momias tratarán de abrirse para repetir las palabras del magnífico himno de los faraones: "¡Oh sol, bendecido de las criaturas, oculto sér de quien no se conoce la imagen, niño que nace diariamente, anciano que recorre la eternidad; has dado movimiento al universo, y tu poder sobre el abismo ha creado las delicias de la luz! . . . ."

Justamente el contraste entre la exuberante vegetación del país, siempre virgen, siempre lozana, y la atmósfera de sepulcro que en estos momentos nos ahoga, conduciría al espíritu menos sensible al tema eterno de todas las filosofías: la infinita impotencia del hom-

bre y la imperecedera juventud de la naturaleza; la amarga vanidad del sér y las fuerzas siempre renovadas del universo: es la luciérnaga que se extingue y el firmamento que resplandece en los incendios sidereales. En toda la deplorable miseria de la muerte, de una muerte tanto más triste cuanto que se cubre con el disfraz de sueño doloroso, se ven en esta cámara los potentes monarcas del antiguo Egipto: Raskenen III, rey de Tebas, el primero que alzó la bandera de independencia contra los pastores, dueños entonces del imperio; Ahmes I, quien en la batalla de Avaris selló la unidad nacional del Egipto; Thoutmes II, de quien dicen las inscripciones haber sido "Rey de un pueblo obediente, sol del mundo, predilecto de Phre, querido de Amoun-Ra, Señor de las tres zonas del universo, hijo del sol, vivificador del mundo"; Amenophis I, Seti I, y el gran Ramses II, el Sesostris de los griegos, quien sometió la Libia, Etiopía, las islas del Mar Rojo, la Persia, la Europa Oriental, y llevó sus armas vencedoras hasta el corazón de la India. Bajo estas monarquías, Egipto fue la sociedad modelo para las naciones extranjeras: Salomón solicita de los faraones arquitectos que levanten el

templo de Jerusalén; de Elida se envía á los egipcios el plan de los juegos olímpicos para que lo modifiquen y lo aprueben; y héroes y pontífices, filósofos, poetas y legisladores, reconocieron la primacía de Egipto, ante cuyo floreciente estado Platón exclamaba: "Solón, Solón! Vosotros los griegos aún no habéis salido de la infancia!"

Qué poco queda de todo ello! . . . . Los templos, que se dirían construídos por gigantes, en escombros; prisioneros los dioses, la patria sin recuerdo de sus guerreros triunfadores. . . . . Y los hombres que encarnaron aquel grandioso movimiento, insensibles á todo, sin que siquiera se les haya concedido el favor de incorporarse á la madre tierra, yacen desnudos y abandonados, tendidos en un haz de paja como mendigos entre harapos.

Renán consuela con su idea de la inmortalidad al través de las edades cuando habla de la resignación al olvido. Efectivamente, toda acción, por pequeña que sea, tendrá consecuencias en la serie eterna de las causas; y hasta las miserables existencias hacinadas en los cementerios campestres—como observa el ilustre escritor,—"no han muerto para siempre: viven en la humanidad; han servido para

construír la gran Babel que sube al cielo, y de la cual cada peldaño es un pueblo." Cierto es que por grados progresivos la humanidad ha aprovechado los despojos de las civilizaciones desaparecidas; que las generaciones que han pasado como las imágenes de un sueño, viven en nosotros con la intensidad de una herencia equivalente á la resurrección; que aquellas existencias han sido indispensables para completar el gran cuadro de la historia, sin las que la obra no sería perfecta. Pero también es preciso convenir en que cuando todo renace, cuando los rayos del sol de primavera revientan los capullos de las flores y la naturaleza se reviste de su manto de verdura, la muerte no se concibe sino como el cruel y eterno desastre de nuestra innata aspiración á la felicidad. Entonces, esta especie de inmortalidad altruista, de la que no derivaremos ningún bien, se nos representa, si no irónica, incompleta y deficiente.

En la desierta cámara, saturada del vago perfume del betún de las momias que los siglos no han evaporado, reinaba silencio absoluto. Sentado junto á una ventana veía á mis pies los naranjos florecidos y los manantiales que serpenteaban por entre el boscaje de los jar-

dines. Hortelanos árabes regaban las macetas de tulipanes y heliotropos. Sobre el gajo de un mirto una pareja de gorriones — símbolo del amor imperecedero que triunfa de la muerte — se besaban como dos enamorados.

El museo de Ghizeh es quizás el único en el mundo que puede estudiarse sin ser asediado por la plaga de los cicerones. En cada salón existe un celador quien, absorto en sus plegarias, en cuclillas sobre un asiento, al pie las babuchas de tafilete, apenas se digna contemplarnos. A este propósito recordaba en esos momentos mi visita al Vaticano. No obstante mi firme determinación de no hacer uso de los guías, al subir la escalinata que da acceso al museo, me fue imposible libertarme de un pobre diablo, á quien contraté por media hora, mediante el pago de dos liras, con la expresa condición de que no habría de pronunciar una palabra. Fielmente cumplía lo pactado, cuando al llegar al pequeño salón en donde resplandecen los dos más hermosos lienzos de la galería, no pudo dominarse.

—Aquí tenemos — dijo enfáticamente — la Comunión de San Jerónimo, del Domenichino. Cuadro especialmente notable á causa de un milagro ocurrido no hace mucho tiem-

po; pues habiéndolo contemplado un turco, repentinamente se convirtió á nuestra fe; pasados algunos días, el Papa lo envió de misionero á Pekín, capital de Asia. . . .

—Bravo! — exclamé dándole tres liras.— Reciba una de propina por su descubrimiento, y vaya en paz.

Dios me perdone el haber protegido la ignorancia y la charla impertinente de aquel papagayo, quien seguramente atribuyó á segundo y maravilloso milagro de San Jerónimo el encuentro que de mí hizo en tal día.

Y bendiciendo la prudencia y el silencio orientales, que al viajero dejan la libertad en sus sueños, descendí la escalinata de mármol y me interné en las avenidas, bordeadas de palmeras, de los jardines del palacio.

LAS TUMBAS DE LOS KALIFAS

Nunca el cielo africano más azul y luminoso; embalsamado el aire; la temperatura fresca. Mañana, en fin, en que dominados por la lozanía del paisaje, por el rayo de sol que nos ha despertado alegremente, quizás por el recuerdo de indecisas imágenes que nos han visitado envueltas en la gasa del sueño, olvidándonos un poco de nosotros mismos nos dedicamos por completo á la felicidad de vivir!... Los colores se ven entonces como fundidos en armoniosas tintas, desaparecen las fisonomías antipáticas, se suaviza el olfato, y la humanidad se nos presenta como detalle que puede pasar inadvertido en el gran cuadro azul y luminoso de una mañana de Oriente. Nueve, nueve y media.... Mohamed no llegará. Seguramente duerme las fatigas de ayer, y el borrico, en el patio de alguna mezquita derruída,

convertida en corral para bestias, se ocupará en espantar las moscas con la cola. Es preciso ocurrir á una parada de borricos, porque de tal manera me he acostumbrado á esta clase de cabalgaduras, que por ningún precio haría uso de los calesines urbanos. Al doblar una esquina, sobre la plaza de Ezbekyeh, á la sombra de frondosos sicomoros encontré lo que deseaba. Había allí hasta una docena de asnos, enjaezados con los vistosos colores de uso, arreglados en fila, blancos, orgullosos y lucientes como verdaderos *jumpers* ingleses. Sentados en tierra y al frente de cada borrico se ven los respectivos conductores, brillantes con sus túnicas azules, amarillas, encarnadas ó verdes; y sus turbantes multicolores y los arneses de los jumentos, esta bandada de orientales y el grupo de encintados pollinos forman tan pintoresco conjunto, que se clama por el pincel de un Baudry que los traslade al lienzo. Difícil es entenderse con una docena de árabes que ponderan á gritos y en los términos más exagerados las cualidades de cada cabalgadura: preciso es tomar la primera que se tenga á la vista y arreglar luégo el precio, cuando se esté á distancia de tan locuaces mercaderes. Así lo hice: en pocos segundos el

borrico, ágil como un caballo de carrera, me llevaba á todo galope hacia la calle de Mousky, con peligro de romperme las piernas contra los carromatos cargados de mujeres fellahs, ó de revolcar entre el polvo indefensos transeúntes. En un momento en que el pollino moderó el paso, grandes gritos se oyeron á mi espalda: *Ohé... stop! arretez, moussi!...* Al volver la cabeza reconocí la túnica azul de Mohamed, quien seguido á distancia por su borrico, corría como un galgo. Difícil pintar la escena siguiente; sus injurias contra el nuevo espolique y su jumento, el brillo de sus ojos, lo gráfico de sus expresiones pronunciadas en un *argot*, mezcla de tres idiomas. Luégo, rápidamente, dándome apenas tiempo para indemnizar con algunas piastras á mi burlado conductor, me obligó á ocupar su montura.—Adónde?....—A las Tumbas de los Kalifas. Y con un ¡ah! prolongado y vibrante, el borrico partió como el viento hacia el lado de la Ciudadela.

Se termina la calle de Mousky, se trasmonta luégo una colina de arena sembrada aquí y allá de molinos de viento que balancean en el aire sus aspas de madera. Estoy fuera de la ciudad, á la entrada del desierto,

espectáculo de eterna desolación, en donde lo verde está proscrito, y en donde el amarillo tostado de las arenas y el azul turquí del cielo forman el colorido del cuadro. Anima el paisaje la figura de una mujer que, envuelta en su manto escarlata, se dirige hacia la ciudad con una canasta sobre la cabeza, ó un grupo de muchachos medio desnudos que se divierten arrojándose puñados de arena al rostro. De pronto aparecen á lo lejos las cúpulas de los alminares de la necrópolis de los Kalifas, no distantes de las primeras rampas de la Montaña Roja, que se prolonga hasta el Mokatam: del lado opuesto la Ciudadela levanta sobre la llanura sus bastiones almenados.

El primer golpe de vista sobre estos monumentos, modelos de la más pura arquitectura sarracena, con su conjunto de ligeros edificios que se levantan los unos sobre los otros, es inolvidable. Nunca la luz ha podido hacer de un haz de polvorosas construcciones maravilla de color semejante; disolver el gris en el rosa, dar á las cúpulas esféricas suavísimas tintas verdes que se funden en el violeta y en el laca pálido, marcar la sombra de una cornisa ó el interior de los estrechos ajimeces con tonos azules ó morados, revestir las sa-

lientes de los muros y los paredones carcomidos con todas las coloraciones del amarillo, del oro viejo, oro de ámbar, oro pálido ó ligeramente teñido de rosa.... Es como fuego de artificio, es el ropaje de color y de luz con que el sol de Oriente envuelve, como en una bomba de jabón, todos los objetos. ¿Quién, en efecto, podrá conocer y pintar el verdadero colorido de aquellas airosas torrecillas, de la primorosa ornamentación y los calados de las cúpulas, de los bastiones llenos de arcos desordenados y de angostos parte-luces, de la sombra, en fin, que los agudos ajimeces proyectan sobre la arena del piso? Desgraciadamente estos monumentos incomparables, merced á las injurias del tiempo y á la desidia turca, caen en ruinas. Apenas se comprende la indiferencia con que este pueblo ve la destrucción de las más preciadas joyas de la arquitectura árabe en Egipto. Pero allí nadie se mueve, á no ser para recoger los cantos de piedra y los maderos de entre los escombros.

Se sabe que las tumbas de los Kalifas son un conjunto de mezquitas, cada cual consagrada á la memoria de un soberano. Existen hoy cerca de diez, de las que las principales

son las del Sultán Barkouk, El-Ghouri, y la de Kayt-Bey, que ha dado su nombre al conjunto de los monumentos. Las restantes guardan las tumbas de personajes secundarios.

Había llegado; mi cabalgadura quedó á la sombra, bajo la cornisa de una fuente. Acompañado de un viejo musulmán subí la escalinata de piedra que conduce á la gran puerta, coronada de una arquería en forma de trébol, de la mezquita de Kayt-Bey. Su cúpula, revestida de preciosa red de arabescos esculpidos en relieve, brillaba como globo de luz contra el azul del cielo; y su florecido minarete, cincelado como encaje, se diría trabajo en filigrana, obra de ingenioso artífice. Ya en la media luz de la galería que conduce al santuario, me sentí dominado por el vago recogimiento á que me predisponen los interiores musulmanes, y que es como baño de pensativa suavidad. Los muros y el pavimento brillan con sus incrustaciones de mosaicos en mármol, en donde se ven todos los dibujos y las coloraciones de la fantasía oriental; y las molduras, cinceladas con temas diferentes, entrelazadas de cintas y de flores, corren por sobre las atrevidas líneas de los arcos, sostenidas por frágiles columnatas, delgadas como tron-

cos de palmeras. Una magnífica portada en forma de ojiva, adornada de medallones blancos y negros, conduce al santuario. Durante los primeros segundos es imposible apreciar toda la riqueza de esta ornamentación, sólo comparable á la más delicada de la Alhambra. Se recuerdan allí los pacientes iluminadores de las biblias italianas, esos viejos relicarios del renacimiento, maravillas de arte y de laboriosidad. Y la luz, tamizada por los cristales de colores de las ventanas de la cúpula, hiere con tan diversas tintas el follaje de los capiteles de las columnas, los relieves de los frisos, los menudos mosaicos de sus entrepaños y los lemas árabes que, en caracteres de oro, sobre la cenefa escarlata, corren á lo largo de las marqueterías incrustadas de marfil y ébano, que nos diríamos trasladados á un palacio de hadas, revestido de metales y de piedras preciosas. Pero poco á poco nos acostumbramos á esta penumbra indefinible: ya podemos admirar las maravillosas combinaciones de los arabescos negros y blancos, en donde la línea se complica y enreda en geométricas figuras de relación inconcebible; las esculturas del artesonado; los relucientes azulejos de infinitas formas y colores que adornan el piso; los

bronces de las arquerías incrustadas de elegantes inscripciones; los calados de la piedra; las pinturas y los dorados de las bóvedas: creaciones todas de la más rica fantasía que haya existido, y las que hoy mismo aparecen á los artistas de Occidente como inimitables obras de arte.

¡Cuánta diferencia entre la sugestión producida por las basílicas cristianas y los frescos y airosos templos musulmanes! Allí, entre la oscuridad de la nave desnuda y desierta, el pensamiento de la muerte nos asalta con su lúgubre cortejo de monstruos, de expiaciones y sombras; por todas partes el dolor, la sangre, la agonía; el Cristo suspendido en la cruz, coronado de espinas, es símbolo de una divinidad que recibe el sufrimiento como el más agradable holocausto. No así la mezquita: entre las poéticas y veladas claridades que iluminan los artísticos dibujos de los muros, oyendo el tintinar del agua de la fuente que cae en el tazón de mármol, la muerte se nos presenta como amiga de la infancia que nos invita á reposar á su lado, á la sombra de los naranjos florecidos. La sangre y las lágrimas mancharían estos mármoles inmaculados; y del fondo del corazón se eleva la plegaria, no

hacia el Dios implacable, sino al de bondad, que sabe compadecer nuestras miserias....

No dos horas, sino buena parte del día hubiera invertido en admirar cada uno de los detalles de esta primorosa decoración, si Mohamed no me hubiese recordado que era preciso regresar á la ciudad. Por entre las barracas habitadas por una población de árabes indolentes y de niños en harapos, me dirigí hacia la mezquita de El-Barkouk, seguido del mismo viejo que me condujera al santuario de Kayt-Bey. Conversaba con este comedido guía cuyo rostro semejaba al de un patriarca, cuando noté que por debajo de la línea del turbante lucía sobre la frente una serie de largas y profundas cicatrices. Fue después de visitar la tumba de Barkouk — el más extenso pero no el más artístico de los monumentos de los Kalifas — cuando hube de manifestarle mi curiosidad por conocer la causa de sus heridas. Difícilmente, debido á la bárbara mezcla de francés y de árabe en que se expresaba, pude comprender que era persa, de la secta de los schiitas, que reconocen á Alí por único sucesor del Profeta, y se titulan defensores de la justicia. Todos los años, el día 10 del mes de Moharrem, los miembros de la secta se reu-

nían para celebrar entre golpes y cuchilladas el aniversario de la muerte de Hussein, el menor de los hijos de Alí, sacrificado por sus enemigos á consecuencia de una aventura de guerra abortada. Fue en uno de aquellos festejos cuando mi extraño conductor, con su propia mano, arrobado en uno de los éxtasis divinos que conocieron los padres del Hiermo, hubo de herirse de tal suerte: acción tan laudable y expiatoria á los ojos de Allah, como á los del Dios de la mansedumbre las maceraciones y cilicios de los ascetas cristianos.

Esta narración me interesó vivamente, y aquel mismo día me di á conseguir datos que, sobre la secta de los schiitas, me ilustrasen más aún de lo que lo habían hecho los informes del fanático persa. Hé aquí cómo describe M. Gabriel Charmes la saturnal de sangre á que hacía referencia el guía: ". . . . Eran las diez de la noche; al abrirse las puertas de la mezquita aparecieron varios hombres con *machallas* encendidas; venían luégo estandartes verdes y rojos que formaban una especie de palio extendido sobre un caballo blanco montado por un niño de diez á doce años, vestido con una sobrepelliz igualmente blanca. El desgraciado blandía por sobre la cabeza, cui-

dadosamente afeitada, en tanto que cantaba algo como un salmo guerrero, largo puñal afilado á maravilla; y á cada paso del caballo se hacía en la frente profunda incisión de la que brotaba un hilo de sangre. Nunca he visto cabeza más pálida que la del pequeño fanático. El puñal brillaba como el relámpago á los reflejos de las antorchas; se le veía alzar y caer en cadencia, con regularidad que demostraba la firmeza de la mano que lo empuñaba. En seguida venía hasta una cuarentena de hombres, quienes en ronda infernal é igualmente vestidos de sobrepellices blancas, alzaban por sobre la cabeza sables, puñales y cimitarras que dejaban caer pesadamente sobre la frente. Se escuchaban los golpes: con tánta violencia se herían! Todos se veían bañados en sangre; algunos parecían ciegos, absolutamente rojos sus vestidos, vacilantes en indescriptible borrachera. Una devoción feroz, insensata, brutal, brillaba en los ojos de quienes aún tenían apariencia humana por no haberse transformado el rostro en horrible herida. Todos cantaban el mismo salmo, en tanto que la turba los empujaba hacia adelante; algunos niños se habían mezclado al cortejo. Los más fanáticos inspiraban piedad; pero observé con placer

que dos ó tres levantaban en alto el sable, mas lo dejaban caer con suavidad sobre la frente: eran la excepción. Terminada la sangrienta ronda, apareció un caballo montado por otro niño, tan pequeño, que era necesario sostenerlo para que no cayese. Confieso que el escalofrío me recorrió el cuerpo y creí desmayarme. Felizmente, esforzándome para mirar, vi que apenas mostraba algunos rasguños en la frente: contemplaba la turba con aire sencillo é inquieto. Representando á Hassán, el menor de los hijos de Alí, quien murió de sed, no debía ostentar ningún signo exterior de martirio; el otro niño representaba á Hussein quien, habiendo muerto decapitado, exige, á lo que parece, sangrientos aniversarios. Venía luégo una segunda ronda, compuesta de verdaderos locos furiosos, quienes volteaban en todas direcciones y se herían el seno izquierdo con espantosa energía. Uno de ellos, desnudo y negro, colocado en el centro de la comparsa, no se contentaba con regalarse los más sonoros golpes, sino que los administraba á sus colegas, á puño cerrado, con ejemplar liberalidad. A cada instante tomaba el bastón de alguno de los miembros del cortejo para golpear con más vigor sobre su pecho y sobre

los de los vecinos: no descansaba un segundo; saltando de derecha á izquierda y de atrás hacia adelante, movía lo mismo piernas que brazos y cantaba con tan vibrantes voces, que su salmodia dominaba todos los ruidos. Cuando la procesión se detenía, venían los cambios de bofetones, de guantadas y sablazos, todo mezclado con cantos salvajes que hacían estremecer la calle. Finalmente, otro caballo traía un turbante y algunas armas: el primero representaba la cabeza y las segundas la lanza y la espada de Hussein. Seguramente el caudillo no pensó, al caer en heroica lucha, en toda la sangre que su sangre vertida haría correr, mil doscientos años después de su muerte, por dondequiera que se ha difundido la secta de los schiitas. . . ."

De regreso á la ciudad me había retirado á fin de tomar algunas notas sobre las impresiones del día, cuando en la terraza sobre la que caían mis ventanas, oí voces y ruido de pasos precipitados: casi inmediatamente llegaron á mis oídos los gritos característicos de los *sais*. El Khedive! Tuve tiempo de descender y ver pasar al joven representante del Sultán, quien después de ligera resistencia y cediendo á las influencias de lord Cromer, con-

cluyó por entregar el Egipto á Inglaterra. Precedido de dos *sais*, iba indolentemente tendido en los cojines de su victoria.

Nerviosos, ágiles, ligeros, pintorescamente vestidos con el corpiño de terciopelo encarnado ó azul, recamado con bordados en oro, el jubón blanco hasta la rodilla, las puntas de la túnica de gasa interior sujetas á la espalda, en la mano una larga y delgada varilla, la cabeza cubierta con un turbante multicolor, los *sais* preceden los carruajes de los nobles del país, trotando tan de prisa como los caballos, levantando los pies en cadencia, hacia atrás los codos, la cabeza ligeramente inclinada y gritando, á fin de que los transeúntes dejen el paso libre, con voz que tiene las entonaciones de la trompa de caza: Dahrack! Redjelek!...

EL NARGHILEH

Aquella tarde, en el amplio vestíbulo del hotel, numerosa concurrencia descansaba de las fatigas del día. Las mujeres con trajes de blanco crespón, á un lado los sombreros de paja adornados con flores, tendidas en las mecedoras, saboreaban la última novela sentimental inglesa. Los hombres, unos de pie, otros ante mesitas de caña de la India, releían *El Times* y se refrescaban — británica originalidad — con anisetes ó con menta. Al pasar por entre aquellas gentes, que semejaban los abonados á un club de lectura, oí que se me llamaba: era Mr. Albert Koukla, joven adjunto á la Legación de Bélgica, compañero de travesía desde Bríndisi hasta el Cairo, con quien había pasado muy agradables ratos á bordo.

—Tenemos proyectada para la noche una excursión al barrio árabe — me dijo.—¿Puede

usted acompañarnos?.... Bien: comeremos juntos y luégo, en marcha! Pierda cuidado; no se trata de White Chapel.

Necesaria es buena dosis de sentimentalismo ó ser apasionado por la naturaleza—felices cualidades que pueden convertirse en irreparables defectos—para no experimentar el hastío durante las primeras horas de la noche en una ciudad como el Cairo. Concluímos por fatigarnos de errabundas excursiones al través de los barrios retirados; de entrar, so pretexto de tomar una taza de café, á los establecimientos árabes de tercero y cuarto orden, á fin de conocer las fisonomías y las costumbres del pueblo; de ver al hipnotizador de serpientes extraer de entre los pliegues de la túnica el enjambre de reptiles verdes, amarillos, manchados de rojo, desde la víbora egipcia hasta la cobra de la India, y hacerlos erguir con sus ojillos relucientes y rabiosos á los golpes de la vara; de observar cómo el vendedor de cocodrilos, con su fantástico disfraz de monstruos, haría furor en un baile de máscaras en los infiernos.... Cuando nos hemos convencido de que de nuestras solitarias correrías nocturnas no surgirá aventura novelesca, ni que mano de cuitada odalisca, por entre

el enrejado de calada celosía, dejará caer el billete en que solicite ayuda de nuestro brazo para libertarse del tirano Barba-Azul; cuando hemos visto que los árabes de hoy ya no comen langosta, ni lagartos, ni serpientes, ni escorpiones en fritura, ni carne de gato negro en salsa de rata, como el sabio naturalista Al. Djahez, quien vivió en el siglo x de nuestra éra, afirma lo hacían los árabes de tal época, entonces, qué hacer? . . . Porque al teatro no puede irse sino raramente. Confieso que los espectáculos en el Cairo me entusiasmaron bien poco, aparte de que las piezas bufas que se representaban en el teatro de la Opera, habían sido las del repertorio de otoño en los conciertos de Italia y de París.

Sin embargo, existe en el Cairo un medio — del que no debe abusarse — el menos complicado y más agradable para pasar las primeras horas de la noche: consiste en fletar una barca, de las muchas atracadas en el puerto antiguo, y remontar el Nilo hasta que caiga el viento ó el sudor humedezca la bronceada piel de los cuatro remeros. La brisa de la tarde, fresca y salobre, ha hinchado la vela y templado el cordaje; el dahabieh, como pájaro acuático, parte rizando la corriente al impulso del

viento. Poco á poco, á medida que nos alejamos de la ciudad, el paisaje toma lineamientos más amplios y grandiosos. Este inmenso caudal de agua turbia y verdosa, arrastrado desde las profundidades del continente, da en el más alto grado la sensación de la omnipotencia y la impasibilidad soberanas: se diría que el Nilo tiene conciencia de su eternidad ante las revoluciones que los hombres han forjado en sus márgenes. De pronto aparece un suburbio del viejo Cairo, polvoroso y muerto como el desierto en que está edificado, y que se pierde lentamente tras de las escarpas de arena roja. A la derecha se divisan los bosques de palmeras de la llanura de las Pirámides, por sobre la línea rebajada de la ribera. Quedó atrás la isla de Raoudah, en donde se construyó el nilómetro, con sus jardines abandonados, y nos hemos alejado del movimiento del puerto, con sus pesados lanchones medio carcomidos que transportan — al caer la tarde — de una á otra orilla, hombres y mujeres, asnos y camellos, haces de heno y de legumbres; los gritos de los conductores se han perdido en la distancia. Los grupos de fellahs que regresan de la labor se hacen menos numerosos; sobre un trozo de madera un pájaro

—navegante de las sombras —sigue la corriente del río; como genio fantástico, un árabe se aleja balanceándose sobre su dromedario: su oscura silueta se destaca contra el horizonte luminoso.... Es la inmovilidad, la calma espléndida, el gran silencio del desierto, sólo turbado por la vibración de la lona y por el frote de las aguas temblorosas. La noche se aproxima: el sol, como en el mar, riela sus oblicuos rayos de amatista sobre la escama del río. Las cimeras de las palmas lejanas se dirían trabajadas á martillo en oro candente. Cada ola es un prisma de cristal en donde se descomponen y quiebran los últimos resplandores del firmamento. Los remeros, que no escapan á la sugestión del grandioso espectáculo, salmodian con voz lenta la oración de la tarde. Hé aquí el instante de contemplar en toda su magnificencia el paisaje del gran río: entonces se comprenderá por qué la adoración del Nilo es el solo culto que se haya perpetuado en este país, en donde tántas religiones han muerto y los dogmas se han convertido en ceniza. El barco ha virado de bordo. Tendidos en la popa, miraremos huír todos los objetos como fugitivas sombras chinescas, recortadas en negro contra la claridad violeta del hori-

zonte. A la ardiente luz del día ha sucedido el crepúsculo, de suavidad indecible. Por extraño espejismo, las aguas parecen prolongarse hasta la línea indecisa que divide el cielo rosa, del desierto. En las chozas de los pescadores se encienden las primeras luces, y empiezan á temblar, en el fondo de la noche azul, como luminarias de navíos errantes en el infinito, las constelaciones tropicales. ¿En qué se piensa entonces?.... En nada, quizás. Confundidos con la naturaleza, de la que cada hombre es un átomo, presentimos el significado de estas dos verdades, canon de la religión egipcia: la eternidad y la muerte....

Durante el día, la ciudad presenta el aspecto de capital de Arlequín, de Arlequín artista, que ha imaginado para el vestido del pueblo las tintas soñadas por los más delicados acuarelistas: todo es rosa, verde marino, anaranjado, azul, gris de oro, lilá.... Ahora, la ciudad descansa: es de noche. El fino perfil de la luna en menguante llueve su rocío de plata sobre las calles dormidas, y pone el misterio y el sentido en los caprichosos detalles de esta arquitectura pintoresca y desordenada. Nuestros pasos resuenan á lo lejos en las encrucijadas casi desiertas. Desde la gradería

de la mezquita, á la luz de una linterna de color, ó en el portal de un colegio de derviches, mendigos en harapos imploran una limosna; y obstruyen el paso grupos de fellahs que, á lo largo de los muros, se hacinan en la noche —masa informe de carne—envueltos en pedazos de cobertores. De trecho en trecho una ráfaga de luz se proyecta sobre el pavimento de arena: ora es una vivienda de negros enormes que aplanchan gravemente camisas blancas; ó tiendas de frutas en donde grandes faroles de papel derraman brillante claridad sobre las pirámides de higos, naranjas, cerezas, limones, manzanas y ciruelas de cálido perfume y brillante colorido; ó un café débilmente iluminado, especie de necrópolis, en donde una docena de árabes, en cuclillas sobre banquetas circulares, ó tendidos en el pavimento, siempre inmóviles, saborean gravemente su bebida predilecta en tacitas de faienza, y escuchan la narración del viejo gordo y barbudo, de mirada maliciosa, que les cuenta historias de marabus y genios. Durante largo tiempo erramos aspirando aromas de incienso, sándalo, canela y esencia de rosa: nos encontramos en la vecindad de los bazares, barrio cuyas pesadas puertas se cierran al ano-

checer y se aisla así, hasta el nuevo día, como una ciudad preciosa dentro de otra ciudad.

En nuestra correría nos hemos internado en un dédalo de callejuelas tenebrosas como las del viejo Cairo. La vía desierta; pero la luz brilla al través de los intersticios de las celosías. En el fondo de uno de estos desvencijados edificios se escucha una salmodia, coro de notas largas y dolientes, en que distinguimos voces altas y cristalinas de mujeres. Mirando al través de los vidrios de un balcón de madera colocado al nivel del pavimento, alcancé á ver reunida en un salón amplio y sombrío una sociedad de gentes de rostros lívidos y martirizados, éstos envueltos en largos mantos, otros cubierta la cabeza con negros bonetes, todos exangües, con aire de viejos hechiceros ó de sectarios afiliados á una sociedad secreta. Estábamos en Haret el Yahoud, ó sea el barrio judío del Cairo. La Judería.... ¿Era posible que las deliciosas criaturas de quince años que cruzan los bazares, pálidas y esbeltas, de rasgos finos — los de una raza antigua y fatigada — cuyos ojos oscuros sueñan bajo la tersa frente medio velada por los bucles rizados de los negros cabellos, habitasen aquellas cuevas de aire putrefacto, en

compañía de seres en tal estado lamentables? Al contemplar un conciliábulo de individuos de esta raza superior, audaz y apasionada, se comprende el vago horror que las juderías inspiraron en los pasados siglos á las ciudades europeas; las leyendas de fiestas de sangre é inmolación de niños, que todavía estremecen á los habitantes de las aldeas rusas; el cargo de fría atrocidad imputado á los hijos de Israel.

A medida que avanzamos en el corazón de la ciudad la animación es creciente. Cantos extraños, acompañados del tarabuk, resuenan en el fondo de los misteriosos edificios. En los cafés, engalanados de rojas banderolas y profusamente alumbrados por linternas venecianas, mujeres á quienes el habárah da aspecto de novicias, golpean las mesas al compás de la música de la mandolina, tocada por un árabe de romántico semblante. En los portales, otras mujeres, descotadas y vestidas de túnicas amarillas, verdes ó rojas, ante braseros de metal cuyo resplandor presta á sus fisonomías tintas de ocre y sangre, nos llaman entre risas, en voz baja. Desde los derruídos y elevados mucharabís, seres invisibles agitan en la sombra linternas multicolores que proyec-

tan sobre los muros de los caserones vecinos grandes triángulos de luz verde, azul, blanca.... Un olor extraño, mezcla de aromas quemados en pebeteros y de emanáciones de establo, satura el ambiente. Por todas partes en este barrio extravagante, refugio en la noche de marineros árabes, conductores de caravanas, soldados turcos y aventureros cosmopolitas, se adivina el desorden de los cerebros orientales, excitados por el deseo, por el opio y el cáñamo.

Pensaba en que nos retirásemos al hotel, cuando nuestro guía — joven turco, antiguo empleado de la policía kedivial — se detuvo ante una puerta en arco, primorosamente labrada.

—Adónde vamos? — le pregunté.

—Aquí se fuma el mejor narghileh de Oriente — dijo sonriendo.—Creo les sea interesante.

La puerta se abrió después de larga conferencia. Un negrito de túnica blanca bordada y babuchas de seda, nos precedió en la escalera, ornada de azulejos blancos y negros, y nos condujo hasta un salón colgado de aquellas tapicerías persas de amplios y fáciles pliegues, en donde sobre el fondo rojo se destacan

estampas amarillas y azules que representan monstruos y fantásticos grifos. Los divanes, recostados á los muros, y los muelles cojines de seda carmesí, colocados en desorden sobre la espesa alfombra, convidaban al descanso. La débil luz de una lámpara apenas iluminaba el recinto, de tal manera que la luna, al través de los cristales de colores de la claraboya, dibujaba sobre el piso un cuadro luminoso.

El portier se levantó, y entre la penumbra del salón distinguimos dos mujeres, jóvenes, ataviadas con el traje oriental, quienes con ceremoniosa reverencia devolvieron nuestro saludo. El guía — muy comedidamente — les manifestó que éramos extranjeros, deseosos de conocer las costumbres de la ciudad, de fumar una ó varias pipas de narghileh, y de oír música, si ello era posible.

Mientras que nuestro conductor hablaba, con mezcla de admiración y curiosidad me di á estudiar la fisonomía y traje de aquellos dos seres que nos miraban con sus grandes ojos luminosos, calmados y negros. Ambas eran hermosas, con esa hermosura lánguida y simbólica, propia de algunos ejemplares de Oriente, tan distinta de la de las razas del Norte. La mayor, en especial, evocaba el tipo de he-

lleza femenino entrevisto al través de una página de las *Mil y una noches*, en una esclava de Bagdad ó en una princesa de Bassora; ideal tántas veces perdido para quien pensó realizarlo en la contemplación de las odaliscas de los harems egipcios, muñecas que en el cupé de amplios cristales, pasean en la Avenida de Choubrah sus rostros esféricos y su masa informe de carne blanca, encerrada entre sacos de bordados brillantes! Quede esta ilusión para los románticos poetas que, en ingeniosos alejandrinos, cantan la belleza de odaliscas quiméricas, sin haber tenido la ventura de conocer Oriente.

Sus ojos eran negros, ovalados como almendras, ligeramente separados bajo las cejas arqueadas; su nariz pequeña y fina; y el tinte aperlado de su fisonomía, encerrada dentro de una línea reposada y continua, hacía resaltar la sangre de sus labios, húmedos y carnosos, que me causaron la sensación de una boca de niño.

Un cintillo de perlas, que le cortaba la frente, sujetaba los negros cabellos, partidos en carrera, y que en dos gruesas trenzas le caían sobre la espalda; el corpiño de terciopelo rojo, adornado igualmente con medallo-

nes de perlas, de mangas apretadas y abiertas en la extremidad para dejar paso á los encajes de la túnica, se descotaba sobre los rizos del peto blanco y modelaba la línea comba de los senos; la estambulina de seda gris, de una gracia adorable, sobre la que caían las borlas del cinturón, en amplios pliegues que velaban la curva de las caderas, se recogía en los tobillos, sobre la media blanca que calzaba los pies, aprisionados dentro de diminutos escarpines de terciopelo carmesí, de punta levantada y bordados en seda.

Este modelo de belleza oriental, tántas veces buscado desde mi llegada á Egipto, en los cafés, en las mezquitas, en los bazares, en los campos, al través de una puerta entornada ó del enrejado de una celosía, lo encontraba en un barrio lejano, en el fondo de esta casa, de no fácil acceso para la generalidad de los viajeros, pero en donde se fumaba el narghileh, y bastaba la presentación del guía para ser amablemente recibido. Partir de Oriente sin encontrarlo, es como abandonar á Francia sin haber conocido el ejemplar de la inteligencia ó la gracia de la mujer parisiense.

Ellas se habían tendido en los cojines. La mayor, mirándome con su mirada lejana, se

me dirigió en un francés bastante comprensible.

—Es usted europeo?

—No, colombiano....

Sus grandes ojos se dilataron con sorpresa.

—Es muy lejos? Más que Persia?

—Oh! mucho más. Treinta días de mar!....

—¿Y usted ha hecho viaje tan largo para conocer el Cairo?

Me preparaba para responder afirmativamente, pero casi con sinceridad,

—No: por conocerla á usted....—la dije.

Sus labios se plegaron en una sonrisa, que me hizo comprender que también en el Cairo las mujeres son sensibles á la lisonja.

—Sabe?....—me dijo mi amigo.—El guía me informa que podemos conseguir buen vino de Chipre. Le parece bien?...

En pocos minutos el negrito trajo las copas y la botella oscura, de tiquete impreso en caracteres griegos y latinos. Saboreábamos el vino, perfumado como con hojas de rosa, cuando en el marco de la puerta aparecieron dos árabes, el uno viejo y descarnado, joven el otro y esbelto, aquél con una guitarra, éste con una especie de mandolina bajo el brazo. Gravemente tomaron asiento, retirados en un án-

gulo del salón, medio ocultos entre las tapicerías.

Después de haber acordado los instrumentos, preludiaron una de las melodías árabes, tristes, monótonas, de compases interminables, cuyo tema rueda sobre cuatro notas y se repite como el ritornelo de un canto de iglesia: melodía incomprensible para oídos europeos, pero á la cual nos acostumbramos como al rumor constante de una caída de agua. A los primeros acordes de la extraña música — que por fenómeno que no me explico alegra el corazón á los árabes, — un estremecimiento de sorpresa hizo que fijara la mirada en cada uno de los detalles de la decoración: sentí como si durante dos años hubiese vivido la vida de un sueño, y despertase de pronto, ahora, en este instante, á mil leguas de Africa, en el fondo de una montaña de Colombia.... Mi familia, mis amigos, los detalles de mi existencia anterior brotaron en mi recuerdo, pero lejos, incoloros y vagos, con la memoria que un espíritu tenga de las cosas de la tierra.... ¡Oh, las indistintas imágenes evocadas en la doliente melodía, tan semejante á la siempre melancólica música de los campesinos en las tierras calientes de la patria!...

Entretanto, nuestras compañeras arreglaban las pipas para fumar el narghileh. Al lado del diván se colocó el trípode que sostenía el recipiente de cristal azul, lleno de agua, al través de la que el humo, al pasar en burbujas, habría de llegar purificado al tubo de caucho, forrado en seda, y terminado por la boquilla de ámbar; corona el recipiente un delgado cañón cuya extremidad se abre en forma de copa y en donde quema el narghileh, bajo la ceniza blanca. Un aroma de sándalo se difundió en el salón, mezclado al humo que, en tenue columna, se desprendía de la chimenea, como de un pebetero.

Tendido en el diván, la mirada perdida en la techumbre, aspiraba el humo perfumado, que en los primeros minutos pica ligeramente la garganta como solución de jengibre y nos adormece en seguida, lenta y suavemente, con la laxitud producida por el cloral ó la morfina. Quizás al vago sopor, más aún que el narghileh, saturado de haschis, contribuyó el cansancio de la nocturna correría: la pupila se encontraba fatigada de reproducir todas las fisonomías y cuadros exóticos y abigarrados, como creados en la excitación de un sueño, que desde hacía cuatro horas — viñetas de un libro ma-

cabro — desfilaban en pintoresca ronda ante mi vista.

Ahora, inconscientemente, á mi memoria volvían, desteñidas como grabados antiguos, pero con líneas determinadas, fisonomías entrevistas en el Niágara, en Bruselas, en la capilla de una aldea perdida de Francia, en Madrid, en Burgos, en Niza, en un tren de Italia, en un teatro de Londres, en un paseo de Caracas, en un restaurante de Zurich.... Todas desfilaban sonrientes ó pensativas — seres que de mí no conservarían recuerdo alguno — contempladas un instante y que ahora revivían.... por qué?... en el fondo de mi recuerdo, como al contacto de la sustancia química la imagen en la plancha fotográfica. Ignoro en qué desorden de ideas se complació entonces mi espíritu: pensaba en los habitantes de las casas vecinas. Quiénes eran?... Se movían también impulsados por el dinero y el amor, las dos solas energías del corazón moderno? Cuál era su mentira vital? En el viejo edificio habitaba Plangón, que se entrega por el placer de los sentidos, ó Gretchen, que ama con la castidad de las vírgenes?... A esta hora quizás un Otelo de Senaar meditaba su venganza, ó un Hamlet del desierto, decepcionado del sér,

lloraba la amarga vanidad de la vida.... Puede que así fuese: mas era lo cierto que toda aquella comunidad de hombres, desde los de Nubia hasta los de Samarkanda, hacinados en el vasto escenario como para una asamblea cosmopolita, atormentados por la conquista de lo que se aleja y huye, por el hastío de la posesión, por las miserias de la especie, conocían nuestros mismos sufrimientos, nuestras mismas luchas y pasiones. Oh! con qué hubiera pagado al amigo árabe que me iniciara en los secretos de su sociedad, en todos los detalles del mecanismo de una vida que nació y morirá en el Cairo, que me facilitase la manera de penetrar hasta el fondo del corazón de una mujer, libre de los prejuicios occidentales, que sin patria y sin raza se velase con el adorable atractivo del misterio! Entonces, por qué no? olvidándome de todo, dejaría deslizar la vida como leño por las aguas del río, hasta que mi último aliento se confundiese con el infinito en el mar de la sombra....

Había fumado largamente. Dominado por el narcótico y por los monótonos acordes de la orquesta, dudé si el negrito de túnica blanca y babuchas de seda; si la vieja que por entre un pliegue del cortinaje asomaba su

nariz corva y sus ojillos grises; si el árabe de la guitarra y el joven de la mandolina, y las dos criaturas que indolentemente tendidas en los cojines rojos mostraban sus escarpines de terciopelo carmesí, gozaban de existencia real ó eran creaciones de mi fantasía sobrexcitada. Luégo, repentinamente, comprendí que en mi imaginación todo se confundía y barajaba en desorden loco y fantástico; y pensé en que los músicos, rasgueando sus instrumentos, se alejaban en los aires á horcajadas sobre los monstruos de la tapicería; en que la vieja se transformaba en gavilán quimérico y el negrito en sabandija que huía por una grieta del muro; en que nuestras compañeras concluían por fundirse en una nube de perfumes, como las figuras animadas de los cuadros disolventes, que se desvanecen, se descoloran y se extinguen poco á poco.... Sentí entonces como si dos manos gigantescas me oprimieran las sienes; los párpados cayeron como láminas de plomo; los músculos se extendieron en suave laxitud; é incapaz de ningún movimiento, concluí por soltar de entre los dedos débiles la boquilla de ámbar....

GHEZIREH

Las últimas notas de la orquesta se extinguieron, con un acorde prolongado de los violines, en el gran comedor del Hotel Continental, lujoso y severo como el del Waldorf-Astoria.

Las lámparas eléctricas, cubiertas con pantallas de colores, desprendían desde el artesonado de cedro de doradas incrustaciones, brillante claridad sobre las oscuras tapicerías, sobre las mesas cubiertas de flores, de copas teñidas de champagne y vino tinto, de porcelanas con delicadas miniaturas y de azafates cargados de racimos de uva y frutas de climas cálidos. A su luz, brillaban como hebras de oro los cabellos rubios de las damas y como pétalos de rosa la seda de sus trajes. Aquí y allá, las blancas pecheras de los hombres resaltaban con el negro vestido de etiqueta, y

con la roja levita de los cíngaros el frac de los criados que circulaban discretamente por entre aquella sociedad cosmopolita, elegante en su mayor parte, que las más veces trae consigo de Europa sus coches y caballos que lucirán lo mismo en la Avenida de Choubrah que en Hyde Park ó en el Bosque de Bolonia.

Los grandes espejos colgados á los muros copiaban todas estas fisonomías de gentes satisfechas de la vida; pero que apenas sonríen y humedecen los labios en el Pommery seco ó en el oloroso blanco del Mosela. Hay allí damas de cabellos grises con diademas de brillantes; viejos acartonados que lucen una gardenia en el ojal; danzarines de chalecos de fantasía y abotonaduras de perlas y rubíes; jóvenes ideales que ocultan una rosa en el peinado; matrimonios que efectúan su viaje de bodas: una mezcla, en fin, de toda aquella amable sociedad que abre sus salones en invierno, cuando no emigra á Niza ó á Florencia, y que hace registrar sus nombres, á su paso por París, en la crónica mundana de *El Fígaro*.

Cuando calló la orquesta, ligero rumor cortó la atmósfera, saturada del perfume de flores y mujeres, de esencias de vinos y de olores

de frutas maduras. Luégo, poco á poco, los concurrentes se dispersaron hacia los salones de fumar. En el comedor sólo quedó una pareja de enamorados que, en su luna de miel, conversaban en voz baja. Al retirarme, los vi besarse, reproducidos por las indiscretas combinaciones de espejos. Ella, era bonita, y sus cabellos dorados, partidos en carrera y recogidos en la nuca, le cubrían las orejas; él, tenía aspecto de hombre rico y alegre. A lo lejos se oía el golpe seco y elástico de las bolas de los billares.

Al salir del hotel me dirigí á la ventura por el dédalo de espaciosas avenidas del barrio europeo. No sé por qué razón aquel beso me predispuso á vaga tristeza, rara en quien la mujer—bonito y frágil adorno de porcelana—ocupa bien pequeña parte de su vida. Pero hay momentos en que la ajena felicidad nos irrita, en que el espíritu se rebela contra el recuerdo mezquino de nuestros placeres y las alegrías de los otros, que juzgamos tan vehementes y sinceras. Sin embargo, quizás no hayamos sido de los desheredados; cruel presagio de futuras melancolías será pensar que el rosal nos clava las espinas y tiende amorosamente á los demás sus flores. La vida no es

buena ni es mala, sino monótona: es deficiente. Los más grandes dolores morales no alcanzan el límite del mayor sufrimiento. La circunstancia que pudiera proporcionarnos más intenso goce, llega desgraciadamente en momentos de inconsciencia ó de interior abandono que nos impedirá analizarla. "Es raro — me decía un amigo en un baile — después de seis meses de lucha, *ella* acaba de decidirse; tú sabes que la adoro; pensaba que su amor me haría feliz, y me ha sido indiferente."

En efecto: ¿cuál será el placer que supere nuestros deseos, que sea desconocido, que se revista siquiera con el atractivo de la novedad? . . . Porque el hombre medianamente educado conoce por intuición gran parte de cuanto cabe en sus aspiraciones. Los viajes, el libro y los recuerdos, nos revelan posibles sufrimientos y alegrías; ¿y quién no ha sentido, en minutos de melancolía tierna y ligera, cuando cae la noche y la sombra se posa suavemente entre los pliegues de los cortinajes y apenas brillan las molduras de los cuadros, mientras que nuestros pensamientos flotan también en la penumbra de atmósfera indecisa, influenciados tal vez por una palabra ó una frase de aquellos raros libros que tan hondo

penetran en nuestra naturaleza; quién no ha sentido entonces vivir una vida extraña é imposible; que en torno nuéstro se agitan, como bandadas de mariposas, las imágenes de interiores evocaciones? Durante esos momentos hemos alcanzado los ensueños más extravagantes, creados como en un éxtasis: visiones intangibles que se presentan despojadas de cuanto produce la fatiga y el hastío en los amores de la carne, que brillan un segundo, nos aman sinceramente y desaparecen como estrellas errantes. Y es que el mecanismo del corazón humano y los resortes de la pasión son hoy los de la humanidad de hace tres mil años y serán los mismos de los siglos futuros; es tiempo de que el telón caiga y se represente el segundo acto. Porque la vida se me antoja como los dramas japoneses, que se ejecutan en noventa noches, cuyo argumento, basado en intriga infantil y grotesca, es presentido por el público. Al retirarnos, nuestro asiento será ocupado por nuevo espectador á quien á su turno rendirá el hastío. El espectáculo continuará uniforme, indefinido y monótono como el golpe de un péndulo. . . . .

En mi errabunda correría había llegado hasta la ribera del Nilo, que por aquel lado se

desliza entre grandes escarpas de arena. Era noche sin luna, y todos los objetos se disolvían en la tenue claridad de las estrellas que temblaban en el azulado firmamento. Del lado opuesto, entre la mancha oscura de los árboles, brillaban con diversos colores las ventanas de dilatado edificio. En el agua se proyectaban, como largas cintas luminosas, los reflejos de las linternas de dahabiehs anclados en el vecino atracadero; y á lo largo de la ribera se encendían pequeñas luces que en la sombra irradiaban como fosforescentes luciérnagas.

Pensaba en la manera de orientarme — seguramente me encontraba á considerable distancia del hotel — cuando un carruaje se detuvo á mi lado; luégo llegaron otro y otro. Bien pronto nos encontramos reunidas hasta veinte personas, que por empinada escalera descendimos al pequeño muelle tendido sobre el agua. Luégo se acercó una lancha, anunciada por dos rojas farolas que en la oscuridad resplandecían como luces de Bengala; en pocos momentos se nos condujo á la opuesta ribera. Supe entónces que me encontraba en las afueras de la ciudad, en los jardines de Ghezireh, situados á poca distancia del camino de las Pirámides. . . . .

Son los jardines en Egipto creaciones maravillosas de un arte peculiar á la raza árabe, que no ha podido ser sobrepujado por la fantasía de los horticultores europeos. Favorecidas por un clima siempre benigno y fecundadas por un sol ardiente que vigoriza su savia, las plantas germinan y florecen allí en eterna primavera. Especialmente en Marzo, cuando á los grandes calores sucede una temperatura de 20 y 22 grados, los jardines se pueblan de perfumes y flores: los rosales cubren las tapias de los harems; tulipanes y lirios rojos abren sus corolas de sangre al lado de dalias jaspeadas, anémonas, cinnias y heliotropos; las violetas blancas y moradas crecen á la sombra de crisántemos de polícromos matices; y verbenas, narcisos y pensamientos amarillos y negros, salpican aquí y allá, con la variedad de sus flores, el prado que bordea el boscaje de mirtos y azafranes. Los naranjos y limoneros, cargados de dorados racimos, se levantan sobre los laureles de las enarenadas avenidas; y en tanto que el papirus y el loto azul brotan á la orilla de apacibles estanques, que en su tersa superficie copian el azulado colorido del cielo, la campánula rosa prende en el delgado tronco de las palmeras que, como reinas de

la flora, balancean su plumaje sobre los arbustos de los alrededores. Este manto de verdura se observa igualmente en los jardines de Alejandría, Suez y Port Said. Se diría que la naturaleza ha querido compensar la aridez del desierto, creando fecunda como ninguna otra la tierra vegetal de Egipto. Quizás influya en esta apreciación el contraste entre aquellas manchas de lozanía y la eterna desolación del mar de arena; pero es preciso confesar que en ninguna otra parte, como en Egipto, la lujuriosa vegetación de los jardines es más favorable á la voluptuosidad y al olvido.

Dada la indolencia del carácter árabe, fácilmente se explica su amor por aquellos encantadores retiros en donde la brisa suspira entre las flores y deshace en gotas de luz los hilos de agua de los surtidores. La fantasía puebla entonces de imágenes las solitarias avenidas y los kioskos medio ocultos entre el boscaje, é inconscientemente se recuerda la estrofa del poeta romántico, y las antiguas cantinelas de las cruzadas, y los novelescos amores de sultanas y cautivos....

Los jardines de Ghezireh se extienden á lo largo del Nilo, frente al Hotel de Ghezireh, suntuoso edificio de arquitectura árabe, que pro-

yecta su silueta azul claro contra la mancha verde de las palmas. En la noche, el paisaje se disuelve en claridades de crepúsculo; hay algo de los perfumes de España en esta atmósfera tibia y embalsamada que, de manera tan intensa, predispone á la contemplación y al ensueño. Por entre los claros de los árboles resplandecen las ventanas de los iluminados salones del hotel, y sólo turba el silencio que reina sobre los vastos jardines, el lejano ladrido de los perros del campo ó el clamor de un manantial distante. Había tomado asiento en un cenador edificado sobre las escarpas del río, bajo el follaje de frondosos sicomoros. A mis pies el viejo Nilo arrastraba su perezosa corriente con tan suave rumor como el de una confidencia.....

Mucho tiempo, años quizás, habían corrido sin que sintiese la influencia de esa segunda naturaleza sentimental y delicada, que en ciertos espíritus permanece eternamente adormecida, ó muere, desangrada por los afanes de la diaria lucha; naturaleza á que el prosaísmo de una vida sin ideales concluye por envolver lentamente, pero con seguro trabajo de infusorio, bajo una coraza de egoísmo ó superficialidad que cubre su sentimentalismo.

Siendo buenos se tornan en implacables y duros; amando lo bello se agitan en la sombra: son como el águila que, olvidando la luz, habitase con los buhos de campanario. Pero hay momentos de resurrección; entonces, cuánta diferencia encontramos entre lo que somos y lo que pudiésemos haber sido; cuántas abdicaciones irreparables que han marcado nuevo rumbo á nuestra vida, nuevo horizonte á nuestras aspiraciones, pasto nuevo á nuestros sueños!

¡Cómo es de triste que el pasado traiga á nuestro recuerdo — música distante que el viento lleva en sus alas — perfiles en un tiempo adorados y que creímos muertos; memorias que pensamos eternamente desaparecidas; todo el cortejo de evocaciones de seres y de cosas que nuestra voluntad quiso y logró olvidar, pero no para siempre! Hay algo de profundamente melancólico en la contemplación de todo cuanto fue y ya no existe: recuerdos de amor de los viejos, fría ceniza del hogar abandonado, belleza de mujeres de otros tiempos, ruinas que la hierba inunda..... ¡Oh, la sugestión de las cosas desaparecidas que fueron amadas y á las que hoy cubre el olvido! La ceiba prestó sombra á

una generación que amó y envejeció bajo su follaje. Vino al suelo un día; sus ramas quemaron en la hoguera: ¿quién de ella se acuerda? Ese retrato desteñido es el de una mujer de hace cincuenta años, que conoció los secretos de la pasión y juzgó el amor eterno; la boca es sensual, los ojos soñadores: ¿quién de ella se acuerda? En el polvoroso almacén de libros de segunda mano yace, en cinco volúmenes y dedicado á un príncipe, un tratado de moral, obra ingeniosa y rara: ¿quién de ella se acuerda? Pero, ¿nos acordamos acaso de nosotros mismos?... ¿Quién no ha sido sorprendido al encontrar en viejos borradores y correspondencias, maneras de sentir, de comprender la vida, estados interiores que nos dominaron quizás por largas épocas, y que, como las nubes, se desvanecieron luégo? El hombre se olvida, felizmente. Desdichado de quien llevase sobre el corazón en cada instante el peso de sus dolores y alegrías pasadas! Porque el olvido, como la muerte, en su significado de desaparición eterna, conserva algo de profundamente consolador y suave.

La muerte!... Despojémosla del lúgubre manto de duelo con que la nueva creencia cubrió su desnudez de estatua, y variará por

completo el panorama de la vida. Entre el cenobita que muere presa del espanto y el romano que se abre las venas en el baño tibio, adormecido al són de las flautas tocadas por sus esclavas más hermosas, existe el abismo que separa el mundo antiguo del mundo moderno; el elegante olimpo griego de la divinidad mosaica; la imaginación antigua, aristocrática, artística y equilibrada, que idealizaba las deformidades de la vida y á la que repugnaban los monstruos y las formas plebeyas, de la exaltada fantasía medioeval que creó, como fantasmas de la fiebre, el cortejo de sombras y suplicios con que se atormenta al alma desprendida de la carne. Son la estatua de Apolo, triunfal alegoría de la salud, el vigor y el reposo, y la imagen del monje macerado por la penitencia, cubierto de sangre y heridas, absorto en la contemplación de una calavera, símbolo del doloroso trance. Si para la humanidad moderna la muerte es el castigo, para la antigua era el descanso: "Cuando llegue la hora de nuestro fin—dice Marco Aurelio—retirémonos apacibles y suavemente, como higo maduro que al caer bendijera la tierra que lo recibirá y el árbol que lo ha alimentado." A las notas de las cítaras han sucedido

las dolientes del órgano; á la alegría pagana, la tristeza moderna; á las odas de Anacreonte, las reflexiones del Kempis: se diría luminoso paisaje velado de pronto por negra nube, precursora de la tempestad. ¿Y cómo escapar á su influencia?... Desde los tiempos en que Lucrecio y Epicuro reían de los dioses, el mundo ha envejecido: dos mil años de lucha y de sufrimiento pesan sobre la civilización contemporánea. El hastío es el mal del siglo. Con amarga sonrisa la humanidad decrépita recuerda los días brillantes de su juventud, para siempre idos.

Por lo que á mí hace, no encuentro diferencia entre un hermoso parque y el cementerio de Greenwood; el de Montmartre se me representa como Acrópolis en donde se hubiesen hacinado bustos de guerreros y pensadores; el de Génova como exhibición de mármoles y relieves en bronce: ¿á qué fin unir la muerte y la melancolía? Sócrates respondió á Critón, quien pedía al filósofo ordenase sus funerales: "Olvidas que no es á mí á quien habrás de enterrar; será á mi cadáver." Y la contemplación de la muerte, despojada de su decoración de drama cómico, me da la sensación de ver destruído un retrato más ó me-

nos artístico, más ó menos agradable á la vista, obra de renombrado escultor ó de aprendiz de cerámica, firmado por noble maestro veneciano ó por pintor flamenco, de imaginación retozona ó grotesca.

Recuerdo sólo una vez en que el espectáculo de la muerte me produjera indefinible sensación, el vago terror que nos comunica lo desconocido y el contraste de circunstancias que pueden acompañar la muerte. Porque en las sensaciones hay acordes, conjunto de notas que producen determinados efectos: el rumor distante de un organillo que se confunda con el estertor del moribundo; una mancha de sombra en la cámara mortuoria; el viento que haga oscilar la llama de los cirios y las tapicerías; los ojos entreabiertos del cadáver, son detalles que nos afectan hasta darnos la impresión del miedo, que nos dilata la pupila; del terror, que nos paraliza; ó de lo horrible, de que se conservará para siempre dolorosa memoria.

Poco antes de haber dejado á Francia, uno de mis amigos me invitó á pasar una semana en sus tierras de Normandía, en los alrededores de Dieppe. Era en otoño. Los bosques comenzaban á desvestirse de su manto

de verdura y á perfilar sus ramas secas contra un celaje gris y húmedo. Las hojas caían al ritmo de la lluvia que azotaba los techos de las chozas de los guarda-bosques. Un viento glacial, precursor del invierno, se colaba hasta las cocinas por el brocal de las chimeneas y hacía chisporrotear en los hogares el fuego. Bandadas de grullas, como escuadrones volantes, emigraban por millares hacia el mediodía; las golondrinas abandonaron también los aleros. Era la época señalada para la caza del jabalí en las grandes florestas que avanzan á lo largo del Canal de la Mancha.

La residencia de mi amigo — vástago de una noble familia de Normandía — era el modelo del *manoir* de fines del siglo antepasado, con su extenso parque y su aspecto mitad de granja, mitad de castillo fuerte. Aquella noche, en el amplio comedor de elevadas techumbres, adornado con trofeos de caza, que revelaban los gustos cinegéticos de su propietario, se dieron cita relaciones de París y de los vecinos dominios.

La batida empezó al amanecer del día siguiente. En el lindero del bosque los ojeadores soltaron los perros de muestra que, con largos aullidos, la nariz contra tierra, se internaron

en la maleza. Poco á poco la jauría, separada en dos bandos, persiguió el rastro. Los cazadores nos dividimos, y al galope tendido de los caballos, entre el ladrido de los perros y la algazara de las trompas, entramos en el monte.

A medio día, hora en que se almorzó sobre la hierba, se habían levantado cinco piezas; pero había escapado á la rabia de la jauría una, que los monteros aseguraban no haber visto más ágil ni vigorosa en los años anteriores. Jinetes nuevamente, al són de los clarines que poblaban el bosque con sus notas guerreras, recomenzó la caza.

Caía la tarde cuando el jefe de nuestro bando se detuvo de pronto. Todos imitamos su ejemplo. Los caballos, inundados de espuma, irguieron las orejas hacia el límite opuesto del bosque. En la distancia se escuchaba el clamor de las trompas como en una diana triunfal.

—El halalí! El halalí!

Y azotando las cabalgaduras, partimos en carrera vertiginosa por entre el cauce de un torrente seco, sin cuidarnos de los obstáculos que encontráramos á nuestro paso. En pocos minutos escalamos el monte. Los caballos se detuvieron en firme.

Nos encontrábamos sobre los cantiles del Canal de la Mancha. A nuestros pies, en la profundidad, el mar se dilataba entre la bruma que velaba el horizonte. El sol, como gota de sangre, se ocultaba por sobre las costas de Inglaterra. A la derecha, defendiéndose contra el tronco de un árbol, el jabalí hacía frente á la traílla. Cuatro perros, el vientre destrozado, se revolcaban sobre la hierba. La faena terminó empuñando uno de los monteros largo cuchillo que clavó en el pecho de la fiera.

Se pensó entonces en regresar al castillo, Caía la noche. El grupo de cazadores se perdió bajo la sombra de los árboles. A la retaguardia quedé con uno de mis compañeros — joven que llevaba en París vida elegante y que en sus ratos de hastío habitaba un dominio cercano.—La lluvia empezó á caer, uniforme y monótona: era uno de los largos aguaceros de Normandía, que convierten en torrentes las veredas y barren las hojas secas de otoño...

Naturalmente pensamos en guarecernos de la lluvia; pero no había por allí habitación alguna.

—Diablo! — exclamó de pronto mi com-

pañero.—Ahora recuerdo que por éstas cercanías vive una muchacha, en cuya morada hace meses también me detuve de noche.

Orientándonos en la oscuridad, pusimos los caballos al paso.

—Esa muchacha — continuó mi guía — tiene su historia. Fue ó es bonita y alegre, como podrá usted verlo. En la vida galante de Dieppe alcanzó cierto renombre. De pronto desapareció; luégo se supo que, enamorada de uno de los arrendatarios del Conde de Eu, concluyó por venir á habitar estas soledades; pero el pillo la abandonó al poco tiempo. Si haya vuelto — lo que no deseo por esta noche — nos lo dirá ella misma.

Desde una altura divisamos el techo de madera de una pequeña granja. Los caballos se detuvieron á la puerta.

Mi compañero echó pie á tierra y penetró en la cocina.

—Buenas noches! Dos vasos de sidra!.... Eh! No hay nadie?....

Sentí raspar un fósforo. Oí luégo un grito. Inmediatamente salió mi amigo un tanto azorado.

—Qué hay?...

—No sé nada todavía. Entremos.

La vasta y oscura cocina olía á paja húmeda y á cenizas. En la chimenea sin fuego, las gallinas escarbaban entre los carbones apagados. Encendimos una bujía y penetramos en la alcoba. Sobre una cama de madera distinguí un cuerpo de mujer. Acercando la luz vi con espanto que tenía los ojos abiertos, y la mirada vidriosa, clavada en el enmaderado. Su rostro lívido se diría bañado en lágrimas: era que el agua, filtrándose por la cubierta, le caía gota á gota sobre los cabellos con golpe seco y continuo: estaba muerta. Colocamos el lecho en el centro de la alcoba y nos retiramos. Me sentía asfixiado por el espectáculo del cadáver desconocido y abandonado, por el olor de paja húmeda y de cenizas de aquel hogar miserable y sin fuego, en donde la muerte había buscado hospedaje.

—Avisemos á Follet de lo que pasa; él dará parte á la policía — dijo mi amigo.

Fuera, la niebla cubría la floresta como en blanco sudario. Las hojas y la lluvia caían sobre el lodo del camino desierto. Al trote de los caballos, que batían el agua de las charcas, nos dirigimos en silencio hacia el castillo, anunciado en la distancia por el resplandor de las hogueras encendidas en el patio de honor,

y á cuya luz, al són de las trompas, se verificaba el festín de la jauría vencedora....

Mientras evocaba los incidentes del singular episodio, la luna llena se había elevado sobre el horizonte. Su luz, al tamizarse entre las hojas, llovía al través de la sombra, sobre el piso, como los reflejos de un espejo. Las tranquilas aguas del Nilo brillaban con móviles fosforescencias. Una ramita de durazno florecida, partía en dos el mal recordado disco de la luna, como de medalla antigua de plata. Al frente, los alminares de la ciudad y las agudas hojas de las palmas se proyectaban contra el azul cristalino del cielo. En la distancia, la colina de Mokatam levantaba sobre la llanura su rojiza silueta, y las escaleras de mármol de los harems edificados en las márgenes del río, descendían, como las de los palacios venecianos, hasta el nivel de las aguas.

Son aquellos cuadrados edificios de piedra blanca y estrechos parte-luces, símbolo de la voluptuosidad; placer de que sólo puede disfrutarse en los climas de Oriente, en donde la vida se desliza como manantial de aguas profundas que apenas tienen corriente para arrastrar la espuma de los remansos; en donde el espíritu adormecido se complace en crear tan

vívidas imágenes que, cuando aletargados por el bochorno del medio día, nos es imposible deslindar la realidad del ensueño.

Ya el infortunado Maupassant, en los momentos en que su espíritu fatigado se rebelaba contra la mediocridad de la vida moderna, quiso habitar una de estas vastas moradas, desde cuya azotea se viesen deslizar sobre el mar azulado las alas puntiagudas de los barcos musulmanes. Y soñó el ilustre escritor en jardines y surtidores que caerían sobre arenas de oro, en esclavos negros y hermosos de ligeras túnicas que correrían sobre espesos tapices, en perfumes que arderían en móviles incensarios, en esposas venidas de las cinco partes del mundo que en sus labios harían gustar el sabor de la belleza femenina de todas las razas. Y cuando hastiado del reposo le sedujese la majestad del inmenso paisaje, iría al través de la tierra rojiza, en un corcel que corriese como el viento, hacia el lejano horizonte, iluminado por el sol de la tarde....

Pensaba en todo esto, absorto en la etérea contemplación de la noche azul y diáfana, cuando comprendí que á lo lejos se dejaba oír brillante orquesta: de tal manera la obertura de Zampa se había identificado con mis abs-

tracciones, que tan vivas como sus acordes juzgaba mis imágenes. Imposible dar idea de la suavidad con que en los vastos jardines resonaban las variaciones de la música. Luégo la orquesta, como perfume que se extingue, calló lentamente, quedando por largo tiempo el aire impregnado de sus últimas notas. Poco á poco se oyeron de nuevo los ruidos sin nombre de las primeras horas de la noche en los sitios apartados: la hoja seca que se desprende desde lo alto sobre el piso, la araña que trabaja su telar en una grieta del alero. En las lejanas avenidas que bordean el lago central circulaba numerosa concurrencia que de la ciudad venía á escuchar el concierto nocturno.

Arriba, el cielo resplandecía con pálido colorido de turquesa. Abajo, en las aguas del río, que venían de copiar las ruinas de los colosales monumentos de Loucqsor y de Tebas, temblaba el rastro luminoso de la luna.

Al retirarme, vi por el solitario sendero, bajo la semioscuridad del boscaje, adelantar una pareja que me pareció ser la misma que había sorprendido en el comedor del hotel: su silueta se proyectaba como raya negra trazada sobre la blanca arena del piso. Con infinita melancolía recordé la estrofa de mi amigo, el trágico poeta:

....Y la luna llena
Por los cielos azulosos, infinitos y profundos,
Esparcía su luz blanca,
Y tu sombra
Fina y lánguida,
Y mi sombra
Por los rayos de la luna proyectadas,
Sobre las arenas tristes
De la senda se juntaban;
Y eran una,
Y eran una,
Y eran una sola sombra larga....

EL CANAL DE SUEZ

Hace pocos minutos que el tren me ha dejado en Port-Said. Dentro de dos horas partiré para Suez, á bordo del vapor *Eagle*, de la marina inglesa, que hace la travesía de la India. Desde la terraza del hotel alcanzo á divisar el panorama de la ciudad, con sus grandes talleres, sus simétricas avenidas, sus construcciones europeas. Las aguas azules del Mediterráneo contrastan con el amarillo tostado de las arenas del desierto que, á la derecha, se dilata en Arabia; á la izquierda el lago Menzaleh; á la espalda la cinta del Canal se pierde entre bruma luminosa. En el puerto se encuentran anclados navíos mercantes en cuyo mástil flotan pabellones de todos los puntos de la tierra: el ruso, de las águilas negras sobre fondo amarillo; el turco, rojo, con la media luna blanca; el alemán, negro, blanco y

rojo; el griego, cortado en barras blancas y azules; el británico, el tricolor francés, el azul dragón chino, el americano, el japonés...., No sé qué extraña sensación se experimenta á la vista de estas colosales construcciones, mensajeros que comunican la Europa con el extremo Oriente: con Persia, Madagascar, Oceanía, Tonkín, Japón, China y Australia; algo semejante á contemplar las bronceadas fisonomías de exploradores que han visitado todos los países y corrido todas las aventuras. Sus cascos han cortado las olas de los mares más remotos; su tripulación ha visitado las islas más distantes.

Aquí, en un paquebote inglés, un grupo de marineros, el busto encerrado dentro de la camiseta de lana á rayas blancas y azules, lavan el enmaderado del puente y frotan las grampas de cobre de las barandillas; suspendido por un cable sobre el vacío, un obrero remacha el casco negro y rojo de un vapor alemán; la grúa arroja en la cala de un navío ruso toneladas de hulla; cargueros árabes trasportan en todas direcciones fardos de mercancías, barricas de vino, cajas de equipajes, sacos de comestibles; en el agua, verde y profunda, por entre los grandes trasatlánticos, circula y hor-

miguea un enjambre de botes, chalanas, canoas y barquetas, tripuladas por remeros cosmopolitas, unos negros y de turbante, otros rubios y de boína, que gritan y gesticulan al pie de la escalera de los navíos, al entregar ó recibir la carga. Pasajeros que no han bajado á tierra, desde la barandilla del puente, guarecidos del sol por los paraguas blancos ó las sombrillas de encaje, contemplan la ciudad mientras llega el instante de partir. Allí hay chinos que lucen sus túnicas de seda y sus carnes aceitosas, agentes de sociedades evangélicas, mujeres inglesas vestidas con el traje de crespón, misioneros que pueden ser supliciados en China ó en Borneo, comerciantes de Melbourne, soldados franceses destinados á las colonias. En los puentes de tercera, entre las ropas de la tripulación colgadas en el cordaje, la sociedad de pasajeros es aún más abigarrada: son en la generalidad emigrantes que parten para Australia, bandadas de chinos que regresan á Pekín, mujeres de tinte cobrizo que aspiran ya en el aire el olor de las florestas de la India y empiezan á sentir que, como rocío bienhechor, sobre su oscura piel se desprenden los rayos de plomo del rojo sol de la zona tórrida. Mientras llega el momento de partir, me inter-

no á la ventura en las calles de la ciudad, bordeadas de edificios semi-europeos, semi-orientales, en cuyas paredes blanqueadas con cal reverbera la deslumbrante luz del sol. También aquí, como en el Cairo, los grupos de palmeras levantan su follaje por sobre las azoteas de algunos edificios; pero se siente que la ciudad está próxima á Europa y más sujeta que la capital de Egipto á la influencia de la civilización del Norte. El elemento árabe no es aquí dominante. Lo pintoresco ha desaparecido casi por completo: en vez de la reducida tienda de los bazares, se ve ahora el almacén europeo con la tabla de la razón social y los escaparates de cristales; no son ya los grupos de camellos y asnos, ni la turba de sudaneses y mogrebinos que inundan la calle de Mousky bajo la azulada raya de un cielo resplandeciente de luz, sino los marineros, los agentes y comisionistas, los comerciantes y los empleados en los talleres de la Compañía del Canal, quienes dan animación á esta ciudad improvisada, nacida ayer sobre una lengua de arena, y dotada hoy de una actividad mercantil sólo comparable á la de los puertos de Inglaterra.

La mañana era calurosa. A fin de refrescarme con una bebida helada, entré á un bar de-

corado al estilo inglés. Ante la mesa vecina tomaron asiento dos oficiales franceses que partían para Indo-China. Era el uno alto, cargado de color; el otro delgado, con no sé qué de femenino en sus facciones. Sin cuidarse de que pudieran ser oídos, después de algunos minutos de silencio, hablaron en voz alta.

—Lo reconozco — decía el pequeño. — No tengo voluntad ni carácter; pero esto es superior á mis fuerzas....

—Cuestión de tiempo — decía el otro.— Dentro de seis meses no te acordarás de lo que dejas.

El sirviente vertió el agua en los vasos con ajenjo.

—Y tú que la conoces, que eres su amigo, crees que pueda esperarme?...

El oficial cargado de color llevó el vaso á los labios, y entre una bocanada de humo,

—Tal vez — respondió.— Lo desearía por ti. Pero recuérda que, como dijo Prudhomme, el corazón de las mujeres es imagen del mar, como él profundo, como él inconstante.

—Yo la adoro!...

Había tal acento de dolor en las palabras de aquel oficial que quizás no regrésaría á Francia, que involuntariamente simpaticé con

su sufrimiento, no obstante encontrar de exagerado sentimentalismo el que un hombre tomase el amor por el aspecto trágico.

—Y sabes? — prosiguió nerviosamente.— Sabes lo que más irrita mi dolor? Es tu indiferencia, excusable porque para ti la mujer nada representa, y no puedes comprenderme; la de las gentes que pasan, la de la humanidad en general: es el monstruoso egoísmo que nos domina á todos. Míra — añadió bajando la voz y refiriéndose á mí — ese señor de la mesa vecina: un impasible, un hombre. Si le contara que desde hace quince días sufro por una mujer, la única, entiendes, la única á quien sinceramente haya amado, estoy seguro que no me comprendería, ó me trataría de niño como tú....

—No — dije poniéndome de pie y acercándome.— Nunca he estado en su caso, porque todavía no he encontrado, entre tántas, una mujer: la única. Creo que usted haya sido más feliz, y comprendo su sentimiento del instante.

Los dos oficiales avaloraron con la mirada al desconocido que los interrumpía. Su examen me fue favorable. Bien — añadí: — ustedes parten para Indo-China; dentro de pocos días seguiré para Francia; créanme que me darán un placer al cumplir sus órdenes.

—Gracias, mil gracias — dijo mi interlocutor con un apretón de manos, dándome su nombre y presentándome á su amigo.—Haré uso de su ofrecimiento. Si algún día, al recorrer los alrededores de París, se detiene usted en Palaiseau, le ruego entregue á mi novia este recuerdo y la hable de nuestra entrevista.

Desprendió entonces de la cadena una pequeña golondrina de oro con ojos de rubí y me la entregó. Luégo, en una tarjeta, escribió el nombre de su novia:

Mlle. Marthe Hamel,
23 rue des Champs,
Palaiseau (Seine).

Con un cordial abrazo, después de haber apurado una copa, nos separamos para siempre.

Un mes después me detenía en Palaiseau ante una casa de buena apariencia. En el salón fui recibido por una señora de edad, quien al conocer el objeto de mi visita, avanzó hacia la puerta:

—Marta! Marta!... Hay noticias de Pablo!

Casi inmediatamente apareció una joven vestida con elegancia, esbelta, de grandes ojos claros, de una hermosura franca y expre-

siva. Sus mejillas se colorearon vivamente cuando la entregué el recuerdo de su novio: en la mirada con que me envolvió, leí que la imagen del ausente no se había borrado todavía de su memoria.

Hé aquí cómo cumplí con la recomendación de un oficial de las colonias quien, no obstante haber sido el amigo de pocos minutos, estoy seguro no me haya olvidado por completo....

Se acercaba la hora en que el vapor abandonaría á Port-Said. Rápidamente me dirigí al muelle é instalé mi equipaje á bordo. Momentos después se levantaba la escalera del puente, é impulsado por la hélice, que removía montañas de espuma, como cetáceo gigantésco y perezoso, el navío se alejó lentamente del muelle y penetró en el Canal. Poco á poco la ciudad se perdió en la distancia.

La apertura del Canal de Suez ha sido la obra de trascendencia mercantil más importante de los últimos siglos: abrió el camino de Oriente al comercio y á la civilización occidentales. Ya los antiguos poseedores del suelo egipcio, comprendiendo las ventajas de la comunicación interoceánica, trabajaron por establecerla. Según Estrabón, fue Ramses II el primero en

iniciar los trabajos de un canal que desprendiéndose del Nilo cortase el valle de Ouady-Toumilat — el país de Gessén del Antiguo Testamento — y terminase en Arsinoe, sobre el Mar Rojo. Ramses obligó á los judíos establecidos en Egipto á trabajar en esta obra colosal, lo que motivó el éxodo del pueblo hebreo. Más tarde Nekao II, después de haber hecho perecer 120,000 hombres en la empresa, abandonó los trabajos á causa de que el oráculo le advirtió que el canal sólo serviría á los bárbaros. Según algunos autores fue Darío, al decir de Estrabón fue Ptolomeo Filadelfo quien concluyó la obra. Es lo cierto que durante el reinado de los Ptolomeos, y bajo la dominación romana, las mercancías provenientes de la India eran transportadas desde Berenice, sobre el Mar Rojo, hasta Coptos, sobre el Nilo, por la gran vía fluvial que ponía en comunicación el corazón del imperio con las costas orientales. Sin embargo, las cuantiosas sumas invertidas en la conservación del canal y las mezquinas ventajas que reportaba al comercio, lentamente determinaron su completo abandono: gran parte de los navíos en que Cleopatra embarcara sus tesoros después de la batalla de Actium, naufragaron en sus aguas.

Más tarde, bajo la dominación de los Kalifas, Abou Jafar, á fin de contener el ejército de revoltosos de Medina, en Arabia, que pretendía invadir el Egipto, hizo cegar el canal, lo que por otra parte favorecía su pensamiento de dirigir el comercio de la India sobre el golfo Pérsico y sobre Bagdad, que acababa de nacer de entre las ruinas de Babilonia.

Como se ve, el trazado que los antiguos imaginaron del canal que debiera comunicar el Mediterráneo con el Mar Rojo, tomaba el Nilo como elemento indispensable de la obra. La arteria de agua dulce que hoy parte de Kar-es-Nil, en las inmediaciones del Cairo, y desemboca en el Lago Timsah, recorre el antiguo Canal de Ramses, cuyos vestigios son aún visibles en algunos lugares del Istmo. En los primeros años del siglo XVI, la República veneciana, amenazada en sus intereses comerciales por el descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza, señalada en 1497 por Vasco de Gama como camino de las Indias, pensó en la apertura del Canal que cortara el territorio de Suez. Cuando la invasión francesa en Egipto, Bonaparte encargó á Lepère, miembro de la Comisión Científica, para que diese un informe sobre la posible unión de los dos ma-

res. Más tarde, en 1846, otro proyecto, francés igualmente, fue estudiado sobre el mismo asunto; pero las dificultades que la obra parecía presentar la hicieron considerar como irrealizable. En fin, fue en 1854, en el curso de un viaje hecho al Cairo por Fernando de Lesseps con Mohamed-Said-Pachá, cuando el primero logró interesar al Virrey de Egipto en la grande empresa. El firmán de concesión le fue entregado bien pronto, el 30 de Noviembre del mismo año.

En 1855, la Comisión Internacional, compuesta de representantes de Inglaterra, Austria, Prusia, los Países Bajos, Italia, España y Francia, declaró factible la ejecución del Canal, y aprobó el trazado que, partiendo de Suez, corre sobre Chalouf, penetra en los Lagos Amargos, luégo en el de Timsah, corta el desierto á la altura del Serapeum, de El Guisr y de Ferduns, atraviesa el Lago Ballah, en seguida el de Menzaleh, y termina en el Mediterráneo, en el lugar en donde luégo se edificó á Port-Said. En poco tiempo la compañía quedó organizada. El trayecto del Canal alcanza á 164 kilómetros, de los que sólo fueron trabajados 148; no hubo lugar á excavasión en los 16 que cortan los Lagos Amargos.

La anchura de la línea de agua varía entre 100 y 58 metros; la profundidad regular es de 8 metros. El costo total de los trabajos fue avaluado por M. Mongel, ingeniero del Virrey, en la suma de 200 millones de francos, incluyendo gastos de administración, muelles y radas de Suez y Port-Said, y 5 por 100 de interés anual sobre el capital invertido. Esta suma hubo de ser duplicada: en 31 de Diciembre de 1869, terminada la obra, los gastos se elevaban á 432.807,882 francos.

El 25 de Abril de 1859 empezaron los trabajos en el Istmo: 150 hombres se encontraron reunidos en la playa del Mediterráneo. En 1861, Port-Said era una ciudad de 2,000 habitantes; 8,000 obreros trabajaban en talleres y canteras. El 1.° de Mayo de 1862 fue inaugurado el canal de agua dulce que comunica el Nilo con el Lago Timsah; el número de brazos había triplicado en un año: eran 26,000 obreros, suma que en 1863 se elevaba á 36,000. A fines de 1866 el terreno fue atacado en todas partes, y el Canal de 164 kilómetros era una cantera no interrumpida desde Port-Said hasta Suez. El Istmo presentaba entonces una vista pintoresca y magnífica. Había obreros de Oriente y Occidente: griegos, malte-

ses, gentes del Norte, sirios, árabes y egipcios. Rusia suministraba el trigo, el Asia Menor la carne, Siria las legumbres, Francia los vinos. De esta aglomeración de distintas razas surgió una lengua nueva, especie de dialecto italiano, que prontamente hablaron europeos y árabes. Diez años después de comenzados los trabajos, el genio de Lesseps había vencido: el 16 de Noviembre de 1869 se efectuó la solemne inauguración del Canal.

De codos sobre la barandilla del puente, respirando la brisa salobre del Mediterráneo, paseaba la vista sobre el panorama de los dos Continentes, separados por la línea de agua del Canal: Africa á mi derecha, á la izquierda Asia. A pocas horas de allí, tras de la raya de arena del horizonte, yacían Jerusalén, Belén y Betania, ese adorable país de Galilea, tierra prometida del poeta ó del creyente, mientras no se la visite. La sabana de arena, en solución no interrumpida, hacia el Este se prolongaba hasta las fronteras de Persia, al Occidente hasta las profundidades del continente misterioso. Era el grande escenario en donde el pueblo de Israel, errante y perseguido, representó la epopeya bíblica.

Los catorce kilómetros que separan á Port-

Said del lago Manzaleh, ofrecen el espectáculo de una naturaleza devastada y muerta: ligeros montículos de arena roja rompen aquí y allá la monotonía del paisaje, sobre el que vuela el viento, abrasador y seco: más de una vez, agarrado á sus alas, el monstruo de la peste ha invadido la Europa. Ni un árbol ni una habitación; polvorosos grupos de espinos prenden en las escarpas del canal, sedientos arbustos que se inclinan sobre el agua. Los gavilanes describen grandes círculos concéntricos en la altura, la mirada fija sobre un punto del desierto. Cálido bochorno pesa en la atmósfera. Todo se encuentra adormecido: el cielo, transparente y azul, el agua, que copia el colorido del cielo, el viento, que yace aletargado entre la candente arena. El navío avanza dejando á su paso prolongada estela de espuma.

Poco á poco los taludes del canal se hacen más y más elevados; el paisaje se limita á cada instante. Los pasajeros se retiran de las barandillas y se dispersan en el puente. Son en su mayor parte oficiales y empleados de la administración inglesa de la India, negociantes de Ceilán y Calcuta. Hay también mujeres, esposas é hijas de los viajeros, que, vestidas

de blanco, tendidas en las sillas de tijera, se aerean con abanicos japoneses.

La campanilla llama á los pasajeros al almuerzo. El *maître d'hôtel* me designa mi puesto al lado del segundo capitán, quien preside la mesa. A mi frente toma asiento una dama inglesa, de treinta años, rubia, sonrosada como una fruta madura, que efectúa por la cuarta vez esta travesía. Al segundo plato la conversación se hizo general. La dama inglesa contaba cómo, en su primer viaje á la India en compañía de su marido, al salir de Aden creyó morir insolada. El capitán encontraba deliciosas las altas temperaturas tropicales, de manera que de buen grado no volvería jamás á Europa. Ese sol de plomo, según él, despierta en el hombre desconocidas energías, y concluye por ahogar el grito de la tristeza y de la hipocondría, que domina á los hombres del Norte.

—Desde que entro en el océano Índico —decía— puedo sentirme fatigado, asfixiado por el calor, incapaz de toda actividad cerebral: triste, jamás. El microbio de la melancolía no se aclimata en los trópicos, ¿verdad, señora?

—Cierto—contestó la dama inglesa.—A

cada nuevo viaje á Inglaterra, me convenzo más de lo pobre de la vida europea; muy felizmente creo que este habrá sido el último.

—Conoce usted la India?—me preguntó el capitán.

—No—le dije.—Deseara prolongar mi viaje hasta Bombay, pero me detendré en Suez, aun cuando no tengo itinerario fijo: no viajo por negocios, sino por placer.

—Efectivamente, no me extraña: los españoles no son aficionados á los viajes lejanos.

—Perdón—le interrumpí.—No soy español: soy americano, de Colombia.

—Colombia.... Colombia....—repitió el capitán como si recogiese sus recuerdos—no conozco....

—Ah! sí, sí—dijo la dama, mondando una naranja.—Colombia inglesa, una de nuestras posesiones. Justamente en New Westminster tengo una amiga.

No sé lo que sentí entonces; algo parecido á lo que experimentaría un expósito si un hijo de buena familia le preguntase el nombre de sus padres.

De nuestras explicaciones resultó que el capitán conocía á Chile y la República Argentina. De los colombianos no sabía si eran

una tribu ó una colonia. Pero el nombre de Nueva Granada no le era desconocido.

No se considere como culpable abandono su ignorancia. Ya en otras ocasiones, con gentes igualmente distinguidas, había tenido necesidad de entrar sobre el mismo tema en semejantes disertaciones geográficas.

Al través de las redondas ventanillas del comedor se divisaba la lejana línea del horizonte, que ascendía ó bajaba con el movimiento del navío. El almuerzo había terminado. Los pasajeros subieron sobre cubierta, y en el comedor quedé con el capitán, á quien interesaba vivamente la pintura que de mi país le hacía: los bosques de maderas preciosas, las minas de oro, las vastas soledades cortadas por ríos caudalosos como el Nilo. . . .

—Excuse usted—dijo el capitán ofreciéndome un cigarrillo turco para acompañar el café.—Excuse usted mi ignorancia sobre la situación de tan bello país; pero desde hace veinte años hago regularmente la travesía de Liverpool á Calcuta, de Calcuta á Liverpool; tengo tiempo apenas para dedicarme á ciertas lecturas, y no me ocupo de otros asuntos sino de los del servicio. Y á propósito—añadió indiferentemente saboreando el café—¿por qué no continúa su viaje hasta la India?

Esta proposición me pareció tan extraordinaria, que hube de sonreír.

—Nada más fácil — continuó el capitán.— Usted está en el camino, como pasajero instalado en el vagón. Es asunto de noventa días, aparte de que, según me ha dicho, usted es dueño absoluto del tiempo. En cuanto á dinero, puede telegrafiar ó escribir desde Suez á sus banqueros en París á fin de que le sitúen fondos donde á bien tenga.

Continuar mi viaje hasta la India!... Esta idea, que primeramente me pareció fantástica, se apoderaba ahora de todos mis sentidos con una fuerza invencible. No regresar á Occidente sin haber visitado á Bombay, á Madras, á Calcuta; internarme hasta Delhy y Benares, por qué no?... La India, descrita por Chevrillon, se presentó á mi memoria, brillante y tentadora, inundada de color y de luz.

—Será un viaje del que jamás habrá usted de arrepentirse. Yo no sabría pintarle ese país tal como lo siento; pero la dama que nos acompañaba en el almuerzo lo conoce á fondo y le hablará sobre él. Desea usted subir?

—Vamos — dije pensativo.

Desde cubierta contemplé de nuevo el pa-

norama del paisaje de arena. Nos hallábamos á la altura de Kantara, edificada sobre las ruinas de la antigua Salé, población sin importancia que en un tiempo marcó el límite entre Siria y Egipto. En sus alrededores se verifica el paso de las caravanas provenientes de Arabia.

Tendido en la silla de tijera, al alcance de la mano la indispensable jarra de naranjada helada, mientras que los pasajeros, diseminados en el puente, entretenían el ocio en juegos diversos, veía huír la línea de tierra como la decoración movible de un panorama. Atravesado el lago Ballah, de aguas azules como solución de cobalto, alcanzamos á El Guisr, rodeado de rebajadas colinas, una de las cuales, Gebel Miriam, conserva en su nombre el recuerdo de la tradición del paso de María, en su huída de Egipto.

Adormecida la imaginación por el bochorno del medio día, como música lejana escuchaba la descripción que de la vida en la India me hacía la dama inglesa. Era en ese extremo Oriente—entre la vegetación monstruosa de su naturaleza y su cielo turquí—en donde el hombre puede ir á buscar medio favorable á las pasiones locas: el amor reviste

allí formas extrañas y vehementes; hay flores monstruosas cuyo perfume envenena ó marea como el vino viejo; bandadas de mariposas extravagantes, al doblar á Ceilán, invaden los trasatlánticos; en sus grutas colosales y en sus templos subterráneos, cubiertos por una flora lujuriosa y magnífica, en todas partes en donde las ruinas del pasado hablan de ritos y divinidades desaparecidas, se respira también el hálito de amor — pero no del vulgar y enfermizo amor moderno — sino de otro, inmortal y grande como la naturaleza.

—Créame; allí se respira la pasión en el aire, en las exhalaciones de la tierra húmeda, que también producen las epidemias y la muerte. Pero, el amor y la muerte, no son lo mismo?...

Hacia las dos de la tarde el buque penetró en el lago Timsah, que fulguraba á los rayos del sol como lámina de plata bruñida. Sobre la costa egipcia, contrastando con el color ocre de la línea de arena, divisamos la mancha verde y fresca de los jardines de Ismaília, la Venecia del desierto. Poco á poco se hicieron más visibles las terrazas blancas, los grupos de palmeras, los vidrios de lejanos edificios que resplandecían como, en la oscuridad, reflecto-

res de un faro. Una brisa fresca nos acariciaba blandamente. El agua azul y cristalina recordaba la del golfo napolitano en las riberas de Pórtici. Tal me pareció que, como dos meses antes, desde la proa de la barca que en la tarde me traía de Capri al continente, veía desfilar el pintoresco promontorio de Castellamare y de Sorrento.

El buque se acercó lentamente al muelle, en donde pululaba un enjambre de árabes de vistosas túnicas. Por el camino que bordea la costa, sombreado por racimos de palmeras y sicomoros, circulaban bandadas de dromedarios que avanzaban, balanceando el cuello, cargados de legumbres y dátiles, con majestad desdeñosa: se diría la acuarela de un maestro.

Desde la barandilla del puente se divisaba el panorama de Ismaília, situada en la confluencia del canal de agua dulce que comunica el canal con el Nilo, centro de la navegación y de los ferrocarriles. La ciudad aparece como un oasis, salpicada de villas y jardines, rodeada de extensas plantaciones de caña de azúcar, verdes, armoniosas, lozanas, con su colorido de pastos en retoño. El agua dulce reverbera al sol en los canales que cortan y rie-

gan los campos; las flores se inclinan sobre el agua y en su espejo reflejan sus multicolores cálices. Hoy Ismaília es una bonita ciudad que recuerda las aldeas balnearias de Bretaña, con sus quintas de fantasía, sus techos rojos y su campanario blanco. Imposible creer que aquella mancha de verdura se haya desarrollado en un suelo artificial; que hasta hace pocos años el extenso parque fuese un ribazo de arena, seco y estéril.

A poca distancia de Ismaília se alcanzan á divisar las ruinas monumentales del templo de Serapis, el dios supremo y prepotente del olimpo egipcio, mezcla de Apis y Osiris, que daba la salud y la vida. Esos grandes cantos de granito gris y negro, hacinados unos sobre otros y dislocados, casi cubiertos por la arena, son el solo vestigio que nos queda del imperio desaparecido: murieron sus sacerdotes, los dioses huyeron con el día.

En la tarde el buque penetró en los Lagos Amargos, sábana de luz, teñida de diáfanas tintas de rosa. Se creería navegar en el éter, tánto en el agua inmóvil profundizaba el firmamento, transparente y pálido. Hacia el lado de Suez, sobre la franja roja del horizonte, se acumulaban gigantescas masas de nu-

bes borrosas: la puesta del sol sería espléndida.

Las luces se habían encendido á bordo. Durante el tiempo de la comida el buque había penetrado en la angostura de Chalouf, y corría encajonado entre las murallas de la ribera. En la raya del cielo que se abría sobre nuestras cabezas, comenzaban á encenderse las constelaciones, como las antorchas de una fiesta; y en la atmósfera, saturada de átomos de oro, palpitaba esa necesidad de olvido del mundo y de recogimiento que la tarde trae consigo á bordo. Paseándonos á lo largo del puente, asidos de brazo, mi amiga inglesa, influenciada por la hora, me hablaba de su pasado con una intimidad y abandono, con una mezcla de idealismo y crudeza deliciosa y amarga. Yo la escuchaba con placer pensando que oía la confidencia de una amiga, después de tántos meses de aislamiento. Me narraba no sé qué aventura romancesca en que había figurado como heroína, cuando, al virar de pronto el buque en el cañón del canal, la interrumpí con un gran grito. Era aquello un espectáculo del caos en los primeros días del universo, trágico como una visión dantesca.

Por entre la gran grieta del canal que, en-

trada á una gruta de cíclopes, se abría sobre el firmamento y sobre las aguas del Mar Rojo, en la profundidad del horizonte colosales masas de nubes cobrizas y negras, de formas inverosímiles y animadas con la vida de monstruos apocalípticos, en grupos informes como montañas, surgiendo de un lago de sangre, se inclinaban sobre el hemisferio asiático en aquel límite del mundo de Occidente con el mundo Oriental: se diría el choque de dos razas y de dos civilizaciones, ó encarnación de una pesadilla de exterminio de la divinidad vengadora. En la contemplación de semejante espectáculo meditó su *Antar* el poeta árabe. A la derecha se dilataba la línea baja de la costa, entre escollos de cobre; á la izquierda, por sobre las aguas temblorosas del Mar Rojo, el Monte Sinaí levantaba en la distancia su silueta, como la de la Pirámide de Cheops, forjada en hierro candente.

Dejando á mi compañera, fui á recostarme en la quilla del buque, suspendido sobre el agua, la vista clavada en el lúgubre paisaje, que se diría relieve fundido en bronce de un sueño de Doré. Ya en alta noche aparecieron en el horizonte las luminarias de Suez, como fuegos fatuos que errasen en una floresta druí-

dica. Durante este período de meditación, en que al volver los ojos hacia el mundo interior encontré en su fondo las mismas sombras que en el cielo, influenciado por la doliente tristeza del paisaje, quizá creí con la filosofía budista que el bien, el supremo bien es el del olvido y de la muerte. ¿Por qué temerla si ella es libertadora?

Dos días después, de pie sobre la cubierta del buque que me llevaba á Europa, vi desaparecer para siempre en el horizonte la franja de oro, extendida á flor de agua, de la costa del país de los Faraones. Cuando la última pareja de gaviotas regresó á tierra y los alminares de Alejandría se perdieron en la distancia, sentí la amarga emoción de quien arrojó el último puñado de tierra sobre el ataúd del sér querido que no revivirá jamás....



INDICE

Este libro se acabó de imprimir
en Bogotá en la
Imprenta de "La Luz,"
el día 14 de Diciembre de
1905

